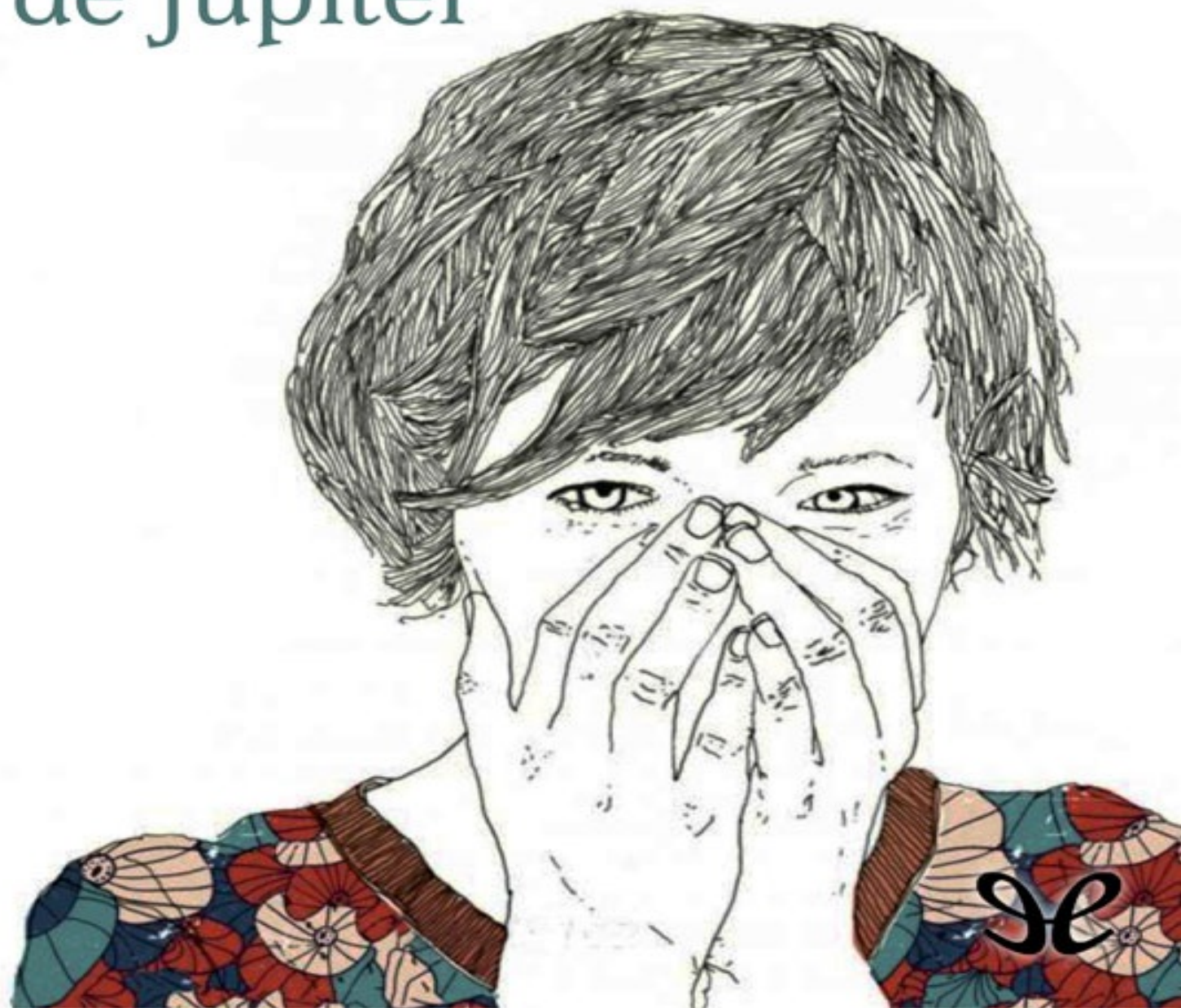


Premio Nobel de Literatura

Alice Munro

Las lunas
de Júpiter



de

Los relatos de este volumen son conmovedores y sorprendentes, y en ellos suceden muchas cosas: traiciones y reconciliaciones, amores consumados y lamentados. Pero los hechos que realmente subyacen en Las lunas de Júpiter son las transformaciones que sufren sus personajes con el paso del tiempo hasta observar su pasado con la ira, el resentimiento y la compasión infinita que nadie sabe comunicarnos como Alice Munro.



Alice Munro

Las lunas de Júpiter

ePub r1.2
Titivillus 18.11.16

Título original: *The Moons of Jupiter*
Alice Munro, 1982
Traducción: Esperanza Pérez Moreno

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para Bob Weaver

Los Chaddeley y los Fleming

I Relaciones

La prima Iris de Filadelfia era enfermera, la prima Isabel de Des Moines tenía una floristería, la prima Flora de Winnipeg era profesora, la prima Winifred de Edmonton, contable. Señoras solteras se las llamaba. Solteronas era un término demasiado preciso, no las describiría. Sus pechos eran grandes e intimidantes (un solo bulto blindado), y sus estómagos y traseros, rebosantes y encorsetados como los de cualquier mujer casada. En aquellos tiempos parecía ser que lo más importante en el cuerpo de la mujer (si realmente una le sacaba partido a la vida) era engordar y madurar hasta llegar a una buena talla cuarenta y seis. Luego, dependiendo de la clase y de las aspiraciones, o bien se ponían flojas y sueltas, temblorosas como flanes bajo vestidos de estampados pálidos y húmedos delantales, o bien ceñidas en unos contornos cuyas firmes curvas y orgullosas pendientes no tenían nada que ver con el sexo, y todo con derechos y poder.

Mi madre y sus primas pertenecían a este segundo tipo de mujeres. Llevaban corsés que se abrochaban a un lado con docenas de corchetes, medias que hacían un sonido sibilante y estridente cuando cruzaban las piernas, vestidos de seda para la tarde (el de mi madre había sido de una prima), colorete, polvos, agua de colonia y peinetas de concha, o de imitación, en el cabello. Eran inimaginables sin esos atavíos, a no ser que estuviesen arrojadas hasta la barbilla con batas acolchadas de satén. Para mi madre este estilo era difícil de mantener; requería ingenio, dedicación y un gran esfuerzo. ¿Y quién lo apreciaba? Ella.

Vinieron todas a pasar con nosotros un verano. Vinieron a nuestra casa porque mi madre era la única que estaba casada y tenía una casa lo suficientemente grande como para alojar a todo el mundo, y porque era demasiado pobre para ir a verlas. Vivíamos en Dalglish en la región de Hurón, en el oeste de Ontario. La población, 2000 habitantes, estaba indicada en un letrero situado en los arrabales de la ciudad.

—Ahora hay dos mil cuatro —gritó la prima Iris, levantándose del asiento del conductor. Conducía un Oldsmobile de 1939. Había conducido hasta Winnipeg para recoger a Flora y a Winifred, que había venido desde Edmonton en tren. Luego, fueron todas a Toronto a buscar a Isabel.

—Y las cuatro seguro que damos más guerra que los dos mil habitantes juntos —

dijo Isabel—. ¿Dónde fue?... ¿en Orangeville...? Nos reímos tanto que Iris tuvo que parar el coche. ¡Tenía miedo de ir a parar a la cuneta!

Los escalones crujían bajo sus pies.

—¡Respirad ese aire! No hay nada mejor que el aire del campo. ¿Es de esa bomba de donde sacáis el agua para beber? ¿No sería estupendo beber ahora? ¡Un trago de agua del pozo!

Mi madre me pidió que fuese a buscar un vaso, pero insistieron en beber en la jarra de hojalata.

Contaron que Iris se había llegado hasta un campo para responder a la llamada de la naturaleza y que se encontró rodeada por un círculo de vacas interesadas.

—Vacas... ¡qué exageración! Eran novillos.

—O toros, para lo que entendéis... —dijo Winifred, dejándose caer en una silla de mimbre. Era la más gorda.

—¡Toros! ¡Me hubiese dado cuenta! —dijo Iris—. Espero que sus muebles puedan aguantar el peso, Winifred. Te digo que había algo muy pesado en la parte de atrás de mi pobre coche. ¡Toros! ¡Qué sobresalto, es un milagro que me pudiese subir los pantalones!

Explicaron lo de la ciudad de apariencia salvaje en el norte de Ontario en la que Iris no quiso parar el coche ni para dejar que se comprasen una Coca Cola. Les echó una ojeada a los leñadores y gritó:

—¡Nos violarían a todas!

—¿Qué es violar? —dijo mi hermana pequeña.

—¡Oh! —dijo Iris—. Quiere decir que te roban el billetero.

«Billetero»: una palabra americana. Ni mi hermana ni yo sabíamos lo que significaba, pero nuestra ignorancia no era la misma en todos los asuntos. Y yo sabía que, de todos modos, aquello no era lo que significaba «violar»; significaba algo sucio.

—Cartera, que te roban la cartera —dijo mi madre en un tono festivo pero cauteloso. En nuestra casa se hablaba con cortesía.

Después vino el desenvolver regalos. Latas de café, nueces y budín de dátiles, ostras, olivas, cigarrillos confeccionados para mi padre. Ellas también fumaban todas, excepto Flora, la maestra. Entonces era una señal de espíritu mundano, pero en Dalglish era un signo de posible moral relajada. Ellas lo convertían en un lujo respetable.

Surgieron también medias, pañuelos, una blusa de gasa para mi madre, un par de tiosos delantales blancos de organdí para mi hermana y para mí (lo último quizá en Des Moines o en Filadelfia, pero no en Dalglish, donde la gente nos preguntaba por qué no nos habíamos quitado los delantales). Y finalmente una caja de bombones de dos kilos. Mucho después de que nos hubiésemos comido todos los bombones y de que se hubieran marchado las primas, seguíamos guardando la caja de bombones en el cajón de las mantelerías en el aparador del comedor, esperando alguna utilización ritual que nunca se presentó. Todavía seguía llena de los oscuros y rizados envoltorios de papel de los bombones. Durante el invierno, a veces iba al

frío comedor y olía los envoltorios, inhalando su perfume de artificio y lujo; volvía a leer las descripciones del dibujo que había en la parte interior de la tapa de la caja: avellana, turrón cremoso, delicia turca, caramelo, crema de menta.

Las primas dormían en la habitación de abajo y en el sofá cama de la habitación de delante. Si la noche era calurosa, no les importaba llevar arrastrando un colchón hasta la terraza o, incluso, hasta el patio. Echaban a suertes la hamaca, pero a Winifred no le permitían participar. Hasta bastante entrada la noche se las podía oír riendo, haciéndose callar las unas a las otras y diciendo a gritos:

—¿Qué ha sido eso?

Estábamos pasadas las farolas de Dalglish y en la oscuridad las dejaba maravilladas el gran número de estrellas.

Una vez se pusieron a cantar un canon.

*Rema, rema, rema tu barca
despacio río abajo,
alegremente, alegremente,
alegremente, alegremente,
la vida es sólo un sueño.*

No les parecía que Dalglish fuese real. Iban en coche hasta el centro y volvían contando lo raros que eran los tenderos; imitaban las cosas que habían oído por la calle. Cada mañana, el café que habían traído llenaba la casa de su inhabitual aroma americano, y se sentaban preguntando quién estaba inspirada para el día. Una inspiración era ir al campo con el coche a coger frutos silvestres. Acababan arañadas y acaloradas y una vez Winifred quedó absolutamente acorralada, inmovilizada por ramas espinosas, pidiendo a gritos que la fuesen a rescatar; sin embargo, dijeron que se habían divertido muchísimo. Otra inspiración era coger los aperos de pesca de mi padre y bajar al río. Volvían a casa con una captura de róbalos de roca, un pescado que generalmente no aprovechábamos. Organizaban picnics. Se vestían con ropa vieja, con sombreros de paja viejos y con batas de mi padre, y se hacían fotografías de cada una. Hacían pasteles de bizcocho relleno y maravillosas ensaladas de molde que tenían forma de templos y colores de joyas.

Una tarde organizaron un concierto. Iris era cantante de ópera. Cogió el mantel de la mesa del comedor para envolverse en él y me envió a buscar plumas de gallina para ponerse en el pelo. Cantó «La llamada amorosa del indio» y «Las mujeres son veleidosas». Winifred era un ladrón de bancos, con una pistola de agua que se había comprado en el almacén. Todo el mundo tenía que hacer algo. Mi hermana y yo cantamos dos canciones: «Rosa amarilla de Tejas» y el «Gloria in excelsis». Mi madre, asombrosamente, se vistió con un par de pantalones de mi padre y se puso cabeza abajo.

Audiencia y artistas, las primas estaban las unas por las otras en todos los

momentos de vigilia. Y a veces dormidas. Flora era la que hablaba en sueños. Puesto que también era la mejor educada, las demás se quedaban despiertas para hacerle preguntas, intentando hacerle decir algo que la avergonzase. Le dijeron que renegaba. Dijeron que se sentaba de golpe y preguntaba:

—¿Por qué no hay ni una puñetera tiza?

Era la que menos me gustaba porque intentaba agudizar nuestras mentes, la de mi hermana y la mía, haciéndonos preguntas de aritmética mental.

—Si se tardasen siete minutos en andar siete manzanas, y cinco manzanas tuvieran la misma longitud, pero las otras dos manzanas fuesen el doble de largas...

—¡Oh, vete a paseo, Flora! —decía Iris, que era la más grosera.

Si no les venía ninguna inspiración, o hacía demasiado calor para hacer algo, se sentaban en la terraza bebiendo limonada, ponche de frutas, cerveza de jengibre, té helado con guindas confitadas y pedazos de hielo cortados del gran trozo de hielo de la nevera. A veces mi madre embellecía los vasos mojando los bordes con clara de huevo batida y luego en azúcar. Las primas decían que estaban abatidas, que no servían para nada, pero sus quejas tenían un aire de satisfacción, como si el mismo calor del verano hubiese sido creado para añadir dramatismo a sus vidas.

Ya había bastante dramatismo.

En el ancho mundo, les habían sucedido cosas. Accidentes, proposiciones, encuentros con lunáticos y enemigos. Iris hubiera podido ser rica. A la viuda de un millonario, una anciana loca con una peluca como un almiar, la habían llevado un día corriendo al hospital, fuertemente agarrada a una maleta. ¿Y qué había en la maleta sino joyas, joyas verdaderas, esmeraldas y diamantes y perlas tan grandes como huevos de gallina? Nadie más que Iris podía hacer algo con ella. Fue Iris quien finalmente la persuadió para que tirase la peluca a la basura (estaba llena de pulgas) y para que dejase las joyas en la cámara acorazada del banco. Tanto se apegó aquella anciana a Iris que quería rehacer su testamento, quería dejarle a Iris las joyas, las acciones, el dinero y los bloques de apartamentos. Iris no lo permitió. La ética profesional se lo impedía.

—Estás en un puesto de confianza. Una enfermera está en un puesto de confianza.

Luego explicó cómo un actor, que se estaba muriendo a consecuencia de la vida disipada que había llevado, se le había declarado. Ella le permitió que echase un trago de una botella de Listerine, porque no le parecía que importase. Era un actor de teatro, de modo que no íbamos a reconocer el nombre aunque nos lo dijera, cosa que no pretendía.

También había visto a otros grandes nombres, celebridades, la alta sociedad de Filadelfia... No en su mejor momento.

Winifred dijo que ella también había visto cosas. La pura verdad, la horrible y pura verdad acerca de algunas de esas personas importantes y de la alta sociedad, que aparecía cuando echabas una ojeada a sus finanzas.

Vivíamos al final de una carretera de Dalglish dirección al oeste, más allá de una tierra cubierta de matorrales donde había casitas de madera y bandadas de pollos y de niños. La tierra se elevaba a una altura respetable donde nosotros estábamos y luego descendía en forma de amplios campos y dehesas, decorados con olmos, bajando hasta el meandro del río. Nuestra casa también era respetable, una antigua casa de ladrillo de un tamaño considerable, pero estaba expuesta a corrientes de aire y distribuida de forma poco práctica, y la cornisa necesitaba una mano de pintura. Mi madre pensaba arreglarla y cambiarlo todo en cuanto tuviésemos dinero.

Mi madre no tenía muy buen concepto sobre Dalglish. Recordaba a menudo la ciudad de Fork Mills, en el valle de Ottawa, donde ella y sus primas habían ido a la escuela secundaria, la ciudad donde su abuelo había llegado desde Inglaterra, y de la misma Inglaterra que, por supuesto, ella no había visto nunca. Alababa Fork Mills por sus casas de piedra, por sus bonitos y sobrios edificios públicos (bastante distintos, decía, de la región de Hurón, donde la idea había sido proyectar una monstruosidad en ladrillo y ponerle encima una torre), por sus calles pavimentadas, por el servicio en sus almacenes, por la mejor calidad de las cosas que se vendían y por el mejor tipo de gente. Las personas que en tan alta consideración se tenían a sí mismas en Dalglish, serían ridículas a los ojos de las familias privilegiadas de Fork Mills. Pero al mismo tiempo, las mejores familias de Fork Mills serían menospreciadas si llegasen a tener contacto con ciertas familias de Inglaterra con las que mi madre estaba emparentada.

Relaciones. Todo giraba alrededor de ello. Las primas eran un espectáculo en sí mismas, pero también proporcionaban una relación. Una relación con el mundo real, pródigo y peligroso. Sabían cómo arreglárselas en él, habían hecho que el mundo les prestase atención. Sabían llevar una clase, una sala de maternidad, un público; sabían cómo tratar con los taxistas y con los revisores de tren.

Otras relaciones que proporcionaban, al igual que mi madre, eran con Inglaterra y la historia. Es un hecho que los canadienses de ascendencia escocesa —que en la región de Hurón llamábamos *Scotch*— e irlandesa dicen sin reserva alguna que sus antepasados llegaron durante la escasez de la patata, con sólo andrajos a sus espaldas, o que eran pastores, campesinos, gente pobre y sin tierra. Pero cualquiera cuyos antepasados procediesen de Inglaterra tiene una historia de oveja negra o de hijos menores, de reveses financieros, de herencias perdidas, de fugas con pareja inadecuada. Puede haber algo de verdad en esto. Las condiciones de vida en Escocia y en Irlanda fueron tales que forzaron a la emigración en masa, mientras que los ingleses pudieron haber escogido dejar el hogar por razones más pintorescas y personales.

Éste era el caso de la familia Chaddeley, la familia de mi madre. Isabel e Iris no llevaban el apellido Chaddeley, pero su madre sí. Mi madre había sido una Chaddeley, aunque ahora se apellidase Fleming; Flora y Winifred seguían siendo

Chaddeley. Todas descendían de un abuelo que dejó Inglaterra de joven por razones sobre las que no llegaban a ponerse de acuerdo. Mi madre creía que había sido estudiante en Oxford, pero que perdió todo el dinero que su familia le enviaba y le había dado vergüenza volver a casa. Lo había perdido jugando. No, decía Isabel, ésa era la historia que se contaba. Lo que realmente sucedió fue que dejó embarazada a una criada y se vio obligado a casarse con ella y llevársela al Canadá. Las propiedades de la familia estaban cerca de Canterbury, decía mi madre. (Peregrinos de Canterbury, campanillas de Canterbury). Las demás no estaban seguras de eso. Flora dijo que estaban en el oeste de Inglaterra y que el apellido Chaddeley se decía que estaba relacionado con Cholmondeley. Existía un Lord Cholmondeley; los Chaddeley podían ser una rama de aquella familia. Pero también existía la posibilidad, decía, de que fuese francés, de que originalmente fuese Champ de laîche, lo que significa campo de juncia. En ese caso la familia había llegado a Inglaterra probablemente con Guillermo el Conquistador.

Isabel dijo que ella no era una intelectual y que la única persona de la que había oído hablar de la historia inglesa era María, reina de Escocia. Quería que alguien le dijera si Guillermo el Conquistador iba antes o después que María, reina de Escocia.

—Campos de juncia —dijo mi padre con conformidad—. Eso no les supondría exactamente una fortuna.

—Bueno, yo no distinguiría la juncia de la avena —dijo Iris—, pero eran bastante prósperos en Inglaterra. Según el abuelo, eran gente acomodada.

—Antes —dijo Flora—, y María reina de Escocia ni siquiera era inglesa.

—Eso lo sabía por el nombre —dijo Isabel—. Así, que ¡ja, ja!

Cada una de ellas creía, fueran cuales fueren los detalles, que había habido un gran declive de fortuna, una catástrofe poco clara y que más allá, a sus espaldas, en Inglaterra, quedaban tierras y casas, holgura y honor. ¿Cómo podían creer otra cosa, recordando a su abuelo?

Trabajó como empleado de correos, en Fork Mills. Su esposa, tanto si era una criada seducida como si no, le dio ocho hijos y luego murió. En cuanto los hijos mayores fueron a trabajar y llevaron dinero a casa (era una tontería educarlos) el padre dejó el trabajo. Una pelea con el administrador de correos fue la razón inmediata, pero él realmente no tenía intención de trabajar más. Había decidido quedarse en casa, mantenido por sus hijos. Tenía el porte de un caballero, había leído mucho y estaba lleno de retórica y de dignidad. Sus hijos no se negaron a mantenerle. Se sumieron en sus vulgares trabajos, pero impulsaron a sus propios hijos (se limitaron a uno o dos cada uno, en su mayoría hijas) a ir a la Escuela de Empresariales, a la Escuela Normal, a la de Formación de Enfermeras. Mi madre y sus primas, que eran esos hijos, hablaban a menudo de su egoísta y testarudo abuelo, y casi nunca de sus respetables y trabajadores padres.

—¡Qué anciano más presuntuoso era! —decían—, ¡pero qué guapo!, incluso de viejo, ¡qué apostura! ¡Qué insultos tan prontos y apropiados tenía para la gente! ¡Qué opiniones tan mordaces podía emitir! Una vez, en el lejano Toronto, para ser exactos en la planta principal de Eaton, se le acercó la esposa del guarnicionero de

Fork Mills, una mujer inofensiva e inocente que exclamó:

»—¡Vaya!, ¿no es fantástico encontrar a un amigo tan lejos de casa?

»—Señora —dijo el abuelo Chaddeley—, usted no es amiga mía.

—¿No era aquello el colmo? —decían— «¡Señora, usted no es amiga mía!». ¡El viejo presuntuoso!

Se paseaba con la cabeza erguida como un ganso de feria. Otra señora de clase baja (de clase baja según él), fue tan amable como para llevarle sopa cuando estaba resfriado. Sentado en la cocina de su hija, sin ni siquiera un techo propio sobre su cabeza, con los pies en remojo, un hombre enfermo, y de hecho moribundo, todavía tuvo el descaro de volverle la espalda y dejar que su hija le diera las gracias. Despreciaba a la mujer, cuya gramática era terrible, y que no tenía dientes.

—¡Pero él tampoco tenía! ¡Para entonces ya no le quedaba ningún diente!

—¡Bobalicón presuntuoso!

—Y un gorrón con sus hijos.

—Sólo orgullo y vanidad. Eso es todo lo que era.

Pero al contar estas historias, riendo, ellas mismas estaban henchidas de orgullo, estaban exultantes. Creían que negarse a hablar a personas inferiores era escandaloso y mezquino, que mantener un sentido de distinción era ridículo, especialmente cuando no te quedaban dientes, pero de algún modo, todavía le admiraban. Lo hacían. Admiraban su invectiva, que su jefe, el trabajador administrador de correos, no comprendía, y su conducta orgullosa, que no comprendían sus vecinos, los ciudadanos democráticos de Canadá. («¡Oh, qué pena! —dijo la vecina sin dientes—, el pobresito viejo ni mi conose»). Incluso pudieran haber admirado su decisión de dejar que otros hicieran el trabajo. Un caballero, le llamaban. Hablaban irónicamente, pero la posesión de tal abuelo seguía encantándoles.

Yo no podía entender aquello, ni entonces ni más tarde. Tenía en mí demasiada sangre escocesa, me parecía demasiado a mi padre. Mi padre nunca hubiese admitido que había gente inferior, ni tampoco superior. Era escrupulosamente igualitario, hacía hincapié en no «ir a llorar», como él decía, a nadie, en no arrodillarse ante nadie y en no tratar tampoco a nadie con altanería, en comportarse como si no hubiese diferencias. Yo adopté la misma línea de conducta. Más tarde, hubo momentos en los que me pregunté si era una prudencia paralizante la que impulsaba esta actitud, tanto como cualquier mejor sentimiento, momentos en los que me pregunté si mi padre y yo no abrigábamos, en nuestros corazones, sentimientos intactos e irreductibles de superioridad, que ni mi madre ni sus primas con su inocente esnobismo podrían nunca alcanzar.

No le dí demasiada importancia, años después, recibir una carta de la familia Chaddeley de Inglaterra. Era de una señora anciana que estaba haciendo un árbol genealógico. Después de todo, la familia existía realmente en Inglaterra, y no menospreciaban a las ramas de ultramar, nos estaban buscando. Conocían a mi

bisabuelo. Su nombre estaba en el árbol genealógico: Joseph Ellington Chaddeley. En la partida de matrimonio constaba su oficio como aprendiz de carnicero. Se había casado con Helena Rose Armour, una criada, en 1859. De modo que era cierto que se había casado con una criada. Pero probablemente no era cierto lo de las deudas de juego en Oxford. ¿Acaso los caballeros que estaban en apuros en Oxford se iban a meter de aprendices de carnicero?

Se me ocurrió pensar que si hubiese seguido de carnicero, sus hijos podrían haber ido a la escuela secundaria. Podría haber sido un hombre próspero en Fork Mills. La señora que escribió la carta no mencionaba la relación con Cholmondeley, ni los campos de juncia, ni a Guillermo el Conquistador. Pertenecíamos a una familia respetable, de criados y artesanos, y algún que otro comerciante o granjero. Hubo un tiempo en que me hubiese disgustado descubrirlo, y difícilmente me lo hubiese creído. Más tarde, en una época en la que me dedicaba a arrancar todos los conceptos falsos, todas las ilusiones, me hubiese sentido triunfante. En el momento en que llegó la revelación no le presté mucha atención, fuera la que fuese. Yo casi me había olvidado de Canterbury y Oxford y Cholmondeley y aquella primitiva Inglaterra de la que había oído hablar a mi madre, aquella antigua tierra de armonía y de caballería, de gente a caballo y de buenas maneras (aunque seguramente las de mi abuelo se habían perdido bajo la tensión de una vida más tosca), de Simon de Monfort y Lorna Doone, de lebreles y castillos, y de New Forest, siempre lozanos y rústicos, ceremoniosos, civilizados, eternamente deseables.

Y a mí ya se me habían abierto los ojos hacia otras cosas por la visita de la prima Iris.

Esto sucedió cuando vivía en Vancouver. Entonces estaba casada con Richard y tenía dos niños pequeños. Un sábado por la tarde Richard contestó al teléfono y vino en mi busca.

—Ten cuidado —dijo—. Parece que sea de Dalglish.

Richard siempre pronunciaba el nombre de mi ciudad natal como si fuera una mezcla de algo desagradable que tenía que sacarse de prisa de la boca.

Fui al teléfono y descubrí con alivio que no era nadie de Dalglish. Era la prima Iris. Aún quedaba un ligero acento del valle de Ottawa en su habla, algo rural (ella misma no lo hubiera imaginado y no le habría gustado), y algo chillona y alegre, que había recordado a Richard en las voces de Dalglish. Dijo que estaba en Vancouver, que estaba jubilada y que estaba haciendo un viaje y que se moría de ganas de verme. Le pedí que viniese a cenar al día siguiente^[1].

—Cuando dices cenar, ¿te refieres a la comida de la noche, verdad?

—Sí.

—Sólo quería asegurarme, porque cuando visitamos tu casa, ¿te acuerdas?, la costumbre era tomar la «cena» al mediodía. Llamabais cena a la comida del mediodía. No he pensado que siguieras haciéndolo, pero quería estar segura de que lo entendía bien.

Le dije a Richard que una prima de mi madre venía a cenar. Dije que era, o que había sido, enfermera y que vivía en Filadelfia.

—Es una persona correcta —le dije. Quería decir que era una persona bastante culta, bastante bien hablada y moderadamente bien educada—. Ha viajado mucho. Es muy interesante. Al ser enfermera ha conocido a toda clase de personas... —Le hablé de la viuda del millonario y de las joyas de la maleta. Y cuanto más hablaba, más cuenta se daba Richard de mis dudas y de mi necesidad de confianza, y más reservado y menos tranquilizador se volvía. Él sabía que tenía una ventaja, y habíamos llegado a un punto de nuestro matrimonio en que no se abandonaba fácilmente una ventaja.

Deseaba fervientemente que la visita fuese bien. Lo deseaba por mí misma. Mis motivos no decían mucho a mi favor. Quería que la prima Iris resplandeciese como un pariente de quien nadie tuviera que avergonzarse. Y quería que Richard, su dinero y nuestra casa me elevasen para siempre, a los ojos de la prima Iris, por encima de la categoría de pariente pobre. Quería que todo esto se produjese con una aceptable sutileza y comedimiento y que el resultado fuese una agradable aceptación de mi propio valor por ambas partes.

Pensaba a menudo que si podía presentar a un pariente rico, de buenos modales e importante, la actitud de Richard hacia mí cambiaría. Un juez o un cirujano hubiesen estado muy bien. No estaba muy segura de si Iris serviría como sustituta. Estaba preocupada por la manera en que Richard había dicho «Dalglish», por aquel vestigio del valle de Ottawa (Richard era inflexible con los acentos rurales, después de haber tenido tantos problemas con el mío) y por algo más en la voz de Iris que no podía distinguir. ¿Estaba demasiado impaciente? ¿Asumía algún derecho de propiedad de familia que yo ya no consideraba justificado?

No importaba. Empecé a descongelar una pierna de cordero e hice un bizcocho relleno de merengue de limón. El pastel de merengue de limón era lo que mi madre hacía cuando venían las primas. Sacaba el brillo a los tenedores de postre, planchaba las servilletas. Porque nosotros teníamos tenedores de postre (quería decirle a Richard), sí, y servilletas, aunque el lavabo estuviese en el sótano y no hubiera habido agua corriente hasta después de la guerra. Por la mañana, yo llevaba agua caliente a la habitación de delante para que las primas pudieran lavarse. La echaba en una jarra como esas que ahora veo en las tiendas de antigüedades, o en los recibidores, llenas de plantas decorativas.

Pero, ¿cómo podía importarme nada de aquello, aquellas tonterías de los tenedores de postre? ¿Era, soy, la clase de persona que cree que poseer tales objetos es tener una actitud civilizada hacia la vida? No, en absoluto; no exactamente; sí y no. Sí y no. Ambiente era la palabra de Richard. «Tu ambiente». Una disminución del tono de voz, una advertencia. ¿O eso era lo que yo oía, no lo que él quería decir? Cuando decía Dalglish, incluso cuando sin decir palabra me entregaba una carta de mi casa, me sentía avergonzada, como si algo estuviese creciendo por encima de mí, herrumbre, algo molesto, deprimente, inevitable. La pobreza, para la familia de Richard era como el mal aliento o las úlceras, una enfermedad que quien la padece debe tener parte de culpa. Pero no era de buena educación mencionarla. Si alguna vez decía algo acerca de mi infancia o de mi familia en su presencia se producía un

ligero retraimiento, como si fuera una obscenidad de menor grado. Pero es posible que yo fuese algo estridente y cohibida, como el personaje vulgar de Virginia Wolf que le da una gran importancia a no haber sido llevada al circo. Quizá eso era lo que les molestaba. Tenían mucho tacto conmigo. Richard no podía tener tanto tacto, puesto que se había colocado en una posición arriesgada al casarse conmigo. Me quería amputada de aquel pasado que a él le parecía un equipaje tan andrajoso; andaba a la caza de señales de que la amputación no se había completado, y desde luego así era.

Las primas de mi madre no nos volvieron a visitar de nuevo en masa. Winifred murió repentinamente un invierno, no más de tres o cuatro años después de aquella memorable visita. Iris escribió a mi madre diciéndole que el círculo se había roto ya y que sospechaba que Winifred era diabética, pero que no quería enterarse por lo que le gustaba la comida. Mi madre tampoco estaba bien. Las primas restantes la visitaron, pero lo hicieron por separado y desde luego no a menudo, a causa de las distancias. Casi cada una de sus cartas se refería a lo bien que se lo habían pasado aquel verano, y cerca del final de su vida mi madre dijo:

—¡Oh, Señor! ¿Sabes en qué estaba pensando? En la pistola de agua. ¿Recuerdas aquel concierto? ¡Winifred con la pistola de agua! Cada cual hizo su número. ¿Qué hice yo?

—Te pusiste cabeza abajo.

—¡Ah, sí! Eso hice.

La prima Iris estaba más fuerte que nunca, y sonrojada debajo de los polvos. Jadeaba por la cuesta de la calle. Yo no había querido pedir a Richard que la fuese a buscar al hotel. No es que tuviera miedo de pedirselo, simplemente quería evitar que las cosas comenzasen con mal pie, al forzarle a hacer algo a lo que él no se había ofrecido. Me había dicho a mí misma que ella cogería un taxi, pero había venido en autobús.

—Richard estaba ocupado —le dije, mintiendo—. Es culpa mía. Yo no sé conducir.

—No importa —dijo Iris con firmeza—. Estoy a punto de echar los bofes en este momento, pero dentro de un minuto estaré bien. Es por la grasa que llevo encima. Me está bien empleado.

En cuanto dijo «echar los bofes» y «la grasa que llevo encima» supe cómo iban a ir las cosas con Richard. Ni siquiera lo había entendido. Lo supe en cuanto la vi en el umbral. Su cabello, que yo recordaba de un castaño grisáceo, ahora era dorado y rociado de una masa espumosa, su lujoso vestido color azul pavo real, decorado en un hombro con una especie de fuente dorada ornamental. Ahora que pienso en ello, estaba espléndida. Ojalá la hubiera encontrado en alguna otra parte. Quisiera haberla apreciado como se merecía. Quisiera que todo hubiera ido de otra forma.

—Bueno —dijo alborozadamente—. ¡A que te han ido bien las cosas! —Me miró a mí, el jardín con rocas, los arbustos ornamentales y la extensión de las ventanas.

Nuestra casa estaba en Capilano Heights por la parte de Grouse Mountain—. Te lo digo, es un gran sitio, querida.

La invité a pasar, se la presenté a Richard y dijo:

—¡Ajá! ¿Así que usted es su marido? Bueno, no voy a preguntarle cómo le van las cosas, porque puedo ver que le van bien.

Richard era abogado. Los hombres de su familia eran o abogados o corredores de bolsa. Nunca se referían a lo que hacían en el trabajo como si fuese un negocio. Jamás se referían a lo que hacían en el trabajo. Hablar de ello era algo vulgar; hablar de cómo te iba era imperdonablemente vulgar. Si yo no hubiese sido aún tan vulnerable con respecto a Richard, podría haber sido un placer verle abordado así, cara a cara.

Enseguida ofrecí bebidas, esperando poder aislarme un poco. Había sacado una botella de jerez, ya que pensaba que eso era lo que se ofrecía a las señoras mayores, a personas que no bebían habitualmente. Pero Iris se puso a reír y dijo:

—No, me gustaría una ginebra con tónica, igual que vosotros, chicos.

—¿Recuerdas aquella vez que vinimos todas a visitaros en Dalglish? —dijo—. ¡Fue tan seco! Tu madre era todavía una muchacha provinciana y no quería que hubiese bebidas alcohólicas en la casa. Aunque yo siempre pensé que tu padre se tomaría alguna copa si se le levantaba la restricción... Flora también era la templanza, pero Winifred era un demonio. ¿Sabes que llevaba una botella en la maleta? Íbamos a hurtadillas hasta el dormitorio, echábamos un trago y después hacíamos gárgaras con colonia. Llamaba a tu casa el Sahara. Estamos atravesando el Sahara. Tomábamos suficiente limonada y té helado como para poner a flote no a un buque de guerra... ¡sino a cuatro!, ¿eh?

Quizá ella hubiera notado algo cuando abrí la puerta, una sorpresa o una falta de bienvenida. Quizá se sentía intimidada, aunque al mismo tiempo inmensamente complacida por la casa y los muebles que eran elegantes y aburridos y que tampoco habían sido elegidos todos por Richard. Fuera cual fuese la razón, su tono cuando hablaba de Dalglish y de mis padres era condescendiente. No creo que quisiera recordarme mi hogar ni recordarme de donde provenía; sino que quería afirmarse a sí misma, hacerme saber que ella estaba más en su medio aquí que allí.

—¡Oh qué placer, estar aquí sentada contemplando esta espléndida vista! ¿Es la isla de Vancouver?

—Es Point Grey —dijo Richard poco alentadoramente.

—Oh, debería haberlo reconocido. Ayer fuimos allí en autocar. Vimos la Universidad. Estoy haciendo una excursión, querida, ¿te lo dije? Nueve solteronas, siete viudas y tres viudos. Ni una pareja de casados. Pero como yo digo, nunca se sabe, el viaje todavía no ha terminado.

Yo sonreí, y Richard dijo que tenía que cambiar el aspersor.

—Mañana vamos a la isla de Vancouver y luego cogemos el barco para Alaska. Todo el mundo me ha dicho que me vuelva a casa, que para qué quiero ir a Alaska, y yo les he dicho que porque nunca he estado allí. ¿No es esa una buena razón? No hay solteros en la excursión, ¿y sabes por qué? ¡No viven para llegar a mi edad! Ese

es un hecho médico. Díselo a tu maridito, dile que hizo bien. Pero no voy a hablar de mi trabajo. Cada vez que hago un viaje descubren que soy enfermera y me enseñan sus espinas dorsales, sus amígdalas y su ropa interior. Quieren que les palpe el hígado. Diagnóstico gratuito. Yo digo que ya está bien de eso. Ahora estoy retirada y quiero disfrutar de la vida. Esto es muchísimo mejor que el té helado, ¿verdad? Se daba tanto trabajo, la pobre. Tenía la costumbre de escarchar los vasos con clara de huevo, ¿te acuerdas?

Intenté hacerla hablar de la enfermedad de mi madre, de nuevos tratamientos, de sus experiencias hospitalarias, no sólo porque me interesaba, sino porque pensé que podría serenarse y hacerla parecer más inteligente. Sabía que Richard no había salido fuera y que estaba escondido en la cocina.

Pero ella dijo que no quería hablar de su trabajo.

—Huevo batido y luego azúcar. ¡Señor! Tenía que beber en caña. Pero lo que nos divertimos allí. El excusado en el sótano y todo lo demás. Realmente nos lo pasamos muy bien.

El lápiz de labios de Iris, su cabello brillante y cardado, su vestido tornasolado y su broche demasiado grande, su voz y su conversación, todo formaba parte de un plan de acción que no era malo: ella estaba a favor del movimiento, del ruido, del cambio, del aspecto llamativo, de la alegría y del valor. Diversión. Pensaba que también otras personas estarían a favor de estas cosas, y explicó sus esfuerzos en la excursión.

—Soy la persona que no deja que decaiga el ánimo. Algunas personas se desaniman en un viaje. Se empachan. Hablan de su estreñimiento. Yo siempre les hago pensar en otra cosa. Siempre se puede hacer broma. Puedes empezar a cantar un sonsonete. Cada mañana casi puedo oír sus pensamientos: ¿Con qué locura nos va a salir hoy esa tal Chaddeley?

Dijo que a ella no le preocupaba nada. Habló de otros viajes. De Irlanda. Las demás mujeres habían tenido miedo de bajar y besar la Piedra Blarney, pero ella dijo:

—¡He venido hasta aquí y voy a besar la condenada piedra!

Y así lo hizo, mientras un irlandés blasfemo se aferraba a sus tobillos.

Bebimos, comimos; los niños entraron y fueron alabados. Richard venía y se iba. A ella no le preocupaba nada. Nada la apartaba de sus historias sobre sí misma. El tiempo que podía pasar sin hablar era limitado. Explicó otra vez todo lo de la maleta y la viuda del millonario. Habló del actor disoluto. Cuántas conversaciones debía de haber llevado así: riendo, insistiendo, divagando, recordando. Me preguntaba si aquella noche era algo que ella describiría como divertida. Ella la describiría. La casa, las alfombras, los platos, los signos de dinero. Podría no importarle que Richard la desairase. Quizá prefería ser desairada por un pariente rico que bien recibida por uno pobre. Pero, ¿había sido siempre así, siempre impetuosa, ávida y temeraria; respetable, quizá incluso admirable, pero no obstante alguien a cuyo lado esperas no tener que estar sentado demasiado rato en un autobús o en una fiesta? No fui sincera cuando dije que deseaba que nos hubiésemos visto en alguna otra

parte, que quisiera haberla apreciado, cuando di a entender que las opiniones de Richard eran el único obstáculo. Quizá la hubiese apreciado más, pero no hubiera podido estar mucho con ella.

Deseaba saber si eso era todo lo que venía a ser, la alegría que yo recordaba; la alegría y la generosidad, el espíritu mundano. Sería mejor pensar que el tiempo había agriado, disipado y transformado en vulgar una cerveza que era efervescente, que las dificultades nos habían cambiado a las dos, y no para mejor. Lugares y personas hostiles podían habernos hecho duras, en esfuerzos y opiniones. Antes me gustaba mirar la publicidad de las revistas con señoras con vestidos de gasa con capas y tejidos que flotaban, que apoyaban los codos en la barandilla de un barco, o que bebían té junto a una palmera plantada en un tiesto. A través de ellas percibía una vida de elegancia y de sensibilidad. Para mí eran una ventana cara al mundo, y las primas eran otra. De hecho, los vestidos floreados de las primas me las recordaban a menudo, aunque las primas eran bastante más gruesas y no eran bonitas. Bien, ahora que lo pienso, ¿qué decían aquellas señoras en los globos que había sobre sus cabezas? Hablaban de olores de axilas, o daban las gracias a su buena estrella por no tener la piel irritada, porque usaban Kotex.

Iris se serenó, por fin, y preguntó a qué hora pasaba el último autobús. Richard había desaparecido de nuevo, pero le dije que la llevaría al hotel en un taxi. Ella dijo que no, que disfrutaría del viaje en autobús, de veras; siempre encontraba alguien con quien conversar. Saqué mi horario y la acompañé a la parada del autobús. Dijo que esperaba no haber cansado los oídos de Richard y los míos con su charla y preguntó si Richard era reservado. Dijo que tenía una casa muy bonita y una familia encantadora y que hacía que se sintiese muy bien el ver que me había ido tan bien en la vida. Las lágrimas llenaban sus ojos cuando me abrazó para decirme adiós.

—¡Qué vieja fulana tan patética! —dijo Richard al entrar en la sala mientras yo retiraba las tazas de café. Me siguió a la cocina recordando cosas que ella había dicho, cosas pretenciosas, fanfarronerías. Señaló faltas gramaticales que había cometido, de la pretendida variedad discreta. Aparentaba incredulidad. Quizá realmente la sentía. O quizá pensó que sería una buena idea comenzar inmediatamente el ataque, antes de que le regañase por salir de la sala, por ser descortés y no ofrecerse para llevarla al hotel.

Todavía estaba hablando cuando le tiré la bandeja de Pyrex a la cabeza. Quedaba en ella un trozo de pastel relleno de merengue. La bandeja no le dio y chocó contra el frigorífico, pero el pastel salió volando y le dio en un lado de la cara como en las viejas películas o como en el espectáculo de *I Love Lucy*. En él se produjo el mismo momento de estupefacción que en la pantalla, el repentino desconocimiento, el habla cortada y la boca abierta. En mí, estupefacción también porque lo que la gente encontraba invariablemente divertido en aquellas ocasiones fuese ahora algo tan chocante en la vida real.

Rema, rema, rema tu barca

*despacio río abajo,
alegremente, alegremente,
alegremente, alegremente,
la vida es sólo un sueño.*

Estoy en la cama junto a mi hermanita, escuchando cómo cantan en el patio. La vida se ha transformado por esas voces, por esas presencias, por su buen humor y su gran estima, hacia sí mismas y las unas hacia las otras. Mis padres, todos nosotros, estamos de vacaciones. La mezcla de voces y letra es tan complicada y variada que parece que esa confusión, esa jovial rivalidad continuará para siempre, y después, para sorpresa mía —porque estoy sorprendida, aunque conozco la norma de los cánones—, la canción se va desvaneciendo, se pueden oír las dos voces rivalizando.

*Alegremente, alegremente,
alegremente, alegremente,
la vida es sólo un sueño.*

Después, la única voz sola, una de ellas sigue cantando, resueltamente, hasta el final. Una voz en la que hay una inesperada nota de súplica, de advertencia, mientras las seis palabras sueltas flotan en el aire. *La vida es. Pausa. Sólo un.* Ahora, pausa. *Sueño.*

II

La piedra en el campo

Mi madre no era una persona que se pasase todo el día escarchando los bordes de los vasos ni imaginándose descendiente de la aristocracia, sino que era realmente una mujer de negocios, una comerciante. Nuestra casa estaba llena de cosas que no se habían pagado con dinero, sino tomado en algún canje complicado, y que podían no ser nuestras para quedárnoslas. Por un tiempo podíamos tocar un piano, consultar una Enciclopedia Británica o comer en una mesa de roble, pero un día volvía de la escuela y me encontraba con que cada una de esas cosas había sido trasladada. Un espejo de pared podía venderse con la misma facilidad, unas vinagreras, un confidente de tela de crin que había reemplazado a un sofá, que había reemplazado a un sofá cama. Vivíamos en un almacén.

Mi madre trabajaba para, o con, un hombre llamado Poppy Cullender. Era un tratante en antigüedades. No tenía tienda: también tenía una casa llena de muebles. Lo que nosotros teníamos era exactamente lo que le sobraba. Tenía cómodas espaldas con espaldas y somieres derechos contra la pared. Compraba cosas: muebles, platos, colchas, tiradores de puerta, palancas de bomba, lecheras, planchas, cualquier cosa, de gente que vivía en granjas o en pueblos pequeños del país, y luego vendía lo que había comprado a las tiendas de antigüedades de Toronto. El auge de las antigüedades no había llegado todavía. Eran los tiempos en los que la gente cubría las molduras antiguas con pintura blanca o color pastel tan rápidamente como podía, desechaba las camas antiguas y ponía en la alcoba muebles de arce a juego, cubriendo con colchas de felpilla los cubrecamas de retales acolchados. No era difícil comprar cosas, adquirirlas por casi nada; pero venderlas era un asunto lento, por lo que podían formar parte de nuestras vidas durante una temporada. Sin embargo, Poppy y mi madre iban bien encaminados. Si hubiesen sobrevivido, podrían haber sido ricos y reivindicados. Tal como iban las cosas, Poppy se mantenía a flote y mi madre apenas sacaba algo, y todo el mundo los consideraba unos ilusos.

No duraron mucho. Mi madre se puso enferma y Poppy fue a la cárcel por hacer requerimientos amorosos en un tren.

Había granjas en las que Poppy no era bien recibido. Los niños le abucheaban y

las esposas echaban el cerrojo a la puerta cuando él atravesaba el patio con su traje negro y grasiento, haciendo girar los ojos de una forma incontrolablemente lasciva o tonta que tenía y diciendo con voz suave y suplicante:

—¿Hay a-alguien en c-caza?

Además de sus otros problemas ceceaba y tartamudeaba. Mi padre le imitaba muy bien. Había sitios donde Poppy se encontraba con las puertas cerradas y otros, normalmente menos respetables, en los que era bien recibido, vitoreado y alimentado, como si hubiese sido un ave rara e inofensiva caída del cielo, valorada por su misma singularidad. Cuando no era bien recibido no volvía; en su lugar enviaba a mi madre. Debía de tener en la cabeza un mapa de la región circundante con cada una de las casas que había en ella. Y del mismo modo que algunos mapas tienen puntos para señalarte dónde se encuentran los recursos minerales, o los lugares de interés histórico, el mapa de Poppy habría señalado la situación de cada una de las conocidas, o imaginadas, mecedoras, aparadores de pino, piezas de vidrio opal, tazas para bigotes.

—¿Por qué no vas corriendo y te lo miras? —le oía decirle a mi madre cuando estaban reunidos en el comedor examinando algo como la marca del artesano en una antigua olla de barro de hacer conserva. No tartamudeaba cuando hablaba con ella. Su voz, aunque suave, no era sumisa e indicaba que tenía sus propias satisfacciones, quizá su propia venganza. Si venía conmigo una amiga, al volver de la escuela, decía:

—¿Es ese Poppy Cullender?

Le extrañaba oírle hablar como una persona normal y también encontrarlo en casa de alguien. Me disgustaba tanto su relación con nosotros que hubiese querido decir que no.

En realidad, no se sabía mucho de las tendencias sexuales de Poppy. La gente pudo haber pensado que no tenía ninguna. Cuando decían que era raro, sólo querían decir eso: extraño, extravagante, inquietante. Su tartamudeo, sus ojos que giraban, su grueso trasero y su casa llena de enseres inservibles, todo eso se unía en esa única palabra. No sé si era muy valiente intentando hacerse una vida propia en un lugar como Dalglish donde insultos impensados y piedad equivocada sería todo lo que le llegase, o si únicamente no era muy realista. Ciertamente no era ser realista hacer aquellas insinuaciones a un par de jugadores de béisbol en el tren de Stratford.

Nunca supe qué pensaba mi madre de su desastrosa suerte final, ni qué sabía de él. Años más tarde leyó en el periódico que un profesor del colegio al que yo iba había sido arrestado por pelearse en un bar por un compañero masculino. Me preguntó si querían decir que estaba defendiendo a un amigo, y que si era así, ¿por qué no lo decían? «¡Compañero masculino!».

Luego dijo:

—Pobre Poppy. Siempre había gente decidida a molestarle. Era muy listo a su modo. Algunas personas no pueden sobrevivir en un sitio como éste. No se tolera. No.

Mi madre utilizaba el coche de Poppy para incursiones de negocios y a veces durante un fin de semana, cuando él se iba a Toronto. Viajaba, desgraciadamente como he dicho, en tren a menos que tuviera un remolque de carga de cosas que llevar. Nuestro propio coche había sufrido ya tantas reparaciones que no podíamos sacarlo fuera de la ciudad; iba hasta Dalglish y volvía, eso era todo. Mis padres eran como mucha otra gente que entró en la Depresión con alguna posesión importante, como un coche o una caldera, que gradualmente se deterioraba y no se podía reparar ni reponer. Cuando podíamos sacarlo a la carretera acostumbrábamos a ir a Goderich una o dos veces durante el verano, al lago. Y de vez en cuando visitábamos a las hermanas de mi padre que vivían fuera, en el campo.

Mi madre siempre decía que mi padre tenía una familia muy rara. Era rara porque habían sido siete chicas y luego un chico, y era rara porque seis de los ocho hijos aún vivían juntos, en la casa donde habían nacido. Una de las hermanas murió joven, de fiebre tifoidea, y mi padre se había marchado. Y aquellas seis hermanas eran muy raras de por sí, al menos en opinión de mucha gente, en el tiempo en que vivieron. Eran restos, realmente. Mi madre lo decía: pertenecían a otra generación.

No recuerdo que vinieran nunca a visitarnos. No les gustaba ir a una ciudad tan grande como Dalglish, ni aventurarse tan lejos de su casa. Hubiese sido un viaje de veinte o veinticinco kilómetros, y no tenían coche. Llevaban un coche de un caballo y un caballo con un trineo en invierno, mucho después de que todos los demás hubiesen dejado de hacerlo. En ocasiones deberían tener que ir a la ciudad, porque vi una vez a una de ellas, en el coche de caballo, en una calle de la ciudad. El coche de caballo tenía una capota alta y grande, como un sombrero negro, y cualquiera que fuese la tía, se sentaba de lado en el asiento, mirando hacia arriba lo menos que es posible hacerlo mientras se lleva un caballo. Las miradas del público parecían sentarle muy mal, pero ella era terca; se mantenía allí en el asiento, encogida y porfiada, y era una extraña visión, a su manera, como Poppy Cullender lo era a la suya. Yo no podía pensar realmente en ella como en una tía, la relación parecía imposible. No obstante, recordaba una época anterior, en la que había ido a la granja (quizá más de una vez, porque era tan pequeña que era difícil recordar) en que no sentía esa imposibilidad y no veía la rareza de estos parientes. Fue cuando mi abuelo estaba en la cama enfermo, muriéndose supongo, con un enorme abanico de papel marrón colgando por encima suyo. Funcionaba con un sistema de cuerdas que se me permitía accionar. Una de mis tías me enseñaba cómo hacerlo cuando mi madre gritó mi nombre desde el piso de abajo. Entonces mi tía y yo nos miramos exactamente como dos niñas se miran cuando las llama un adulto. Debí notar algo inusual en ello, la falta de algo esperado, incluso necesario, en el equilibrio o en las barreras, o no lo hubiese recordado.

Otra vez, con una tía, creo que con la misma, pero quizá era otra, estábamos sentadas en las escaleras de la parte trasera de la granja, con un enorme cesto de pinzas para la ropa en el escalón de detrás nuestro. Me estaba haciendo muñecas,

maniqués, con las pinzas de cabeza redonda. Utilizaba un lápiz negro y uno rojo para hacer las bocas y los ojos y se sacaba trocitos de hilo del bolsillo de su delantal para enrollarlos y hacer el pelo y la ropa. Y me hablaba; estoy segura de que hablaba.

—Aquí tenemos una señora. Fue a la iglesia con la peluca puesta, ¿lo ves? Estaba orgullosa. ¿Qué pasa si hay un golpe de viento? Se le llevaría la peluca, ¿sabes? Sopla.

—Aquí tenemos un soldado. Sólo tiene una pierna, ¿lo ves? La otra pierna se la llevó una bala de cañón en la batalla de Waterloo. ¿Sabes lo que es una bala de cañón, lo que sale de un cañón grande cuando hay una batalla? ¡Bum!

Otra vez nos disponíamos a ir a la granja, en el coche de Poppy, a visitar a las tías. Mi padre dijo que no, que él no conduciría el coche de otro hombre, queriendo decir con ello que no conduciría el coche de Poppy, ni se sentaría donde Poppy se había sentado, de modo que condujo mi madre. Eso hizo que toda la expedición se sintiese vacilante, con el peso mal distribuido. Era un caluroso domingo de finales del verano.

Mi madre no estaba muy segura del camino y mi padre esperaba hasta el último momento para tranquilizarla, lo que se tomaba como una broma, y sin embargo no estaba del todo libre de reservas o de reproche.

—¿Es por aquí por donde hay que girar? ¿Es en la que viene? Lo sabré cuando vea el puente.

El camino era complicado. En torno a Dalglish la mayoría de carreteras eran rectas, pero allí las carreteras daban vueltas alrededor de colinas o se hundían en pantanos. Algunas menguaban hasta quedar en un par de carriles con una hilera de plátanos y dientes de león en medio. En algunos lugares a los arbustos de bayas silvestres les salían enredaderas que cruzaban la carretera. Estos arbustos altos y gruesos, tupidos y espinosos, con hojas de un verde brillante que parecían casi negras, me recordaban las olas del mar que fueron separadas por Moisés.

Allí estaba el puente, como dos vagones de tren puestos juntos, desarmados hasta el esqueleto, de un carril de ancho. Una señal indicaba que no era seguro para los camiones.

—Nunca lo conseguiremos —dijo mi padre, mientras pasábamos traqueteando sobre el piso del puente—. Ahí está. El Viejo Padre Maitland.

Mi hermana dijo:

—¿Dónde?, ¿quién?, ¿dónde está?

—El río Maitland —dijo mi madre.

Miramos abajo, donde los pretiles habían caído del lateral del puente, y vimos el agua marrón claro que corría por encima de piedras enormes y oscuras, entre bancos de cedros, que se rompía en olas bañadas por el sol un poco más allá. Mi piel la estaba deseando.

—¿Van alguna vez a nadar? —pregunté. Quería decir las tías. Pensé que si iban,

podrían llevarnos.

—¿A nadar? —dijo mi madre—. No puedo imaginármelo. ¿Van? —le preguntó a mi padre.

—Yo tampoco me lo imagino.

La carretera subía por la colina, saliendo del oscuro monte de cedros a la orilla del río. Empecé a decir los nombres de las tías.

—Susan, Clara, Lizzie, Maggie. Jennet era la que murió.

—Annie —dijo mi padre—. No te olvides de Annie.

—Annie, Lizzie. Ya la he dicho. ¿Quién más?

—Dorothy —dijo mi madre cambiando de marcha con un pequeño y rabioso esfuerzo, y llegamos a la cima del monte, dejando atrás el oscuro hueco del bosque. Arriba había colinas de pasto cubiertas de algodoncillos de flores color púrpura, de capullos de guisantes silvestres, de margaritas amarillas. Apenas había árboles aquí, pero había montones de arbustos de bayas de saúco floreciendo a lo largo de todo el camino. Parecía que estuviesen rociadas de nieve. Una cumbre pelada llegaba más alto que ninguna otra.

—El monte Hebrón —dijo mi padre—. Ése es el punto más alto de la región de Hurón. O así me lo han dicho siempre.

—Ahora ya sé dónde estoy —dijo mi madre—. Lo veremos dentro de un momento, ¿verdad?

Y allí estaba, la gran casa de madera sin árboles cerca, con un granero y las floridas colinas marrones detrás. El camino del cobertizo era el granero primitivo, hecho de troncos. La pintura de la casa no era totalmente blanca como yo creía, sino amarilla, y estaba bastante desconchada.

En el exterior de la parte delantera de la casa, en una parte de sombra bastante estrecha a aquella hora del día, se encontraban sentadas varias figuras, en sillas de respaldo recto. En la pared de la casa, detrás de ellas, estaban colgados los baldes de leche lavados y las piezas del separador.

No nos esperaban. No tenían teléfono y no habíamos podido avisarlas de que íbamos. Estaban allí, sentadas en la sombra, contemplando la carretera por la que difícilmente pasaría otro coche en toda la tarde.

Una figura se levantó y echó a correr al otro lado de la casa.

—Ésa debe ser Susan —dijo mi padre—. No puede soportar compañía.

—Volverá cuando se dé cuenta de que somos nosotros —dijo mi madre—. No debe de conocer el coche.

—Quizá. Yo no contaría con ello.

Las demás se levantaron y se prepararon ceremoniosamente, con las manos apretadas delante de sus delantales. Cuando salimos del coche y nos reconocieron, una o dos de ellas dieron algunos pasos hacia adelante, luego se detuvieron y esperaron a que nos acercásemos.

—Vamos —dijo mi padre, y nos guió hacia cada una de ellas a su vez diciendo sólo el nombre a modo de saludo. Sin abrazos, sin apretón de manos ni juntar las mejillas.

—Lizzie. Dorothy. Clara.

No servía de nada. Nunca las podría reconocer. Se parecían demasiado. Debía de haber una diferencia de edad de doce o quince años, pero a mí me parecía que todas tenían unos cincuenta, y que eran mayores que mis padres, pero no muy viejas. Eran enjutas y de buena osamenta y pudieron en un tiempo haber sido bastante altas; pero ahora estaban encorvadas, por el duro trabajo y la deferencia. Algunas llevaban el pelo cortado con un estilo sencillo e infantil; otras lo llevaban trenzado y enroscado en lo alto de la cabeza. Ninguna de ellas tenía el cabello totalmente negro, ni totalmente gris. Sus caras eran pálidas, sus cejas espesas y velludas, los ojos hundidos y brillantes, azul grisáceo, o verde grisáceo, o grises. Se parecían mucho a mi padre, aunque él no estaba encorvado y su rostro se había abierto de un modo que no lo habían hecho los suyos, para hacer de él un hombre guapo.

Me parecía mucho a ellas. Yo no lo sabía en aquel momento ni lo hubiese querido. Pero supongamos que ahora no hiciera nada a mi cabello, que dejase de maquillarme y de depilarme las cejas, me pusiera un vestido estampado sin forma y un delantal, y me pusiera en pie con la cabeza colgada y los hombros encogidos. Sí. Así que cuando mi madre y sus primas me miraban de arriba abajo, y me ponían ansiosamente hacia la luz diciendo: «¿Es una Chaddeley? ¿Qué os parece?», era la cara de los Fleming la que estaban viendo y, a decir verdad, era un rostro que se llevaba mejor que el suyo. (No es que ellas dijeran que eran bonitas; parecerse a un Chaddeley era suficiente).

Una de las tías tenía las manos rojas como un conejo desollado. Más tarde, en la cocina, ésta se sentó en una silla apoyada contra la leñera, medio oculta por la estufa, y vi cómo no dejaba de frotarse las manos ni de enrollárselas con el delantal. Recordé que había visto antes aquellas manos, en una de las visitas anteriores, hacía mucho tiempo y que mi madre me había dicho que era porque aquella tía (¿era la misma?) había estado fregando el suelo, la mesa y las sillas con lejía, para mantenerlos blancos. Aquello era lo que la lejía hacía a las manos. Y también después de esta visita, camino de casa, mi madre iba a decir, en un tono de acusación general, lamento y asco:

—¿Has visto esas manos? Deben tener una dispensa presbiteriana que les permita fregar en domingo.

El piso era de pino y estaba blanco, reluciente, pero de aspecto suave, como el terciopelo, y también las sillas y la mesa. Nos sentamos todos en la cocina, que era como una casita añadida a la casa principal; una puerta delantera y otra trasera una frente a la otra, ventanas en tres lados. La estufa negra y fría brillaba también de tan pulida. Sus adornos eran como espejos. La habitación estaba más limpia y más vacía que ninguna en las que haya estado nunca. No había señales de frivolidad, nada que indicase que las personas que vivían allí buscasen distracción alguna vez. No había radio, ni periódicos, ni revistas, y por supuesto, tampoco libros. Debía de haber una biblia en la casa, y debía de haber un calendario, pero no estaban a la vista. Ahora era difícil creer incluso en las muñecas de pinzas, en los lápices de colores y el hilo. Quería preguntar cuál de ellas hacía las muñecas; ¿había

habido realmente una dama con peluca y un soldado con una sola pierna? Pero aunque yo no era habitualmente tímida, una parálisis especial se apoderaba de mí en aquella habitación, como si comprendiera por primera vez cuán atrevida podía ser cualquier pregunta, cuán aventurada cualquier opinión.

El trabajo sería lo que llenaba sus vidas, no la conversación; el trabajo sería lo que daba forma a sus días. Lo sé ahora. Mientras ordeñaban la leche de las ásperas ubres, le daban a la plancha arriba y abajo de la tabla de planchar, que olía a chamuscado, pasaban el agua de fregar en arcos blanqueantes por el suelo de pino, estarían mudas, y quizá contentas. Allí el trabajo no se haría como en casa, donde la idea era acabarlo pronto. Sería algo que podía, que debía, durar siempre.

¿Qué había que decir? Las tías, como quienes se ponen a hablar con la realeza, no se arriesgaban a hacer comentarios propios; pero podían responder a las preguntas. No nos ofrecieron nada para tomar. Estaba claro que sólo un gran esfuerzo de voluntad les impedía huir corriendo y esconderse, como la tía Susan, que no reapareció mientras estuvimos allí. Lo que se percibía en aquella habitación era la dificultad para el contacto humano. Yo me sentía hipnotizada por ello. La dificultad fascinante, la necesidad humillante.

Mi padre tenía alguna idea de cómo proceder. Empezó hablando del tiempo. De la necesidad de lluvia, de la lluvia que en julio había estropeado el heno, de la primavera húmeda del año anterior, de inundaciones ocurridas hacía mucho tiempo, de las perspectivas o de la falta de perspectiva de un otoño lluvioso. Esta charla las tranquilizaba, y preguntó por las vacas, por el caballo del coche, que se llamaba Nelly, por los caballos de labranza Prince y Queen, por el jardín... ¿malogró sus tomates la plaga?

—No.

—¿Cuántos litros sacáis?

—Treinta.

—¿Hicisteis salsa de guindillas?, ¿y zumo?

—Zumo y salsa de guindillas, sí.

—Así no os moriréis de hambre el próximo invierno. Entraréis en carnes ahora.

Dos de ellas se echaron a reír nerviosamente y mi padre se animó y siguió bromeando. Preguntó si iban mucho a bailar, sacudiendo la cabeza y haciendo ver que recordaba la reputación que tenían de ir a bailar, fumar y alardear. Dijo que eran malas y que no se casarían porque preferían coquetear... ¡Vaya! No podía ir con la cabeza levantada por lo que ellas le avergonzaban.

Mi madre le interrumpió entonces. Debió tener la intención de salvarlas, pensando que era cruel tomarles el pelo de aquella forma, extendiéndose justamente en lo que no habían tenido o sido nunca.

—Ese mueble es precioso —dijo—. Este aparador. Siempre lo he admirado.

Jóvenes descocadas, dijo mi padre, eso era lo que eran, en la flor de la vida.

Mi madre fue a examinar el aparador de la cocina, que era de pino, muy pesado y alto. Los tiradores de todas las puertas y cajones no eran totalmente redondos, sino ligeramente irregulares, o bien desde que los hicieron, o por todas las manos

que habían tirado de ellos.

—Podiera ser que viniese un anticuario y os ofreciera cien dólares por él —dijo mi madre—. Si alguna vez ocurre eso, no lo aceptéis. También por la mesa y las sillas. No dejéis que nadie os convenza para venderlos antes de que averigüéis lo que realmente valen. Sé de lo que estoy hablando.

Sin pedir permiso examinó el aparador, tocó los tiradores, lo miró por detrás.

—Yo no puedo deciros lo que vale, pero si alguna vez queréis venderlo, haré que lo tase la mejor persona que pueda encontrar. Eso no es todo —dijo pasando la mano apreciativamente por la madera—. Tenéis una fortuna en muebles en esta casa. No hagáis nada. Tenéis los muebles antiguos que se hacían por aquí, y ya no queda casi ninguno. La gente los tiró a comienzos de siglo; compraron cosas victorianas cuando empezaron a ser prósperos. Las cosas que no se tiraron valen dinero y van a valer todavía más. Os lo digo yo.

Se lo decía. Pero ellas no podían entenderlo. No podían entenderla mejor que si hubiese estado diciendo disparates. Posiblemente la palabra anticuario les era desconocida. Hablaba del aparador de su cocina, pero lo hacía en unos términos que ellas no comprendían. ¿Si un comerciante iba a la casa y les ofrecía dinero? Nadie iba a su casa. Vender el aparador era probablemente tan difícil de imaginar para ellas como el vender la pared de la cocina. Ninguna de ellas miraba a ninguna parte más que a sus regazos con delantal.

—De modo que me imagino que es afortunado para quienes nunca prosperaron —dijo mi padre para tranquilizar, pero tampoco pudieron responderle a él. Conocerían el significado de próspero, pero nunca habrían utilizado esa palabra, nunca se habrían puesto a pronunciarla, ni se habrían puesto a pensar en la idea de llegar a serlo. Se habrían dado cuenta de que algunas personas, incluso sus vecinos, gastaban dinero en tractores, segadoras-trilladoras y en ordeñadoras mecánicas, así como en coches y casas y creo que eso debía de parecerles señal de una alarmante, no envidiable, falta de corrección y de dominio de sí mismo. Eso les haría sentir lástima por las personas, en cierto modo, del mismo modo que podían sentir lástima por las chicas que iban a los bailes, fumaban, coqueteaban y se casaban. También sentirían lástima por mi madre. Mi madre pensaba en sus vidas y en cómo podrían ser alegradas, abiertas. Supongamos que vendieran algunos muebles antiguos, que pusieran agua en la casa, comprasen una lavadora, pusieran linóleo en el suelo, se comprasen un coche y aprendieran a conducirlo... ¿Por qué no?, se preguntaría mi madre, viendo la vida desde el punto de vista del cambio y de las posibilidades. Se imaginaba que anhelaban tener cosas, no sólo cosas materiales, sino también circunstancias, capacidades, que ni siquiera se molestaban en lamentar, ni pensaban en rechazar, al estar tan perfectamente encajadas en lo que tenían y eran, muy lejos de imaginarse a sí mismas de otro modo.

Cuando mi padre estuvo la última vez en el hospital se puso de muy buen humor y muy locuaz bajo la influencia de las pastillas que le estaban dando, y me habló de su

vida y de su familia. Me contó cómo se había ido de casa. En realidad, hubo dos despedidas. La primera ocurrió durante el verano que cumplió catorce años. Su padre le había mandado partir unos troncos de leña. Rompió el mango del hacha y su padre le echó maldiciendo y corriendo tras él con una horca. A su padre se le conocía por su mal carácter y por lo mucho que trabajaba. Sus hermanas gritaron y mi padre, el chico de catorce años, empezó a bajar corriendo por el sendero lo más rápidamente que pudo.

—¿Podían gritar?

—¿Cómo? ¡Oh, sí! Entonces podían.

Mi padre tenía la intención de correr solamente hasta la carretera, estarse por allí y volver cuando sus hermanas le dijeran que no había moros en la costa. Pero no dejó de correr hasta que estuvo a mitad de camino de Goderich, y entonces pensó que también podía seguir el resto del camino. Consiguió un trabajo en un bote de un lago. Pasó el resto de la temporada trabajando en el bote, y el mes antes de Navidad, cuando la estación de los barcos hubo finalizado, trabajó en un molino de harina. Podía hacer el trabajo, pero no tenía la edad necesaria y tenían miedo del inspector, de modo que le dejaron ir. De todos modos, quería ir a casa por Navidades. Se añoraba. Compró regalos para su padre y sus hermanas. Un reloj fue lo que le compró al viejo. Los regalos y el billete se le llevaron cada centavo que tenía.

Unos cuantos días después de Navidad, estaba en el granero, acarreando heno, y su padre fue a buscarle.

—¿Tienes dinero? —quiso saber su padre.

Mi padre dijo que no.

—Bien, ¿crees entonces que tus hermanas y yo vamos a pasarnos todo el verano y el otoño mirando los agujeros del culo de las vacas para que vengas tú y vivas a nuestra costa durante el invierno?

Esa fue la segunda vez que mi padre se marchó de casa.

Se sacudía de risa en la cama del hospital, contándomelo.

—¡Mirando los agujeros del culo de las vacas!

Luego me dijo que lo divertido era que el mismo anciano se había marchado de su casa cuando era un niño, después de una discusión con su propio padre. El padre arremetió contra él por utilizar la carretilla.

—Ocurrió así: Siempre llevaban el forraje de los caballos cubo a cubo. En invierno, cuando los caballos estaban en los establos. Así que mi padre tuvo la idea de llevárselo en la carretilla. Naturalmente, era mucho más rápido. Pero le pegaron. Por gandulería. Así es como eran, ¿sabes? Cualquier cambio de cualquier tipo era algo malo. La eficiencia era simplemente pereza para ellos. Esa es la forma de pensar de los campesinos.

—Quizá Tolstoi estaría de acuerdo con ellos —dije—. Y Gandhi también.

—¡Malditos sean Tolstoi y Gandhi! No trabajaron nunca cuando eran jóvenes.

—Quizá no.

—Pero es una maravilla cómo esas personas tuvieron el valor, en otro tiempo, de

llegar aquí. Lo dejaron todo. Volvieron la espalda a todo lo que conocían y vinieron aquí. Ya era bastante malo tener que afrontar el Atlántico Norte, entonces este país estaba todo desierto. El trabajo que hicieron, las cosas por las que pasaron. Cuando tu bisabuelo llegó a la zona del Hurón, estaban con él su hermano, su esposa y la madre de ésta, y sus dos niños pequeños. De inmediato, a su hermano lo mató un árbol que cayó. Luego, el segundo verano, su esposa, la madre de ésta y los dos niños pequeños cogieron el cólera, y la abuela y los dos niños murieron. De modo que él y su mujer se quedaron solos, y siguieron limpiando el terreno y comenzaron otra familia. Creo que el valor se les consumió. Su religión les agotó, y su crianza. Cómo tuvieron que conformarse. También su orgullo. Orgullo era lo que tenían cuando ya no les quedaba sentido común.

—No a ti —le dije—. Tú te fuiste.

—No me fui lejos.

En su vejez las tías alquilaron la granja, pero siguieron viviendo en ella. Algunas tuvieron cataratas, otras artritis, pero se quedaron y se cuidaron las unas a las otras, y murieron allí, todas excepto la última, tía Lizzie, que tuvo que ir al asilo. Después de todo, eran un clan más duro que las Chaddeley, ninguna de las cuales llegó a los setenta. (La prima Iris murió a los seis meses de ver Alaska). Yo acostumbraba a enviar una postal por Navidad, y solía escribir en ella: «A todas mis tías, felices Navidades con cariño». Lo hacía porque no podía recordar cuáles estaban muertas y cuáles vivas. Había visto su tumba cuando fue enterrada mi madre. Era una lápida modesta con todos sus nombres y fechas de nacimiento, un par de fechas de defunción (Jennet, por supuesto, y probablemente Susan), y el resto en blanco. Ya habrá puestas más.

Ellas también me enviaban una postal, con una guirnalda o una vela, y unas cuantas frases con información.

«Hasta ahora ha hecho un buen invierno, no hay demasiada nieve. Estamos todas bien excepto los ojos de Clara, que no mejoran. Con nuestros mejores deseos para la Navidad».

Pensaba en ellas al tener que salir para ir a comprar la postal, al ir a la oficina de correos y al comprar el sello. Para ellas era un acto de fe escribir y enviar esas frases a cualquier lugar tan inimaginable como Vancouver, a alguien de su propia sangre que llevaba una vida tan ajena a ellas, a alguien que leería la postal con un sentimiento de perplejidad y de inexplicable culpa. Me hacía realmente sentirme culpable y perpleja pensar que aún estaban allí, vinculadas conmigo todavía. Pero cualquier noticia de casa, en aquellos días, podía hacerme sentir que era una traidora.

En el hospital le pregunté a mi padre si alguna de sus hermanas había tenido novio alguna vez.

—No que se pudiera llamar así. No. Acostumbrábamos a hacer broma con un tal señor Black. Decían que construyó su cabaña allí porque estaba enamorado de

Susan. No era más que un tipo con una sola pierna que construyó una cabaña en un rincón del campo al otro lado de la carretera y que murió allí. Todo sucedió antes de que yo naciera. Susan era la mayor, sabes, tenía veinte o veintiún años cuando yo nací.

—¿Así que tú no crees que tuviese un romance?

—No creo. Era sólo una broma. Era austríaco o algo así. Black era como se le llamaba, o quizá como decía él que se llamaba. No le hubieran permitido que se le acercase. Fue enterrado allí mismo bajo una gran piedra. Mi padre echó abajo la cabaña y utilizó la leña para construir nuestra casa-cocina.

Yo lo recordaba, recordaba la gran piedra. Recordaba estar sentada en el suelo mirando a mi padre que colocaba estacas de la cerca. Le pregunté si ese recuerdo podía ser cierto.

—Sí podría serlo. Yo solía ir a colocar las vallas cuando el viejo estaba enfermo en la cama. No debías de ser muy mayor.

—Estaba sentada, mirándote, y me dijiste: «¿sabes lo que es esta piedra grande? Es una lápida». No recuerdo haberte preguntado de quién. Debí de pensar que era una broma.

—Nada de bromas. Esa debía de ser. El señor Black fue enterrado allí debajo. Eso me recuerda otra cosa. Sabes que te conté cómo murieron la abuela y los niños. Tenían los tres cuerpos en la casa a la vez. Y no tenían nada más para hacer las mortajas que las cortinas de encaje que se habían traído del antiguo país. Supongo que debía de ser algo que corría prisa tratándose de cólera y en verano. Así que fue con eso con lo que les enterraron.

—Con cortinas de encaje.

Mi padre parecía vacilar, como si me hubiese entregado un regalo, y dijo bruscamente:

—Bien, ése es el tipo de detalle que pensé que podría interesarte.

Un tiempo después de que mi padre muriese estuve leyendo algunos periódicos viejos en una selección de microfilm de la Biblioteca de Toronto, en relación con un guión documental para la televisión en el que estaba trabajando. El nombre de Dalgleish me llamó la atención y luego el de Fleming, que hace tanto tiempo que no llevo.

ERMITAÑO MUERE CERCA DE DALGLEISH

Se ha informado de que el señor Black, un hombre de unos cuarenta y cinco años de edad, de nombre desconocido, ha muerto en la granja del señor Thomas Fleming, donde ha estado viviendo durante los últimos tres años en una cabaña que el señor Fleming le permitió construir en un rincón de un campo. Subsistía principalmente comiendo pescado, caza menor y las patatas que cultivaba. Se cree que procedía de algún país europeo, pero dio el apellido de Black y no dio a conocer su historia. En algún momento de su vida se había separado de una de sus piernas, lo que llevó a algunos a especular que hubiera podido ser soldado. Se le escuchaba hablar consigo mismo en una lengua extranjera.

Hace unas tres semanas, el señor Fleming, al no haber visto salir humo de la cabaña del ermitaño, indagó y se encontró al hombre muy enfermo. Sufrió cáncer en la lengua. El señor Fleming quiso llevárselo a su propia casa para cuidarlo, pero el señor Black no quiso, aunque finalmente permitió que lo llevaran al granero del señor Fleming donde permaneció porque el clima era suave, y donde lo cuidaron las jóvenes señoritas Fleming que viven en la casa. Allí murió y fue enterrado, a petición propia, junto a su cabaña de ermitaño, llevándose con él el misterio de su vida.

Empecé a pensar que me gustaría ver la piedra, que me gustaría ver si aún estaba allí. Ningún pariente mío vivía ya en aquella región. Fui en coche un domingo de junio y pude evitar pasar por Dagleish; la autopista había sido modificada. Esperaba tener alguna dificultad para hallar la granja, pero me encontré en ella antes de que lo creyera posible. Ya no era un lugar apartado. Las carreteras de atrás eran más rectas, había un nuevo y fuerte puente de cemento de dos carriles; la mitad del monte Hebrón había sido cercenada para gravilla, y en los campos de pasto se había plantado grano.

El cobertizo de troncos había desaparecido. La casa había sido cubierta con tablas de aluminio color verde pálido. Había varias amplias y nuevas ventanas. La plataforma de cemento de delante, donde mis tías se sentaban en sus sillas de respaldo recto a mirar la carretera, se había convertido en un patio, con tinajas de salvia y geranios, una mesa de metal con un toldo, y los habituales muebles plegables revestidos de plástico brillante.

Todo esto me hizo dudar, pero de todos modos llamé a la puerta. Salió a abrir una mujer joven, embarazada. Me invitó a entrar en la cocina, que era una sala alegre con linóleo que imitaba ladrillos rojos y marrones, y armarios empotrados que se parecían mucho al arce. Dos niños estaban mirando una película en la televisión, cuyos colores parecían disiparse por el esplendor del día en el exterior, y un marido joven y eficiente trabajaba con una calculadora, sin parecer molestarle el ruido de la televisión, del mismo modo que a sus hijos no les molestaba la luz del sol. La joven mujer pasó por encima de un perro grande para cerrar un grifo del fregadero.

No estaban impacientes por conocer mi historia, como yo suponía. De hecho, estaban interesados y eran serviciales y no les era del todo desconocida la piedra que yo estaba buscando. El marido dijo que el terreno al otro lado de la carretera no había sido vendido a su padre, que compró la granja a sus tías; había sido vendido con anterioridad. Creía que era por allí por donde estaba la piedra. Dijo que su padre le había contado que había un hombre enterrado por allí, debajo de una gran piedra, e incluso habían ido paseando una vez, para verla, pero no había pensado en ella durante años. Dijo que iría a buscarla ahora.

Yo creía que iríamos andando, pero bajamos el sendero en su coche. Salimos y entramos con mucho cuidado en un maizal. El maíz me llegaba casi a las rodillas, de modo que la piedra se hubiese visto claramente. Pregunté si le importaría al propietario de aquel campo, y el granjero dijo que no, que el tipo nunca se acercaba, que contratava a alguien para que lo trabajase por él.

—Es un tipo que tiene mil acres en maíz sólo en la región de Hurón.

Dije que un granjero era hoy en día como un hombre de negocios, ¿no era así? El granjero pareció complacido de que dijese aquello y comenzó a explicar por qué era así. Había que asumir riesgos. Los gastos eran muy elevados. Le pregunté si tenía uno de aquellos tractores con cabinas con aire acondicionado y dijo que sí. Si trabajabas bien, dijo, las recompensas, las recompensas económicas, podían ser considerables, pero se requerían esfuerzos y tribulaciones que la mayoría de la gente no conocía en absoluto. La primavera siguiente, si todo iba bien, él y su mujer harían sus primeras vacaciones. Irían a España. Los niños querían que olvidasen las vacaciones y que instalasen una piscina, pero su proyecto era viajar. Ahora poseía dos granjas y estaba pensando en comprar una tercera. Estaba sentado haciendo algunos cálculos cuando yo llamé a la puerta. En cierto modo, no podía permitirse comprarla. Por otra parte, no podía permitirse no hacerlo.

Mientras manteníamos esta conversación subíamos y bajábamos por las hileras de maíz buscando la piedra. Miramos en los límites del campo y no estaba allí. Dijo que, por supuesto, los límites del campo de antaño no tenían por qué ser los actuales. Pero probablemente la verdad fuese que cuando sembraron el campo de grano la piedra estuviera en medio y la hubiesen apartado. Dijo que podíamos ir hasta el montón de rocas que había cerca de la carretera y ver si la reconocíamos.

Le dije que no era preciso que nos molestásemos, que no estaba muy segura de reconocerla en medio de un montón de rocas.

—Yo tampoco —dijo. Parecía decepcionado. Me preguntaba qué había esperado ver, o sentir.

Me preguntaba lo mismo sobre mi persona.

Si hubiese sido más joven, me hubiera inventado una historia. Hubiera seguido insistiendo en que el señor Black estaba enamorado de una de mis tías y que una de ellas, no necesariamente aquella de la que él estaba enamorado, estaba enamorada de él. Hubiese querido que él les hubiese confiado, por lo menos a una de ellas, su secreto, su razón para vivir en una cabaña en la región de Hurón, lejos de su hogar. Después, podría haber creído que él quería hacerlo, pero no había confiado ni esto, ni tampoco su amor. Hubiese establecido una relación horrible y plausible entre su silencio y la forma en que murió. Ahora ya no creo que los secretos de las personas sean definidos ni comunicables, ni que sus sentimientos sean totalmente abiertos y fáciles de reconocer. No lo creo. Ahora sólo puedo decir que las hermanas de mi padre fregaban el suelo con lejía, atresnalaban la avena y ordeñaban las vacas a mano. Debieron de llevar un cobertor al granero para que el ermitaño muriese en él, debieron de dejar caer gota a gota el agua de un vaso de latón en su doliente boca. Aquella era su vida. Las primas de mi madre se comportaban de otra manera; se endomingaban, se hacían fotografías las unas a las otras, iban de excursión. Se comportaran como se comportasen, ahora están todas muertas. Yo tengo algo de ellas en mí, pero la piedra grande ha desaparecido, el monte Hebrón está siendo derribado para gravilla y la vida aquí enterrada es una vida en la que hay que pensar dos veces antes de lamentarla.

Alga marina roja

Al final del verano Lydia cogió una barca para ir a una isla de la costa sur de Nueva Brunswick, donde iba a quedarse a pasar la noche. Le quedaban sólo unos días para tener que volver a Ontario. Trabajaba como directora para un editor de Toronto. También era poeta, pero ella no lo mencionaba a menos que fuese algo que la gente ya supiera. Durante los pasados dieciocho meses había estado viviendo con un hombre en Kingston. Por lo que ella creía, aquello se había terminado.

Se había dado cuenta de algo acerca de ella misma en aquel viaje a las Marítimas: La gente ya no estaba tan interesada en conocerla. No era que hubiese creado mucha conmoción anteriormente, pero había habido algo con lo que ella podía contar. Tenía cuarenta y cinco años y hacía nueve que estaba divorciada. Sus dos hijos habían iniciado sus propias vidas, aunque todavía había retiradas y confusiones. No había engordado ni adelgazado, su aspecto no se había deteriorado de forma alarmante pero, no obstante, había dejado de ser una clase de mujer para convertirse en otra, y se había dado cuenta en el viaje. No se había sorprendido porque se encontraba en un estado nuevo y extraño. Hacía un esfuerzo tras otro. Colocaba pequeños bloques uno encima del otro y ya tenía un día. A veces casi no podía hacerlo. Otras veces la misma premeditación, la aparente arbitrariedad de lo que estaba haciendo, la forma en que vivía, la estimulaban.

Encontró una casa de huéspedes que daba al puerto, con sus montones de trampas para langostas y las pocas tiendas y casas diseminadas que constituían el pueblo. Una mujer aproximadamente de su edad estaba haciendo la cena. Esta mujer la llevó a una habitación del piso de arriba, barata y anticuada. No se veían otros huéspedes aunque la habitación contigua estaba abierta y parecía estar ocupada, quizá por una criatura. Fuera quien fuese había dejado varios libros de historietas en el suelo junto a la cama.

Fue a dar un paseo por el empinado sendero que había detrás de la casa de huéspedes. Se entretuvo nombrando arbustos y malas hierbas. La vara de san José y la reina Margarita estaban en flor y el boj japonés, una rareza en Ontario, parecía algo común allí. La hierba era larga y gruesa y los árboles eran pequeños. La costa atlántica, que nunca había visto anteriormente, era exactamente como ella había esperado que fuese. La hierba inclinada, las sobrias casas, la luz del mar. Empezó a

preguntarse cómo sería vivir allí, si las casas seguirían siendo baratas o si personas forasteras habrían comenzado a comprarlas. A menudo en el viaje se había mantenido ocupada haciendo cálculos de esa clase, y también con ideas sobre cómo podría ganarse la vida de alguna forma nueva, romper con todo lo que había hecho antes. No pensaba ganarse la vida escribiendo poesía, no sólo porque los ingresos serían muy pequeños, sino porque pensó, como tantas veces en su vida había pensado, que probablemente ya no escribiría más poemas. Estaba pensando en que no cocinaba lo suficientemente bien como para hacerlo por un sueldo, pero podía limpiar. Al menos había otra casa de huéspedes al lado de la que ella estaba, y había visto un letrero anunciando un motel. ¿Cuántas horas de limpieza podía conseguir si limpiase los tres sitios, y a cuánto se pagaba la hora de limpieza?

Había cuatro mesas pequeñas en el comedor, pero sólo había un hombre sentado, bebiendo zumo de tomate. No la miró. Salió de la cocina un hombre que probablemente era el marido de la mujer que había visto antes. Tenía una barba rubia y canosa, y una mirada alicaída. Le preguntó el nombre a Lydia y la llevó a la mesa en la que estaba el hombre sentado. Éste se levantó ceremoniosamente, y Lydia le fue presentada. El apellido del hombre era Stanley y a Lydia le pareció que debía tener unos sesenta años. Cortésmente, él le pidió que se sentase.

Entraron tres hombres con traje de faena y se sentaron a otra mesa. No eran ruidosos de forma estridente ni ofensiva, pero con sólo entrar y colocarse alrededor de la mesa, creaban una agradable agitación. Es decir, lo disfrutaban, y parecía que esperasen que otros también lo hicieran. El señor Stanley les saludó con una inclinación de cabeza. Era realmente una inclinación, no sólo un gesto con la cabeza. Dijo buenas tardes. Ellos le preguntaron qué había para cenar, y dijo que creía que eran escalopes y de postre pastel de calabaza.

—Estos caballeros trabajan para la Compañía Telefónica de Nueva Brunswick — le dijo a Lydia—. Están tendiendo un cable hasta una de las pequeñas islas, y se alojan aquí durante la semana.

Era mayor de lo que ella había pensado en un principio. No se revelaba en su voz, que era clara y americana, ni en los movimientos de sus manos, sino en sus dientes pequeños, separados y parduscos, y en sus ojos, que tenían una delicada piel lechosa sobre el iris marrón claro.

El marido les llevó la cena y habló con los trabajadores. Era un camarero eficiente, pero bastante estirado y distante, de hecho bastante parecido a un sonámbulo, porque no realizaba el trabajo en su vida real. Las verduras las presentaban en grandes cuencos, de los que cada uno se servía. A Lydia le encantó ver tanta comida: brécoles, puré de nabos, patatas, maíz. El americano se sirvió un poco de todo y empezó a comer de forma muy pausada, dando la impresión de que el orden en el que se llevaba los tenedores llenos de comida a la boca no era casual, de que había una razón para que los nabos siguieran a las patatas, y para que los escalopes, que no eran grandes y estaban muy fritos, fuesen hábilmente cortados por la mitad. Él levantó la cabeza un par de veces como si fuese a decir algo, pero no lo hizo. Los trabajadores también estaban callados en aquel momento, comiendo.

El señor Stanley habló finalmente. Dijo:

—¿Conoce usted a la escritora Willa Cather?

—Sí —Lydia se sobresaltó, porque no había visto a nadie leyendo un libro en las últimas dos semanas; ni siquiera había visto estantes de libros de bolsillo.

—¿Sabe usted que pasaba aquí todos los veranos?

—¿Aquí?

—En esta isla. Tenía aquí su casa de verano. A no más de un kilómetro y medio de donde estamos ahora sentados. Vino aquí durante dieciocho años, y escribió aquí muchos de sus libros. Escribió en una habitación que tenía vistas al mar, pero ahora los árboles han crecido y la han tapado. Estaba con su gran amiga, Edith Lewis. ¿Ha leído usted *Una dama perdida*?

Lydia dijo que sí.

—De todos sus libros es mi favorito. Lo escribió aquí. Al menos, una gran parte.

Lydia era consciente de que los trabajadores estaban escuchando, aunque no levantaban la vista de su comida. Se dio cuenta de que incluso sin mirar al señor Stanley o sin mirarse los unos a los otros podían conseguir comunicar un desdén condescendiente. Pensó que no le importaba si ella estaba incluida o no en ese desdén, pero quizá fuese por esa razón que no encontrase mucho que decir sobre Willa Cather, o que no le dijese al señor Stanley que trabajaba para un editor, y mucho menos que ella misma era una especie de escritora. O pudo ser simplemente que el señor Stanley no le diese demasiada oportunidad.

—He sido admirador suyo durante más de sesenta años —dijo. Hizo una pausa, sosteniendo el cuchillo y el tenedor sobre su plato—. La he leído y releído, y mi admiración crece. Sencillamente crece. Hay aquí personas que la recuerdan. Esta noche voy a ver a una mujer, a una mujer que conoció a Willa y tuvo conversaciones con ella. Tiene ochenta y ocho años, pero dicen que no ha olvidado. Las personas de aquí están empezando a conocer mi interés y recordarán a alguien así y me pondrán en contacto.

—Es un placer para mí —dijo solemnemente.

Durante todo el rato que estuvo hablando, Lydia intentaba pensar qué le recordaba su estilo de conversación. No le recordaba a nadie en especial, aunque podía haber tenido uno o dos profesores de la facultad que hablasen así. En lo que le hizo pensar fue en un tiempo en el que unas cuantas personas, sólo unas cuantas, no se habían preocupado nunca de ser democráticas, ni de congraciarse por su forma de hablar; hablaban con frases formales, bien pensadas, alabándose ligeramente, aunque vivían en un país donde su formalidad, su pedantería, no podía acarrearles más que burla. No, esa no era toda la verdad. Acarreaba burla, y una admiración incómoda. En lo que hacía pensar a Lydia realmente era en la cultura pasada de moda de las ciudades de provincias de hacía tiempo (algo que, desde luego, no había conocido nunca, pero había percibido por los libros); la nobleza, la corrección; butacas lujosas para el concierto y bibliotecas silenciosas. Y su adoración de la escritora escogida era de esta misma clase; estaba tan pasada de moda como su conversación. Pensó que no podía ser un profesor, una adoración tal no era del estilo

de los profesores, ni siquiera de los de su edad.

—¿Da usted clases de literatura?

—No, oh no. No he tenido ese privilegio. No. Ni siquiera he estudiado literatura. Empecé a trabajar cuando tenía dieciséis años. En mis tiempos no había mucha elección. He trabajado en periódicos.

Pensó en algún periódico de Nueva Inglaterra absurdamente discreto y conservador con un anticuado estilo de prosa.

—Oh, ¿en qué periódico? —dijo, y luego se dio cuenta de que su curiosidad debía parecerle bastante grosera a cualquiera que fuese tan prudente.

—No es un periódico del que haya oído usted hablar. Es sólo el diario de una ciudad industrial. Y en otros periódicos anteriormente. Esa ha sido mi vida.

—¿Y ahora quisiera usted hacer un libro sobre Willa Cather?

Aquella pregunta no le parecía tan fuera de lugar, porque siempre estaba hablando con personas que querían escribir libros sobre algo.

—No —dijo sombríamente—. Mis ojos no me permiten leer ni escribir más allá de lo estrictamente necesario.

Aquella era la razón por la que era tan pausado comiendo.

—No —prosiguió—. No digo que en un momento dado no hubiera pensado en eso, en hacer un libro sobre Willa. Hubiese escrito algo sobre su vida aquí en la isla. Se han escrito biografías, pero no mucho de esa etapa de su vida. Ahora he abandonado la idea. Hago mis investigaciones sólo para mi propio placer. Me llevo una silla de tijera hasta allí y me puedo sentar bajo la ventana en la que ella escribía y miraba el mar. Nunca hay nadie allí.

—¿No se conserva? ¿No es una especie de monumento?

—Oh, no, en absoluto. No está nada conservado. Las gentes de aquí, ¿sabe?, mientras que estaban muy impresionadas con Willa, y algunas reconocieron su genio, quiero decir el genio de su personalidad (porque eran incapaces de reconocer el genio de su obra), otras la consideraron hostil y no la querían. Se ofendieron porque era huraña, como tenía que ser, para escribir sus libros.

—Podría ser un proyecto —dijo Lydia—. Quizá podrían conseguir algún dinero del gobierno. Del gobierno canadiense y del americano también. Podrían conservar la casa.

—Bueno, no soy yo quien debe decirlo. —Sonrió, sacudió la cabeza—. No lo creo. No.

No quería que ningún otro devoto viniese a molestarle en su silla de tijera. Debería haberse dado cuenta. ¿Qué valdría este peregrinaje particular suyo si otras personas se metieran en el acto, y se pusieran indicadores, se imprimiesen folletos, si esta casa de huéspedes, que ahora se llamaba Vista del Mar, tuviese que cambiarse el nombre a Sombras en la Roca? Preferiría ver la casa derruida y que la hierba creciese sobre ella antes que ver eso.

Después del último intento de Lydia de llamar a Duncan, el hombre con quien había

estado viviendo en Kingston, había andado por la calle en Toronto sabiendo que tenía que ir al banco, que tenía que comprar comida, que tenía que ir al metro. Tenía que recordar las direcciones y el orden en el que hacer las cosas: abrir el talonario, ir hacia adelante cuando le tocase el turno en la cola, preferir una clase de pan a otra, dejar caer una ficha en la ranura. Parecían ser las cosas más difíciles que hubiese hecho nunca. Tenía una gran dificultad en leer los nombres de las estaciones de metro y en bajarse en la adecuada para poder ir al apartamento en el que vivía. Le hubiese parecido difícil describir esta dificultad. Sabía perfectamente bien cuál era la parada correcta, sabía cuál venía después, sabía dónde estaba. Pero no podía establecer la relación entre ella y las cosas que la rodeaban, de forma que levantarse y dejar el coche, subir las escaleras, ir por la calle, todo parecía implicar un grotesco esfuerzo. Pensó después que se había atascado, como dicen que se atascan las máquinas. Incluso en aquel momento tenía una imagen de sí misma. Se veía como algo parecido a una caja de huevos, agujereada por detrás.

Cuando llegaba al apartamento se sentaba en una silla de la sala. Se sentaba durante una hora aproximadamente, luego iba al cuarto de baño, se desnudaba, se ponía el camisón y se iba a la cama. En la cama sentía triunfo y alivio por haber superado todas las dificultades, haber llegado a donde se suponía que debía estar y no tener que recordar nada más.

No sentía en absoluto ganas de suicidarse. No hubiera podido conseguir los instrumentos ni los medios, ni siquiera podría haber pensado en qué utilizar. Le asombraba pensar que había escogido la barra de pan y el queso, que estaban ahora en el suelo de la sala. ¿Cómo se había podido imaginar que iba a masticarlos y tragarlos?

Después de cenar, Lydia se sentó fuera, en la galería, con la mujer que había hecho la comida. El marido de la mujer limpiaba.

—Claro, desde luego que tenemos un lavavajillas —dijo la mujer—. Tenemos dos congeladores y una nevera de gran tamaño. Hay que invertir. Las tripulaciones se alojan aquí, hay que alimentarlas. Este sitio chupa el dinero como una esponja. El año que viene vamos a poner una piscina. Necesitamos más atracciones. Hay que correr para quedarse en el mismo sitio. La gente piensa «qué vida más fácil y agradable». ¡Pues sí!

Tenía un rostro duro y arrugado, y el pelo largo y estirado. Llevaba tejanos, una camisa bordada y un jersey de hombre.

—Hace diez años estaba viviendo en una comuna en los Estados Unidos. Ahora estoy aquí. A veces trabajo dieciocho horas diarias. Esta noche todavía tengo que envolver la comida de los trabajadores. Cocino y hago cosas al horno, cocino y hago cosas al horno. John hace el resto.

—¿Tiene alguien que limpie?

—No podemos contratar a nadie. John lo hace. Él hace la colada... todo. Tuvimos que comprar una planchadora mecánica para las sábanas. Tuvimos que poner un

horno nuevo. Tuvimos que pedir un préstamo en el banco. Me pareció divertido, porque yo estaba casada con un director de banco. Le dejé.

—Yo también estoy sola ahora.

—¿Sí? No se puede estar sola para siempre. Encontré a John, y él estaba en el mismo barco.

—Estaba viviendo con un hombre en Kingston, en Ontario.

—¿De veras? John y yo somos muy felices. Él era pastor, pero cuando le encontré estaba haciendo de carpintero. Ambos nos habíamos separado de alguna forma. ¿Ha hablado con el señor Stanley?

—Sí.

—¿Había oído hablar de Willa Cather?

—Sí.

—Eso le habrá hecho feliz. Yo apenas leo, no me dice nada. Soy una persona visual, pero creo que es un tipo estupendo, este viejo señor Stanley. Es un verdadero hombre de letras.

—¿Hace mucho que viene aquí?

—No. Éste es sólo su tercer año. Dice que había querido venir aquí toda la vida, pero no podía. Tuvo que esperar hasta que un pariente que estaba cuidando se murió. No era su esposa... quizá un hermano. De todos modos, tuvo que esperar. ¿Qué edad cree que tiene?

—¿Setenta? ¿Setenta y cinco?

—Ese hombre tiene ochenta y un años. ¿No es asombroso? Realmente admiro a las personas así. Realmente las admiro. Admiro a la gente que no se para.

—El hombre con el que vivía, es decir, el hombre con el que vivía en Kingston —dijo Lydia—, una vez estaba poniendo unas cajas de papeles en el maletero de su coche, esto era fuera, en el campo, en una vieja granja, y sintió que algo le tocaba ligeramente y miró abajo. Era casi al anochecer de un día bastante oscuro. Así que pensó que era un perro grande y amistoso, un perro grande y negro que le estaba dando un codazo suave, y no le prestó mucha atención. Sólo dijo «vamos, chico, vete ahora, sé bueno». Luego, cuando tuvo las cajas colocadas se dio la vuelta, y vio que era un oso. Era un oso negro.

Ella contaba esto más tarde, aquella misma noche, en la cocina.

—¿Y qué hizo él entonces? —dijo Lawrence, que era el jefe del equipo de trabajo de la telefónica.

Lawrence y Lydia y Eugene y Vincent estaban jugando a cartas.

Lydia se puso a reír:

—Dijo «perdón». Eso es lo que dice que dijo.

—¿Eran papeles todo lo que tenía en las cajas? ¿No llevaba nada para comer?

—Es un escritor. Escribe libros de historia. Era material que necesitaba para su trabajo. A veces tiene que ir y recoger material de gente que es muy extraña. Ese oso no había salido del monte. De hecho era un animal de compañía al que le habían

soltado la cadena, como broma. Donde tuvo que recoger los papeles había dos hermanos ancianos, y simplemente le soltaron la cadena para darle un susto.

—¿Eso es lo que hace, recoge material antiguo y escribe sobre él? —dijo Lawrence—. Supongo que es interesante.

En el acto lamentó haber contado aquella historia. La había sacado a relucir porque los hombres estaban hablando de osos, pero no tenía mucha gracia si no era Duncan quien la contaba. Podía hacer que le vieras a él, grande, benigno y civilizado, presentando sus corteses disculpas al oso. Podía hacer que vieras a los diabólicos ancianos detrás de sus andrajosas cortinas.

—Tendrían que conocer a Duncan —era lo que casi dijo.

¿Y no había dicho aquello simplemente para demostrar que había conocido a Duncan, que recientemente había estado con un hombre, y con un hombre interesante, con un hombre divertido y aventurero? Quería asegurarles que no siempre estaba sola, haciendo viajes sin objeto. Tenía que mostrarse unida a alguien. Un error. No era probable que pensasen que era aventurero un hombre que recogía papeles viejos de excéntricos y avaros para poder escribir libros sobre cosas que habían sucedido cien años antes. No debería haber dicho siquiera que Duncan era un hombre con el que había vivido. Todo lo que podía significar, para ellos, era que ella era una mujer que se había acostado con un hombre con el que no estaba casada.

Lawrence, el jefe, no tenía los cuarenta todavía, pero había triunfado. Estaba encantado de hablar de sí mismo. Era un contratista de mano de obra independiente y propietario de dos casas en St. Stephen. Tenía dos coches, un camión y un barco. Su esposa daba clases en la escuela. A Lawrence se le estaba poniendo una cintura gruesa, una barriga de camionero, pero todavía parecía ágil y vigoroso. Se veía que sería lo bastante listo, en la mayoría de situaciones, para sus propósitos: lo bastante seguro, lo bastante insensible. Bien vestido, podía resultar vulgar. Y determinados lugares y personas podían ser capaces de ponerle pesimista, inseguro, pendenciero.

Lawrence dijo que todo no era cierto, todo lo que escribían sobre las Marítimas. Dijo que había muchísimo trabajo para personas a quienes no les diese miedo trabajar. Hombres o mujeres. Dijo que él no estaba en contra de la liberación de la mujer, pero que el hecho era, y siempre sería, que había trabajos que los hombres hacían mejor que las mujeres y trabajos que las mujeres hacían mejor que los hombres, y que si hombres y mujeres sentaran la cabeza y se dieran cuenta de ello, serían más felices.

Sus hijos eran unos frescos, dijo. Lo tenían demasiado fácil. Lo tenían todo... así es como era hoy en día, ¿qué podía uno hacer? Los demás niños también lo tenían todo. Ropa, bicicletas, educación, discos. A él no le habían dado nada. Había salido y trabajado, había conducido camiones. Había ido a Ontario, había llegado hasta Saskatchewan. Sólo había llegado hasta el décimo grado de la escuela elemental, pero no había dejado que eso le detuviera. No obstante, a veces deseaba haber tenido más educación.

Eugene y Vincent, que trabajaban para Lawrence, dijeron que ellos nunca

pasaron del octavo grado, cuando hasta ahí era hasta donde se podía llegar en las escuelas rurales. Eugene tenía veinticinco años y Vincent cincuenta y dos. Eugene era franco-canadiense del norte de Nueva Brunswick. Parecía más joven. Tenía un color rosado, una mirada aterciopelada y soñadora, una belleza masculina que sin embargo era de suaves contornos, complaciente, tímido. Difícilmente hay hombres o chicos que tengan esa mirada hoy en día. A veces se puede ver en una fotografía antigua de un novio, de un jugador de baloncesto: el tupido cabello peinado con agua, el floreciente rostro del muchacho en el cuerpo del hombre nuevo. Eugene no era muy listo, o quizá no era muy competidor. Perdió dinero en la partida que estaban jugando. Era un juego de cartas que los hombres llamaban *Skat*. Lydia recordó haber jugado cuando era niña y que le llamaba treinta y uno. Jugaban a veinticinco centavos la partida.

Eugene permitía que Vincent y Lawrence le tomaran el pelo por perder a las cartas, por perderse en Saint John, por las mujeres que le gustaban, y por ser franco-canadiense. Las bromas de Lawrence llegaban a ser pesadas. Lawrence ponía una expresión cuidadosamente afable, pero parecía como si algo duro y pesado hubiese arraigado dentro de él, una carga de amor propio que le hundía en lugar de mantenerlo a flote. Vincent no tenía un peso adicional parecido, y aunque también era implacable en sus bromas (gastaba bromas tanto a Lawrence como a Eugene) no daba sensación de crueldad ni de peligro. Se podía ver que su tono natural era de burla sorda y moderada. Era mordaz y socarrón, pero no insistente; siempre era capaz de decir las cosas más pesimistas y no parecer triste.

Vincent tenía una granja, era la granja de su familia, donde había crecido, cerca de St. Stephen. Decía que en la actualidad no se podía sacar lo suficiente para mantenerse sólo con cultivar la tierra. El año anterior sembró una cosecha de patatas. Hubo heladas en junio, nieve en septiembre. Una temporada demasiado corta. Nunca se sabía, dijo, cuando podía ser así. Y el mercado está ahora todo controlado, todo lo llevan los peces gordos, los grandes intereses. Cada cual hace lo que puede antes que confiar en la agricultura. La mujer de Vincent también trabaja. Hizo un curso y aprendió a peinar. Sus hijos no son trabajadores como sus padres. Todo lo que quieren es ir por ahí haciendo ruido con los coches. Se casan y lo primero que quieren sus mujeres es una cocina nueva. Quieren una cocina que prácticamente haga sola la comida y ponga la mesa.

Antes no era así. La primera vez que Vincent tuvo unas botas propias, unas botas nuevas que no hubiese llevado nadie antes que él, fue cuando entró en el ejército. Estaba tan encantado que andaba de espaldas en el lodo para ver las huellas que dejaban, nuevas y completas. Más tarde, después de la guerra, fue a Saint John en busca de trabajo. Había estado trabajando en su casa, en la granja, durante un tiempo y la ropa del ejército se le había desgastado, y sólo le quedaba un par de pantalones decentes. En una cervecería de Saint John un hombre le dijo:

—¿Quiere usted conseguir barato un buen par de pantalones?

Vincent contestó que sí y el hombre le dijo:

—Sígame.

Y así lo hizo Vincent. ¿Y dónde fueron a parar? ¡A la funeraria! Porque el hecho era que la familia de un hombre muerto normalmente lleva un traje para vestirlo, y sólo necesita que le vistan de la cintura para arriba, eso es todo lo que se ve en el ataúd. El enterrador vendía los pantalones. Aquello era cierto. El ejército le dio a Vincent su primer par de botas nuevas y un cadáver le había proporcionado el mejor par de pantalones que había llevado hasta entonces.

Vincent no tenía dientes. Eso se apreciaba de inmediato, pero no le hacía parecer sin atractivo; sencillamente intensificaba su apariencia de discreción y humor. Su rostro era largo y su barbilla hundida, su mirada no era desafiante, pero tampoco necia. Era un hombre delgado, con excelentes músculos y un pelo negro con canas. En él podían verse todos los años de duro trabajo, y los años que le quedaban, y el cuerpo siempre igual, hasta que se convirtiese en un anciano de brazos correosos, encogido, resignado, aferrándose siempre a unas cuantas bromas.

Mientras jugaban al *Skat* la charla era bulliciosa y era interrumpida constantemente por exclamaciones, amenazas en broma que tenían que ver con el juego, risas. Después se hizo más seria y personal. Habían estado bebiendo una cerveza local llamada Moose, pero cuando terminó la partida Lawrence se fue al camión y trajo cerveza de Ontario, que se consideraba que era mejor. La llamaban «el género importado». La pareja dueña de la casa de huéspedes se había ido a la cama hacía mucho rato, pero los trabajadores y Lydia estaban sentados en la cocina, como si ésta perteneciese a uno de ellos, bebiendo cerveza y comiendo algas marinas rojas, que Vincent había bajado de su habitación. Eran una especie de algas de color pardo verdoso, saladas y con gusto a pescado. Vincent dijo que era lo último que comía por la noche y lo primero por la mañana; no había nada mejor. Ahora que se había visto que era tan bueno para uno, lo vendían en las tiendas, envueltas en pequeños paquetes a un precio criminal.

El día siguiente era viernes y los hombres se marcharían de la isla para ir al continente. Hablaron de coger el barco de las dos treinta en lugar del que tomaban habitualmente, a las cinco treinta, porque la predicción del tiempo era de tormenta; estaba previsto que la cola de uno de los huracanes tropicales alcanzase la bahía de Fundy antes de la noche.

—Pero los transbordadores no funcionarán si hace un tiempo demasiado malo, ¿no? —dijo Lydia—. ¿No funcionarán si es peligroso? —Pensó que no le importaría quedarse aislada, que no le importaría no tener que viajar de nuevo por la mañana.

—Bueno, hay un montón de tíos que esperan marcharse de la isla el viernes por la noche —dijo Vincent.

—Queriendo llegar a casa para estar con sus mujeres —dijo Lawrence con aire burlón—. Siempre hay personal trabajando aquí, siempre hombres fuera de sus hogares.

Luego comenzó a hablar de una forma pausada pero insistente sobre sexo. Habló sobre lo que él llamaba la inmoralidad en la isla. Dijo que una vez las autoridades iban a poner en cuarentena a toda la isla, por las enfermedades venéreas. Aquí venían equipos a trabajar y se quedaban en el motel, en el Ola del Océano, y allí

había fiestas que duraban toda la noche cada noche, con bebidas y chicas jóvenes presentándose y ofreciéndose en venta. Chicas de catorce y quince años, oh, hasta de trece. En la isla, dijo, las cosas eran de tal forma que una mujer de veinticinco podía prácticamente ser una abuela. El lugar era famoso. Aquellas chicas podían hacer cualquier cosa por dinero, a veces por una cerveza.

—Y a veces por nada —dijo Lawrence. Disfrutaba explicándolo.

Oyeron que se abría la puerta de delante.

—Su viejo amigo —dijo Lawrence a Lydia.

Se quedó desconcertada por un momento, pensando en Duncan.

—El tipo mayor de la mesa —dijo Vincent.

El señor Stanley no entró en la cocina. Atravesó el comedor y subió escaleras arriba.

—¡Ey! ¿Ha estado en el Ola del Océano? —dijo Lawrence dulcemente, levantando la cabeza como si fuese a llamar a través del techo—. El viejo maricón no sabría qué hacer con ello —dijo—. No lo hubiera sabido hace cincuenta años mejor que ahora. Yo no dejo que nadie de mis equipos vaya a ese lugar. ¿No es así Eugene?

Eugene se sonrojó. Puso una expresión solemne, como si estuviera siendo importunado por un profesor de la escuela.

—Vamos, Eugene —dijo Vincent.

—¿No es cierto lo que estoy diciendo? —dijo Lawrence apremiante, como si alguien hubiese estado discutiendo con él—. Es cierto, ¿no es así?

Miró a Vincent y Vincent dijo:

—Sí, sí.

No parecía gustarle tanto el tema como a Lawrence.

—Hubiese creído que todo era tan inocente aquí —dijo Lawrence a Lydia—. ¡Inocente! ¡Madre mía!

Lydia subió a por veinticinco centavos que debía a Lawrence de la última partida. Cuando salió de su habitación hacia el oscuro vestíbulo, Eugene estaba allí de pie, mirando por la ventana.

—Espero que la tormenta no sea muy mala —dijo.

Lydia se quedó junto a él, mirando al exterior. La luna podía verse, pero vagamente.

—¿No se ha criado cerca del agua? —preguntó ella.

—No.

—Pero si toman el barco de las dos treinta todo irá bien, ¿no?

—Eso espero.

Era bastante infantil y no se avergonzaba de su miedo.

—Una cosa que no me gusta es la idea de morir ahogao.

Lydia recordó que de niña ella decía «ahogao». La mayoría de los adultos y todos los niños que conocía decían eso.

—No te ahogarás —dijo, con firmeza, maternalmente. Bajó las escaleras y pagó sus veinticinco centavos.

—¿Dónde está Eugene? —dijo Lawrence—. ¿Está arriba?

—Está mirando por la ventana. Está preocupado por la tormenta.

Lawrence se puso a reír.

—Dígale que se vaya a la cama y que se olvide de eso. Está en la habitación justo al lado de la suya. Pensé que debería saberlo por si grita en sueños.

La primera vez que Lydia había visto a Duncan fue en una librería, en la que trabajaba su amigo Warren. Esperaba a Warren para comer con ella. Él había ido a buscar su abrigo. Un hombre preguntó a Shirley, la otra dependiente de la tienda, si le podía buscar un ejemplar de *Las cartas persas*. Aquél era Duncan. Shirley fue delante de él hasta donde estaba el libro, y en la silenciosa tienda Lydia le oyó decir que debía ser difícil saber dónde poner *Las cartas persas*. ¿Se tenía que clasificar como novela o como ensayo político? Lydia percibió que al decir aquello, revelaba algo. Revelaba una necesidad que ella suponía era común a los clientes de la librería, una necesidad de distinguirse, de parecer bien informado. Más tarde recordaría este momento e intentaría imaginarle de nuevo tan impotente, congraciándose ligeramente, mostrando un poco de necesidad. Warren volvió con el abrigo puesto, saludó a Duncan, y cuando Lydia y él hubieron salido, Warren le dijo en voz baja: «El guardabosque de hojalata». Warren y Shirley alegraban sus días poniendo apodos a los clientes. Lydia ya había oído hablar de Boca de Mármol, Garbanzo y la Duquesa Colonial. Duncan era el Guardabosque de Hojalata. Lydia pensó que debían de llamarle así por el abrigo gris liso que llevaba, y por su pelo, de un blanco plateado que, evidentemente, antes había sido rubio. No era delgado ni anguloso, y no parecía tener las articulaciones crujientes. Era flexible y bien proporcionado, ennoblecido y agradable, de piel clara, descaradamente sombrío, brillante.

Ella nunca le contó lo del apodo. Nunca le dijo que le había visto en la librería. Aproximadamente una semana más tarde le encontró en la fiesta de un editor. Él no recordaba ni siquiera haberla visto antes, y ella supuso que no la había visto, ocupado en charlar con Shirley.

Lydia confía en lo que ella entiende, normalmente. Confía en lo que piensa sobre su amigo Warren, o sobre su amiga Shirley, y sobre amistades fortuitas, como la pareja que regentaba la casa de huéspedes, el señor Stanley, y los hombres con quienes había estado jugando a cartas. Piensa que sabe por qué las personas se comportan como lo hacen, y pone más de lo que admitiría en sus propias teorías no probadas y sospechas injustificadas. Pero es tonta e incapaz cuando piensa en el choque entre Duncan y ella. Tiene mucho que decir sobre ello, si se le concede la oportunidad, porque la explicación es su hábito, pero no cree en lo que dice, ni siquiera a sí misma; no la ayuda. Daría lo mismo que se cubriese la cabeza y se sentara en el suelo a lamentarse.

Se pregunta a sí misma ¿qué le dio a él su poder? Ella sabe quién lo hizo, pero pregunta qué, y cuándo... ¿cuándo tuvo lugar la cesión?, ¿cuándo se produjo la

abdicación de todo orgullo y sensatez?

Leyó durante hora y media después de meterse en la cama. Luego fue pasillo abajo hasta el cuarto de baño. Era pasada la medianoche. El resto de la casa estaba a oscuras. Había dejado entornada la puerta y, al volver hacia su habitación, no encendió la luz del pasillo. La puerta del dormitorio de Eugene estaba también entreabierta, y al pasar oyó un sonido débil y cauteloso. Era como un gemido, y también como un susurro. Recordó que Lawrence había dicho que Eugene gritaba en sueños, pero aquel sonido no lo hacía dormido. Sabía que estaba despierto. La miraba desde la cama de su oscura habitación y la estaba invitando. La invitación era amorosa y directa y sonaba indefensa, como su confesión de miedo junto a la ventana. Ella siguió hasta su habitación, cerró la puerta y echó el pestillo. Aunque lo hizo, sabía que no tenía por qué hacerlo. Él nunca intentaría entrar, en él no había espíritu intimidatorio.

Luego permaneció despierta. Las cosas habían cambiado para ella; no aceptaba aventuras. Podía haber ido con Eugene, y antes podía haberle hecho una señal a Lawrence. En el pasado podría haberlo hecho. Podría, o podría no haberlo hecho, dependiendo de cómo se sintiera. Ahora no parecía posible. Se sentía como si estuviese apagada, envuelta en capas y capas de saber opaco, bien protegida. No era algo malo por completo, dejaba la mente despejada. La especulación puede ser más benévola, puede tomarse el tiempo, cuando no la impulsa el deseo.

Pensó en cómo habrían sido aquellos hombres, como amantes. Lawrence hubiese sido su elección razonable. Estaba más próximo a su propia edad, fácil de predecir, y probablemente muy acostumbrado al encuentro discreto. Su forma de abordar era vulgar, pero eso no la hubiera molestado necesariamente. Él sería jovial, espontáneo, prudente, quizá algo pagado de sí mismo, atento de una forma práctica, y en medio de sus atenciones conseguiría insinuar un aviso: una broma, un insulto amistoso, una advertencia de cómo estaban las cosas.

Eugene nunca sentiría la necesidad de hacer aquello, aunque tendría un recuerdo aún más corto que Lawrence (mucho más corto, porque Lawrence, aunque no despreciaba las ocasiones, iría luego pensando en alguna mala consecuencia, para la que debería tener dispuesta una presta línea de defensa). Eugene no sería menos experimentado que Lawrence; durante años, las chicas y las mujeres debían haber estado respondiendo la clase de petición que Lydia había oído, la confesión ingenua. Eugene sería generoso, pensó. Sería un amante agradecido, que se olvidaría de sí mismo, mostrando tal amabilidad hacia sus mujeres que cuando se marchase ellas nunca le causarían problemas. No intentarían atraparlo, no irían gimoteando tras él. Las mujeres les hacen eso a los hombres que se han vuelto atrás, que se han contradicho a sí mismos, que han prometido, mentido, que se han burlado. Estos son los hombres de los que las mujeres quedan embarazadas, a quienes envían cartas desesperadas, a quienes predicán su propio amor superior, de quienes se vengán. Eugene quedaría libre, sería un inocente y feliz prodigio de amor, hasta que

decidiera que ya era el momento de casarse. Entonces se casaría con una chica bastante corriente y maternal, quizá algo mayor que él, algo más lista. Sería fiel y bueno con ella, y se las arreglarían; tendrían una gran y católica familia.

¿Y Vincent? Lydia no podía imaginárselo tan fácilmente como imaginaba a los otros: sus ruidos y movimientos, sus hombros desnudos y su agradable piel caliente; su poder, sus esfuerzos, sus momentos de debilidad. Le daba vergüenza pensar tales cosas de él. No obstante, era el único en quien podía pensar ahora con un interés verdadero. Pensó en su cortesía, en su discreción y en su humor, en su incapacidad para mejorar su suerte. Le gustaba por las mismas cosas que le hacían distinto de Lawrence y le aseguraban que toda la vida estaría trabajando para Lawrence, o para alguien como él, nunca al revés. Le gustaba también por las cosas que le hacían distinto de Eugene: la ironía, la paciencia, la reserva. Era la clase de hombre que había conocido cuando era una niña que vivía en una granja no tan distinta de la suya, la clase de hombre que debió de estar en su familia durante cientos de años. Ella conocía su vida. Con él podía prever puertas que se abrían a lo que conocía y había olvidado; habitaciones y paisajes que se abrían; *allí*. Las noches lluviosas, una tierra con riachuelos y cementerios, cerezos silvestres y pinzones en las esquinas de las vallas. Se tenía que preguntar si esto era lo que sucedía, después de los años de apetito y voracidad: ¿se volvía a las fantasías tiernas de corazón? O era sólo la verdad de lo que necesitaba y quería; ¿debería haberse enamorado, y casado, con un hombre como Vincent, años atrás?, ¿debería haberse concentrado en la parte de ella que se hubiese contentado con un arreglo como ese, y haber olvidado el resto?

Es decir, ¿debería haberse quedado en el lugar donde deciden el amor por uno, y no haber ido donde uno tiene que inventarlo, y reinventarlo, sin saber nunca si estos esfuerzos bastarán?

Duncan hablaba de sus antiguas novias. De la eficiente Ruth, de la impertinente Judy, de la alegre Diane, de la elegante Dolores, de Maxine, que parecía una esposa. De Lorraine, la belleza de pelo rubio y pecho abundante; de Marian, la políglota; de Caroline la neurótica; de Rosalie, que era salvaje y agitanada; de la genial y melancólica Louise; de la apacible Jane, de la alta sociedad. ¿Qué descripción le iría ahora a Lydia? Lydia la poetisa. Malhumorada, desordenada, inaceptable Lydia. La poetisa inaceptable.

Un domingo, yendo en coche por las colinas de los alrededores de Peterborough, él habló de los efectos de la belleza de Lorraine. Quizá el voluptuoso paisaje se lo recordaba. Era casi una broma, le dijo. Era casi tonta. Se detuvo a poner gasolina en una pequeña ciudad y Lydia cruzó la calle para ir a un supermercado que estaba abierto los domingos. Compró maquillaje en tubos que había en un estante. En el frío y sucio lavabo de la gasolinera intentó transformarse, poniéndose el líquido color ante por la cara dándose golpecitos con la mano y frotándose una pasta verde por los párpados.

—¿Qué te has hecho en la cara? —le preguntó cuando volvió al coche.

—Maquillaje. Me he puesto maquillaje para tener una cara más animada.

—Se ve en el cuello donde acaba la raya.

En momentos como aquél ella se sentía sofocada. Era frustración, le dijo después al doctor. La brecha entre lo que quería y lo que podía obtener. Creía que el amor de Duncan, su amor por ella, estaba en algún lugar de su interior, y que por medio de gigantescos esfuerzos para agradar, o ataques de angustia que destruían todos aquellos esfuerzos, o indiferencia aparente, podría arrancarlo o atraerlo.

¿Qué fue lo que le dio una idea como aquélla? Él. Al menos él indicaba que podía amarla, que podían ser felices si ella respetaba su intimidad, si no le exigía nada, e intentaba cambiar aquellas cosas de su persona y de su conducta que a él no le agradaban. Las enumeró con precisión. Algunas eran de naturaleza muy íntima y gritaba avergonzada y se tapaba los oídos y le rogaba que se retractase o que no dijese nada más.

—No hay forma de tener una discusión contigo —le dijo.

Dijo que odiaba las manifestaciones histéricas y emocionales por encima de todo, y no obstante, ella creyó ver un estremecimiento de satisfacción, una profunda sensación de alivio corriendo por todo su ser cuando ella finalmente se hundió bajo el peso de sus tranquilas y detalladas objeciones.

—¿Podría ser eso? —le preguntó al doctor—. ¿Podría ser que quiera a una mujer cerca, pero que tiene tanto miedo de ello que tiene que intentar hundirla? ¿Es eso simplificar demasiado? —preguntó ansiosamente.

—¿Y usted? —le dijo el doctor—. ¿Qué quiere usted?

—¿Para que él me quiera?

—¿No para que usted le quiera a él?

Pensó en el apartamento de Duncan. No había cortinas; estaba por encima de los edificios circundantes. No se había hecho ningún intento por arreglar las cosas para crear un ambiente; nada estaba en relación con ninguna otra cosa. Varias exigencias especiales habían sido atendidas. Una determinada escultura estaba en un rincón detrás de unos archivadores porque a él le gustaba tenderse en el suelo y mirarla en la penumbra. Los libros estaban en montones junto a la cama, que estaba transversal en la habitación para captar la brisa de la ventana. Todo el desorden era orden en realidad, cuidadosamente pensado y en el que no había que interferir. Había una pequeña y bonita alfombra al final del pasillo, donde se sentaba y escuchaba música. Una butaca grande y fea, una pieza maestra de ingeniería, con todos sus accesorios para la cabeza y las extremidades. Lydia preguntó por los invitados, ¿cómo se acomodaban? Él respondió que no tenía ninguno. El apartamento era para él. Él era un invitado popular, ingenioso y agradable, pero no era un anfitrión, y eso le parecía razonable, puesto que la vida social era una necesidad y una invención de otras personas.

Lydia llevó flores y no había ningún sitio donde ponerlas, excepto en una jarra en el suelo junto a la cama. Compró regalos en sus viajes a Toronto: discos, libros, queso. Aprendió senderos por los alrededores del apartamento y encontró lugares donde podía sentarse. Desanimó a sus antiguos amigos, o a cualquier amigo, de que

la telefoneasen o la fueran a ver, porque había demasiadas cosas que no podía explicar. A veces veía a los amigos de Duncan, y se ponía nerviosa porque pensaba que la estaban añadiendo a una lista, especulando. No le gustaba ver cuánto les daba de aquel almacén de regalos: anécdotas, parodias, ingenio halagador, que también utilizaba para deleitarla. No podía soportar la torpeza. Ella notaba que despreciaba a las personas que no eran ingeniosas. Había que ser rápido para estar a su altura en la conversación, se necesitaba energía. Lydia se veía como una bailarina sobre sus puntas, toda ella delicadamente temblorosa, con miedo de fallarle la siguiente vez.

—¿Quiere usted decir que no le quiero? —le preguntó al doctor.

—¿Cómo sabe que le quiere?

—Porque sufro cuando está harto de mí. Quisiera ser borrada de la faz de la tierra. Es cierto. Quiero esconderme. Salgo a la calle y cada rostro que miro parece despreciarme por mi fracaso.

—Su fracaso de hacer que él la quiera.

Ahora Lydia debe acusarse a sí misma. Su ensimismamiento iguala al de Duncan, pero está más artificiosamente oculto. Compite con él en cuanto a quién puede amar mejor. Compite con todas las demás mujeres, aunque es ridículo que lo haga. No puede soportar escuchar cómo son alabadas ni saber que se las recuerda bien. Como muchas mujeres de su generación, tiene una idea del amor que es destructiva, pero que de algún modo no es seria, no es respetuosa. Es codiciosa. Habla de forma inteligente e irónica, y de este modo encubre sus insostenibles expectativas. Los sacrificios que ella hizo con Duncan (arreglos en la forma de vivir, en cuanto a amigos, así como también en la periodicidad del sexo y en el tono de las conversaciones) eran violaciones, no cometidas en serio, pero sí descaradamente. Eso es lo que no era respetable, aquello era lo que era indecente. Le regaló dicho poder, y luego se quejó implacablemente a sí misma, y finalmente a él, de que él lo tenía. Estaba decidida a derrotarle.

Eso es lo que ella le dice al doctor. Pero, ¿es la verdad?

—Lo peor es no saber lo que es cierto de todo esto. Paso todas mis horas de vigilia intentando resolver lo nuestro y no llego a ninguna parte. Expreso deseos. Incluso rezo. Echo dinero en esos pozos de los deseos. Creo que hay algo en él que es absolutamente independiente. Hay algo en él que tiene que librarse de mí, de modo que encontrará motivos. Pero él dice que eso es un disparate, dice que si yo pudiera dejar de reaccionar de forma tan exagerada seríamos felices. Tengo que pensar que quizá tenga razón, quizá todo lo haga yo.

—¿Cuándo es usted feliz?

—Cuando está contento conmigo. Cuando hace broma y se divierte. No. No. No soy feliz nunca. Lo que siento es alivio, como si hubiese vencido un reto, es más triunfante que feliz. Pero él siempre puede dejarme tirada en la cuneta.

—Entonces, ¿por qué está con alguien que siempre puede dejarla tirada?

—¿No hay siempre alguien? Cuando estaba casada era yo. ¿Cree usted que sirve de ayuda hacer estas preguntas? Suponga que es sólo orgullo. Que no quiero estar

sola, que quiero que todo el mundo piense que he conseguido un hombre tan deseable. Suponga que es la humillación, que quiero ser humillada. ¿Qué bien me hará saber eso?

—No lo sé. ¿Qué piensa usted?

—Creo que estas conversaciones están bien cuando uno está ligeramente preocupado e interesado, pero no cuando uno está desesperado.

—¿Está usted desesperada?

Se sintió repentinamente cansada, casi demasiado cansada como para hablar. La habitación donde ella y el doctor estaban hablando tenía una alfombra azul oscuro y tapicería a rayas azules y verdes. En la pared había un cuadro de barcas y pescadores. Confabulación en alguna parte, percibió Lydia. Seguridad fingida, consuelo provisional, graves decepciones.

—No.

A Lydia le parecía que Duncan y ella eran monstruos con muchas cabezas, en aquellos días. De la boca de una cabeza podían salir insultos y acusaciones, calor y frío; de otra falsas disculpas y simplemente excusas; de otra una charla exactamente tan hipócrita, razonable, verdadera y falsa como la que había puesto en práctica con el doctor. No se abría ni una boca que tuviese algo útil que decir. Ninguna boca tenía la sensatez de cerrarse. Al mismo tiempo ella creía, aunque no sabía que lo creía, que esas cabezas de monstruos con su charla cruel, ridícula y excesiva, podían todas retraerse de nuevo, encogerse e irse a dormir. No importaba lo que dijeran, no importaba. Entonces ella y Duncan con esperanza, confianza y recuerdos en blanco podrían volverse a presentar, podrían encontrar el deleite intacto con el que habían comenzado, antes de que empezaran a utilizarse el uno al otro con otros fines.

Cuando estuvo en Toronto, un día intentó recobrar a Duncan, por teléfono, y se encontró con que él había actuado rápidamente. Había cambiado el número y el nuevo no figuraba en la guía. Le escribió a la atención de su patrón, diciéndole que empaquetaría sus cosas y se las enviaría.

Lydia desayunó con el señor Stanley. El equipo de la telefónica había comido y se había ido a trabajar antes de que se hiciera de día.

Le preguntó al señor Stanley por su visita a la mujer que había conocido a Willa Cather.

—Ah —dijo el señor Stanley, y se limpió las comisuras de los labios después de un bocado de huevo escalfado—. Era una mujer que había regentado un pequeño restaurante cerca del puerto. Era una buena cocinera, dijo. Debía de serlo, porque Willa y Edith acostumbraban a comprarle la cena. Ella se la subía por medio de su hermano, en coche. Pero a veces a Willa no le gustaba la cena, quizá no sería exactamente lo que ella quería, o pensaba que no estaba tan bien hecha como debería, y la devolvía. Pedía que le enviaran otra cena.

Sonrió y dijo de un modo confidencial:

—Willa podía ser arrogante. Ya lo creo. No era perfecta. Todas las personas con grandes capacidades tienen tendencia a ser algo impacientes con los asuntos cotidianos.

—Tonterías —tenía ganas de decir Lydia—, da la impresión de que era una verdadera zorra.

A veces el despertarse era bueno, y a veces muy malo. Aquella mañana se había despertado con la fría convicción de un error: algo evitable e irreparable.

—Pero a veces ella y Edith bajaban al café —prosiguió el señor Stanley—. Si les parecía que necesitaban compañía, cenaban allí. En una de aquellas ocasiones Willa tuvo una larga conversación con la mujer que fui a visitar. Hablaron durante más de una hora. La mujer estaba pensando en casarse. Tenía que pensar si hacer un casamiento que me dio a entender que era una especie de proposición de negocios. Compañía. No era cuestión de romance, el caballero y ella no eran jóvenes y alocados. Willa habló con ella durante más de una hora. Por supuesto, ella no le aconsejó directamente que hiciese una cosa u otra, le habló en términos generales con mucha sensatez y amabilidad y la mujer todavía lo recuerda vívidamente. Me alegré de escucharlo, pero no me sorprendió.

—De todos modos, ¿qué sabría ella? —dijo Lydia.

El señor Stanley levantó los ojos del plato y la miró con un asombro apesadumbrado.

—Willa Cather vivía con una mujer —dijo Lydia.

Cuando el señor Stanley respondió parecía turbado, y lo hizo en un tono de ligero reproche.

—Eran leales amigas.

—Nunca vivió con un hombre.

—Sabía cosas como un artista las sabe. No necesariamente por experiencia.

—Pero, ¿qué pasa si no las conocen? —insistió Lydia—. ¿Qué pasa si no?

Siguió comiendo el huevo como si no hubiera oído aquello. Finalmente dijo:

—La mujer consideraba que la conversación de Willa le fue de mucha ayuda.

Lydia hizo un sonido de asentimiento dudoso. Sabía que había sido grosera, incluso cruel. Sabía que tendría que pedir perdón. Fue hasta el aparador y se sirvió otra taza de café.

La mujer de la casa entró desde la cocina.

—¿Se mantiene caliente? Creo que yo también voy a tomarme una taza. ¿Se va usted hoy realmente? A veces creo que también me gustaría subir a bordo e irme. Es maravilloso esto y me gusta, pero ya sabe cómo va.

Se bebieron el café de pie junto al aparador. Lydia no tenía ganas de volver a la mesa, pero sabía que tendría que hacerlo. Al señor Stanley se le veía frágil y solitario, con sus hombros estrechos, su pulcra cabeza calva, su chaqueta deportiva a cuadros marrones, que era ligeramente grande. Se tomaba la molestia de ser limpio y pulcro, y debía de ser una molestia, con su vista. De todas las personas, él no se merecía una grosería.

—Oh, me olvidaba —dijo la mujer.

Fue a la cocina y volvió con una gran bolsa de papel marrón.

—Vincent le dejó esto. Dijo que le gustó. ¿Le gusta?

Lydia abrió la bolsa y vio las hojas largas, oscuras y dentadas de las algas marinas, con aspecto oleoso incluso cuando estaban secas.

—Bueno —dijo.

La mujer se puso a reír.

—Lo sé. Hay que haber nacido aquí para tener el gusto.

—No, realmente me gusta —dijo Lydia—. Me iba acostumbrando.

—Debe usted haber caído en gracia.

Lydia llevó la bolsa hasta la mesa y se la mostró al señor Stanley. Probó una broma conciliadora.

—Me pregunto si Willa Cather comió de estas algas rojas alguna vez.

—Algas rojas —dijo el señor Stanley pensativamente. Alargó la mano hacia la bolsa y sacó algunas hojas y las miró. Lydia sabía que él estaba viendo lo que Willa Cather podía haber visto—. Casi seguramente que las conocería. Las habría conocido.

Pero ¿tuvo suerte o no?, ¿fue todo bien con aquella mujer? ¿Cómo vivió? Eso era lo que Lydia quería decir. ¿Habría sabido el señor Stanley de lo que ella estaba hablando? Si ella hubiese preguntado cómo vivió Willa Cather, ¿no hubiera él respondido que ella no tenía que encontrar una forma de vivir, como las demás personas, que ella era Willa Cather?

Qué precioso y duradero refugio había hecho para él. Lo podía llevar a todas partes y nadie podía interferir. Llegaría el día en que Lydia se consideraría afortunada de hacer lo mismo. Mientras tanto, estaría a ratos bien y a ratos mal.

—A ratos bien y a ratos mal —acostumbraban a decir en su infancia, hablando de la salud de las personas que no iban a recobrarla—. ¡Ah!, a ratos está bien y a ratos mal.

Sin embargo, muestra cómo ese regalo la reconforta furtivamente, desde la distancia.

La temporada del pavo

A Joe Radford

Cuando tenía catorce años conseguí un trabajo en el Corral del Pavo durante la temporada de Navidad. Era demasiado joven para conseguir trabajo en una tienda, o como camarera a tiempo parcial; también era demasiado nerviosa.

Yo limpiaba pavos. Las demás personas que trabajaban en el Corral del Pavo eran Lily, Marjorie y Gladys, también limpiaban pavos. Irene y Henry los desplumaban; Herb Abbott, el capataz, supervisaba toda la operación y se ponía donde se le necesitaba. Morgan Elliot era el propietario y jefe. Él y su hijo Morgy se ocupaban de la matanza.

A Morgy le conocía de la escuela. Lo encontraba tonto y despreciable, y me molestaba tener que considerarle bajo una nueva luz, y posiblemente superior, como hijo del jefe. Pero su padre le trataba tan rudamente, gritándole y renegando, que no parecía ser más que el peor de los trabajadores. La otra persona emparentada con el jefe era Gladys. Su hermana, y en su caso sí parecía estar en alguna clase de posición privilegiada. Trabajaba despacio, se iba a casa si no se sentía bien, y no era cordial ni con Lily ni con Marjorie, aunque sí lo era un poco conmigo. Había vuelto para vivir con Morgan y su familia después de haber trabajado durante muchos años en Toronto, en un banco. Aquélla no era la clase de trabajo a la que estaba acostumbrada. Lily y Marjorie, hablando de ella cuando no estaba presente, decían que había tenido una crisis nerviosa. Decían que Morgan la hacía trabajar en el Corral del Pavo para hacerle pagar su manutención. También decían, sin preocuparse por la contradicción, que había cogido el trabajo porque iba detrás de un hombre, y que el hombre era Herb Abbott.

Durante las primeras noches, todo lo que veía al salir de allí, cuando cerraba los ojos, eran pavos. Los veía colgando patas arriba, destripados y tiesos, pálidos y fríos, con las cabezas y los cuellos flácidos, los ojos y las cavidades nasales cuajadas de sangre oscura; los restos de las plumas, también oscuros y sangrientos, parecían formar una corona. No los veía con aversión sino con una sensación de trabajo interminable por hacer.

Herb Abbott me enseñaba lo que tenía que hacer. Pones el pavo sobre la mesa y

le cortas la cabeza con el hacha. Después coges la piel suelta de alrededor del cuello y tiras de ella hacia atrás para descubrir el buche, alojado en la hendidura entre el esófago y la tráquea.

—Busca la cachuela —decía Herb animándome. Me hacía cerrar los dedos alrededor del buche. Luego me enseñó cómo bajar la mano por detrás para cortarlo, y también el esófago y la tráquea. Utilizaba tijeras para cortar las vértebras—. Aprieta, aprieta —decía tranquilizándome—. Ahora pon dentro la mano.

Lo hice. Hacía un frío de muerte allí dentro, en los oscuros interiores del pavo.

—Cuidado con las astillas de los huesos.

Trabajando con cuidado en la oscuridad, tenía que tirar de los tejidos conectivos y extraerlos.

—¡Arriba! —Herb le dio la vuelta al ave y le dobló cada pierna—. Rodillas arriba, mamá Brown. Ahora.

Cogió un pesado cuchillo y lo puso directamente sobre los nudillos de las rodillas y cortó la canilla.

—Echa un vistazo a los gusanos.

Cuerdas de color blanco perlado salían de la canilla, y se arrastraban por su cuenta.

—Son sólo los tendones contrayéndose. ¡Ahora viene lo bonito!

Cortó el ave por su parte inferior, que dejaba salir un olor putrefacto.

—¿Estás informada?

No supe qué decir.

—¿Qué es ese olor?

—Ácido sulfhídrico.

—Informada —dijo Herb, suspirando—. Muy bien. Pasa los dedos por alrededor y suelta las tripas. Despacio, despacio. Mantén los dedos juntos y las palmas hacia adentro. Tienes que notar las costillas con el dorso de la mano, y has de notar las tripas en tu palma. ¿Lo notas? Sigue. Rompe los tendones, tantos como puedas. Sigue. ¿Notas un bulto blando? Es el corazón. ¿Sí? Bien. Pon tus dedos alrededor de la molleja. Despacio. Empieza a tirar por aquí. Eso es. Eso es. Empieza a sacarla.

No era nada fácil. Ni siquiera estaba segura de que lo que tenía fuese la molleja. Mi mano estaba llena de pulpa fría.

—Estira —dijo, y saqué una masa brillante y de aspecto parecido al hígado.

—Ya lo tienes. Ahí están los bofes. ¿Sabes lo que son? Pulmones. Ahí está el corazón, ahí la molleja, ahí la hiel. No tienes que romper nunca la hiel dentro, o amargará todo el pavo.

Discretamente, quitó lo que yo me había dejado, incluyendo los testículos, que eran como un par de uvas blancas.

—Bonito par de pendientes —dijo Herb.

Herb Abbott era un hombre alto, fuerte y rollizo. Tenía un pelo negro y fino que le arrancaba desde la mitad de la frente hacia atrás, y los ojos ligeramente oblicuos, lo que le hacía parecer un chino pálido o un retrato del diablo, sólo que tenía un rostro amable y bondadoso. Cualquiera cosa que hiciera por el Corral del Pavo,

destripar, como ahora, o cargar el camión, o colgar las carcasas, lo hacía con movimientos eficientes y precisos, rápida y enérgicamente.

—Fíjate en Herb, siempre camina como si estuviera sobre un barco —dijo Marjorie, y era cierto. Herb trabajaba en los barcos del lago, durante la temporada, como cocinero. Luego trabajaba para Morgan hasta después de Navidades. En el tiempo restante ayudaba en el salón de billar, haciendo hamburguesas, recogiendo, evitando peleas antes de que comenzasen. Allí era donde vivía; tenía una habitación sobre el salón de billar de la calle principal.

En todas las actividades del Corral del Pavo parecía ser Herb quien tenía continuamente la eficacia y el honor del negocio en la cabeza; era él quien lo mantenía todo bajo control. Viéndole en el corral hablando con Morgan, que era un hombre bajo y grueso, de cara roja, un pendenciero impredecible, uno estaba seguro de que Herb era el jefe y Morgan el ayudante contratado. Pero no era así.

Si no hubiera tenido a Herb para enseñarme, no creo que hubiese aprendido a destripar pavos. Yo era torpe con las manos y me había sentido avergonzada por ello tan a menudo, que la menor muestra de impaciencia por parte de la persona que me enseñase me hubiera podido provocar una parálisis nerviosa. No podía soportar que me mirase nadie, si no era Herb. En particular, no podía soportar que me mirasen Lily y Marjorie, dos hermanas de mediana edad, que limpiando pavos eran muy rápidas, concienzudas y competentes. Cantaban mientras trabajaban y hablaban de modo insultante e íntimo a los cadáveres de los pavos.

—¡No me pinches, maricón!

—¡Eres un pavo de mierda!

Nunca había oído a mujeres que hablasen así.

Gladys no era rápida trabajando, aunque debía de ser meticulosa, si no Herb hubiese hablado con ella. No cantaba nunca y, sin duda, tampoco era mal hablada. Yo la consideraba bastante mayor, aunque no era tan mayor como Lily y Marjorie; debía de tener más de treinta años. Parecía ofendida por todo lo que ocurría y daba la impresión de guardarse cantidad de opiniones desagradables para sí. Yo no intenté hablar nunca con ella, pero ella me habló un día en el frío y pequeño lavabo del cobertizo donde se limpiaban los pavos. Se estaba poniendo maquillaje compacto en la cara. El color del maquillaje era tan distinto del color de su piel que parecía que estuviese dando palmadas con pintura naranja sobre una pared encalada y desigual.

Me preguntó si yo tenía el pelo rizado natural.

Le dije que sí.

—¿No te tienes que hacer la permanente?

—No.

—Tienes suerte. Yo tengo que arreglarme el mío cada noche. La química de mi sistema no me permite hacerme la permanente.

Las mujeres tienen distintas maneras de hablar de su aspecto. Algunas dejan claro que lo que hacen para estar arregladas lo hacen por el sexo, por los hombres. Otras, como Gladys, se toman el trabajo como una especie de trabajo doméstico, de

cuyas dificultades se jactan. Gladys era elegante. Me la podía imaginar en el banco, con un vestido azul marino con el tipo de cuello blanco separable que se puede lavar por la noche. Era gruñona y correcta.

Otra vez me habló de sus períodos, que eran abundantes y dolorosos. Quería saber cómo eran los míos. Había una expresión inquieta, remilgada y agitada en su rostro. Me salvó Irene, que estaba utilizando el lavabo y gritó:

—Haz como yo, y te librarás de tus problemas por un tiempo.

Irene sólo era unos años mayor que yo, pero se había casado recientemente (ya embarazada), y estaba muy adelantada.

Gladys la ignoró, pasándose agua fría por las manos. Las manos de todas nosotras estaban rojas y tenían un aspecto inflamado por el trabajo.

—No puedo utilizar ese jabón. Si lo uso me sale un sarpullido —dijo Gladys—. Si traigo aquí mi propio jabón, no puedo permitirme que otras personas lo utilicen, porque me cuesta mucho dinero; es un jabón anti-alérgico especial.

Creo que la idea que Lily y Marjorie fomentaban, de que Gladys iba detrás de Herb Abbott, nacía de su creencia de que los solteros debían ser importunados y avergonzados siempre que fuera posible, y del interés que sentían por Herb, que daba la impresión de que alguien debería de ir tras él. Sentían curiosidad por él. Lo que se preguntaban era: ¿Cómo puede un hombre necesitar tan poco? Sin esposa, sin familia, sin casa. Los detalles de su vida cotidiana, las preferencias menudas, eran de interés. ¿Dónde se había criado? (Por aquí, por allí y por todas partes). ¿Cuánto tiempo había ido a la escuela? (El suficiente). ¿Dónde estaba su novia? (No se sabía). ¿Bebía café o té, si le daban a elegir? (Café).

Cuando decían que Gladys iba tras él, debían de querer hablar realmente de sexo, lo que él quería y lo que tenía. Debían de sentir una curiosidad voluptuosa por él, como yo. Él provocaba estos sentimientos por ser discreto y no gastar las bromas que gastaban algunos hombres, y por no ser al mismo tiempo ni remilgado ni fino. Algunos hombres, al mostrarme los testículos del pavo, hubiesen actuado como si su misma existencia fuese de algún modo una broma pesada para mí, algo por lo que se podría ridiculizar a una chica; otra clase de hombre se hubiese sentido turbado y hubiera pensado que tenía que protegerme de la vergüenza. Un hombre que no parecía sentir ni de una manera ni de otra era una rareza tanto para las mujeres mayores, probablemente, como para mí. Pero lo que era tan bien acogido por mí podía haber sido inquietante para ellas. Querían empujarle. Incluso querían que Gladys le empujase, si podía.

Entonces no se tenía idea (al menos en Logan, Ontario, a finales de los años cuarenta), de que la homosexualidad iba más allá de unos confines muy estrechos. Las mujeres, ciertamente, creían en su rareza y en límites definidos. Había homosexuales en la ciudad, y sabíamos quiénes eran: un empapelador elegante, de voz fina y cabello ondulado, que se titulaba a sí mismo decorador de interiores; el hijo único de la viuda del pastor, gordo y mimado, que llegaba tan lejos como para participar en concursos de cocina y que había hecho un mantel a ganchillo; un organista hipocondríaco de la iglesia y profesor de música, que mantenía el coro y a

sus alumnos a raya con estridentes rabinetas. Una vez se ponía la etiqueta, había bastante tolerancia hacia esas personas, y sus dotes para la decoración, para el ganchillo y para la música eran apreciadas, en especial por las mujeres.

—Pobre chico —decían—. No hace ningún daño.

Realmente parecían creer, las mujeres lo creían, que el factor determinante era la inclinación por la cocina o por la música, y que era esta actividad la que hacía del hombre lo que era, no otro desvío que pudiera, o que deseara tomar. El deseo de tocar el violín podía ser considerado como una mayor desviación de la virilidad que el deseo de evitar a las mujeres. En realidad, se tenía la idea de que cualquier hombre viril desearía huir de las mujeres, pero la mayoría de ellos eran pescados con la guardia baja y para siempre.

No quiero entrar en la cuestión de si Herb era o no homosexual, porque la definición no me sirve. Creo que probablemente lo era, pero quizá no lo fuese. (Aún considerando lo que luego sucedió, lo creo así). Él no es un rompecabezas que se pueda resolver tan arbitrariamente.

El otro desplumador que trabajaba con Irene, era Henry Streets, un vecino nuestro. No había nada notable en él, excepto que tenía ochenta y seis años y todavía era, como él decía, un demonio para el trabajo. Llevaba whisky en el termo y se lo iba bebiendo durante el día. Fue Henry quien me dijo, en nuestra cocina:

—Tendrías que conseguir trabajo en el Corral del Pavo. Necesitan otra persona para limpiar pavos.

Mi padre dijo enseguida:

—Ella no, Henry. Es muy torpe.

Y Henry dijo que sólo estaba bromeando, que era un trabajo sucio. Pero yo ya estaba decidida a probarlo, tenía una gran necesidad de tener éxito en un trabajo como aquél. Estaba casi en el estado de una persona mayor que se siente avergonzada de no haber aprendido nunca a leer, de tanto que me afectaba mi incapacidad para el trabajo manual. El trabajo, para todas las personas que yo conocía, significaba hacer cosas para las que yo no servía, y el trabajo era de lo que las personas se enorgullecían y por lo que se medían las unas a las otras. (Ni que decir tiene que las cosas para las que yo servía, como los trabajos escolares, eran sospechosas o eran simplemente despreciadas). De modo que fue una sorpresa, y luego un triunfo para mí, el que no me despidieran y ser capaz de limpiar pavos a una velocidad que no era deshonrosa. No sé si realmente comprendía lo mucho que esto se debía a Herb Abbott, pero a veces me decía: «Buena chica», o me daba una palmada en la cintura y decía: «Estás aprendiendo a limpiar muy bien los pavos, llegarás lejos», y cuando notaba su contacto rápido y amable a través del grueso suéter y del sangriento delantal que llevaba, sentía que mi rostro ardía y que deseaba apoyarme contra él cuando estaba detrás mío. Quería apoyar mi cabeza contra su ancho y carnoso hombro. Cuando me iba a dormir por la noche, tumbada sobre un costado, frotaba mi mejilla contra la almohada y pensaba que era el

hombro de Herb.

Estaba interesada en cómo le hablaba a Gladys, en cómo la miraba o la observaba. Este interés no era celoso. Creo que quería que algo sucediera entre ellos. Yo me estremecía de curiosa expectación, al igual que Lily y Marjorie. Todas queríamos ver la señal de la sexualidad en él, escucharla en su voz, no porque pensásemos que le haría parecerse más a otros hombres, sino porque sabíamos que en él sería completamente distinta. Era más amable y más paciente que la mayoría de las mujeres, tan severo y distante, en algunos aspectos, como cualquier hombre. Queríamos ver cómo se le podía impresionar.

Si Gladys también lo quería, no dio señales de ello. Es imposible para mí decir de las mujeres como ella si son tan apagadas y cadavéricas como parecen, sin necesitar más que oportunidades para la irritación y el desdén, o si las ahogan tenebrosos fuegos y pasiones inútiles.

Marjorie y Lily hablaban de matrimonio. No tenían muchas cosas buenas que decir sobre él, a pesar de que a su parecer era un estado del que a nadie debiera serle permitido quedar fuera. Marjorie decía que poco después de casarse había ido a la leñera con la intención de ingerir verde de París^[2].

—Lo hubiese hecho —dijo—. Pero llegó el hombre del camión de comestibles y tuve que salir a comprar víveres. Eso fue cuando vivíamos de la granja.

Su marido era cruel con ella entonces, pero después tuvo un accidente: volcó el tractor y quedó tan gravemente herido que sería un inválido toda su vida. Se trasladaron a la ciudad, y ahora Marjorie era el jefe.

—La otra noche empezó a ponerse de malhumor y a decir que no quería la cena. Bueno, sólo tuve que cogerle por la muñeca y levantarla. Tuvo miedo de que le retorciese el brazo. Vio que lo haría. De modo que dije: «¿que tú, qué?». Y dijo: «Me la comeré».

Hablaban de su padre. Era un hombre de la vieja escuela. Tenía un lazo corredizo en la leñera (no en la del insecticida, ésta debía ser una anterior, en otra granja), y cuando le ponían nervioso acostumbraba a ponerlos en fila y a amenazarlos con colgarles. Lily, que era la menor, temblaba hasta caerse. Este mismo padre arregló el matrimonio de Marjorie con uno de sus compinches cuando sólo tenía dieciséis años. Aquél era el marido que la había llevado al verde de Schweinfurt. Su padre lo hizo porque quería estar seguro de que no se quedaba embarazada.

—Fogosa —dijo Lily.

Yo me horroricé y pregunté:

—¿Por qué no te escapaste?

—Su palabra era ley —dijo Marjorie.

Decían que ése era el problema con los críos hoy en día, eran los niños quienes mandaban. La palabra de un padre debería ser ley. Ellas criaban a sus propios hijos de manera estricta, y ninguno había salido malo todavía. Cuando el hijo de Marjorie mojaba la cama ella le amenazaba con cortarle el pito con el cuchillo de carnicero. Eso lo curó.

Decían que el noventa por ciento de las chicas jóvenes de hoy en día bebía, eran mal habladas y les daba por ir por ahí acostándose. No tenían hijas, pero si tuvieran y las pillaran en algo así, las pegarían hasta dejarlas en carne viva. Irene, decían, iba siempre a los partidos de hockey con los pantalones de esquí rajados sin nada debajo, para tenerlo después más fácil en los ventisqueros. Terrible.

Yo quería señalar algunas contradicciones. Las mismas Marjorie y Lily bebían y hablaban mal y, ¿dónde estaba lo maravilloso en la intransigente voluntad de un padre que te aseguraba toda una vida de infelicidad? (Lo que yo no veía era que Marjorie y Lily no eran infelices del todo, no podían serlo, por su sentido del rango, su orgullo y su estilo). Yo me enrabiaba entonces por la falta de lógica en lo que hablaban la mayoría de los adultos, por la forma en que se atenían a sus declaraciones sin importarles la evidencia que les pudiera ser presentada. ¿Cómo podían ser tan dotadas, tan delicadas y hábiles las manos de aquellas mujeres (porque yo sabía que serían tan buenas para docenas de otros trabajos como lo eran limpiando pavos; servirían para hacer cobertores, para zurcir, para pintar, para empapelar, para amasar pasta y sembrar) y su forma de pensar tan chapucera, desatinada y exasperante?

Lily dijo que ella nunca dejaba que su marido se le acercase si había estado bebiendo. Marjorie dijo que desde una vez que casi se murió de una hemorragia nunca había dejado que su marido se le acercara, punto. Lily dijo rápidamente que sólo intentaba algo cuando había estado bebiendo. Pude ver que era una cuestión de orgullo no dejar que el esposo se acercara, pero apenas podía creer que «acercarse» significara «tener relaciones sexuales». La idea de que Marjorie y Lily fuesen solicitadas para dichos propósitos parecía grotesca. Tenían los dientes mal, los estómagos les colgaban, y los rostros pálidos y manchados. Decidí entender «acercarse» en sentido literal.

Las dos semanas antes de Navidad eran un tiempo frenético en el Corral del Pavo. Comencé a ir una hora antes de la escuela y también después de la escuela y durante los fines de semana. Por la mañana, cuando iba a trabajar, las farolas estaban todavía encendidas y brillaban las estrellas matutinas. Allí estaba el Corral del Pavo, en el límite de un campo blanco, con una hilera de grandes pinos detrás, y siempre, sin importar el frío ni el silencio que hubiera, estos árboles elevaban sus ramas, suspiraban y se extendían. Parece poco probable que de camino al Corral del Pavo, para limpiar pavos durante una hora, hubiese yo experimentado tal sensación de promesa y al mismo tiempo de perfecto e impenetrable misterio en el universo, pero así era. Herb tenía algo que ver con aquello, y también el corto período de frío: la serie de inclementes y claras mañanas. La verdad es que entonces no era difícil tener esas sensaciones. Yo las tenía, pero sin saber cómo podían estar relacionadas con algo en la vida real.

Una mañana había en el Corral del Pavo otra persona para limpiar pavos. Era un muchacho de dieciocho o diecinueve años, un extraño llamado Brian. Parecía ser

un pariente, o quizá sólo un amigo de Herb Abbott. Vivía con Herb. Había trabajado en un barco del lago el verano anterior. Dijo que acabó harto y lo dejó.

Lo que dijo fue:

—¡Joder con los barcos! Acabé harto.

El lenguaje en el Corral del Pavo era grosero y directo, pero aquélla era una palabra que no se había oído nunca allí. Y Brian no parecía utilizarla descuidadamente, más bien alardeando, en una mezcla de insulto y provocación. Quizá era su estilo en general el que lo hacía parecer así. Tenía un aspecto asombrosamente atractivo: cabello castaño claro, ojos de un azul clarísimo, piel lozana, cuerpo bien formado... la clase de atractivo sobre el que nadie discrepa ni por un momento. Pero un engreimiento único e inexorable se había apoderado de él de tal manera, que no podía evitar el convertir todas sus ventajas en una parodia. Tenía una boca bonita y ligeramente abierta la mayor parte del tiempo, los ojos medio cerrados, su expresión era una mirada lasciva y prometedora, y sus movimientos indolentes, exagerados, provocadores. Quizá si le hubiesen puesto en un escenario con un micrófono y una guitarra y le hubiesen dejado gruñir y dar alaridos, y retorcerse y excitar, hubiera parecido un verdadero celebrante. Al faltarle el escenario, no era convincente. Al cabo de un rato parecía simplemente alguien con un grave problema de hipo; su insistente sexualidad era así de monótona y vacía.

Si se hubiera moderado un poco, Marjorie y Lily probablemente lo hubieran pasado bien con él. Podrían haber seguido el juego de decirle que cerrara su sucia boca y que se guardase las manos. Tal como era, decían que estaban hartas de él, y lo decían de veras. Una vez Marjorie cogió el cuchillo con el que limpiaba los pavos.

—Mantén las distancias —le dijo—. Quiero decir conmigo, con mi hermana y con esa cría.

No le dijo que mantuviera las distancias con Gladys porque Gladys no estaba allí en aquel momento y Marjorie de todos modos no hubiera sentido ganas de protegerla. Pero era a Gladys a quien Brian le gustaba molestar especialmente. Ella tiraba el cuchillo, se iba al lavabo, se quedaba allí diez minutos y luego salía con una cara pétrea. Ya no decía que se encontraba mal y se iba a casa, como antes. Marjorie decía que Morgan estaba molesto con Gladys por vivir a su costa y que ya no podía seguir haciéndolo impunemente.

Gladys me dijo:

—No puedo soportar eso. No puedo soportar que la gente mencione esa clase de cosas, ni esa clase de... gestos. Me da náuseas.

Yo la creía. Estaba terriblemente pálida. Pero ¿por qué, en ese caso, no se quejaba a Morgan? Quizá las relaciones entre ellos eran demasiado incómodas, quizá no podía decidirse a repetir las ni a describirlas. ¿Por qué no se quejó ninguna de nosotras, si no a Morgan al menos a Herb? Nunca lo pensé. Brian parecía algo que había que soportar, como el frío helado del cobertizo de limpiar pavos y el olor de la sangre y de los desperdicios. Cuando Marjorie y Lily amenazaban con quejarse, era de la holgazanería de Brian.

No era un buen limpiador de pavos, sus manos eran demasiado grandes. Así que Herb le sacó de limpiar y le dijo que tenía que barrer y limpiar, hacer paquetes con los menudillos y ayudar a cargar el camión. Eso significaba que no tenía que estar en ningún sitio ni hacer ningún trabajo en un momento determinado, así que la mayor parte del tiempo no hacía nada. Empezaba a barrer, lo dejaba y limpiaba las mesas, lo dejaba y se fumaba un cigarrillo, repantigado contra la mesa y molestándonos hasta que Herb le llamaba para que ayudase a cargar el camión. Herb estaba entonces muy ocupado y pasaba mucho tiempo haciendo reparto, de modo que es posible que no supiera el alcance de la holgazanería de Brian.

—No sé por qué Herb no te despide —decía Marjorie—. Supongo que la respuesta será que no quiere que estés haraganeando por ahí y viviendo a su costa, sin un lugar donde ir.

—Sé dónde ir —respondió Brian.

—Mantén tu sucia boca cerrada —dijo Marjorie—. Compadezco a Herb. Cargando contigo.

El último día de escuela antes de Navidades salimos pronto por la tarde. Yo fui a casa a cambiarme de ropa y llegué a trabajar sobre las tres. Nadie estaba trabajando. Todo el mundo estaba en el cobertizo de limpiar, donde Morgan Elliot estaba blandiendo un hacha sobre la mesa de limpiar y gritando. No pude entender por qué gritaba, y creí que alguien debía haber cometido una terrible equivocación en el trabajo; quizá había sido yo. Entonces vi a Brian al otro lado de la mesa, a quien se veía enfurruñado y miserable, muy echado hacia atrás. La mirada lasciva no había desaparecido del todo de su rostro, pero estaba aminorada y mezclada con una mirada de mal genio impotente y algo de miedo. Ya está, pensé: «a Brian le están despidiendo por ser tan chapucero y gandul». Incluso cuando entendí que Morgan le llamaba «pervertido», «obsceno» y «maníaco» seguí pensando que aquello era lo que sucedía. Marjorie y Lily, e incluso la descarada de Irene, estaban alrededor con la mirada baja y bastante hipócrita, como la de los niños cuando alguien está recibiendo una terrible regañina en la escuela. Sólo el viejo Henry parecía capaz de mantener una cauta sonrisa en la cara. A Gladys no se la veía. Herb estaba más cerca de Morgan que nadie. No intervenía, pero vigilaba el hacha. Morgy estaba llorando, aunque no parecía estar en un peligro inmediato.

Morgan le estaba gritando a Brian que se fuera.

—Y fuera de esta ciudad; lo digo en serio. ¡Y no esperes a mañana si quieres conservar tu culo de una pieza! ¡Fuera! —gritó, y el hacha se inclinó dramáticamente hacia la puerta.

Brian empezó a dirigirse hacia esa dirección pero, tanto si tuvo intención de hacerlo como si no, movió las nalgas contoneándose y de forma provocativa. Eso hizo que Morgan soltase un bramido y corriese tras él, blandiendo el hacha de forma teatral. Brian corría y Morgan corría tras él. Irene gritó y se agarró el estómago. Morgan estaba demasiado grueso para correr cualquier distancia y probablemente

tampoco hubiese podido lanzar muy lejos el hacha. Herb miraba desde el umbral. Al cabo de poco Morgan volvió y arrojó el hacha sobre la mesa.

—¡Vuelvan todos al trabajo! ¡Ya basta de estar aquí mirando! ¡No se os paga por mirar! ¿Qué te pasa? —preguntó, mirando duramente a Irene.

—Nada —respondió Irene mansamente.

—Si se te está adelantando, vete de aquí.

—No, estoy bien.

—¡Está bien entonces!

Nos pusimos a trabajar. Herb se quitó el delantal manchado de sangre, se puso la chaqueta y salió, probablemente para encargarse de que Brian estuviese listo para salir en el autobús de la hora de la cena. No dijo una palabra. Morgan y su hijo salieron al corral, e Irene y Henry volvieron al cobertizo anexo, donde desplumaban a los pavos, trabajando con plumas hasta las rodillas. Se suponía que Brian era el encargado de barrer.

—¿Dónde está Gladys? —pregunté en voz baja.

—Recuperándose —dijo Marjorie. Ella también hablaba en un tono más bajo del habitual, y «recuperándose» no era la clase de palabra que ella y Lily utilizaban normalmente. Era una palabra a utilizar hablando de Gladys, con intención burlona.

No querían hablar de lo que había sucedido, porque tenían miedo que entrase Morgan y las cogiera en ello y las despidiera. Buenas trabajadoras como eran, tenían miedo a eso. Además, no habían visto nada. Les debió molestar no haberlo visto. Todo lo que averigüé fue que Brian o bien le había hecho o le había enseñado algo a Gladys cuando ella salía del lavabo y ella había comenzado a gritar y a ponerse histérica.

Ahora probablemente tendría que guardar cama por otro colapso nervioso, dijeron. Y él estaría ya saliendo de la ciudad. Y en buena hora, dijeron, nos hemos librado de los dos.

Tengo una fotografía del personal del Corral del Pavo hecha en Nochebuena. Fue tomada con una cámara con flash que era el despilfarro de Navidad de alguien. Creo que de Irene. Pero Herb Abbott debió de ser quien hizo la foto. Era el único en quien se podía confiar que supiera o que aprendiera inmediatamente a manejar cualquier cosa nueva, y las máquinas de fotografiar con flash eran completamente nuevas en aquella época. La fotografía fue tomada sobre las diez en Nochebuena, después de que Herb y Morgy hubiesen vuelto de hacer el último reparto, de que hubiésemos lavado la mesa de limpiar los pavos y de que hubiésemos barrido y fregado el suelo de cemento. Nos habíamos quitado nuestros ensangrentados delantales y gruesos suéters y habíamos pasado a la pequeña sala llamada comedor, donde había una mesa y un calentador. Todavía llevábamos puesta nuestra ropa de trabajo: batas y faldas. Los hombres llevaban gorras y las mujeres pañuelos, anudados al estilo del tiempo de la guerra. A mí se me ve robusta, alegre y con aire de compañerismo en

la fotografía, transformada en alguien que ni siquiera recuerdo haber sido o haber fingido que era. Aparento ser mucho mayor de catorce años. Irene es la única que se ha quitado el pañuelo, soltándose el largo y rojo cabello. Se asoma con una mirada suave, sucia y provocativa que casaría con su reputación, pero no se parece a ninguna mirada suya que yo recuerde. Sí, debía de ser su cámara; está posando para ella, con aquella mirada, más deliberada que la de nadie. Marjorie y Lily sonrían, como era de esperar, pero sus sonrisas son avinagradas y excesivas. Con el cabello oculto, y con unas siluetas como las que tienen envueltas, parecen un par de trabajadores fuertes y joviales, pero malhumorados. Los pañuelos se ven fuera de lugar; unas gorras estarían mejor. Henry está de buen humor, encantado de formar parte del equipo de trabajadores, sonriendo y aparentando veinte años menos de los que tiene. Luego Morgy, con su aspecto de pocos amigos, sin confiar en la bondad de la ocasión, y Morgan, muy sonrojado y en su papel de jefe, y muy satisfecho. Nos acaba de dar nuestro pavo de regalo. A cada uno de esos pavos le falta una pierna o un ala, o tiene una malformación de alguna clase, de modo que ninguno de ellos es vendible al precio íntegro. Pero Morgan se ha esforzado mucho en decirnos que a menudo la mejor carne es la de los cojos, y nos ha enseñado que él mismo se lleva uno a casa.

Todos tenemos jarras en las manos, o tazas de porcelana grandes y gruesas, que no contienen el té habitual, sino whisky de centeno. Morgan y Henry han estado bebiendo desde la hora de la cena. Marjorie y Lily dicen que sólo quieren un poco y que sólo se lo tomarán porque es Nochebuena y tienen los pies entumecidos. Irene dice que ella también los tiene, pero que eso no significa que sólo quiera un poco. Herb ha puesto bastante no sólo para ella, sino también para Lily y para Marjorie, y no le hacen ninguna objeción. Ha medido el mío y el de Morgy al mismo tiempo, muy poca cantidad, y ha puesto Coca-Cola. Ésta es la primera bebida alcohólica que he tomado nunca, y de resultas de esto durante años creeré que whisky y Coca-Cola es una clase corriente de bebida y siempre la pediré, hasta que me doy cuenta de que muy pocas personas más la beben y de que me sienta mal. Pero aquella Nochebuena no me sentó mal; Herb no me había puesto suficiente. A no ser por un gusto extraño y mi propia sensación de importancia, era como beber Coca-Cola.

No necesito que Herb esté en la fotografía para recordar su físico. Es decir, siempre y cuando conserve el mismo aspecto de la época en que estuve en el Corral del Pavo y de las pocas veces que me lo encontré en la calle. El mismo de todas las ocasiones que lo vi en mi vida, excepto una.

La vez que parecía algo distinto a sí mismo fue cuando Morgan estaba maldiciendo a Brian y, después, cuando Brian huyó calle abajo. ¿Cuál era este aspecto distinto? He intentado recordarlo, porque lo examiné detenidamente en aquel entonces. No era muy distinto. Su rostro se veía más emotivo y más serio entonces, y si se tuviera que describir la expresión que había en él, tendría que decir que era una expresión de vergüenza. ¿Pero de qué tendría él que avergonzarse? ¿De Brian, por cómo se había comportado? Sin duda era demasiado tarde; ¿cuándo se había comportado Brian de otro modo? ¿Avergonzado de Morgan, por comportarse

con tanta ferocidad y de un modo tan teatral? ¿O de sí mismo, porque era famoso por cortar de raíz peleas y manifestaciones de esa clase y no había podido hacerlo aquí? ¿Estaría avergonzado por no haber defendido a Brian? ¿Esperaba haber hecho eso, defender a Brian?

Todo eso era lo que yo me preguntaba en aquel momento. Más tarde, cuando supe más, al menos sobre sexo, decidí que Brian era el amante de Herb, que Gladys estaba realmente intentando llamar la atención de Herb, y que era por eso por lo que Brian la había humillado, con o sin la connivencia y el consentimiento de Herb. ¿No es cierto que las personas como Herb, dignas, reservadas y honorables, escogen a menudo a alguien como Brian, y malgastan su inútil amor en alguna persona inmoral y tonta que ni siquiera es mala, ni un monstruo, sino sólo un pesado estorbo? Decidí que Herb, con toda su delicadeza y cuidado, se estaba vengando de todos nosotros, no sólo de Gladys, sino de todos nosotros, con Brian, y que lo que estaba sintiendo cuando estudié su rostro debió de ser un desprecio salvaje y regocijado. Pero también turbación, turbación por Brian y por sí mismo y por Gladys, y hasta cierto punto por todos nosotros. Vergüenza por todos nosotros, eso es lo que yo pensé entonces.

Algo más tarde, cambié de opinión acerca de esta explicación. Llegué a una etapa en la que cambié mi opinión sobre todas las cosas que no podía saber realmente. Ahora me basta pensar en el rostro de Herb con aquella mirada especial y afligida; pensar en Brian haciendo payasadas a la sombra de la dignidad de Herb; pensar en mi propia concentración desorientada en Herb, en mi necesidad de pillarle, si alguna vez tenía la ocasión, y luego instalarme y quedarme junto a él. Cuán atractiva, cuán deliciosa es la perspectiva de intimidad, con la misma persona que nunca la otorgará. Aún puedo sentir la atracción de un hombre así, que promete y rechaza. Aún quisiera saber cosas. No importan los hechos. Tampoco importan las teorías.

Al terminar mi bebida quise decirle algo a Herb. Estaba a su lado y esperé un momento en el que no estuviera escuchando ni hablando con nadie más y en el que la creciente y ruidosa conversación de los demás tapase lo que yo tenía que decir.

—Siento que tu amigo tuviera que marcharse.

—Gracias.

Herb me respondió amable y divertido, y de este modo cortó cualquier otro derecho a examinar o a hablar de su vida. Él sabía lo que yo me proponía. Debía haberlo sabido antes, con muchas mujeres. Sabía como hacerlo.

Lily se puso un poco más de whisky en la jarra y contó cómo ella y su mejor amiga (ahora muerta, de una enfermedad de hígado) se vistieron una vez de hombre y fueron a la zona de los hombres en la cervecería, al lado en el que ponía «Sólo hombres», porque querían ver cómo era. Se sentaron en un rincón a beber cerveza, con los ojos y los oídos abiertos, y nadie las miró dos veces ni pensó nada de ellas, pero pronto surgió un problema.

—¿Dónde íbamos? Si íbamos al otro lado y alguien nos veía entrar en el de señoras, gritarían como condenados. Y si íbamos al de hombres, seguro que alguien se daría cuenta de que no lo hacíamos de la forma adecuada. ¡Mientras tanto la

maldita cerveza nos iba bajando!

—¿Qué es lo que no se hace cuando uno es joven! —dijo Marjorie.

Varias personas nos dieron consejo a mí y a Morgy. Nos dijeron que nos divirtiéramos mientras podíamos. Nos dijeron que no nos metiéramos en problemas, que ellos habían sido todos jóvenes una vez. Herb dijo que éramos un buen equipo y que habíamos trabajado bien, pero que él no quería ponerse a malas con ninguno de los maridos de las mujeres haciendo que se quedasen allí demasiado rato. Marjorie y Lily expresaron indiferencia hacia sus maridos, pero Irene hizo saber que ella quería al suyo y que no era verdad que le hubiesen traído arrastrando desde Detroit para casarse con ella, dijera lo que dijese la gente. Henry dijo que era una vida buena si no se flaqueaba. Morgan dijo que nos deseaba a todos una muy sincera feliz Navidad.

Cuando salimos del Corral del Pavo estaba nevando. Lily dijo que era como una postal de Navidad, y así era, con la nieve arremolinándose alrededor de las farolas de la ciudad y alrededor de las luces de colores que la gente había puesto en la parte exterior de sus puertas. Morgan llevaba a Henry y a Irene a casa en su camioneta, como deferencia hacia la edad, el embarazo y la Navidad. Morgy tomó un atajo a través del campo y Herb se marchó solo, con la cabeza baja y las manos en los bolsillos, caminando con un ligero vaivén, como si estuviese en la cubierta de un barco del lago. Marjorie y Lily se cogieron del brazo conmigo como si fuésemos antiguas compañeras.

—Cantemos —dijo Lily—. ¿Qué vamos a cantar?

—¿«Nosotros los Tres Reyes»? —dijo Marjorie—. ¿«Nosotras las tres limpiadoras de pavos»?

—«Sueño con una Blanca Navidad».

—¿Por qué soñar? ¡Ya la tienes!

De modo que cantamos.

Accidente

Frances está remoloneando alrededor de una ventana del segundo piso de la escuela secundaria de Hanratty, una tarde a principios de noviembre. Es el año 1943. La vestimenta de Frances es la moda del año: una falda a cuadros escoceses oscura y un chal con fleco de la misma tela, puesto sobre los hombros y con las puntas metidas en la cintura; una blusa de satén color crema (de satén verdadero, un material próximo a desaparecer) con muchos botones de perlas pequeñas en la parte delantera y en las mangas. No acostumbraba a llevar esa ropa cuando iba a enseñar música a la escuela secundaria; cualquier suéter y falda viejos servían. Este cambio no ha pasado desapercibido.

Ella no tiene nada que hacer en el segundo piso. Su coro está cantando abajo. Ha estado trabajando mucho con él, poniéndolo a punto para el concierto de Navidad. «Él alimentará a su rebaño» es su pieza difícil. Luego «El Villancico de Hurón», (una queja de un padre que dijo que tenía entendido que había sido escrito por un sacerdote), «Valientes», porque tenía que haber algo patriótico, por ser los tiempos como eran, y «La canción del desierto», a elección del coro. Ahora están cantando «La Ciudad Santa». Ésa es una de las favoritas, en especial entre las chicas soñadoras de grandes pechos y las señoras del coro de la iglesia. Las chicas de la escuela secundaria podían exasperar muchísimo a Frances. Querían las ventanas cerradas, las querían abiertas. Tenían corriente, se mareaban por el calor. Sentían amor por sus cuerpos, poniéndose en un trance de egoísmo melancólico, atentas a palpitations del corazón, hablando de dolores. Comenzaban a ser mujeres. Entonces, ¿qué les pasaba? Los grandes delanteros y traseros, la imperturbable importancia, la timidez, la torpeza, la obstinación. Olor de corsés, revelaciones desagradables. Ponían miradas de sacrificio para ser elegidas para el coro. Todo era una deprimente especie de sexo. *Él pasea conmigo, habla conmigo y me dice que soy suya.*

Las ha dejado solas, haciendo ver que va al lavabo de profesores. Todo lo que ella hace allí es encender la luz y mirar con alivio su propio rostro, ni extasiado ni engreído, su rostro largo y radiante, de nariz bastante grande, ojos marrón claro y una mata de pelo corto, rojo oscuro e incontrolablemente rizado. A Frances le gusta su propio aspecto, normalmente la anima ver su propia cara en el espejo. La

mayoría de las mujeres, al menos en los libros, parece tener problemas con su aspecto, creyéndose menos bonitas de lo que en realidad son. Frances tiene que admitir que puede tener el problema opuesto. No es que ella se crea bonita, es sólo que su rostro le parece afortunado y halagüeño. A veces recuerda a una chica del conservatorio, Natalie *Noséqué*, que tocaba el violín. A Frances la dejó asombrada saber que a veces algunas personas la confundían con esa tal Natalie, que era pálida, de cabello rizado y cara huesuda, y todavía le sorprendió más saber, a través de una red de amigas y confidentes, que eso molestaba a Natalie tanto como a ella misma. Y cuando rompió su compromiso con Paul, otro estudiante del conservatorio, él le dijo a ella con una voz áspera y desapasionada, sin la obsequiosidad ni el sentimentalismo que previamente se había sentido obligado a utilizar con ella:

—Bien, ¿realmente crees que puedes hacerlo mucho mejor? No eres la mayor belleza, ¿sabes?

Apaga la luz y en lugar de volver al coro, sube arriba. En las mañanas de invierno la escuela es deprimente. Aún no hay suficiente calor, todo el mundo bosteza y tiembla, los niños del campo que han salido de casa antes del alba se restregan los ojos quitándose trocitos secos de sueño de los rabillos de los ojos. Pero a esta hora del día, mediada la tarde, Frances nota un confortante murmullo por el lugar, una somnolencia más agradable, con los oscuros paneles empapándose de luz y los silenciosos guardarropas atestados de abrigos de lana secándose, y de bufandas, botas, patines y palos de hockey. A través de los abiertos dinteles pasan algunas instrucciones metódicas; dictado de francés, hechos ciertos. Y junto a este orden y aquiescencia hay una presión familiar, de anhelo o presentimiento, aquella extraña protuberancia de algo que a veces puedes percibir en la música o en un paisaje, apenas contenido, que promete estallar y revelarse, pero no lo hace, se disuelve y desaparece.

Frances está exactamente frente a la puerta de la clase de ciencias. Aquel dintel también está abierto y puede oír sonidos tintineantes, susurro de voces, desplazamiento de taburetes. Debe tenerlos haciendo un experimento. Absurda y vergonzosamente, ella nota las palmas sudadas, el martilleo en su pecho, que ha sentido antes de un examen de piano o de un recital. Esa sensación de crisis, las supuestas posibilidades de triunfo o calamidad que podía producir, para sí y para otros, parece ahora inventado, descabellado, artificial. Pero ¿y esto?, ¿y sus relaciones con Ted Makkavala? No ha ido tan lejos como para no ver lo disparatado que le parecería a cualquiera que observase. No importa. Si disparatado significa arriesgado e imprudente, no le importa. Quizá todo lo que ella ha querido siempre sea una oportunidad de correr riesgos. Pero a veces le viene el pensamiento de que una relación amorosa puede ser, no artificial, sino de algún modo planeada y deliberada, si se da la ocasión, exactamente igual que eran aquellas tontas actuaciones: una invención tambaleante. Esa es una idea con la que no se puede arriesgar; la aparta de su vista.

La voz de una estudiante, de una chica, desconcertada y quejosa (otra cosa sobre las chicas de la escuela secundaria: gimotean cuando no comprenden; los gruñidos

de desprecio de los chicos son mejores). La grave voz de Ted respondiendo, explicando. Frances no puede oír lo que dice. Se lo imagina atentamente inclinado, realizando alguna acción corriente, como bajando la llama de una lámpara de Bunsen. Le gusta imaginárselo diligente, paciente, reservado. Pero ella sabe, ha llegado a sus oídos, que su comportamiento en la clase es distinto de lo que le ha hecho creer a ella o a cualquier otra persona. Tiene la costumbre de hablar bastante despectivamente de su trabajo, de sus alumnos. Si se le pregunta qué clase de disciplina prefiere, dirá:

—¡Oh, nada especial! ¡Quizá un capón, quizá una buena y rápida patada en el culo!

La verdad es que consigue la atención de sus alumnos por medio de toda clase de trucos y lisonjas. Utiliza cosas como orejas de burro y silbatos de cumpleaños. Arremete de una forma muy melodramática contra su estupidez, y una vez quemó las hojas de examen una por una en el fregadero.

—¡Qué carácter! —ha escuchado Frances que dicen de él los alumnos. A Frances no le gusta que digan eso. Está segura de que también lo dicen de ella; ni ella misma está por encima de la utilización de tácticas extravagantes, pasándose los dedos por el espeso cabello y quejándose: *no-no-no-no* cuando cantan mal. Pero Frances preferiría que él no tuviera que hacer esas cosas. A ella a veces le asusta que le mencionen, se niega a escuchar lo que la gente tiene que decir. Es muy simpático, dicen, y le parece escuchar alguna perplejidad, algún desdén; ¿por qué se esfuerza él tanto? Ella se lo tiene que preguntar también, sabe lo que él piensa de esta ciudad y de las personas que la habitan. O lo que él dice que piensa.

La puerta se abre, dándole un susto a Frances. No hay nada que desee menos que Ted la encuentre ahí, escuchando, espiando. Pero no es Ted, gracias a Dios, es la secretaria de la escuela, una mujer rolliza y seria que siempre ha sido allí la secretaria, desde que la misma Frances era estudiante, y antes. Está consagrada a la escuela, y a las clases sobre la Biblia que da en la Iglesia Unificada.

—¡Hola!; ¿qué, tomando un poco el aire?

La ventana junto a la cual está Frances, desde luego no está abierta, e incluso las grietas han sido tapadas con cinta. Pero Frances pone una divertida cara de asentimiento y dice: «Hago novillos», para reconocer que está fuera de su clase. La secretaria baja con calma y su voz le llega, flotando:

—Su coro suena maravillosamente hoy. Siempre me gusta la música de Navidad.

Frances vuelve a su clase y se sienta sobre la mesa, sonriendo a los rostros que cantan. Han terminado «La ciudad Santa» y por sí mismos han comenzado «El villancico de Westminster». Parecen tontos realmente pero, ¿cómo pueden evitarlo? Cantar es completamente tonto. Nunca piensa en que se darán cuenta de su sonrisa y en que después la mencionarán, seguros de que ha salido para encontrarse con Ted en el pasillo. Imaginando que su relación con él es un secreto Frances muestra, con toda claridad, una falta de instintos provincianos, una confianza y una imprudencia de las que no es consciente. Esto es lo que la gente quiere decir cuando dicen de ella que eso demuestra con toda claridad que ha estado fuera. Sólo estuvo

cuatro años fuera, en el conservatorio. La verdad es que siempre careció de precaución. Alta, con una excelente osamenta, de hombros estrechos, es de movimientos rápidos y tiene la mirada preocupada y la voz aguda y apremiante del forastero, la forma inocente del forastero de sentirse inadvertida cuando va rápidamente de un sitio a otro por la ciudad, con los brazos llenos de libros de música y gritando desde el otro lado de la calle algún mensaje relativo a la variación y a lo que pudiera parecer una casi imposible planificación de su vida.

—*¡Dile a Bonnie que no venga hasta las tres y media!*

—*¿Has encontrado las llaves? ¡Las dejé en la oficina!*

Ya se le notaba incluso de pequeña cuando estaba tan decidida a aprender a tocar el piano, sin ni siquiera tener uno, en el apartamento de encima de la ferretería donde vivía con su madre y su hermano (su madre, una viuda mal pagada, que trabajaba abajo). De algún modo se encontraron los treinta y cinco céntimos a la semana, pero el único piano que vio fue el de la profesora. En casa, practicaba sobre un teclado dibujado en el alféizar de la ventana. Había un compositor (¿era Handel?), que acostumbraba a practicar en el clavicordio de la buhardilla con la puerta cerrada para que su padre no supiera qué atracción ejercía sobre él la música. (El cómo consiguió entrar allí a hurtadillas un clavicordio sería una pregunta interesante). Si Frances hubiese llegado a ser una pianista famosa, el teclado del alféizar de la ventana (la que daba al callejón, al tejado de la pista de *curling*^[3]) se habría convertido en otra leyenda parecida.

—No te creas que eres un genio —fue otra de las cosas que le dijo Paul— porque no lo eres.

¿Había creído ella eso? Pensaba que el futuro tenía algo extraordinario guardado para ella. Ni siquiera se lo imaginaba muy claramente, sólo se comportaba como si se lo creyera. Volvió a casa, comenzó a enseñar música. Los lunes en la escuela secundaria, los miércoles en la escuela pública, los martes y los jueves en pequeñas escuelas del campo. Los sábados para práctica de órgano y alumnos particulares; los domingos tocaba en la Iglesia Unificada.

«Todavía dando vueltas por esta gran metrópolis cultural», garabateaba en sus postales de Navidad a viejos amigos del conservatorio, siendo la idea que cuando su madre muriese, cuando estuviera libre, se embarcaría en una vida independiente, imaginada de forma confusa, mucho más satisfactoria; que todavía la aguardaba. Los mensajes que recibía a menudo tenían el mismo tono aturrido e incrédulo. «Otro niño y mis manos están más a menudo en el cubo de los pañales que en el teclado, como te puedes imaginar». Todos estaban en la treintena. Una edad en la que es difícil a veces admitir que lo que uno está viviendo es su vida.

El viento dobla los árboles en el exterior y la nieve los hace borrosos. Hace un poco de ventisca, nada digno de mención en esta parte del país. Sobre el alféizar hay un tintero de latón con golpes con un largo caño, un objeto familiar que le hace pensar a Frances en las noches árabes o en algo parecido; algo cuya promesa, o sugerencia, es remota, callada, encantadora.

—¡Hola!, ¿cómo estás? —dijo Ted cuando se lo encontró en el pasillo pasadas las cuatro. Luego dijo en voz más baja—: Cuarto de material. Ahora mismo voy allí.

—Bien —respondió Frances en voz baja—. ¡Bien!

Fue a recoger algunos libros de música y a cerrar el piano. Estuvo dando vueltas y perdiendo el tiempo hasta que todos los alumnos se hubieron marchado, luego subió corriendo, entró en el laboratorio de Ciencias y luego en un cuarto grande sin ventanas que daba al laboratorio y que era el cuarto de material de Ted. Él aún no estaba allí.

La habitación era una especie de despensa, llena de estantes en los que había botellas de varios productos químicos (el sulfato de cobre era el único que hubiese reconocido sin la etiqueta; se acordaba de su bello color), lámparas de Bunsen, frascos, tubos de ensayo, un esqueleto humano y uno de gato, algunos órganos en frascos, o quizá organismos; no se acercó demasiado y de cualquier modo, la habitación estaba oscura.

Tenía miedo de que el conserje pudiera entrar, o incluso algunos alumnos que trabajasen bajo la dirección de Ted en algún proyecto con moho o con huevos de rana (aunque seguramente no sería la época adecuada para eso). ¿Y si volvían para comprobar algo? Cuando oyó pasos el corazón comenzó a latirle con fuerza; cuando se dio cuenta de que eran los de Ted, los latidos no se detuvieron, sino que parecieron cambiar de marcha, de modo que ahora ya no era de miedo por lo que le latía el corazón, sino por una gran y opresiva expectación que, aunque era muy agradable, era físicamente tan fuerte en ella como el miedo; parecía suficiente como para ahogarla.

Oyó que él cerraba la puerta con llave.

Tuvo dos maneras de pensar en él, ambas en el instante que él tardó en aparecer en el umbral del cuarto del material y cerrar después aquella puerta casi del todo, de modo que estaban casi a oscuras. Primero le vio como si fuera hacía un año, y era alguien que no tenía nada que ver con ella. Ted Makkavala, el profesor de ciencias, que no estaba en la guerra aunque tenía menos de cuarenta años. Tenía mujer y tres niños, y quizá tuviera un soplo cardíaco, o algo parecido; se le veía realmente cansado. Un hombre alto, ligeramente encorvado, de pelo oscuro y piel morena, con una expresión irritable y graciosa y los ojos cansados y brillantes. Podría suponerse que él tenía una visión similar de ella, allí de pie, con aire vacilante y asustado, con el abrigo sobre el brazo y las botas en la mano, puesto que a ella no le había parecido sensato dejarlas en el guardarropa de los profesores. Durante un momento hubo la posibilidad de que no fueran capaces de hacer el cambio, de verse el uno al otro de forma distinta; no recordarían cómo se produjo el cambio, ni les sería otorgada la gracia, y si eso fuese así, ¿qué estaban haciendo en aquel lugar?

Al cerrar él la puerta le volvió a ver. El perfil de su rostro y la inclinación de sus pómulos, una inclinación tártara maravillosa y perfecta. Ella percibió el acto de cerrar la puerta como clandestino e insensible, y supo que no había ninguna posibilidad en el mundo de que no hicieran el cambio. Ya estaba hecho.

Después, como de costumbre. Lameduras y apretones, lenguas y cuerpos, bromas, vejaciones y consuelo. Invitaciones, atenciones. Ella acostumbraba a preguntarse, en sus tiempos con Paul, si todo podía ser un fraude, una especie de traje del Emperador, si nadie sentía realmente lo que simulaba, y ciertamente, ella y Paul no. Había flotado una terrible apariencia de disculpa, embarazo y desconcierto sobre todo el asunto, siendo lo peor de todo los lamentos, las caricias y seguridades que tenían que ofrecer. Pero no, no era un fraude, era todo cierto, lo superaba todo; y las señales de que podía suceder, los ojos cerrados, el escalofrío por la espina dorsal, todo aquel disparate elemental, todo aquello era también verdad.

—¿Cuántas personas más lo saben? —le preguntó a Ted.

—Oh, no muchas, quizá una docena aproximadamente.

—No se hará nunca del dominio general, supongo.

—Bueno. Nunca será del dominio de las masas.

El espacio entre los estantes era estrecho. Había tanto material rompible... ¿Y por qué no había tenido el juicio suficiente como para dejar en el suelo las botas y el abrigo? La verdad era que no había esperado ni tantos abrazos ni con tanto propósito. Había pensado que él le quería decir algo.

Él abrió un poco la puerta, para tener algo más de luz. Le cogió las botas y las puso al otro lado de la puerta. Luego cogió el abrigo. Pero en lugar de dejarlo fuera, lo desdobló y extendió en las desnudas tablas del suelo. La primera vez que le vio hacer algo así fue la pasada primavera. En el bosque frío y aún sin hojas. Se quitó su chaqueta de capucha y la extendió insuficientemente sobre el suelo. A ella la había enternecido mucho aquel simple acto preparativo, por la forma en que extendió la chaqueta abierta y la alisó dando golpecitos con la mano, sin preguntas, sin dudas y sin prisa. Ella no había estado segura, hasta que él hizo aquello, de lo que iba a suceder. Tenía una mirada tan discreta, resuelta y fatalista. Se lo hacía recordar el verle allí arrodillado en aquel estrecho espacio extendiendo su abrigo. Al mismo tiempo pensaba: «si quiere hacerlo ahora, ¿significa eso que no puede venir el miércoles?». El miércoles por la noche era cuando se veían regularmente en la iglesia, después del ensayo del coro de Frances. Ella se quedaba allí, tocando el órgano, hasta que todos se habían ido a casa. Sobre las once bajaba y apagaba las luces, y esperaba en la puerta de atrás, en la puerta de la escuela dominical, para dejarle entrar. Pensaron en esto cuando el tiempo se hizo frío. Lo que él le decía a su esposa ella no lo sabía.

—Quítatelo todo.

—No podemos aquí —dijo Frances, aunque sabía que lo harían. Siempre se quitaban toda la ropa, incluso aquella primera vez en el bosque; nunca hubiera creído que podía sentir tan poco el frío.

Sólo una vez antes había sido allí, en la escuela, en aquella misma sala, y eso había sido durante las vacaciones de verano, exactamente al anochecer. Todo el enmaderado del laboratorio de Ciencias estaba recién pintado y no habían puesto ningún letrero, ¿por qué iban a hacerlo si no esperaban que entrase nadie? El olor era bastante fuerte, cuando por fin se dieron cuenta. De algún modo habían dado

alguna vuelta y sus piernas estaban en ese umbral, y ambos quedaron manchados por la pintura del marco de la puerta. Afortunadamente Ted llevaba pantalones cortos aquella noche (una visión singular en la ciudad, en aquella época) y pudo decirle a Greta la verdad, que se había manchado la pierna cuando fue a hacer algo en el laboratorio de Ciencias, sin tener que explicar por qué llevaba las piernas desnudas. Frances no tuvo que explicar nada, porque su madre no se daba cuenta de esas cosas. No se quitó el semicírculo de pintura (estaba justo por encima del tobillo); lo dejó que se fuera borrando, y disfrutaba mirándolo y sabiendo que estaba ahí, del mismo modo que gozaba de las oscuras magulladuras, de las señales de los mordiscos, en la parte superior de los brazos y en los hombros, que podía haber cubierto fácilmente con mangas largas, pero que a menudo no lo hacía. Luego la gente le preguntaba:

—¿Cómo te has hecho ese horrible morado?

Y ella respondía:

—¿Sabes? ¡No lo sé! Se me hacen morados con tanta facilidad... Cada vez que me miro ¡tengo un morado!

Su cuñada Adelaide, la mujer de su hermano, era la única que sabía lo que era, y siempre encontraba la ocasión de decir algo.

—Oh, oh. Ya has vuelto a salir con ese gato, ¿a que sí?, ¿a qué sí, eh?

Se reía, e incluso le ponía el dedo sobre la señal.

Adelaide era la única persona a quien Frances se lo había dicho. Ted dijo que él no se lo había dicho a nadie, y ella le creía. Él no sabía que Frances se lo había dicho a Adelaide. Deseaba no haberlo hecho. No le gustaba Adelaide lo suficiente como para hacerla su confidente. Todo era vulgar, vergonzoso. Lo había hecho sólo para tener alguien ante quien alardear. Cuando Adelaide decía «gato» de aquella forma vulgar, burlona, animada e inconscientemente celosa, Frances se sentía complacida y excitada, aunque desde luego también avergonzada. Se sentiría furiosa sólo de pensar que Ted había hecho confidencias similares acerca de ella.

La noche en que se mancharon de pintura fue muy calmada; toda la ciudad estaba irritable, lánguida y esperando la lluvia, que llegó hacia la mañana, con una tempestad de truenos. Frances, cuando recordaba aquel momento siempre pensaba en los relámpagos, en una loca, conmovedora y dolorosa clase de lujuria. Acostumbraba a pensar en cada vez por separado, y a revisarlas mentalmente. Había un código característico, un sentimiento distinto para cada vez. La vez del laboratorio de Ciencias, de relámpago y pintura tierna. La vez del coche bajo la lluvia a media tarde, con ritmos somnolientos; estaban tan a gusto y tan somnolientos entonces que parecía que difícilmente podían molestarse en hacer lo siguiente. De aquella vez guardaba una sensación curva y suave en la memoria; la curva procedía de las cortinas de lluvia sobre el parabrisas, que parecían cortinas de lazo recogidas.

Puesto que se encontraban con regularidad en la iglesia, la pauta no cambiaba demasiado, una vez se parecía mucho a otra.

—Todo —decía Ted confiadamente—. Está bien.

—El conserje.

—No hay problema. Aquí ya ha terminado.

—¿Cómo lo sabes?

—Le pedí que terminase para poder trabajar aquí.

—Trabajar —dijo Frances riendo nerviosamente, forcejeando para quitarse la blusa y el sujetador. Él le había desabrochado los botones delanteros, pero todavía quedaban seis botones en cada una de las mangas. A ella le gustaba la idea de que él lo hubiese planeado, le gustaba pensar que la decidida lascivia hubiese ido excitándole aquella tarde mientras estaba ocupado llevando la clase. Y por otro lado no le gustaba en absoluto. Se rió nerviosamente para ocultar un desánimo o un desengaño al que no quería prestar oídos. Besó la recta línea de pelos que subían por su vientre como un tallo, desde las raíces púbicas hasta la magnífica y simétrica mata de su pecho. El cuerpo de él, todo, era un gran amigo del suyo. Estaba la oscura y plana verruga en forma de lágrima, probablemente más familiar para ella (¿y para Greta?) que para él mismo. El discreto ombligo, la larga cicatriz de la úlcera de estómago, la cicatriz de la apendicostomía. El púbico y el vigoroso y placentero pene, enhiesto y hábil. Los pequeños y tiesos pelos en su boca.

Entonces llamaron a la puerta.

—Ssss. No pasa nada. Se irán.

—¡Señor Makkavala!

Era la secretaria.

—Ssss. Se marchará.

La secretaria estaba fuera en el pasillo preguntándose qué hacer. Estaba muy segura de que Ted estaba allí, y de que Frances estaba con él. Como casi todas las demás personas de la ciudad, hacía algún tiempo que sabía lo de ellos. (Entre las pocas personas que aparentemente no lo sabían estaban la mujer de Ted, Greta, y la madre de Frances. Greta era una mujer tan poco sociable que nadie había encontrado la forma de decírselo. La gente lo había intentado de varias formas con la vieja señora Wright, pero ella no parecía enterarse).

—¡Señor Makkavala!

Ante los mismos ojos de Frances aquel artesano perdía el color, languidecía y aparecía dócil y triste.

—¡Señor Makkavala! Lo siento. Su hijo se ha matado.

El hijo de Ted, Bobby, que tenía doce años, no se había matado, pero la secretaria no lo sabía. Sólo le habían dicho que se había producido un accidente, un accidente terrible delante de la oficina de correos y que el chico de O'Hare y el de Makkavala habían muerto. Bobby estaba muy malherido y se lo llevaron a London en ambulancia, de inmediato. Les llevó casi cuatro horas llegar allí, debido a la tormenta de nieve. Ted y Greta iban detrás en su coche.

Se sentaron en la sala de espera del Hospital Victoria. Ted observó a la vieja reina, a la viuda gruñona, en una vidriera de colores. Como una santa, ¡y vaya

santa! Rival, suponía, del San José de yeso que tenían en el otro hospital, alargando los brazos, dispuesto a caerse encima de uno. Cuando algo le divertía o le irritaba (un buen número de cosas le provocaba ambas reacciones, y al mismo tiempo) pensaba en decírselo a Frances. Eso parecía satisfacerle, como otro hombre pudiera estar contento con escribir una carta al director.

Pensó en telefonarla, no para hablarle de la reina Victoria, ahora no, sino para hacerle saber lo que había sucedido, que estaba en London. Tampoco le había dicho que no podría verla el miércoles por la noche. Había querido decírselo después. Después. No importaba ahora. Todo había cambiado. Y no la podía telefonar desde allí, los teléfonos estaban a la vista de la sala de espera.

Greta dijo que había visto una cafetería o unas flechas indicando una cafetería. Eran más de las nueve, y no habían cenado.

—Hay que comer —dijo Greta, sin dirigirse a Ted en particular, sino hablando a partir de su caudal de principios generales. Probablemente en aquel momento le hubiera gustado haber hablado en finlandés. Ella no hablaba finlandés con Ted. Él sólo conocía unas cuantas palabras, se había criado en una familia en la que se insistía en el inglés. En casa de Greta era lo contrario. No había nadie en Hanratty con quien ella pudiera hablar finlandés; aquél era uno de sus problemas. La factura del teléfono era el mayor lujo que se permitían, porque a Ted no le parecía que pudiese poner objeciones a sus largas y pesadas, aunque aparentemente revitalizadoras, conversaciones con su madre y sus hermanas.

Cogieron bocadillos de jamón y queso y café. Greta cogió un pedazo de pastel de uva. Su mano vaciló un minuto sobre el pastel, antes de cogerlo, quizá sólo vacilando acerca de qué clase de pastel quería. O quizá le daba vergüenza comerse un pastel en aquel momento, y delante de su marido. Cuando estuvieron sentados se le ocurrió a Ted que aquél era el momento de disculparse y volver a los teléfonos para llamar a Frances.

Observó la seria y blanca cara de Greta, sus ojos claros, mientras se dedicaba devotamente, quizá esperanzadamente, a la comida. Comía para controlar su pánico, del mismo modo que él pensaba en la reina Victoria y en San José. Estaba a punto de disculparse y levantarse, cuando le vino de ninguna parte la idea de que si iba a telefonar a Frances su hijo moriría. No telefoneándola, no pensando siquiera en ella, deseando que ella dejara de existir en su vida, él aumentaría las posibilidades de Bobby, mantendría su muerte alejada. Qué gran tontería era esto, esta superstición, viniéndole cuando no la esperaba. Y era imposible detenerla, imposible hacer caso omiso. ¿Qué pasaba si venía algo peor? ¿Qué pasaba si la próxima idea que se presentaba era uno de aquellos pactos sin sentido? Cree en Dios, en el Dios luterano, promete volver a la iglesia, hazlo enseguida, *ahora*, y Bobby no morirá. Deja a Frances, déjala para siempre, y Bobby no morirá.

Deja a Frances.

Cuán estúpido e injusto era, y sin embargo cuán fácil, dejar a Frances a un lado, corrompida, y al otro a su hijo herido, a su pobre hijo aplastado cuya mirada, la vez que abrió los ojos, dejaba ver una pregunta sin respuesta, la exigencia de su vida de

doce años. Inocencia y corrupción, Bobby, Frances, qué simplificación, qué tontería. ¡Qué profunda tontería!

Bobby murió. Tenía las costillas aplastadas y un pulmón perforado. El mayor enigma para los doctores era por qué no había muerto antes. Pero antes de medianoche, murió.

Mucho después, Ted le contó a Frances, no sólo lo de la reina idiota, sino también lo de la comida en la cafetería, el pensamiento que tuvo de telefonarla y el porqué no lo había hecho; lo de los pactos, todo. No se lo contó como una confesión, sino como algo de interés, como una ilustración de la forma en que la mente más racional podía recaer y arrastrarse. No se imaginaba que lo que le estaba contando podía ser inquietante cuando, después de todo, se había decidido tan completamente a su favor.

Frances esperó unos momentos, sola en el cuarto del material, vestida, abrochada, con las botas y con el abrigo puestos. No pensaba en nada. Miraba los esqueletos. Los esqueletos humanos parecían más pequeños que un hombre, mientras que el esqueleto de gato se veía más grande y más largo que un gato.

Salió de la escuela sin encontrarse con nadie. Se metió en su coche. ¿Por qué había sacado el abrigo y las botas del guardarropa, para que pareciera que se había ido a casa, cuando cualquiera podía ver que su coche aún estaba allí?

Frances llevaba un coche viejo, un Plymouth de 1936. Una imagen que quedaba en la mente de muchas personas, cuando ella se había marchado, era la de Frances al volante de su coche parado, intentando una cosa después de otra (ya llegaría tarde a alguna parte) mientras el coche tosía, tartamudeaba y la rechazaba. O, como ahora, con la ventana bajada y sacando la cabeza descubierta mientras la nieve caía, intentando sacar de la nieve las ruedas que resbalaban, con una expresión en la cara que decía que no había esperado nunca que aquel coche hiciese algo más que resistirse a ella y enredarla, pero que lucharía exactamente igual hasta el último aliento.

Pudo salir, por fin, y fue colina abajo hacia la calle principal. No sabía lo que le había sucedido a Bobby, qué clase de accidente. Ella no había oído lo que decían, cuando Ted la dejó. En la calle principal las tiendas estaban muy iluminadas. Había caballos además de coches por la calle (en aquel tiempo las calles del municipio no estaban arregladas) que empañaban el aire con su agradable aliento. Le parecía que había más gente de la habitual por allí hablando, o sin hablar, simplemente reacios a separarse. Algunos tenderos habían salido y estaban también allí, en mangas de camisa, en la nieve. La esquina de la oficina de correos parecía estar obstruida y aquélla era la dirección hacia la que la gente miraba.

Aparcó detrás de la ferretería, y subió corriendo los largos escalones exteriores, de los que había retirado la nieve y el hielo aquella mañana y que tendría que volver a limpiar. Se sentía como si estuviese corriendo hacia un escondite. Pero no fue así; Adelaide estaba allí.

—Frances, ¿eres tú?

Frances se quitó el abrigo en el vestíbulo de atrás, comprobó los botones de su blusa y puso las botas sobre la alfombra de goma.

—Se lo estaba diciendo a la abuela. No ha oído nada. No oyó la ambulancia.

Había un cesto de ropa limpia sobre la mesa de la cocina, con una vieja funda de almohada por encima, para resguardarla de la nieve. Frances entró en la cocina preparada para interrumpir bruscamente a Adelaide, pero supo que no podría hacerlo cuando vio aquella ropa. En los momentos en que Frances estaba más ocupada, alrededor de las Navidades, o para el recital de primavera, Adelaide venía y se llevaba la colada a su casa, y volvía con todo planchado, blanqueado y almidonado. Tenía cuatro hijos, pero siempre estaba ayudando a otras personas, cocinando y comprando para ellas, cuidando de otros bebés, entrando y saliendo de las casas donde había problemas. Pura generosidad. Puro chantaje.

—El coche de Fred Beecher estaba lleno de sangre —dijo Adelaide, volviéndose a Frances—. Tenía el maletero abierto, dentro estaba el cochecito de niño que llevaba a casa de su cuñada, y el maletero de su coche estaba lleno de sangre. Lleno de sangre.

—¿Fue Fred Beecher? —preguntó Frances, puesto que no había medio de rehuirlo en aquel momento, se lo tendrían que decir—. ¿Fred Beecher atropelló al... chico de Makkavala?

Ella sabía el nombre de Bobby, desde luego; conocía los nombres y las caras de todos los hijos de Ted, pero había desarrollado una imprecisión artificial cuando hablaba de cualquiera de ellos, de Ted también, por eso incluso ahora tenía que decir «el chico de Makkavala».

—¿Tú tampoco lo sabes? —dijo Adelaide—. ¿Dónde estabas? ¿No estabas en la escuela secundaria? ¿No fueron a buscarle?

—Oí que lo hicieron —dijo Frances. Vio que Adelaide había hecho té. Necesitaba urgentemente una taza, pero tenía miedo de tocar las tazas o la tetera, porque las manos le temblaban—. Oí que habían matado a su hijo.

—No fue él el que murió, fue el otro. El chico de los O'Hare. Había dos. El chico de O'Hare murió instantáneamente. Fue horrible. El chico de los Makkavala no vivirá. Se lo llevaron a London en la ambulancia. No vivirá.

—¡Oh, oh! —dijo la madre de Frances, sentada a la mesa, con el libro abierto delante suyo—. ¡Oh, oh! Pensad en la pobre madre.

Pero ya lo había oído todo antes.

—No fue Fred Beecher quien les atropelló, no fue así en absoluto —le dijo Adelaide a Frances como si la riñiera—. Ataron su trineo a la parte trasera del coche. Él ni siquiera sabía que lo habían hecho. Debieron atarlo cuando pasaba despacio por delante de la escuela, con todos los críos que acababan de salir, y entonces, en la colina, un coche iba detrás suyo, resbaló y chocó contra ellos. Empujó al trineo, que se metió exactamente debajo del coche de Fred.

La anciana señora Wright hizo un quejoso sonido de asentimiento.

—Debían de estar advertidos. Se les ha estado advirtiendo a todos los niños y

han seguido haciéndolo durante años, y tenía que suceder —dijo Adelaide, mirando fijamente a Frances como deseando una mayor reacción de su parte—. Todos los que lo vieron dicen que no lo olvidarán nunca. Fred Beecher se puso a vomitar sobre la nieve. Justo delante de la oficina de correos. Oh, la sangre.

—Terrible —dijo la madre de Frances. Su interés se había desvanecido por completo. Probablemente estaría pensando en la cena. A partir de las tres de la tarde, su interés por la cena crecía. Cuando Frances llegaba tarde, como aquella noche, o cuando alguien se pasaba por allí a última hora de la tarde pensando, sin duda, que estaría encantada de tener visita, ella se inquietaba cada vez más, pensando en que la cena se iba a retrasar. Intentaba controlarse, se ponía muy afable, ansiosa por responder, buscando en su colección de frases sociales, diciéndolas rápidamente, una detrás de otra, con la esperanza de que el visitante quedase pronto satisfecho y se marchase.

—¿Has ido a por las chuletas de cerdo? —le preguntó a Frances.

Por supuesto, Frances se había olvidado. Le había prometido chuletas de cerdo empanadas y no había ido a la carnicería, se le había olvidado.

—Voy ahora.

—Oh, no te molestes.

—Tenía demasiadas cosas en la cabeza con el accidente —dijo Adelaide—. Nosotros tomamos anoche chuletas de cerdo a la *casseroles*, es una receta que se hace al horno con maíz a la crema; y estaban buenísimas.

—Bueno, Frances las hace empanadas.

—Oh, yo también las hago. De esa forma también están buenas. A veces le gusta a una cambiar. Vi al padre del chico O'Hare saliendo de la funeraria. Era terrible verle. Parecía que tuviese sesenta años.

—Para ver el cuerpo —dijo la madre de Frances—. Una tortilla me irá igual de bien.

—¿De veras? —preguntó Frances, que no podía soportar el pensar en volver a salir a la calle.

—Ya lo creo. Y ahorramos los cupones de racionamiento.

—¿No son un infierno los cupones de racionamiento? No lo habrá visto todavía. No con el trabajo que tendrán que hacer. Habrá ido a escoger el ataúd.

—Oh, probablemente.

—No, todavía no estará arreglado. Todavía estará en la mesa mortuoria.

El modo en que Adelaide dijo aquello, «en la mesa mortuoria», era tan enfático, tan lleno de energía, que era como si hubiese dado una palmada con un pescado grande y mojado frente a ellas. Ella tenía un tío que tenía una funeraria en otra ciudad y estaba orgullosa de aquella relación, de sus conocimientos internos. Efectivamente, comenzó a hablar del trabajo de su tío con víctimas de accidentes, de un chico que se había quedado sin cuero cabelludo y de cómo su tío le había devuelto su apariencia yendo al barbero y consiguiendo mechones de pelo del canasto, mezclándolos para conseguir exactamente el color adecuado y trabajando toda la noche. La familia del muchacho no se podía creer que estuviese tan natural.

—Es un arte —dijo Adelaide— cuando conocen su oficio como él.

Frances pensó que debería decirle aquello a Ted. A menudo le contaba a Ted cosas que Adelaide había dicho. Luego recordó.

—Desde luego, pueden dejar el ataúd cerrado si quieren —dijo Adelaide, habiendo explicado de nuevo cuán inferior era aquella funeraria a la de su tío—. ¿Era el único hijo de los Makkavala? —preguntó a Frances.

—Creo que sí.

—Lo siento por ellos. Y no tienen familia aquí. Ella ni siquiera habla bien el inglés, ¿verdad? Desde luego, como los O'Hare son católicos, tienen cuatro o cinco más. ¿Sabes?, el sacerdote vino y le hizo lo propio, aunque estaba absolutamente muerto.

—¡Oh, oh! —dijo la madre de Frances con desaprobación. No había demasiada hostilidad hacia los católicos en aquella desaprobación, realmente; era una cortesía que los protestantes se debían unos a otros.

—No tendré que ir al funeral, ¿verdad? —Una mirada preocupada y resuelta se instalaba en el rostro de la madre de Frances siempre que existía una posibilidad de que tuviera que ir donde había gente enferma o muerta—. ¿Cómo se llamaban?

—O'Hare...

—¡Ah, sí! Católicos.

—Y Makkavala.

—No les conozco. ¿Les conozco? ¿Son extranjeros?

—Finlandeses. Del norte de Ontario.

—Eso me pareció. Me pareció que sonaba a extranjero. No tengo que ir.

Frances tuvo que volver a salir. Tenía que ir a la biblioteca, por la noche, para recoger los libros de su madre. Cada semana le llevaba tres nuevos libros de la biblioteca. A su madre le gustaba ver un buen libro grueso. Hay mucho que leer en ése, decía, del mismo modo que diría lo mucho que se podía utilizar un abrigo o una manta. Realmente, el libro era como un edredón cálido y grueso, que podía ponerse por encima, en el que podía embutirse. Cuando llegaba hacia el final, y su cobertor se iba haciendo más y más delgado, contaba las páginas que le quedaban y decía:

—¿Me has ido a por otro libro? Ah, sí. Ahí está. Ya me acuerdo. Bueno, aún me queda ése cuando haya terminado éste.

Pero siempre llegaba el momento en el que había terminado el último libro y tenía que esperar mientras Frances iba a la biblioteca a por tres más. (Afortunadamente, Frances era capaz de repetir el mismo libro al cabo de un corto intervalo, pongamos tres o cuatro meses; su madre se volvía a sumergir otra vez, comentando incluso información sobre el ambiente y los personajes, como si nunca los hubiera visto antes). Frances le decía a su madre que escuchara la radio mientras esperaba, pero aunque su madre nunca se negaba a hacer cualquier cosa que se le dijera, la radio no parecía confortarla. Mientras estaba sin cobertor, por así decir, era posible que fuese a la sala y sacase del estante un viejo libro, podía ser

Jacob Faithful, o *Lorna Doone*, y que se sentase inclinada sobre el taburete bajo agarrada a él y leyéndolo. Otras veces simplemente podía ir arrastrando los pies de habitación en habitación. Nunca levantaba los pies, excepto cuando había un umbral, se agarraba a los muebles y tropezaba con las paredes, a ciegas porque no había dado la luz, débil porque ahora nunca andaba, sobrecogida por una temerosa desazón, una especie de frenesí lento que podía cogerle cuando no tenía libros, o comida, o pastillas para dormir que lo mantuvieran a distancia.

Frances estaba molesta con su madre aquella noche por haberle dicho:

—¿Y mis libros de la biblioteca?

Estaba molesta por la insensibilidad de su madre, por su ensimismamiento, por su debilidad, por su supervivencia, por sus lastimosas piernecitas y por sus brazos, en los que la piel le colgaba como mangas arrugadas. Pero su madre no era más insensible que ella misma. Pasó por la esquina de la oficina de correos donde ahora no había señales del accidente, sólo nieve recién caída, nieve que era más intensa desde el sur, desde London (él tendría que volver). Se sintió furiosa por aquel niño, por su estupidez, por su riesgo estúpido, por su actuación, por irrumpir en las vidas de los demás, en la suya. No podía soportar pensar en nadie en aquel momento. Pensar en Adelaide, por ejemplo. Adelaide, antes de marcharse, había seguido a Frances al dormitorio en el que Frances se estaba quitando la blusa de satén, porque no podía hacer la cena con ella puesta. La tenía abierta por delante, se estaba desabrochando los botones de la manga, estaba ante Adelaide como había estado delante de Ted hacía un momento.

—Frances —dijo Adelaide con un susurro tenso—, ¿te encuentras bien?

—Sí.

—¿No crees que sea un castigo divino por lo vuestro?

—¿Cómo?

—Que Dios le esté castigando —dijo Adelaide. La excitación, la presunción habían desaparecido. Antes de su matrimonio con el terco e inocente hermano menor de Frances, ella había gozado de un año o dos de popularidad sexual, o de mala fama, y con frecuencia se hacían juegos de palabras sobre su nombre. Su figura era rechoncha y maternal, y los ojos ligeramente bizcos. Frances no podía entender qué la había llevado a tal amistad, o alianza, o como se llamase. Sentada en la cocina de Adelaide las noches en las que Clark estaba entrenando al equipo junior de hockey, echándole al café el carísimo whisky de Clark (aguaban lo que quedaba), con los pañales secándose al lado de la estufa, algunas vías de tren de juguete baratas y una horrible muñeca, sin ojos y sin brazos sobre la mesa que tenían delante, habían hablado de sexo y de hombres. Un desahogo vergonzoso, una complacencia culpable, un grave error. Dios no había entrado entonces en la conversación de Adelaide. Ella nunca había oído la palabra «pene», lo intentaba, pero no podía acostumbrarse a ella. «Pájaro», decía ella. «Se sacó el pájaro de repente» decía, con el mismo deleite perturbador con el que dijo «en la mesa mortuoria».

—No tienes buen aspecto. Te lo digo de veras —le dijo a Frances—. Pareces

impresionada. Se te ve enferma.

—Vete a casa —dijo Frances.

¿Cómo tendría que pagar por aquello?

Dos hombres estaban poniendo luces de Navidad en los abetos azules que había frente a la oficina de correos. ¿Por qué lo estaban haciendo a aquellas horas? Debían de haber empezado antes del accidente y luego debieron tener que dejarlo. Seguramente pasaron el tiempo libre emborrachándose, al menos uno de ellos debió de hacerlo. Call Callaghan se había enredado en una sarta de luces. El otro hombre, Boss Creer^[4], que tenía aquel nombre porque nunca sería jefe de nada, estaba esperando a que Call se liberara de sus dificultades a su debido tiempo. Boss Creer no sabía ni leer ni escribir, pero sabía como estar cómodo. La parte trasera de su camioneta estaba llena de coronas de acebo artificial y sartas de cosas rojas y verdes aún por colgar. Frances, debido a que tomaba parte en conciertos y recitales y en casi todas las festividades públicas que la ciudad pudiera inventar, había llegado a saber dónde se guardaban los adornos y sabía que año tras año se quedaban en la buhardilla del ayuntamiento, olvidados, y que luego eran recordados y sacados cuando alguien del concejo decía:

—Bien, ahora será mejor que pensemos en qué vamos a hacer para Navidades.

Mientras aquellos dos necios subían las cuerdas y las luces de algún modo y colgaban las coronas, Frances les despreciaba. Su incompetencia, las andrajosas coronas y luces, el aire de labor monótona corriente, todo puesto en movimiento por algún sentido irracional de obligación estacional. En otro momento podía haberlo encontrado conmovedor, ligeramente admirable. Podría haber intentado explicárselo a Ted, quien nunca podía entender su sentimiento de lealtad hacia Hanratty. Él decía que podría vivir en una ciudad o en el bosque, en la clase de pueblo fronterizo del que procedía, pero no en un lugar como aquél, en un lugar tan limitado, tosco sin las compensaciones de la soledad, apretado, sin ninguna distracción ni vida urbana.

Pero allí estaba él.

Recordaba haber sentido aquella misma aversión por todo el pasado verano. Ted, Greta y los niños se habían ido fuera, durante tres semanas, hasta el norte de Ontario para visitar a sus parientes. Durante las primeras dos de las tres semanas, Frances estuvo en una casita de campo del lago Hurón, la misma casita que alquilaba siempre. Se llevó a su madre, que se sentaba a leer bajo el abeto balsámico. Frances estaba bien allí. En la casita había una antigua edición de la *Enciclopedia Británica* y en ella leyó, una y otra vez, el anticuado artículo sobre Finlandia. Por las noches se tumbaba en el porche de la casa, escuchaba la orilla del lago y pensaba en el norte de Ontario, donde no había estado nunca. Soledad. Pero cuando tuvo que volver a la ciudad y él no estaba allí, lo pasó muy mal. Cada mañana iba andando hasta la oficina de correos y no había nada de él. Se quedaba mirando por la ventana de la oficina de correos al ayuntamiento, donde había un gran termómetro rojo y blanco que registraba la marcha de la campaña *Victory Bond*. Ya no podía hacerle en el norte de Ontario en casa de sus familiares, emborrachándose y haciendo grandes comidas. Se había marchado. Podía estar en

cualquier parte, fuera de la ciudad; había dejado de existir para ella, excepto en la ridícula agonía de la memoria. Entonces odiaba realmente a todo el mundo; apenas podía dar una respuesta cortés. Odiaba la gente, el calor, el ayuntamiento, el termómetro *Victory Bond*, las aceras, los edificios, las voces. Tenía miedo de pensar en esto después, no quería pensar en cómo las decentes e inofensivas formas de las casas, o el tono tolerable de los saludos podía depender de la existencia de una persona a quien no conocía un año antes, ni en cómo su presencia en la misma ciudad, aunque no pudiera verle ni saber de él, mantenía el equilibrio necesario para su persona.

La primera noche que él volvió fue la noche que se metieron en la escuela y se restregaron contra la pintura fresca. Pensó entonces que el haber pasado sin él había valido la pena, que era sólo el precio que había que pagar. Olvidó cómo era, como decían que se olvidaba el dolor de tener un hijo, de una vez a otra.

Ahora podía recordar. Aquello era sólo un ensayo; aquello era algo que ella había inventado para torturarse. Ahora sería real. Volvería a Hanratty, pero no volvería a ella. Como estaba con ella cuando sucedió, la odiaría. Al menos, odiaría pensar en ella, porque siempre le haría pensar en el accidente. Y suponiendo que de algún modo el niño sobreviviese, inválido. Eso no sería mejor, no para Frances. Ellos querrían marcharse de allí. Él le había dicho que a Greta no le gustaba, ésa era una de las pocas cosas que él le había contado de Greta. Greta estaba sola, no se sentía en su hogar. ¿Cuánto menos no le iba a gustar ahora? Lo que Frances había imaginado el verano anterior sería realidad este verano. Él estaba fuera en algún lugar, junto a su mujer, a quien probablemente tendría en sus brazos en aquel mismo momento, consolándola, hablándole en su propia lengua. Dijo que no le hablaba en finlandés. Frances se lo preguntó. Pudo ver que no le gustaba que le preguntase. Dijo que él apenas hablaba finlandés. Ella no le creyó.

«El origen de las tribus finougrias está velado por el misterio», había leído Frances. Aquella frase le gustó; ella no había pensado que una enciclopedia pudiese admitir tal cosa. Se llamaba a los finlandeses tavastianos y carelios, y siguieron siendo paganos hasta bien entrado el siglo XIII. Creían en un dios del aire, en un dios de los bosques, en un dios del agua. Frances aprendió los nombres de estos dioses y sorprendió a Ted con ellos. Ukko, Tapio, Ahti. Estos nombres eran nuevos para él. Los antepasados que él conocía no eran aquellos paganos pacíficos, habitantes de los bosques magiares que en algunos lugares, según la enciclopedia, todavía ofrecían sacrificios a los espíritus; eran los nacionalistas, socialistas y radicales del siglo XIX. Su familia había sido expulsada de Finlandia. No eran los bosques nórdicos, ni los pinos ni los abedules lo que le habían enseñado a añorar, sino las salas de reunión, las oficinas de los diarios de Helsinki, los salones de conferencias y las salas de lectura. En su mente no persistían ceremonias paganas (tonterías, le dijo, cuando Frances le contó lo de los sacrificios a los espíritus), sino un tiempo de imprentas clandestinas, de distribución de panfletos una vez anochecido, manifestaciones

prohibidas y honrosas condenas de prisión. Se manifestaban y hacían propaganda, contra los suecos, contra los rusos.

—Pero si tu familia fuese comunista, ¿no estarían a favor de los rusos? — preguntó Frances estúpidamente, con todas las fechas equivocadas. Él hablaba de un tiempo anterior a la revolución. No es que entonces fuese distinto. Rusia había invadido Finlandia; Finlandia estaba oficialmente alineada con Alemania. Las lealtades de Ted no tenían hacia donde volverse. Ciertamente no lo iban a hacer hacia Canadá, donde decía que ahora se le consideraba un enemigo extranjero y se hallaba bajo vigilancia de la Policía Montada del Canadá. Frances apenas podía creerse una cosa así. Y él parecía estar orgulloso de ello.

Cuando salían a pasear en el otoño, por los secos bosques, él le había contado muchas cosas que hubiese debido sentirse avergonzada de no conocer; sobre la guerra civil española, las purgas en Rusia. Ella escuchaba, pero su atención siempre se desviaba, bajo el pretexto de sus razonables preguntas y respuestas, para fijar el poste de una valla o un agujero de marmota americana. Ella lo comprendió. Creía que había una bancarrota general y que la guerra, que generalmente se creía que era una crisis enorme pero temporal, era en realidad sólo un aspecto natural de esta condición. Siempre que ella apuntaba cualquier posibilidad esperanzada, él le explicaba dónde se equivocaba y por qué ahora todos los sistemas estaban destinados al fracaso y un cataclismo seguiría a otro hasta...

—¿Hasta qué?

—Hasta que haya una quiebra total.

Cuán satisfecho se le veía, diciendo aquello. ¿Cómo podía ella argumentar contra una visión que parecía producirle tanta paz y satisfacción?

—Eres tan moreno —dijo ella dándole la vuelta a la mano en la suya—. No sabía que ningún europeo del norte fuese tan moreno.

Él le contó que había dos tipos de personas en Finlandia, el magiar y el escandinavo, moreno y rubio, y cómo parecían no mezclarse sino mantenerse distintos, mostrándose inalterados generación tras generación, en la misma región, en la misma familia.

—La familia de Greta es un ejemplo perfecto —dijo—. Greta es absolutamente escandinava. Tiene unos huesos grandes, largos, es dolicocefálica.

—¿Cómo?

—Que tiene la cabeza larga. La piel clara, los ojos azules y el pelo rubio. Pero su hermana Kartrud tiene la piel aceitunada y los ojos ligeramente oblicuos, muy oscuros. Lo mismo sucede en nuestra familia. Bobby es como Greta. Margaret es como yo. Ruth-Ann es como Greta.

Frances sintió frío y curiosidad al oírle hablar de Greta, de «nuestra familia». Ella nunca preguntaba, nunca hablaba de ellos. Al principio, él tampoco hablaba de ellos. Dos cosas dijo que le quedaron. Una era que Greta y él se habían casado mientras él estaba todavía estudiando en la universidad, con becas; ella se había quedado en el norte con su familia hasta que él se licenció y encontró un trabajo. Eso le hizo a Frances preguntarse si Greta estaba embarazada; ¿era por eso por lo

que se había casado con ella? La otra cosa que dijo, sin recalcarlo y mientras Frances y él estaban hablando de lugares donde verse, era que nunca anteriormente había sido «infiel». Frances lo había imaginado siempre, ya fuese por su inocencia o por su vanidad. Ni por un momento había supuesto que ella pudiera ser parte de una procesión. Pero la palabra «infiel» (ni siquiera dijo infiel a Greta) sugería un vínculo. Ponía a Greta a la vista de ellos, la mostraba sentada en algún lugar, esperando; fría y paciente, decente, engañada. Esto la honraba; él la honraba.

Al principio, eso fue todo. Pero ahora en sus conversaciones las puertas se estaban abriendo, para volverse a cerrar rápidamente de nuevo. Frances captaba breves visiones, que rehuía y deseaba. Greta necesitaba el coche para llevar a Ruth-Ann al médico; Ruth-Ann tenía dolor de oído, se había pasado toda la noche llorando. Ted y Greta juntos estaban empapelando el pasillo de delante. Toda la familia se había puesto enferma después de comer unas salchichas dudosas. Frances captaba algo más que visiones breves. Cogía los resfriados de la familia Makkavala. Empezó a sentir que vivía con ellos en una intimidad grotesca e irreal.

Ella le hizo una pregunta.

—¿Cómo era el papel? El que tú y tu mujer pusisteis en la pared...

Tuvo que pensar.

—Es a rayas. A rayas blancas y plateadas.

La elección del papel hizo que Greta le pareciese más dura, más lista, más ambiciosa de lo que parecía en la calle o comprando en el supermercado Superior Grocery, con sus vestidos de flores suaves y pasados de moda, con sus holgados pantalones a cuadros y un pañuelo sobre el pelo. Una ama de casa grande, rubia y pecosa, que una vez dio un golpe en el brazo de Frances con su cesta de la compra y dijo: «Perdone». Las únicas palabras que Frances le había oído pronunciar. Una voz con mucho acento, fría y tímida. La voz que Ted escuchaba cada día de su vida, el cuerpo junto al cual dormía cada noche. Las rodillas de Frances flaquearon y temblaron, allí en el supermercado Superior Store, frente a los estantes de comidas preparadas Kraft, y de cerdo y judías. Sólo estar tan cerca de aquella mujer grande y misteriosa, tan inocente y poderosa, le embotaba la mente y la hacía temblar de miedo.

El sábado por la mañana Frances encontró una nota en su buzón, pidiéndole que dejase entrar a Ted en la iglesia aquella noche. Estuvo nerviosa todo el día, como cuando estuvo esperando para verle por primera vez, en el bosque de Beattie. Esperó en la oscuridad, cerca de la puerta de la escuela dominical. Era una mala noche, el sábado. Era probable que el pastor o el conserje estuvieran allí, y ambos habían estado, más temprano, cuando Frances tocaba el órgano distraídamente. Se habían ido a casa y ella esperaba que ya no volvieran.

Por lo general hacían el amor allí, en la oscuridad, pero aquella noche Frances pensó que necesitarían luz, que necesitarían hablar. Ella pasó delante inmediatamente hacia una clase de la escuela dominical que estaba detrás de la

galería del coro. Era un cuarto largo, estrecho y sofocante, sin ventanas exteriores. Las sillas de la escuela dominical habían sido apiladas en un rincón. Había algo extraño sobre la mesa del profesor: un cenicero con dos colillas. Frances lo mostró.

—Alguien más debe venir aquí también.

Tenía que hablar de algo además del accidente, porque estaba segura de que nunca podría decir algo adecuado al respecto.

—Todo un relevo de amantes —dijo Ted, para alivio suyo—. No me sorprendería.

Nombró algunas parejas posibles. La secretaria de la escuela y el director. La cuñada de Frances y el pastor de aquella iglesia. Pero hablaba melancólicamente.

—Tendremos que hacer un horario.

No se molestaron en bajar las sillas, se sentaron en el suelo con las espaldas contra la pared, bajo un cuadro de Jesús andando sobre el mar de Galilea.

—No había pasado una semana así en mi vida —dijo Ted—. No sé por dónde empezar. Volvimos de London el martes y el miércoles, la familia de Greta vino a vernos. Estuvieron conduciendo toda la noche, dos noches. No sé cómo lo hicieron. En un sitio consiguieron una máquina quitanieves para que fuera delante de ellos durante más de ochenta kilómetros. Esas mujeres son capaces de cualquier cosa. El padre es sólo una sombra. Las mujeres son el terror. Kartrud es la peor. Tiene ocho hijos y nunca ha dejado de dirigir a sus hermanas ni a las familias de sus hermanas ni a cualquiera que se lo permita. Greta no sirve de nada contra ella.

Dijo que los problemas habían empezado de inmediato, por el funeral. Ted se había decidido por un funeral no religioso. Había tomado la decisión hacía mucho tiempo de que si alguien de su familia moría, no llamaría a la iglesia. Al de la funeraria no le gustó, pero estuvo de acuerdo. Greta dijo que estaba bien. Ted escribió unos cuantos párrafos dedicados a su memoria que tenía la intención de leer él mismo. Eso sería todo. Nada de cantar himnos ni de rezar oraciones. No había nada nuevo en ello. Todos sabían cómo sentía. Greta lo sabía. Su familia lo sabía. Sin embargo, empezaron a comportarse como si ésta fuese una revelación nueva y horrible. Actuaron como si el mismo ateísmo fuese una postura de la que no habían oído hablar. Intentaron decirle que un funeral como aquel era ilegal, que podría ir a la cárcel.

—Habían traído con ellos a aquel tipo viejo, que yo di por sentado que era algún tío, o primo, o algo así. Yo no les conozco a todos, es una familia muy grande. De modo que después de que les explicase mis planes para el funeral, ellos me dijeron que aquél era su pastor. Un pastor luterano finlandés que transportaron durante seiscientos cincuenta kilómetros para intimidarme. Estaba enfermo, también, el pobre tipo. Había cogido frío. Estaban todo el rato poniéndole emplastos de mostaza, remojándole los pies e intentando que estuviese bien para ejercer. Les hubiese estado bien merecido si les hubiese fallado.

Ahora Ted estaba en pie, andando de un lado a otro por la clase de la escuela dominical. Dijo que de ninguna forma iba a ser intimidado. Podían haber llevado a toda la congregación y a la misma iglesia luterana en un carro. Se lo dijo. Tenía la intención de enterrar a su propio hijo a su propia manera. Para entonces Greta se

había derrumbado, se había pasado a su lado. No era que tuviese ni una pizca de sentimiento religioso, era sólo el llanto, y las recriminaciones, y la debilidad frente a su familia que siempre había tenido. Tampoco se dejó únicamente a la familia. Varios entrometidos de Hanratty se metieron en ello. La casa estaba llena. El pastor de la Iglesia Unificada, el pastor de aquella iglesia, acudió en un momento dado para hacer una consulta con el luterano. Ted lo rechazó. Después se encontró con que no había sido exactamente culpa del pastor, no había ido por propia voluntad. Kartrud le había llamado diciendo que había una situación desesperada, que su hermana estaba con un ataque de nervios.

—¿Y lo estaba? —preguntó Frances.

—¿Cómo?

—¿Si estaba, ella, tu mujer, con un ataque de nervios?

—Cualquiera estaría con un ataque de nervios con aquella partida de maníacos en casa.

El funeral era privado, dijo Ted, pero aquello no pareció ser un impedimento para las personas que quisieron presentarse. Él mismo se quedó junto al ataúd dispuesto a derribar de un golpe a cualquiera que interfiriera. A su cuñada, con gusto, o al enfermizo y anciano pastor, o incluso a Greta si alguien la empujaba a ello.

—¡Oh no! —dijo Frances involuntariamente.

—Yo sabía que ella no lo haría, pero Kartrud podría haberlo hecho. O la anciana madre. Yo no sabía lo que iba a suceder. Yo sabía que no podía mostrar ni un momento de vacilación. Fue horrible. Empecé a hablar y la anciana madre empezó a tambalearse y a sollozar. Tuve que gritar más que ella. Cuanto más gritaba ella en finlandés, más gritaba yo en inglés. Fue una locura.

Mientras hablaba vaciaba las colillas de cigarrillo del cenicero en sus manos y las volvía a poner, las iba echando de un lado al otro.

Frances dijo al cabo de un momento:

—Pero Greta era su madre.

—¿Qué quieres decir?

—Que si quería un funeral corriente.

—Oh, no.

—¿Cómo lo sabes?

—La conozco. No tiene opiniones ni en un sentido ni en otro. Sencillamente se derrumbó frente a Kartrud, siempre lo hará.

«Lo hizo todo por sí mismo», pensaba Frances. No pensó en Greta ni por un momento. Ni en Bobby. Estaba pensando en sí mismo y en sus creencias y en no rendirse ante sus enemigos. Eso era lo que le importaba. Ella no podía evitar verlo y no le gustaba. No podía evitar ver cuánto le disgustaba. Eso no quería decir que hubiera dejado de gustarle; al menos, no había dejado de amarle. Pero había un cambio. Cuando pensó en ello más tarde, le parecía que hasta aquel momento había estado metida en algo infantil y vergonzoso. Lo había hecho para su propio deleite, viéndole como ella quería, prestando atención cuando quería, no tomándoselo en

serio, aunque creía que sí; ella hubiera dicho que él era lo más importante de su vida.

Ya no iba a poderse permitir más aquello, aquella indolencia y aquel engaño.

Por primera vez, se sorprendió cuando él quiso hacer el amor. Ella no estaba preparada, no podía comprenderle todavía, pero él parecía demasiado resuelto como para darse cuenta.

Al día siguiente, domingo, cuando tocó para los oficios religiosos, fue la última vez que lo hizo en la Iglesia Unificada.

El lunes Ted fue llamado a la oficina del director. Lo que había sucedido era que la hermana de Greta, Kartrud, había llegado a conocer mejor a las mujeres de Hanratty en cinco días que Greta en dieciocho meses, y que alguien le había contado lo de Ted y Frances. Frances pensó después que habría sido Adelaide quien lo había dicho, debió de ser Adelaide, pero se equivocaba. Adelaide se presentó en casa de los Makkavala, pero no fue quien lo dijo; alguien había llegado antes que ella. Enojada ya por la pelea por el funeral y por haber perdido, Kartrud fue a visitar al director de la escuela secundaria y al pastor de la Iglesia Unificada. Les preguntó qué medidas pensaban tomar. Ni el pastor ni el director querían tomar ninguna. Ambos se habían enterado del asunto, les había puesto nerviosos y esperaban que pasara. Tanto Ted como Frances eran valiosos para ellos. Ambos le dijeron a Kartrud que seguramente ahora, después de la muerte del hijo, marido y mujer se unirían y este otro asunto se olvidaría. Era una pena armar un escándalo ahora, dijeron, cuando la familia había sufrido tal pérdida y el daño podía enmendarse y sin que la esposa se enterase. Pero Kartrud prometió que ella sería quien se lo dijera. Tenía la intención de decírselo a Greta, dijo, antes de volver a casa; tenía la intención de persuadir a Greta para que se fuera con ella, si no se había hecho algo para detener aquello. Era una mujer enérgica, física y verbalmente. Los dos hombres se acobardaron ante ella.

El director le dijo a Ted que un asunto desdichado había llegado a sus oídos, que se lo habían ido a decir. Le pidió disculpas por plantearlo tan pronto después de la aflicción, pero dijo que no había tenido elección. Dijo que esperaba que Ted pudiese imaginar el asunto que tenía en la mente, que tenía que ver con una señora de aquella ciudad que anteriormente gozaba del respeto de todo el mundo y que esperaba que lo volviera a tener. Dijo que imaginaba que el mismo Ted podría ya haber decidido poner fin al asunto. Estaba esperando que Ted hiciese alguna violenta y ambigua afirmación del tenor de que ya había puesto o iba a poner un final al asunto, y no importaba lo convincente o poco convincente que sonase tal afirmación, el director estaba dispuesto a aceptarla. Sólo estaba cumpliendo su promesa, para que Kartrud se fuera de la ciudad sin originar más problemas.

Ted se levantó de golpe, para asombro del director, y dijo que aquello era hostigamiento, y que no lo toleraría. Dijo que sabía quién estaba detrás de aquello. Dijo que no aguantaría ninguna intromisión, que sus relaciones eran asunto

exclusivamente suyo y que el matrimonio de todos modos no era más que una costumbre antigua fomentada por las autoridades de la iglesia, como todo lo demás que hacían tragar por la fuerza a las personas. De forma bastante inconsistente, siguió diciendo que de todos modos iba a dejar a Greta, que dejaba la escuela, su trabajo, Hanratty; que iba a casarse con Frances.

—No, no —repetía el director—, tómese un vaso de agua. Usted no tiene esa intención, qué tontería. No puede usted tomar una decisión en un estado como éste.

—Ya me había decidido hace mucho tiempo —dijo Ted. Él creía que eso era cierto.

—Al menos podía habértelo preguntado primero —le dijo Ted a Frances.

Estaban sentados en el salón del apartamento, entrada la tarde. Frances no había ido a la escuela secundaria aquel lunes; había pedido que el coro se reuniera en el ayuntamiento, para poder ensayar allí y que se acostumbrasen al escenario. Llegó tarde a casa y su madre le dijo:

—Hay un hombre esperándote en la sala de delante. Me dijo su nombre, pero lo he olvidado.

Su madre también olvidó decirle que el pastor había llamado y que quería que Frances le llamase. Frances nunca se enteró de eso.

Pensó que probablemente fuese el agente de seguros. Había un problema con el seguro contra incendios del edificio. El agente había llamado la semana anterior y había preguntado si podía ir a verla la próxima vez que estuviera en la ciudad. Yendo por el pasillo, intentó aclarar su mente para hablar con él, preguntándose si tendría que encontrar otro lugar donde vivir. Entonces vio a Ted sentado junto a la ventana, con el abrigo puesto. No había encendido las luces. Pero llegaba algo de luz de la calle, una especie de arco iris navideño rojo y verde jugueteaba sobre él.

En cuanto lo vio supo lo que había sucedido. No lo sabía con detalle, pero sí en esencia. ¿Por qué otra razón podía estar ahí sentado en el salón de su madre delante del antiguo papel cubierto de helechos y del «Ángelus»?

—Es una sala anticuada —dijo él suavemente, como si le adivinara el pensamiento. Se había quedado sin cuerda, estaba en el extraño, debilitado y nebuloso estado que sigue a las terribles discusiones o a las decisiones irrevocables—. No se parece en nada a ti.

—Es la habitación de mi madre —dijo Frances, queriéndole preguntar qué clase de habitación se hubiese parecido a ella, pero aquel no era el momento. ¿Qué le parecía ella a él?, ¿en qué había realmente reparado de ella? Corrió las cortinas y encendió dos lámparas de brazo.

—¿Es este tu rincón? —preguntó Ted educadamente, mientras Frances cerraba la partitura que había sobre el piano. La cerró para que no le molestara, o para protegerla de él; a él no le interesaba la música.

—Algo parecido. Ése es Mozart —dijo apresuradamente, tocando el barato busto sobre una mesa lateral—. Mi compositor favorito.

Qué cosa tan tonta y tan de colegiala de decir. Sintió que sus disculpas no deberían ser para Ted, sino para este rincón de su vida, el piano, Mozart y el oscuro grabado de *Una vista de Toledo* que le gustaba mucho y que ahora estaba dispuesta a mostrar y a traicionar.

Ted comenzó a contarle los sucesos del día, lo que el director había dicho, lo que había dicho él, lo mejor que pudo recordar. Al contarlo, sus respuestas eran algo más frías, más controladas y cuidadosas de lo que en realidad habían sido.

—De modo que dije que me iba a casar contigo, y luego pensé «qué presunción. ¿Qué pasa si ella dice que no?».

—Oh, bueno. Sabías que no lo haría —dijo Frances—. Decir que no.

Desde luego él lo había sabido. Lo iban a llevar a cabo, nada podría detenerlos. Ni la madre de Frances, que estaba en la cocina sentada, leyendo y sin saber que se hallaba bajo sentencia de muerte (porque a eso equivalía: iría a casa de Clark y de Adelaide y la confusión de aquella casa acabaría con ella; se olvidarían de sus libros de la biblioteca y se iría a la cama y moriría). Ni las hijas más jóvenes de Ted, que aquella tarde estaban patinando en la pista al aire libre, con la música poco nítida de *Cuentos de los Bosques de Viena* y disfrutando, de una forma discreta y culpable, de la atención que la muerte de su hermano les acarreaba.

—¿Quieres un café? —preguntó Frances—. Oh, no sé si tenemos. Guardamos todos los cupones de racionamiento para té. ¿Quieres té?

—Nosotros guardamos todos los nuestros para café. No, gracias.

—Lo siento.

—Realmente no quiero tomar nada.

—Estamos aturridos —dijo Frances—. Estamos los dos aturridos.

—De todos modos hubiera sucedido. Más pronto o más tarde nos hubiéramos decidido.

—¿Lo crees así?

—Sí, claro —dijo Ted con impaciencia—. Desde luego que sí.

Pero no le parecía así a Frances, y se preguntaba si él lo decía sólo porque no podía soportar el pensar en nada que pudiera ser puesto en movimiento fuera de su control, y de forma tan pródiga, tan cruelmente, y porque se sentía obligado a ocultarle qué papel tan pequeño había desempeñado ella en todo aquello. No, no un papel pequeño; un papel ambiguo. Había una larga cadena de cosas, muchas ocultas para ella, que le habían llevado a proponerle matrimonio en el lugar más adecuado, en el salón de su madre. Ella se había hecho necesaria. Y era absolutamente inútil pensar ¿hubiera servido cualquier otra persona?, ¿hubiera sucedido si la cadena no hubiese estado unida exactamente como lo estaba? Porque estaba unida como lo estaba, y no era ninguna otra persona. Era Frances, que siempre había creído que algo iba a sucederle, algún momento de clara división llegaría, y su futuro le sería presentado. Lo había previsto, y podía haber previsto algún escándalo, pero no el peso, la conmoción, la posibilidad de desesperanza que estaba en el corazón de ese algo.

—Tendremos que tener cuidado —dijo ella.

Él pensó que quería decir que no deberían tener hijos, al menos durante un tiempo, y él estuvo de acuerdo, aunque pensó que ella había escogido un extraño momento para mencionarlo. Ella no quería decir nada parecido.

Frances está saludando a gente, de pie junto a su hermano Clark y al féretro de su cuñada Adelaide en la funeraria de Hanratty, casi treinta años después. La funeraria Hanratty es una extensión de la tienda de muebles que estaba al lado de la antigua ferretería. La ferretería se quemó por completo. De modo que Frances está debajo de donde vivía, si eso se puede imaginar. Frances no se lo imagina.

Tiene el pelo de un color extraño. Los cabellos oscuros se han vuelto grises, pero no los pelirrojos, resultando una tal mezcla entrecana que sus hijas la han persuadido de que se lo tiña. Pero el tono que han escogido para ella es un error. No obstante, el tono equivocado de pelo, como el lápiz de labios pasado con rapidez, el sobrio traje de cuadros escoceses, la permanente delgadez y el porte aturdido y enérgico, sólo la hace parecerse más a sí misma, y mucha gente está encantada de verla.

Había vuelto antes, desde luego, pero no a menudo. Nunca llevó a Ted con ella. Llevó a sus hijas, que pensaron que Hanratty era un lugar raro y ridículo, un lugar en el que les parecía absurdo que sus padres hubieran vivido. Tenía dos hijas. Ted tiene cuatro hijas en total, pero ningún hijo. En cada ocasión, en la sala de partos, Frances se sintió aliviada.

Ella seguía creyendo que Adelaide la delató y seguía estando enojada por ello, aunque vio que también podría estarle agradecida. Ahora Adelaide está muerta. Se puso muy gorda, tuvo problemas de corazón.

Las personas en la funeraria no le preguntan a Frances por Ted, pero ella cree que eso se debe a la pasada turbación, no a que sientan animadversión hacia él. Le preguntan por sus hijas. Luego la misma Frances es capaz de mencionar el nombre de Ted, diciendo que la hija más joven acaba de llegar de Montreal donde está estudiando, para pasar unos cuantos días junto a su padre mientras ella está fuera. Ted está en un hospital, tiene un enfisema. Va al hospital cada vez que tiene una crisis, se alivia y vuelve de nuevo a casa. Eso seguirá así durante un tiempo.

Entonces las personas comienzan a hablar de Ted, recordando sus payasadas en clase, diciendo que nunca hubo como él, que debiera haber más profesores así, que qué lugar más distinto hubiese sido la escuela. Frances se ríe, está de acuerdo, piensa en cómo debe contarle todo esto a Ted, pero de forma casual, para que no crea que lo hace para animarle. Nunca volvió a dar clases después de Hanratty. Consiguió un empleo en Ottawa, trabajando para el gobierno, como biólogo. Era posible conseguir un trabajo así en tiempo de guerra, sin tener un brillante expediente. Frances trabajó como profesora de música, de modo que pudieron enviar dinero a Greta, que volvió al norte de Ontario, con su familia. Ella cree que a Ted le ha gustado su trabajo. Ha estado implicado en grandes luchas y batallas, y ha hablado con cinismo, pero ése, por lo que ella había podido ver, era el estilo de los

funcionarios civiles. Pero ha llegado a considerar la enseñanza como su vocación real. Habla de sus días de profesor cada vez más, según se va haciendo mayor, convirtiéndolos en una especie de aventura de serial, con directores locos, con ridículas juntas directivas, con alumnos recalcitrantes, pero finalmente conquistados, y el interés encendido en las cosas más inverosímiles. Va a estar encantado de oír cómo los recuerdos de sus alumnos concuerdan con los suyos.

También tiene la intención de hablarle de Helen, la hija de Adelaide, una mujer gruesa en la treintena. Ella cogió a Frances para examinar de cerca a Adelaide, a quien se ve con la boca apretada y callada como nunca estuvo en vida.

—Mira lo que han hecho, le han cerrado las mandíbulas con un alambre. Así es como lo hacen ahora, ponen alambre en las mandíbulas y nunca se ve natural. Antes ponían dentro pequeños rellenos y les redondeaban los labios, pero ya no lo hacen, da demasiado trabajo.

Un hombre pálido, con dos bastones, se acerca a Frances.

—No sé si me recuerda. Era el vecino de Clark y de Adelaide. Fred Beecher.

—Sí que le recuerdo —dice Frances, aunque no puede pensar por un momento en cómo le recuerda. Le viene a la memoria mientras hablan. Él le explica cosas que recuerda de Adelaide como vecina y le cuenta sus propios tratamientos para la artritis. Ella recuerda que Adelaide dijo que había vomitado en la nieve. Le dice que siente que se encuentre mal y que tenga problemas al andar, pero lo que realmente quiere decirle es que siente lo del accidente. Si él no hubiese ido aquel día que nevaba a llevar un cochecito de niño al otro lado de la ciudad, Frances no viviría ahora en Ottawa, no tendría a sus dos hijas, no tendría su vida, no la misma. Eso es cierto. Ella está segura de ello, pero es demasiado feo pensarlo. El ángulo desde el que tiene que ver eso no puede ser nunca admitido, parecería monstruoso. Y si él no hubiera salido aquel día, piensa Frances mientras habla con él, ¿dónde estarían ahora todos? Bobby tendría unos cuarenta años, quizá sería ingeniero (sus intereses infantiles, recordados ahora más a menudo por Ted, hacían que eso fuera probable), tendría un buen trabajo, quizá incluso un trabajo interesante, una mujer e hijos. Greta iría a ver a Ted al hospital, cuidaría de su enfisema. Frances podría todavía estar aquí, en Hanratty, enseñando música; o podría estar en otra parte. Podría haberse recuperado, haberse enamorado de otra persona, o podría haberse hecho dura y solitaria en torno a su herida.

—¡Qué diferencia! —piensa Frances. Ella no sabe de dónde viene ese pensamiento ni lo que significa, porque desde luego hay una diferencia, cualquiera puede verlo, una diferencia de vida. Ha tenido su amor, su escándalo, su marido, sus hijos. Pero en su interior está marcando el paso del tiempo, por sí sola, la misma Frances que estaba allí antes que nada.

No la misma del todo, seguramente.

La misma.

—Seré tan mala como mi madre cuando me haga vieja —piensa, volviéndose con vehemencia para saludar a alguien. No importa. Tiene un camino que recorrer todavía.

El autobús de Bardon

I

Me imagino que soy una vieja solterona, de otra generación. Había muchas solteronas en mi familia. Provengo de personas que pasaban estrecheces, terriblemente reservadas, tenaces, frugales. Como ellas, podía hacer mucho con poco. Un trozo de seda china doblado en un cajón, gastado por el tacto de los dedos en la oscuridad. O la carta, escondida bajo modestas prendas, que no necesita ser abierta ni leída nunca, porque cada palabra se sabe de memoria y su solo tacto transmite el todo. Quizá nada tan tangible, sólo el recuerdo de una palabra ambigua, de un íntimo y ocasional tono de voz, de una mirada penetrante, indefensa. Eso servía. Con sólo eso yo podía arreglármelas, año tras año mientras limpiaba los cubos de leche, escupía en la plancha, seguía a las vacas por el accidentado sendero entre los alisos y las margaritas amarillas, tendía las chaquetas limpias y mojadas sobre la valla para que se secaran, y los paños de cocina sobre los matorrales. ¿Quién sería el hombre? Podía ser cualquiera. Un soldado muerto en el Somme o un granjero de abajo de la calle con una esposa deslenguada y una multitud de chiquillos; un muchacho que iba a Saskatchewan y prometió enviar a buscarme, pero que nunca lo hizo; o el predicador que me perturba cada domingo con castigos terribles y promesas de tormento. No importa. Yo podía fijarme en cualquiera de ellos, en secreto. Un secreto de por vida, una vida irreal toda la vida. Yo podía estar cantando en la cocina, puliendo la estufa, limpiando los tubos de las lámparas, sacando agua para el té con el balde de beber. El ligero olor a agrío de la lata fregada, los gastados trapos de fregar. Arriba, mi cama con la alta cabecera, la colcha de ganchillo y las ásperas sábanas de franela, con su olor familiar, la botella del agua caliente para aliviar mis calambres o para apretarla entre las piernas. Allí vuelvo una y otra vez al centro de mi fantasía, al momento en que uno se rinde, en que uno se entrega al asalto que garantiza terminar con todo lo que uno ha sido anteriormente. Una tenaz creencia de virgen, esta creencia en el perfecto dominio; cualquier esposa agotada podría decirnos que no existe tal cosa.

Metiendo el cacillo en el cubo, envuelta en mi locura inofensiva, yo cantaba himnos y nadie se extrañaba.

*Él es el lirio del valle,
la luminosa estrella de la mañana,*

él es el más hermoso entre diez mil para mi corazón.

II

Este verano estoy viviendo en Toronto, en el piso de mi amiga Kay, terminando un libro de la historia de una familia que una gente rica me paga para que escriba. La pasada primavera, por este libro, tuve que pasar algún tiempo en Australia. Allí me encontré con un antropólogo a quien había conocido superficialmente, años antes, en Vancouver. Entonces estaba casado con su primera esposa (ahora está casado con la tercera) y yo estaba casada con mi primer marido (ahora estoy divorciada). Ambos vivíamos en Fort Camp, la residencia de los estudiantes casados de la universidad.

El antropólogo había estado investigando grupos lingüísticos en la zona norte de Queensland. Iba a pasar unas semanas en la ciudad, en una universidad, antes de reunirse con su esposa en la India. Ella estaba allí con una beca, estudiando música india. Es la nueva clase de esposa con verdaderos intereses propios. Su primera mujer había sido una chica con un trabajo, que le ayudaba a terminar la carrera, y que luego se iba a quedar en casa a tener hijos.

Nos encontramos en el almuerzo del sábado, y el domingo fuimos de excursión río arriba, en un barco lleno de familias ruidosas, a una reserva animal. Allí observamos osos australianos acurrucados como morcillas de sangre, y emús malhumorados y cursis, paseamos bajo un emparrado de flores brillantes y desconocidas, y nos hicimos fotos con osos koalas. Nos pusimos al día de nuestras respectivas vidas, con bromas, pasajes sombríos, y animada simpatía. En el viaje de vuelta bebimos ginebra en el bar del barco, y nos besamos, e hicimos de nosotros un dulce espectáculo. Era casi imposible hablar por el ruido de los motores, los bebés que lloraban, los niños que gritaban y se perseguían, pero él dijo:

—Por favor, ven a ver mi casa. Me han prestado una. Te gustará. Por favor, no puedo esperar para preguntártelo, por favor, ven y vive conmigo en la casa.

—¿Debería hacerlo?

—Me pondré de rodillas —dijo, y lo hizo.

—¡Levántate, compórtate! —le dije—. Estamos en un país extranjero.

—Eso significa que podemos hacer lo que nos plazca.

Algunos de los niños habían parado de jugar para mirarnos fijamente. Parecían escandalizados y serios.

III

Le llamaré X, como si fuese un personaje de novela antigua, que pretende ser real. X es una letra de su nombre, pero también lo escojo porque parece irle bien. La letra X me parece expansiva y reservada. Y el utilizar sólo la letra, el no necesitar un nombre, está en consonancia con un sistema que empleo a menudo actualmente. Me digo a mí misma: «Autobús de Bardon, n.º 144» y veo toda una sucesión de escenas. Las veo en detalle, calles y casas. La Trobe Terrace, Paddington. Escuelas como bungalows agradables, oficinas de apuestas, árboles franchipanieros que dejaban caer sus flores enceradas, fácilmente estropeadas y muy fragantes. Era en ese autobús en el que fuimos hasta el centro, cuatro o cinco veces en total, llevando nuestras bolsas de red, para comprar comestibles en Woolworths, carne en Coles, dulce de regaliz y chocolate de jengibre en la confitería. Gran parte de la ciudad está construida sobre colinas entre hondonadas, de modo que daba una sensación de atravesar pueblos de montaña populosos pero medio desiertos en el centro de la ciudad, con su turbio río y su estado ruinoso, agradable y colonial. En un tiempo tan corto todo parecía notablemente familiar y sin embargo no se confundía con nada que hubiésemos conocido en el pasado. Nos parecía conocer las vidas de las amas de casa con sombreros de sol que iban con nosotros en el autobús, conocíamos los interiores de las casas con las persianas bajadas y protegidas contra el sol, levantadas sobre postes de madera por encima de las hondonadas, conocíamos las calles que no podíamos ver. Esta familiaridad no era opresiva, sino deliciosa, y había en ella una ligera peculiaridad, como si la hubiésemos logrado de una forma que no comprendíamos. Actuábamos en medio de una cómoda domesticidad, con una sensación de seguridad perfecta, una seguridad que no habíamos sentido, o eso nos dijimos, en ninguno de nuestros arreglos domésticos legales, ni en ninguno de los lugares a los que pertenecíamos de manera más adecuada. Tuvimos unas vacaciones ligeras de espíritu, sin la sensación de vacaciones sin nada en qué ocuparse. Cada día X iba a la universidad y yo iba al centro, a la biblioteca de investigación para mirar viejos periódicos microfilmados.

Un día fui al cementerio de Toowong para buscar algunas tumbas. El cementerio era más espléndido estando peor arreglado de lo que lo están los cementerios en Canadá. Las inscripciones en algunas de las magníficas lápidas blancas eran de una sorprendente informalidad: «Nuestra maravillosa mami» y «Un gran tipo». Me

pregunté qué significado tendría eso para los australianos, y luego pensé que siempre nos estamos preguntando lo que significan las cosas en otro país, y que hablaría de ello con X.

El sepulturero salió de su casita para ayudarme. Era un hombre joven, con pantalón corto y un velero con las velas desplegadas tatuado en el pecho. «Australia Felix» era su nombre. Una chica de un harén en la parte interior del brazo, y un guerrero pintado en la superior. El otro brazo estaba decorado con dragones y estandartes. Un mapa de Australia en el dorso de una mano, la Cruz del Sur en el dorso de la otra. Yo no quería mirarle las piernas, pero me dio la impresión de que llevaba complicadas escenas como una tira cómica vertical, y una cadena de medallones entrelazados con flores, que quizá contenían nombres de chicas. Tuve buen cuidado de fijarme bien en todo, por el placer de llegar a casa y contárselo a X.

Él también traía sus cosas a casa: conversaciones en el autobús, derivados de palabras, relaciones que había encontrado.

No teníamos miedo de utilizar la palabra amor. Vivíamos sin responsabilidad, sin un futuro, en libertad, con generosidad, en celebración constante pero no aburrida. No teníamos ninguna duda de que nuestra felicidad duraría el tiempo preciso. La única cosa que nos reprochábamos era la pereza. Nos preguntábamos si más tarde lamentaríamos no haber ido a los Jardines Botánicos a ver el loto en flor, o no haber ido juntos a ver una película; estábamos seguros que pensaríamos en más cosas que nos gustaría habernos contado el uno al otro.

IV

Soñé que X me escribía una carta. Estaba escrita con torpes letras mayúsculas de imprenta y pensé: «Eso es para disfrazar su caligrafía, es inteligente». Pero me costó mucho leerla. Me decía que quería que fuésemos de viaje a Cuba, que el viaje le había sido ofrecido por un sacerdote que había conocido en un bar. Me preguntaba si el sacerdote podía ser un espía. Decía que podíamos ir a esquiar a Vermont, que no quería interferir en mi vida, pero que quería protegerme. Me gustó esa palabra. Pero las complicaciones del sueño se multiplicaban. La carta se había retrasado. Intenté telefonearle y no pude conseguir que el disco del teléfono funcionase. También parecía que yo tuviese la responsabilidad de un bebé, dormido en el cajón de una cómoda. Las cosas se hicieron cada vez más complicadas y pesadas hasta que me desperté. La palabra «proteger» todavía estaba en mi cabeza. Tenía que hacer que se marchitara. Estaba echada sobre un colchón en el suelo del piso de Kay en la esquina de las calles Queen y Bathurst, eran las ocho de la mañana. Las ventanas estaban abiertas al calor del verano, las calles llenas de gente que iba a trabajar, los tranvías se detenían, arrancaban y chirriaban al dar la vuelta.

Es un piso barato y agradable con ventanas altas, paredes blancas, cortinas de algodón sin blanquear, las tablas del piso pintadas de un gris brillante. Ha sido un sitio provisional y barato durante tanto tiempo que nunca nadie se puso a cambiarlo, de modo que todavía están ahí los paneles de madera, y los anticuados protectores perforados de los radiadores. Kay tiene algunas bonitas y descoloridas alfombras, y los habituales cojines y cubrecamas, para hacer que los colchones sobre el suelo aparenten ser más divanes y menos colchones. Contra la pared hay un gastado juego de bastidores de cama, cubierto con chales y bufandas y, prendidos, bocetos al carbón del antiguo amante de Kay, el artista. Nadie puede imaginarse la forma de quitar de allí los bastidores, ni tampoco cómo llegaron allí en primer lugar.

Kay se gana la vida como ilustradora botánica, haciendo minuciosos dibujos de plantas para libros de texto y manuales para el gobierno. Vive en una granja, en una casa de adultos y niños que vienen y se van y que un día se marchan para siempre. Tiene este apartamento en Toronto y viene a pasar un día aproximadamente cada par de semanas. Le gusta este tramo de la calle Queen, con sus tabernas y tiendas de segunda mano y vagabundos tranquilos. Aquí no tiene muchas posibilidades de encontrarse con personas que fueron a Branksome Hall con

ella, o que bailaron en su boda. Cuando Kay se casó, su novio llevaba una falda escocesa y sus hermanos oficiales formaron un arco de espadas. El padre de ella era general de brigada; hizo su debut en la residencia oficial del gobernador. A menudo pienso que es por eso por lo que ella no se cansa nunca de una vida de riesgo y de improvisación, y por lo que no le asusta el ruido de los altercados bien entrada la noche bajo estas ventanas, ni los borrachos en la entrada de la escalera. No siente la amenaza que yo sentiría, nunca se imagina con problemas.

Kay no tiene tetera. Hierve el agua en un pote. Es diez años más joven que yo. Tiene las caderas estrechas, el pelo largo, estirado y oscuro, con canas. Normalmente lleva boina y ropa encantadora y algo gastada comprada en tiendas de segunda mano. Hace seis o siete años que la conozco y durante ese tiempo se ha enamorado a menudo. Sus amores son atrevidos, a veces grotescos.

En el barco que sale de Centre Island conoció a un preso en libertad condicional, un tipo moreno y alto que llevaba una cinta bordada en la cabeza y el cabello largo, negro entrecano, flotando al viento. Le habían enviado a la cárcel por destrozar la casa de su ex-esposa, o la de su amante; algún crimen de pasión por el que Kay se sobresaltó y que luego perdonó. Dijo que era medio indio y que cuando hubiese aclarado un asunto en Toronto la llevaría a la isla donde nació, en la costa de la Columbia británica, donde montarían a caballo por la playa. Ella comenzó a tomar lecciones de equitación.

Cuando se separó de él, ella temía por su vida. Encontraba notas amenazadoras y amorosas enganchadas en sus camiones y en su ropa interior. Cambió las cerraduras, fue a la policía, pero no renunció al amor. Pronto se enamoró del artista, que nunca había destrozado una casa, pero que estaba gobernado por señales del mundo del espíritu. Había recibido un mensaje sobre ella antes de que se conocieran, sabía lo que ella iba a decir antes de que lo dijera, y a menudo veía un nefasto fuego azul alrededor de su cuello, un yugo o un aro. Un día desapareció, dejando aquellos bocetos y un profuso y horrible libro de anatomía que mostraba cadáveres reales cortados, con las entrañas, la piel y el pelo del cuerpo en sus colores naturales, tintes inyectados de color rojo o azul iluminando una jungla de vasos sanguíneos. En los estantes de Kay se puede leer la historia de sus asuntos amorosos: libros sobre motines en las prisiones y autobiografías de prisioneros de los tiempos del convicto en libertad condicional; este libro de anatomía y otros sobre fenómenos ocultos, del período del artista; libros sobre cuevas, libros de Albert Speer, de los tiempos del rico importador alemán que le enseñó la palabra *spelunker*; libros sobre la revolución que datan de los tiempos del antillano.

Se dedica a un hombre y a su historia de todo corazón. Aprende su lengua, figurativa o literalmente. Al principio puede intentar disfrazar su condición, haciendo ver que es prudente o irónica. «La semana pasada conocí a un personaje peculiar», o «¿Te he contado que he tenido una conversación divertida con un hombre en una fiesta?». Pronto aparece un estremecimiento, una furtiva palpitación, una sonrisa llena de disculpas pero firme.

—En realidad, me temo que me he enamorado de él. ¿No es terrible?

La siguiente vez que la ves, está enamoradísima, yendo a adivinos, dejando caer su nombre cada dos frases con un tono sensiblero en su voz, bajando los ojos, y con un acariciado aire de desamparo, horrible de contemplar. Luego viene el ataque de pesimismo, las dudas y la angustia, la lucha, bien para liberarse ella o para evitar que se libere él; los mensajes dejados con servicios de mensajes. Una vez se disfrazó de vieja, con una peluca gris y un abrigo de pieles andrajoso; estuvo caminando arriba y abajo, en medio del frío, alrededor de la casa de la mujer que creía que era su substituta. Es capaz de hablar fría, sensata e ingeniosamente sobre su error y decir cosas vergonzosas que haya entresacado de su amante, y luego hacer desesperadas llamadas telefónicas. Se emborrachará y se matriculará en un curso de terapia natatoria y gimnasia.

En nada de esto es muy excepcional. Hace lo que hacen las mujeres. Quizá lo haga más a menudo, más abiertamente, con algo más de imprudencia y con más fervor. Su capacidad de recuperación, su fe, no se agotan nunca. Yo le gasto bromas, todo el mundo lo hace, pero también la defiende, diciendo que no está condenada a vivir con reservas y retraimiento, arrastrando descontentos duraderos, desdichas fluctuantes e inarticuladas. Su confianza es total, sus desdichas son hirientes, y sobrevive sin haberse lastimado visiblemente. No se permite la inactividad ni el estancamiento y el espectáculo de su vida no es descorazonador para mí.

Ahora está recobrándose de un desengaño amoroso; el marido, el extraño marido separado de otra mujer de la granja. Se llama Roy. También es antropólogo.

—Es realmente caer bajo, enamorarse de alguien que ha vivido en la granja —dice ella—. Realmente bajo. Alguien de quien lo sabes todo.

Yo le digo que me estoy recobrando de alguien que encontré en Australia y que me propongo que eso se acabe justo cuando termine el libro, y que luego me buscaré otro trabajo, un lugar en el que vivir.

—No te apresures, tómatelo con calma —dice.

Pienso en la palabra «recobrase». Tiene un sonido alentador, preciso, cotidiano. Está a tono con la disposición de ánimo actual de Kay. Cuando el amor es nuevo y crece se vuelve mística, vacilante; cuando el amor está en declive y ha pasado lo peor, es enérgica y jovial, directa, analítica.

—No es más que el deseo de verte reflejada —dice—. El amor siempre se vuelve egoísmo. La idiotez. No les quieres a ellos, quieres lo que puedes obtener de ellos. Obsesión y engaño de uno mismo. ¿Has leído alguna vez los diarios de la hija de Victor Hugo?, creo que eran de ella.

—No.

—Yo tampoco, pero he leído acerca de ellos. La parte que recuerdo, la parte sobre la que recuerdo haber leído, que me chocó mucho, era cuando sale a la calle después de años y años de amar a aquel hombre, de amarlo obsesivamente, y se lo encuentra. Pasa por su lado en la calle y, o bien no lo reconoce, o lo reconoce pero ya no puede relacionar al hombre verdadero con la persona que ama en su mente. No puede relacionarlo en absoluto.

V

Cuando conocí a X en Vancouver era una persona distinta. Un estudiante serio, todavía luterano, robusto y resuelto, bastante engreído, en opinión de algunas personas. Su esposa era más atolondrada; una fisioterapeuta llamada Mary a quien le gustaban los deportes y el baile. De los dos, una hubiera dicho que ella sería quien se marchase. Tenía el cabello rubio, y los dientes grandes; mostraba las encías. La vi jugar al béisbol en un picnic. Tuve que ir a sentarme entre los arbustos, para amamantar a mi bebé. Tenía veintiún años, era una chica de aspecto sencillo, una madre que amamantaba. Gruesa y rosa en el exterior, opiniones ignorantes y ambiciones tenaces en el interior. El sexo no había comenzado para mí, en absoluto.

X fue hasta los arbustos y me dio una botella de cerveza.

—¿Qué estás haciendo aquí detrás?

—Amamantando a mi bebé.

—¿Por qué tienes que hacerlo aquí? A nadie le importará.

—A mi marido le daría un ataque.

—Ah. Bueno, bebe. Se supone que la cerveza es buena para la leche, ¿no?

Aquella fue la única vez que hablé con él, que yo recuerde. Había algo en el modo directo de acercarse, en la cortesía algo torpe pero resuelta, mi propia e inesperada sensación de gratitud y de alivio, que después tenía mucha relación con sus atenciones hacia las mujeres, y con la impresión que les causaba. Estoy segura de que siempre era paciente, de que no asustaba; tenía éxito, era agradecido, sincero.

VI

Me encontré con Dennis en la Biblioteca de Consulta de Toronto y me pidió que fuéramos a cenar.

Dennis es un amigo de X, que vino a visitarnos en Australia. Es un hombre joven alto, delgado, estirado y muy sonriente (aunque no tan joven, debe de tener treinta y cinco) que ha desarrollado un estilo atento y didáctico.

Voy a encontrarme con él pensando que puede tener un mensaje para mí. ¿No es raro, sin embargo, que quiera cenar con una mujer mayor que sólo ha visto una vez anteriormente? Creo que me puede decir si X ha vuelto a Canadá. X me dijo que probablemente volverían en julio. Después iba a pasar un año escribiendo su libro. Podrían vivir en Nova Scotia durante aquel año. Podrían vivir en Ontario.

Cuando Dennis vino a vernos en Australia, hice un curry. Me gustaba la idea de tener un invitado y estaba encantada de que llegase a tiempo para ver la breve luz del atardecer sobre la hondonada. Nuestra casa, como las demás, estaba construida sobre postes, y desde la ventana de donde comíamos se veía una hondonada parecida a un cuenco oval, rodeado de pequeñas casas y lleno de jacarandá, poinciana, franchipanieros, cipreses y palmeras. Hojas como abanicos, aspas, plumas, platos; en cada uno de los tonos de verde: brillante, claro, oscuro, indeterminado, satinado. Allí abajo vivían gallinas de Guinea y bandadas de alegres martines cazadores. Teníamos que bajar gateando por un terraplén empinado y sucio que había debajo de la casa para llegar al lavadero, y colgar la ropa en un tendedero giratorio. Allí encontrábamos telas de araña colgadas como las partes de arriba de las tiendas de campaña, emparejadas como tapas y vasijas una encima y otra debajo. Teníamos que tener cuidado con la pequeña araña que teje una tela cónica y que lleva un veneno para el que no hay antídoto.

Le mostramos a Dennis la hondonada y le dijimos que aquella era una típica casa antigua de Queensland, con altas paredes de lengüeta y ranura y con los cuadros de ventilación sobre las ventanas llenas de elegantes parras talladas. No miró nada con demasiado interés, pero habló sobre China, donde acababa de estar. X dijo después que Dennis siempre hablaba del último lugar en el que había estado y de la gente que había visto últimamente, y que nunca parecía darse cuenta de nada, pero que probablemente hablaría de nosotros, y describiría aquel lugar a la siguiente persona que cenase con él, en la próxima ciudad. Dijo que Dennis pasaba

la mayor parte de su vida viajando y hablando de ello y que conocía a mucha gente lo suficientemente bien como para que cuando se presentaba en algún sitio le invitaran a cenar.

Dennis nos dijo que había visto el recientemente excavado Campamento del Ejército en Xian, China. Describió las hileras de soldados de tamaño natural, cada uno de ellos tan realista y único... y algunos todavía conservaban restos de la pintura que una vez les había cubierto y los había individualizado todavía más. A lo lejos, a su espalda, dijo, había una pared de tierra. Los soldados de terracota parecía que estuvieran saliendo de la tierra.

Dijo que le recordaba a las mujeres de X. Hilera tras hilera y siempre una nueva apareciendo al final de la cola.

—El ejército sigue —dijo.

—Dennis, por el amor de Dios —dijo X.

—¿Pero realmente salen de la tierra así? —le pregunté a Dennis—. ¿Están intactos?

—¿Quiénes están intactos? —dijo Dennis con su áspera sonrisa—. ¿Los soldados o las mujeres? Las mujeres no están intactas. O no por mucho tiempo.

—¿Podríamos dejar el tema? —preguntó X.

—Claro. Ahora, para responder a tu pregunta —dijo Dennis volviéndose hacia mí—, raramente se encuentran como figuras enteras. O eso entendí. Sus piernas, torsos y cabezas tienen que ser emparejados, por lo general. Tienen que unirlos y ponerlos de pie.

—Es mucho trabajo, te lo digo —dijo X, con un gran suspiro.

—Pero no es así con las mujeres —le dije a Dennis. Yo le hablé con un encanto especial y sociable, casi con coquetería, como hago a menudo cuando percibo malicia—. Creo que la comparación está algo fuera de lugar. Nadie tiene que excavar para sacar a las mujeres y ponerlas de pie. Nadie las puso allí. Llegaron juntos, se unieron por su propia y libre voluntad y algún día se irán. No son un ejército en pie. La mayoría de ellas está probablemente de camino a algún otro lugar, de todos modos.

—Bravo —dijo X.

Cuando estábamos fregando los platos, tarde por la noche, dijo:

—No te habrá importado que Dennis dijera eso, ¿verdad? ¿No te importaría que yo le siguiera un poco? Tiene que tener sus leyendas.

Yo apoyé mi cabeza sobre su espalda, entre los omóplatos.

—¿Sí? No. Me pareció divertido.

—Me apuesto algo a que no sabías que el jabón fue primero descrito por Plinio y utilizado por los galos. Me apuesto algo a que no sabías que hervían sebo de cabra con la lejía de ceniza de leña.

—No, no lo sabía.

VII

Dennis no ha dicho ni una palabra sobre X, ni sobre Australia. No me hubiera parecido tan extraño que me invitase a cenar si le hubiera recordado mejor. Me lo pidió para tener alguien con quien hablar. Desde Australia, ha estado en Islandia y en las islas Feroe. Yo le hago preguntas. Me intereso, me sorprendo, incluso me escandalizo cuando es necesario. Me preocupé por mi maquillaje y me lavé el pelo. Espero que si realmente ve a X le diga que estaba encantadora.

Además de sus viajes, Dennis tiene sus teorías. Desarrolla teorías sobre arte y literatura, historia, vida.

—Tengo una nueva teoría sobre la vida de las mujeres. Antes creía que era injusta la forma en que les sucedían las cosas.

—¿Qué cosas?

—La forma en que tienen que vivir, comparado con los hombres. En especial al envejecer. Tú misma. Piensa en cómo sería tu vida, si fueras un hombre. Las opciones que tendrías. Quiero decir sexuales. Podrías volver a empezar de nuevo. Los hombres lo hacen. Está en las novelas y también en la vida. Los hombres se enamoran de mujeres más jóvenes. Los hombres quieren a las mujeres más jóvenes. Los hombres pueden conseguir mujeres más jóvenes. El nuevo matrimonio, nuevos hijos, nuevas familias.

Me pregunto si me va a decir algo de la esposa de X; quizá va a tener un hijo.

—Para ellos es dar el golpe, ¿no? —dice en su forma maliciosa y simpática—. La nueva y joven esposa, el nuevo hijo cuando otros hombres de su edad están comenzando a tener nietos. Todos esos hombres envidiándoles e intentando pensar en cómo hacer lo mismo. Es el estilo, ¿no es así? Debe ser difícil resistirse a volver a empezar y a tener ese bonito y joven espejo en el que mirarse, si tienes la oportunidad.

—Creo que yo podría resistirlo —dije alegremente, sin insistir—. Yo no creo realmente que quisiera tener un hijo ahora.

—Eso es, eso es justamente; sin embargo, ¿no tienes la oportunidad! Eres una mujer y la vida sólo va en una dirección para una mujer. Todo ese asunto sobre amantes jóvenes, eso son sólo palabras, ¿no? ¿Quieres un amante más joven?

—Me parece que no —dije, y escogí el postre de una bandeja. Cogí un exquisito budín cremoso con puré de castañas debajo y frambuesas encima. Hice una cena

ligera a propósito, dejando mucho lugar para el postre. Lo hice para poder tener algo que esperar con interés mientras escuchaba a Dennis.

—Una mujer de tu edad no puede competir —dijo Dennis con insistencia—. No puedes competir con mujeres más jóvenes. Antes creía que eso era abominablemente injusto.

—Probablemente sea biológicamente correcto que los hombres vayan detrás de las mujeres más jóvenes. No sirve de nada quejarse por ello.

—De modo que los hombres tienen esa forma de renovarse, tienen esta carga de vitalidad de recambio, mientras las mujeres están, se podría decir que apartadas de la vida. Antes creía que eso era terrible. Pero ahora lo que yo pensaba ha sufrido una completa inversión. ¿Sabes lo que pienso ahora? ¡Creo que las mujeres son las afortunadas! ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—¡Porque están obligadas a vivir en el mundo de la ruina y de la muerte! Oh, ya sé que existe la cirugía plástica, pero ¿ayuda eso realmente? El útero se seca. La vagina se seca.

Le siento mirarme. Yo sigo comiendo mi budín.

—He visto tantas partes del mundo, tantas cosas extrañas y tanto sufrimiento. Mi conclusión ahora es que no se consigue ninguna felicidad engañando a la vida. Es sólo por medio de la renuncia natural y de la aceptación de la pérdida como nos preparamos para la muerte y como por tanto conseguimos algo de felicidad. Quizá mis ideas te parezcan extrañas...

No puedo pensar en nada que decir.

VIII

A menudo hay unos cuantos versos de un poema que me pasan por la cabeza y no sé lo que los ha provocado. Puede ser un poema o una rima que yo ni siquiera sé que sabía, y no necesita ser nada que se ajuste a lo que yo creo que me gusta. A veces no le presto atención, pero si lo hago, normalmente veo que el poema, o el trozo que me ha quedado, guarda cierta relación con lo que está sucediendo en mi vida. Y eso puede no ser lo que parece estar sucediendo.

Por ejemplo, la pasada primavera, el pasado otoño en Australia, cuando era feliz, el verso que me venía a la cabeza, y en un momento alegre, era éste:

«Incluso tal es el momento, en el que se confía...».

No podía seguir, aunque sabía que «confía» rimaba con «ceniza», y que un poco más allá había algo así como «y en la oscura y silenciosa tumba, se cierra la historia de nuestros días». Sabía que el poema estaba escrito por Sir Walter Raleigh en la víspera de su ejecución. Mi disposición de ánimo no se ajustaba a aquel poema y lo repetía, mentalmente, como si fuese algo bonito y alegre. No me detuve a preguntarme qué era lo que estaba haciendo en mi mente al principio.

Y ahora que intento ver las cosas serenamente, debería recordar lo que dijimos cuando nuestras maletas estuvieron hechas y estábamos esperando el taxi. Dentro de las maletas, nuestras ropas, que habían compartido cajones y espacio en el armario, que habían dado vueltas juntas en la lavadora, y que habían sido colgadas juntas en el tendedero en el que se posaban los martines cazadores, estaban clasificadas y separadas y ya no se rozarían nunca más.

—En cierto modo, estoy contenta de que se haya terminado y de que nada lo estropease. Las cosas se estropean tan a menudo...

—Lo sé.

—Así, ha sido perfecto.

Yo dije aquello. Y era mentira. Yo había llorado una vez, pensando que era fea, pensando que él se había aburrido.

Pero el dijo: «Perfecto».

En el avión las palabras del poema seguían en mi cabeza, y yo todavía era feliz. Me fui a dormir pensando que el bulto de X estaba todavía junto a mí, y cuando me desperté llené rápidamente el espacio con el recuerdo de su voz, de su aspecto, de su calor, de nuestras escenas juntos.

Al principio, flotaba entre los recuerdos. Aquellas escenas detalladas, repetitivas, eran lo que me animaba. No intentaba huir de ellas, no lo deseaba. Después lo deseé. Se habían convertido en una plaga. Todo lo que hacían era estimular el deseo, la añoranza, y la desesperanza, un trío de miserables gatos monteses enjaulados que se habían instalado en mí sin permiso, o al menos sin que yo comprendiera cuánto vivirían y lo crueles que serían. Las imágenes, el lenguaje de la pornografía y de los amores son iguales: monótonos y mecánicamente seductores, dando rápidamente lugar a la desesperación. En eso era en lo que mi mente se ocupaba; en eso es en lo que todavía puede ocuparse. He intentado estar alerta y leer libros serios, pero todavía puedo dejarme caer hasta el fondo en alguna escena antes de saber dónde estoy.

Hay una mujer en la cama con un camisón amarillo que no ha sido arrancado, sino que ha sido sacado por los hombros y enrollado en su cintura de modo que no le cubre más de lo que le cubriría un pañuelo arrugado. Un hombre se inclina sobre ella, desnudo, ofreciéndole agua. La mujer, que casi ha perdido la consciencia, cuyas piernas están separadas, los brazos abiertos y la cabeza vuelta hacia el lado, como si hubiese sido derribada en el curso de algún desastre natural, esa mujer se incorpora e intenta coger el vaso entre sus temblorosas manos. Vierte agua sobre el pecho, bebe, se estremece, y se deja caer. Las manos del hombre también están temblando. Bebe del mismo vaso, la mira y se ríe. Su risa es arrepentida, apologética y amable, pero también es de asombro, y su asombro no está lejos del horror. «¿Cómo somos capaces de todo esto? —dice su risa— ¿qué significa?».

Dice:

—Casi hemos acabado el uno con el otro.

La habitación parece todavía llena de ecos de la reciente agitación, de los gritos, ruegos, promesas brutales, de los culminantes y agudos anuncios y de los largos espasmos serenándose.

La habitación está rebosante de gratitud y de placer, un rico caldo de amor, un dorado crepúsculo de amor. Sí, sí, se puede beber el aire.

Ya veis lo que quiero decir, ése es mi tormento.

IX

Esta es la época del año en la que las mujeres están cansadas de vestidos de verano, estampados, sandalias. Ya es otoño en las tiendas. Hay suéters gruesos y faldas prendidos sobre terciopelo negro o morado. Las jóvenes dependientas están maquilladas como cortesanas. Ahora estoy febrilmente obsesionada por la ropa. Todas las conversaciones de las tiendas tienen sentido para mí.

—El escote no me va. Es demasiado sencillo. Necesito un volante. ¿Sabe lo que quiero decir?

—Sí, lo sé.

—Quiero algo muy elegante y muy provocativo. ¿Sabe lo que quiero decir?

—Sí, sé exactamente lo que quiere usted decir.

Durante años he llevado colores apagados que de repente no puedo soportar. Me compro una blusa de satén de color rojo subido, un chal púrpura y una falda azul oscuro. Me hago cortar el pelo, me depilo las cejas y pruebo un lápiz de labios lila, un rojo parduzco. Estoy consternada pensando en la forma en que iba por Australia, con una falda de capa de algodón descolorida y camiseta, con las piernas descubiertas por el calor, con la cara sin pintar y sudando, bajo un sombrero de algodón. Mis piernas mostrando las protuberancias de las venas. Estoy medio convencida de que con un arreglo más artificioso hubiese causado una impresión más profunda, de que una ropa más dramática podría haberme hecho menos desechable. Me imagino que me encuentro a X inesperadamente en una fiesta o en una calle de Toronto y que le causo impacto, que le arraso con mi aspecto cambiado y con mi esplendor reciente y floreciente. Pero realmente creo que hay que tener cuidado, incluso en estas temporadas llamativas, hay que vigilar el punto en que el esplendor cae en el absurdo. Quizá todas tengan cuidado, todas las mujeres viejas que veo en la calle Queen: la mujer gruesa con el pelo rosa; la de ochenta años con las cejas pintadas de negro; todas pueden estar pensando que todavía no han ido demasiado lejos, no del todo, todavía. Ni siquiera la mujer «botón de oro» que vi hace algunos días en el tranvía; la mujer, de unos sesenta años, baja y gruesa, que llevaba un vestido amarillo muy adornado y bastante por encima de las rodillas, un sombrero de paja con cintas amarillas, y manoleínas amarillas, teñidas para que hicieran juego, en sus pequeños y regordetes pies, ni siquiera ella aspira a hacer comedia. Ella ve una flor en el espejo: los pétalos abundantes, la encantadora luz

mantecosa.

Voy buscando pendientes. Todo el día buscando unos pendientes que puedo ver claramente en mi cabeza. Quiero pequeñas bolitas de filigrana de plata, de tamaños en disminución, colgantes. Quiero plata vieja y ligeramente deslucida. Es un estilo que recuerdo bien; una creería que en las tiendas de segunda mano los tendrían con seguridad. Pero no los puedo encontrar, no puedo encontrar nada que se les parezca, y me son cada vez más necesarios. Entro en una pequeña tienda en una calle secundaria cerca de College y Spadina. La tienda está toda adornada con papel negro y efectos baratos y espantosos, por ejemplo un maniquí calvo y desnudo sentado sobre una escalera de tijera, balanceando algunas cuentas. Un vestido como los que yo llevaba en los años cincuenta, un vestido de baile de tul rosa y lentejuelas, terriblemente rasgado debajo de los brazos, está puesto sobre el papel negro de una forma que lo hace parecer siniestro y deseable.

Busco el mostrador de joyería. Las dependientas están ocupadas vistiendo a una clienta que me tapa un espejo de tres hojas. Una dependienta es gorda y agitanada con una cara pintada con entusiasmo, como un melocotón. La otra es espigada y tiene un penacho de pelo blanco rodeado de pelo negro, como una mofeta. Gritan de placer mientras llevan sombreros y abalorios para que se los pruebe la clienta. Finalmente todo el mundo está satisfecho y una señorita joven y bonita, que no es en absoluto una señorita joven sino un hermoso muchacho vestido como una señorita, sale de la protección del espejo. Lleva un vestido de terciopelo negro de manga larga y un canesú de encaje negro, manolequinas y guantes negros, un pequeño sombrero negro con un velo a lunares. Es delicado y va discretamente maquillado, tiene un flequillo de rizos castaños; es la persona más bonita y la más femenina que he visto en todo el día. Su rostro sonriente está tenso y tembloroso. Recuerdo que, cuando tenía diez u once años, me vestía como una novia con cortinas viejas, o como una señora de color rojo y con un sombrero de plumas. Después de todo el esfuerzo y el ingenio y de mi propia fascinación con el producto acabado, había una considerable frustración. ¿Qué se supone que tienes que hacer ahora? ¿Pasear arriba y abajo por la acera? Hay un gran temor, atrevimiento y desilusión en esta clase de exhibición.

Tiene una voz juvenil y quebrada. Es frágil y tímido.

—¿Cómo estoy mamá?

—Estás muy bien.

X

Estoy en un momento bajo. Puedo admitirlo. Eso debe significar que lograré pasarlo.

Estoy en un momento bajo, ciertamente. No puedo habérmelas con todo lo que me asalta a menos que consiga ayuda y sólo hay una persona que quiera que me ayude y esa persona es X. No puedo seguir caminando con mi cuerpo por las calles a menos que yo exista en su pensamiento y a sus ojos. Las personas tienen este problema con frecuencia, y sabemos que es culpa suya y que tienen que cambiar su forma de pensar, eso es todo. No es un problema honorable. El amor no es serio, aunque puede ser fatal. Leí eso en alguna parte y lo creo. Gracias a Dios no sé dónde está él. No le puedo telefonar, ni escribirle cartas, ni acecharle en la calle.

Un hombre con quien había roto me seguía. Finalmente me convenció para que entrara en un café a tomarme un té con él.

—Sé qué clase de espectáculo soy —dijo—. Sé que si aún te quedase algo de amor para mí esto lo destruiría.

Yo no dije nada.

Él golpeó la cuchara contra el azucarero.

—¿En qué piensas cuando estás conmigo?

Yo quise decir: «No lo sé», pero en vez de eso dije:

—Pienso en lo mucho que deseo irme.

Se levantó de inmediato, temblando, y dejó caer la cuchara sobre el suelo.

—Estás libre de mí —dijo con voz entrecortada.

Ésta es la escena, cómica y horrible, teatral y real. Él tenía una desesperada necesidad, como yo la tengo ahora, y no siento compasión por él, y no siento no haberla sentido.

XI

He tenido un agradable sueño que parece lejos de mi estado despierto. X y yo, y alguna otra gente a quien yo no conocía, o que no puedo recordar, llevábamos decentes conjuntos de ropa interior, que en algún momento se convertían en diáfanos y brillantes ropas blancas, y éstas resultaban ser no sólo ropas, sino nuestras esencias, nuestra carne y nuestros huesos y, en cierto modo, nuestras almas. Tenían lugar abrazos que comenzaban con la habitual premura, pero que se transformaban, por la ligereza y la dulzura de nuestra esencia, en un raro estado de satisfacción. No lo puedo describir muy bien, parece como una película del cielo en sueños, todo trivialidad e inocencia. Así supongo que fue. No puedo pedir disculpas por la banalidad de mis sueños.

XII

Voy por la calle hasta la pastelería Rooneem y me siento en una de sus mesitas con una taza de café. Rooneem es una pastelería estonia donde habitualmente puedes encontrar a una ama de casa mediterránea vestida de negro, a un niño mirando los pasteles, y a un hombre hablando solo.

Me siento donde pueda ver la calle. Tengo la sensación de que X está en algún lugar de la vecindad. Digamos en esta ciudad, a ciento cincuenta kilómetros, a mil quinientos kilómetros. Él no sabe mi dirección, pero sabe que estoy en Toronto. No sería tan difícil encontrarme.

Al mismo tiempo pienso en que tengo que liberarme. Lo que hay que decidir, realmente, es si volverse loca o no, y yo no tengo aguante, ni el puro y desbordante deseo, para una locura prolongada.

Hay un límite para la cantidad de sufrimiento y desorden que uno puede soportar por amor, del mismo modo que hay un límite para la cantidad de desorden que se puede esperar de una casa. No se puede conocer el límite con antelación, pero lo sabes cuando has llegado a él. Yo lo creo.

Cuando empiezas realmente a liberarte, así es como es. Un pequeño dolor, furtivo, que te punza cuando no te lo esperas. Luego una levedad. La levedad es algo en lo que pensar. No es sólo un alivio. Hay una extraña clase de placer en ella, no un placer autohiriente ni malicioso, nada personal en absoluto. Es un placer innecesario al ver cómo el planteamiento no encajaría, y la estructura no resistiría, el placer de considerar, de nuevo otra vez, todo lo que es contradictorio, permanente e irreconciliable en la vida. Eso creo. Creo que hay algo en nosotros que quiere que lo tranquilicen sin cesar acerca de todo eso y en guerra contra todo lo que haya que necesite perspectivas permanentes y mucha discusión.

Pienso en mi sueño blanco y en cómo parecía fuera de lugar. Me llama la atención que el orden erróneo sea la clave en el amor, el núcleo del problema, pero como alguien borracho o alto, no puedo entender completamente lo que veo.

Lo que necesito es un descanso. Una clase de descanso deliberado, con nuevas definiciones de suerte. No la clase de suerte de la que Dennis hablaba. Una tiene suerte por estar sentada en Rooneem tomando café, con personas que entran y salen, que comen y beben, que compran pasteles, que hablan en español, portugués, chino y en otras lenguas que puedes tratar de identificar.

XIII

Kay ha vuelto del campo. Ella también lleva ropa nueva, una túnica de colegiala verde oscuro que lleva sin blusa ni sujetador. Lleva calcetines verde oscuro hasta la rodilla y zapatos bajos de dos colores con cordones.

—¿Se ve informal?

—Sí.

—¿Hace que mis brazos parezcan oscuros? ¿Recuerdas un poema antiguo en el que una mujer tenía los brazos oscuros?

Sus brazos se ven realmente suaves y morenos.

—Quería haber venido el domingo, pero Roy vino con un amigo y todos tomamos maíz tostado. Fue delicioso. Deberías venir allí. De veras.

—Algún día lo haré.

—Los niños corrieron como auténticos diablos y nosotros nos tomamos toda el aguamiel. Roy sabe cómo hacer muñecas de la fertilidad. El amigo de Roy es Alex Walther, el antropólogo. Me pareció que debía haber sabido algo de él, pero no sabía nada. A él no le importó. Es un hombre muy agradable. ¿Sabes lo que hizo? Al anochecer, cuando estábamos sentados alrededor del fuego se me acercó, suspiró y colocó su cabeza sobre mi regazo. Pensé que era una cosa tan agradable e ingenua. Como un San Bernardo. Nunca nadie había hecho eso conmigo antes.

Prue

Prue vivía con Gordon. Eso fue después de que Gordon hubiese dejado a su mujer y antes de que volviese con ella (un año y cuatro meses en total). Algún tiempo después, él y su mujer se divorciaron. Después vino un período de indecisión, de vivir juntos de vez en cuando; luego la esposa se fue a Nueva Zelanda, probablemente para siempre.

Prue no volvió a la isla de Vancouver donde Gordon la había conocido cuando estaba trabajando como camarera en un hotel de temporada. Consiguió un empleo en Toronto, en una floristería. En aquella época tenía muchos amigos en Toronto, la mayoría de ellos amigos de Gordon y de su mujer. Les gustaba Prue y estaban dispuestos a sentirlo por ella, pero ella se burlaba hasta que lo dejaban. Es muy agradable. Tiene lo que los canadienses del este llaman un acento inglés, aunque nació en Canadá, en Duncan, en la isla de Vancouver. Su acento le sirve para decir las cosas más cínicas de forma simpática y despreocupada. Ella presenta su vida en anécdotas y, aunque el sentido de la mayoría de sus anécdotas sea que las esperanzas se han desvanecido, que los sueños son ridículos, que las cosas nunca resultan ser como se esperaba, que todo se altera de un modo grotesco y nunca hay una explicación, las personas siempre se sienten animadas después de escucharla; dicen de ella que es un alivio encontrarse con alguien que no se tome demasiado en serio, que sea tan poco vehemente, tan civilizada, y que nunca formule ninguna petición ni queja auténticas.

La única cosa de la que se queja fácilmente es de su nombre. Prue es de colegiala, dice, y Prudence es de doncella vieja. Los padres que le dieron aquel nombre debían de haber sido demasiado cortos de vista incluso para tener en cuenta la pubertad. ¿Qué hubiera sucedido, dice, si se hubiese desarrollado mucho de pecho, o si hubiera llegado a tener una mirada voluptuosa? ¿O era el mismo nombre una garantía para que no llegase a ello? Ahora, a sus cuarenta y muchos, delgada y agradable, atendiendo a los clientes con una respetuosa vivacidad, complaciendo a los invitados, podría no hallarse lejos de lo que aquellos padres tenían en mente: brillante y atenta, una espectadora jovial. Es difícil admitir su madurez, su maternidad, sus problemas reales.

Sus hijos ya adultos, fruto de un prematuro matrimonio en la isla de Vancouver

que ella llama un desastre cósmico, vienen a verla y, en lugar de querer dinero, como los hijos de otras personas, le traen regalos, intentan arreglarle las cuentas, hacen que le pongan aislamiento en la casa. Ella está encantada con sus regalos, escucha sus consejos y, como una hija alocada, olvida responder a sus cartas.

Sus hijos esperan que no esté en Toronto por Gordon. Todo el mundo lo espera. Ella se reiría de la idea. Da fiestas y va a fiestas; a veces sale con otros hombres. Su actitud hacia el sexo es muy tranquilizadora para aquellos de sus amigos que caen en terribles estados de pasión y de celos y quieren zafarse de sus amarras. Parece considerar el sexo como un capricho saludable y algo tonto, como el bailar o la buena comida, algo que no debería interferir con que las personas sean amables y agradables las unas para con las otras.

Ahora que su mujer se ha ido para siempre, Gordon va a ver a Prue de vez en cuando, y a veces la invita a cenar fuera. A veces no van a un restaurante, a veces van a su casa. Gordon es un buen cocinero. Cuando Prue o su mujer vivían con él, era incapaz de cocinar, pero en cuanto se puso a ello se convirtió, y lo dice en serio, en mejor que cualquiera de ellas.

Hace poco, él y Prue estaban cenando en casa de Gordon. Había hecho pollo Kiev y crema quemada de postre. Como la mayoría de los cocineros recientes y serios, hablaba de comida.

Gordon es rico, comparado con Prue y con la mayoría de gente. Es neurólogo. Su casa es nueva y está construida en una colina al norte de la ciudad, donde antes había granjas pintorescas e improductivas. Ahora allí hay casas muy caras, singulares, diseñadas por arquitectos, en parcelas de medio acre. Prue, cuando describe la casa de Gordon, dice:

—¿Sabes que hay cuatro cuartos de baño? De modo que si cuatro personas quieren tomar un baño al mismo tiempo no hay problema. Parece un poco exagerado, pero está muy bien, realmente, y nunca tienes que atravesar el salón.

La casa de Gordon tiene una zona de comedor elevada, una especie de plataforma rodeada de un hueco para conversar y otro para escuchar música y de un bancal con muchas plantas bajo el cristal inclinado. Desde el comedor no se puede ver el vestíbulo, pero no hay paredes intermedias, de modo que desde una zona se puede oír algo de lo que ocurre en la otra.

Durante la cena sonó el timbre. Gordon pidió disculpas y bajó las escaleras. Prue oyó una voz de mujer. La persona a quien pertenecía todavía estaba fuera, de modo que no pudo oír las palabras. Oyó la voz de Gordon, un tono bajo y cauteloso. La puerta no se cerró, parecía que no se hubiese invitado a pasar a la persona, pero las voces siguieron, sordas y enojadas. De repente se escuchó un grito de Gordon y apareció a mitad de las escaleras, haciendo ademanes con los brazos.

—La crema quemada —dijo—. ¿Podrías encargarte?

Bajó corriendo mientras Prue se levantaba e iba a la cocina para salvar el postre. Cuando volvió, él estaba subiendo las escaleras más despacio, con aspecto inquieto y cansado.

—Una amiga —dijo abatido—. ¿Estaba bien?

Prue se dio cuenta de que hablaba de la crema quemada y dijo que sí, que perfecta, que había llegado justo a tiempo. Él le dio las gracias, pero no se animó. Parecía que no era el postre lo que le preocupaba, sino lo que fuera que había sucedido en la puerta. Para alejar su mente de ello, Prue empezó a hacerle preguntas profesionales sobre las plantas.

—No sé nada de eso —le dijo—. Y tú lo sabes.

—Pensé que podías haber aprendido. Como la cocina.

—Ella se encarga de las plantas.

—¿La señora Carr? —dijo Prue, nombrando a su asistente.

—¿Quién pensabas?

Prue se sonrojó. Odiaba que pensasen que recelaba.

—El problema es que creo que me gustaría casarme contigo —dijo Gordon, sin ningún apreciable cambio en su humor. Gordon es un hombre grande, de rasgos duros. Le gusta llevar ropa gruesa, suéters abultados. Sus ojos azules están a menudo enrojecidos y su expresión indica que hay un alma indefensa y confundida retorciéndose dentro de esa formidable fortaleza.

—Qué problema —dijo Prue jovialmente, aunque conocía a Gordon lo suficiente como para saber que lo era.

El timbre sonó de nuevo, sonó dos, tres veces, antes de que Gordon pudiese llegar a la puerta. Esta vez hubo un estrépito, como de algo arrojado y que caía con fuerza. La puerta se cerró de golpe e inmediatamente después se veía de nuevo a Gordon. Vaciló en los escalones y se llevó una mano a la cabeza haciendo al mismo tiempo un gesto con la otra mano para indicar que no había sucedido nada grave, que Prue se sentase.

—Condenado maletín —dijo—. Me lo ha tirado.

—¿Te dio?

—Pasó rozando.

—Hizo mucho ruido para ser un maletín. ¿Estaba lleno de piedras?

—Probablemente de botes. Su desodorante y demás.

—Oh.

Prue le miró mientras se servía una copa.

—Me gustaría tomar un café, si es posible —dijo ella. Fue a la cocina a poner el agua y Gordon la siguió.

—Creo que estoy enamorado de esa persona —dijo él.

—¿Quién es ella?

—No la conoces. Es muy joven.

—Oh.

—Pero realmente creo que me quiero casar contigo, dentro de unos cuantos años.

—¿Cuando ya no estés enamorado?

—Sí.

—Bueno. No creo que nadie sepa lo que puede pasar en unos cuantos años.

Cuando Prue cuenta esto dice:

—Creo que tenía miedo de que me fuera a reír. No sabe por qué se ríe la gente ni por qué le arrojan sus maletines de fin de semana, pero se ha dado cuenta de que lo hacen. Realmente, es una persona muy correcta. Una estupenda cena. Entonces llega ella y le tira la maleta. Y es totalmente razonable que piense en casarse conmigo dentro de unos años, cuando ya no esté enamorado. Creo que primero pensó en decírmelo de manera que no le diera vueltas a la cabeza.

Ella no menciona que a la mañana siguiente cogió uno de los gemelos de Gordon de su cómoda. Los gemelos son de ámbar y los compró en Rusia, en las vacaciones que hicieron él y su esposa cuando volvieron a juntarse. Parecen cuadrados de azúcar cristalizada, dorados, translúcidos, y éste se aprecia rápidamente en su mano. Lo deja caer en el bolsillo de su chaqueta. Coger uno no es realmente un robo. Podría ser un recuerdo, una travesura íntima, una tontería.

Está sola en casa de Gordon; él se ha ido temprano, como siempre. La asistenta no llega hasta las nueve. Prue no tiene que estar en la tienda hasta las diez. Se podría hacer el desayuno, quedarse y tomar café con la asistenta, que es amiga suya de antaño. Pero en cuanto tiene el gemelo en el bolsillo no se detiene. La casa parece un lugar demasiado desolado como para pasar ni un sólo momento más en ella. Fue Prue, en realidad, quien ayudó a escoger el terreno para la construcción, pero ella no es la responsable de la aprobación de los planos... la esposa estaba de vuelta para entonces.

Cuando llega a su casa pone el gemelo en una vieja lata de tabaco. Sus hijos compraron esta lata de tabaco en una chatarrería y se la regalaron. En aquel tiempo ella fumaba y sus hijos estaban preocupados por ella, así que le dieron esta lata llena de *toffees*, de caramelos y de pastillas de gelatina, con una nota que decía: «Por favor, en vez de fumar, engorda». Eso fue para su cumpleaños. Ahora la lata tiene dentro varias otras cosas además del gemelo. Todo cosas pequeñas, no de gran valor, pero tampoco despreciables. Un pequeño plato de esmalte, una cuchara de sal de plata de ley, un pez de cristal. No son recuerdos sentimentales. Ella nunca se los mira, y se olvida a menudo de lo que tiene allí. No son botines, no tienen un significado ritual. Ella no se lleva algo cada vez que va a casa de Gordon, ni cada vez que se queda, ni para señalar lo que ella podría llamar visitas memorables. Ella no lo hace ofuscada y no parece sentir ningún apremio. Sencillamente coge algo de vez en cuando, y lo oculta en la vieja lata de tabaco, y más o menos se olvida de ello.

Cena del día del trabajo

Justo antes de las seis de la tarde, George y Roberta, Angela y Eva salían de la camioneta de George (cambió su coche por una camioneta cuando se trasladó al campo) y cruzaron el patio delantero de Valerie, bajo la sombra de dos apartados y espléndidos olmos que han sido costosamente conservados. Valerie dice que aquellos árboles le han costado un viaje a Europa. La hierba que tienen debajo se ha mantenido verde durante todo el verano y está rodeada de dalias rojas. La casa es de ladrillo de un rojo apagado y alrededor de las puertas y de las ventanas hay un contorno decorativo de ladrillos de un color más claro, que originalmente eran blancos. Este estilo se encuentra a menudo en Grey Country; quizá fuese especialidad de alguno de los primeros constructores.

George lleva las sillas plegables de linón que Valerie les pidió que llevaran. Roberta lleva el postre, un helado de frambuesas hecho con las que cogieron en su propia granja (en la granja de George) a principios del verano. Lo ha rodeado de cubitos de hielo y lo ha envuelto en paños de cocina, pero está deseando meterlo en el congelador. Angela y Eva llevan botellas de vino. Angela y Eva son las hijas de Roberta. Roberta y su esposo han quedado en que pasen los veranos con ella y con George, y el curso escolar en Halifax con él. El marido de Roberta está en la Marina. Angela tiene diecisiete años; Eva doce.

Esas cuatro personas van vestidas de un modo que sugiere que van a cenas distintas. George, que es un hombre robusto, moreno y de ancho tórax, con una apariencia intimidante y profesional de confianza en sí mismo y de impaciencia (antes era profesor), lleva una limpia camiseta y unos pantalones indefinidos. Roberta lleva unos pantalones de algodón color tostado claro y una camiseta suelta y sin mangas de seda cruda color marrón ladrillo (un color que le va muy bien al oscuro color de su pelo y a su blanca piel cuando está en plena forma; pero hoy no lo está). Cuando se arregló en el cuarto de baño, pensó que su piel parecía un trozo de papel encerado que había sido arrugado hasta hacer una bola apretada para luego volverlo a alisar. Estaba momentáneamente contenta con su delgadez y tenía pensado ponerse un sedoso corpiño plateado sin mangas, una broma sugestiva, pero en el último momento cambió de idea. Lleva gafas oscuras y es porque le ha dado por tener ataques de llanto, nunca en los momentos realmente malos, sino en

medio; los ataques son tan espontáneos como los estornudos.

En cuanto a Angela y a Eva, van teatralmente ataviadas con prendas inventadas sacadas de una caja de cortinas viejas que han encontrado en el piso de arriba de la casa de George. Angela lleva un tejido de damasco verde esmeralda a rayas largas y descoloridas por el sol, envuelta de manera que deja al desnudo un hombro dorado. Ha cortado hojas de parra del mismo damasco, las ha pegado sobre cartulina y se las ha puesto en el pelo. Angela es alta y de pelo rubio, y está desconcertada con su recientemente adquirida belleza. Se toma muchas molestias para hacer ostentación de la misma, como ahora, y luego se ruboriza, frunce el entrecejo y parece obstinadamente insultada cuando alguien le dice que parece una diosa. Eva lleva unas cuantas cortinas de encaje frágiles y amarillentas, envueltas, unidas y atadas con alfileres, cintas y ramilletes de polemonios silvestres, ya caídos y desparramados. Una de las cortinas está prendida alrededor de la frente y le cuelga por detrás, como un velo nupcial de los años veinte. Se ha puesto unos pantalones cortos debajo, por si alguien pudiera vislumbrar sus bragas a través del velo. Eva es puritana, extravagante: una acróbata, una parodista, una optimista, una alborotadora. Su rostro, bajo el velo prendido, está sensualmente pintado con sombra verde, un pintalabios oscuro, colorete y rimmel. Los violentos colores acentúan su aspecto infantil de atolondramiento y coraje.

Angela y Eva han viajado aquí en la parte trasera de la camioneta, echadas sobre las sillas de linón. Sólo hay unos cinco kilómetros desde la casa de George hasta la de Valerie, pero a Roberta no le parecía que fuese seguro viajar así, quería que se bajasen y se sentaran en el suelo de la camioneta. Para su sorpresa, George habló a su favor, diciendo que sería ignominioso para ellas tener que acomodarse en el suelo con sus galas. Dijo que conduciría despacio y que evitaría los baches, y así lo hizo. Roberta estaba algo nerviosa, pero la tranquilizó el verle tan favorablemente dispuesto e indulgente con las mismas cosas (teatralidad y exhibicionismo) que ella había esperado que le molestasen. Ella misma había dejado de llevar faldas largas y túnicas por lo que decía que le disgustaba ver a las mujeres arrastrándose por ahí de esa guisa, lo que le indica, dice, no sólo la intención de una mujer de no realizar un trabajo serio, sino también su persistente deseo de ser admirada y cortejada. Este es un deseo con el que George no tiene paciencia y en el que ha gastado energía, durante toda su vida adulta, para frustrarlo.

Roberta pensó que después de hablarles a las chicas de aquella forma tan amable y de haberlas ayudado a subir a la camioneta, hablaría con ella cuando entrase en la cabina, que incluso podría cogerle la mano, barriendo sus crímenes ocultos, pero no sucedió. Encerrados juntos, conduciendo por las carreteras de gravilla caliente y a un paso casi fúnebre, estaban inmovilizados por un silencio devastador. Al filo del silencio, Roberta se siente encoger como una hoja amarillenta. Sabe que ésa es una imagen histérica. También histéricas son las ganas de gritar, de abrir la puerta y tirarse sobre la grava. Debería esforzarse en no ser histérica, en no exagerar. Pero seguramente es odio, ¿qué otra cosa puede ser?, lo que George está elaborando ininterrumpidamente y vertiendo sobre ella, y seguramente es un gas mortífero.

Intenta romper el silencio, chasqueando ligeramente la lengua de preocupación mientras aprieta los paños sobre el helado y luego suspirando, un ruidoso suspiro de imitación que quería sonar a cansancio, contento y comodidad. Viajan entre altas cosechas de maíz y ella piensa en lo feo que se ve el maíz, una cosecha monótona, de hojas ásperas, un ejército ridículo. ¿Cuánto tiempo hace que dura esto? Desde ayer por la mañana: lo notó en él antes de que se levantasen de la cama. Salieron y se emborracharon la noche anterior para intentar mejorar las cosas, pero el descanso no duró.

Antes de que salieran para casa de Valerie, Roberta estaba en el dormitorio, ajustándose el corpiño, y George entró y le dijo:

—¿Eso es lo que te vas a poner?

—Eso es lo que pensaba, sí. ¿No se ve bien?

—Tienes los brazos flácidos.

—¿Sí? Me pondré algo con mangas.

En la camioneta, ahora que ella sabe que él no va a hacer las paces, se permite escucharle diciéndole aquello. Hay en su voz una cruel satisfacción. La satisfacción de ventilar el asco. Le repugna el envejecimiento del cuerpo de ella. Eso se podía haber previsto. Ella empieza a tararear algo, sintiendo la ligereza, la libertad, la gran ventaja táctica de ser la persona a quien se le ha hecho el agravio, el cortante desafío, la imperdonable cosa dicha.

Pero supongamos que a él no le parece que sea imperdonable, supongamos que a sus ojos ella es la única imperdonable... Ella es siempre la culpable, los desastres la sorprenden diariamente. Antes, en cuanto percibía algún deterioro buscaba remediarlo tenazmente. Ahora los remedios traen más problemas. Se pone crema en las arrugas frenéticamente, y su cara se llena de manchas, como la de una adolescente. El régimen que hizo hasta que tuvo la cintura lo suficientemente delgada como para agradar le produjo una apariencia demacrada en las mejillas y el cuello. Los brazos flácidos, ¿cómo se pueden ejercitar?, ¿qué hay que hacer? Ahora hay que pagar, ¿y por qué? Por vanidad. Incluso a duras penas por eso. Sólo por tener una vez uno de esos agradables aspectos, y dejar que hable por ti, sólo por permitir que un arreglo de pelo y de hombros y de pecho tenga su efecto. No se detiene una a tiempo, en vez de eso no sabe una qué hacer, se queda una expuesta a la humillación. Eso piensa Roberta, sintiendo compasión de sí misma, lo que ella sabe que es autocompasión, subiendo y arremolinándose en su amarga bilis.

Tiene que irse, vivir sola, llevar mangas.

Valerie les llama desde una ventana con las persianas bajadas, bajo la parra:

—Entrad, entrad. Me estoy poniendo las medias.

—¡No te pongas medias! —gritaron George y Roberta a la vez. Por el sonido de sus voces hubiera parecido que durante todo el camino de venida han estado ocupados en una conversación tierna y animada.

—No te pongas las medias —protestaron Angela y Eva.

—Bueno, está bien. Si hay tanta predisposición contra las medias —dice Valerie tras la ventana—. Ni siquiera me pondré vestido. Vendré tal como estoy.

—¡Eso no! —grita George, y se tambalea, levantando las sillas de linón a la altura de su cara.

Pero Valerie, que aparece en el umbral, está maravillosamente vestida, con un traje suelto color verde, oro y azul. Ella no tiene que preocuparse por la opinión de George acerca de los vestidos largos. Ella está libre de culpa de todos modos, porque nunca se podría decir que Valerie está buscando ser cortejada ni admirada. Es una mujer alta, de poco pecho, cuya cara larga y ordinaria parece resplandecer de agrado, de impaciente comprensión, de humor, inteligencia y aprecio. Su cabello es grueso, canoso y rizado. Este verano se lo cortó excesivamente, de modo que lo que le queda es un corte de pelo masculino y rizado, que revela su cuello, lleno de nervaduras, las arrugas en el inicio de las mejillas y sus largas y aplastadas orejas.

—Creo que parezco una cabra —dice—. Me gustan las cabras. Me gustan sus ojos. ¿No sería maravilloso tener esas pupilas horizontales? ¡Grotesco!

Sus hijos le dicen que ya es lo bastante grotesca.

Aquí llegan ahora los hijos de Valerie, mientras George, Roberta, Angela y Eva entran en el vestíbulo a la vez, Roberta diciendo que el hielo se le está derritiendo y que debe meter su ambiciosa mixtura en el congelador. Primero Ruth, que tiene veinticinco años, mide más de metro ochenta y se parece mucho a su madre. Ya ha dejado de querer ser actriz y está aprendiendo a enseñar a niños desequilibrados. Lleva los brazos llenos de varas de San José, zanahorias silvestres y dalias, malas hierbas y flores todas mezcladas, las arroja al suelo del vestíbulo con un gesto teatral y abraza el helado.

—¡Postre! —dice cariñosamente—. ¡Oh qué bien! ¡Angela, estás increíblemente preciosa! Eva también. Sé quién es Eva. ¡Es la novia de Lammermoor!

Angela admite, incluso le encanta, el elogioso manifiesto de Ruth, porque Ruth es la persona a quien más admira del mundo; probablemente la única persona a quien admira.

—¿La novia de quién? —pregunta Eva, feliz—. ¿La novia de quién?

David, el hijo de veintiún años de Valerie, estudiante de historia, está en la puerta de la salita, sonriendo con tolerancia y afecto ante la excitación. David es alto y delgado, de cabello y piel morenos, como su madre y su hermana, pero él es pausado, habla despacio, nunca se precipita. En este hogar de muchos controles y equilibrios delicados es digno de atención el que las animadas y abiertas mujeres se sometan a la consideración de David, de un modo ceremonioso, pareciendo solicitar el gesto de su protección, aunque la misma protección es algo que no es probable que necesiten.

Cuando los saludos decaen, David dice:

—Esta es Kimberly —y presenta a cada uno de ellos a la mujer joven que tiene bajo el brazo. Está muy bien proporcionada, es bonita y lleva una falda blanca y una camisa rosa de manga corta. Lleva gafas y no va maquillada. Tiene el pelo corto, liso y cuidado, de un agradable castaño claro. Estrecha las manos de cada uno de

ellos y les mira a todos a los ojos, a través de sus gafas, y aunque sus maneras son absolutamente educadas, incluso sumisas, da una ligera sensación de ser una persona oficial saludando a los miembros de una delegación ingobernable y estrafalaria.

Valerie hace años que conoce a George y a Roberta. Los conocía mucho antes de que ellos se conocieran. Ella y George formaban parte de la junta directiva de la misma escuela secundaria de Toronto. George era jefe del departamento de arte; Valerie era asesora de la escuela. Ella conocía a la esposa de George, una mujer nerviosa y bien vestida, que se mató en un accidente aéreo en Florida. George y su esposa ya estaban separados para entonces.

Y, desde luego, Valerie conocía a Roberta porque el marido de Roberta, Andrew, es su primo. Nunca se preocuparon mucho el uno del otro, y cada uno de ellos ha descrito al otro a Roberta como un palo. Andrew decía que Valerie era un palo de aspecto estrafalario y completamente asexual, y cuando Roberta le dijo a Valerie que le dejaba, Valerie dijo:

—Oh, qué bien. Es tan palo...

A Roberta le gustó encontrar tal comprensión y no tener que buscar razones aceptables; aparentemente Valerie pensaba que el que fuera un palo era razón suficiente. Al mismo tiempo Roberta deseaba defender a su esposo y preguntar cómo demonios Valerie podía presumir de saber si era un palo o no lo era. No puede evitar desear defenderle, le parece que él tuvo muy mala suerte al casarse con ella.

Cuando Roberta se trasladó y dejó Halifax se fue a vivir con Valerie en Toronto. Allí conoció a George, y él la llevó a visitar su granja. Ahora Valerie dice que ellos son creación suya, el resultado de sus actividades de casamentera totalmente accidentales.

—Fue la primera vez que vi al amor hacer eclosión tan cerca —dice—. Era como mirar un amarilis. Sorprendente.

Pero Roberta tiene la idea de que, por mucho que les quiera a los dos y les desee bien, el amor es realmente algo de lo que Valerie podría pasarse sin que se lo recordaran. En compañía de Valerie una se pregunta a veces de qué va todo el jaleo. La misma Valerie se lo pregunta. Su vida y su presencia, más que cualquier opinión de las que expresa, te recuerdan que el amor no es amable ni honesto y que no contribuye a la felicidad de ninguna forma fiable.

Cuando le habló a Roberta de George (eso fue antes de que supiera que Roberta estaba enamorada de él), Valerie dijo:

—Es un hombre realmente misterioso. Creo que es muy idealista, aunque no le gustaría oírme decir eso. Esa granja que ha comprado. Esa vida autosuficiente, aislada y productiva en el campo.

Siguió hablando de cómo él había sido criado en Timmins, hijo de un zapatero húngaro, el menor de seis hermanos, el primero en terminar la escuela secundaria, y por supuesto la universidad.

—Es la clase de persona que sabría qué hacer en una pelea callejera, pero que no sabe nadar. Trajo a su anciano, gruñón y encorvado padre a Toronto y le cuidó hasta

que murió. Creo que deja a las mujeres con bastante dureza.

Roberta escuchó todo esto con gran interés y pasándolo básicamente por alto, porque lo que otras personas sabían de George ya le parecía que no tenía importancia. Estaba alarmada y encantada. Enamorarse no era algo con lo que ella hubiese contado. Todo lo más que había esperado era una vida como la de Valerie. Había ilustrado un par de libros de niños y pensó que podría tener más encargos; podría alquilar una habitación en Beaches, en la zona este de Toronto, pintar las paredes de blanco, sentarse en cojines en lugar de sillas y aprender a ser autodisciplinada e indulgente consigo misma, como pensó que las personas solitarias debían de serlo.

Valerie y Roberta atraviesan la casa llevando una botella de vino frío y dos de las copas de agua de la abuela de Valerie. Roberta cree que la casa de Valerie es exactamente en lo que la gente piensa cuando dice con anhelo «una casa en el campo», o más especialmente, «una granja antigua de ladrillo». El cálido ladrillo, rojo pálido, con el adorno de ladrillo claro, las parras y los olmos, los suelos lijados, los tapices colgados y las paredes blancas, el deportillado aguamanil en una cómoda maciza frente a un espejo empañado. Desde luego, Valerie ha tenido quince años para hacer aquello. Ella y su esposo compraron la casa para el verano, y luego, cuando él murió, ella vendió su casa de la ciudad, se mudó a un piso y dedicó su dinero y su energía a esto. George había comprado la casa y la tierra hacía dos años, habiéndole dado a conocer esta parte del país Valerie, y hacía catorce meses que había dejado el trabajo de sus clases y se había trasladado allí para siempre. Al poco de esa mudanza llegó su primer encuentro con Roberta. El pasado diciembre se fue a vivir con él. Ella pensó que les costaría aproximadamente un año arreglar la casa, y entonces George podría volverse a poner a esculpir. Escultor es lo que realmente quiere ser. Por eso es por lo que quería dejar de dar clases y vivir modestamente en el campo, cultivar muchas verduras, tener pollos. Todavía no ha empezado con los pollos.

Roberta tenía la intención de seguir ilustrando libros. ¿Por qué no lo ha hecho? Ni tiempo, ni dónde trabajar (sin sitio, sin luz, sin mesa). Sin momentos claros de autoridad, ahora que la vida ha puesto sobre ella esta nueva clase de garra.

Lo que han hecho hasta ahora, lo que George ha hecho, mayormente, mientras Roberta barre y cocina, es poner un nuevo tejado en la casa, instalar ventanas de marcos de aluminio, echar saco tras saco de polvoriento aislamiento de guijarros en el espacio de detrás de las paredes, fijar láminas amarillas de fibra de vidrio de aspecto lanoso contra el tejado de la buhardilla, limpiar todos los tubos de la chimenea, substituir parte de ellos y enladrillar de nuevo parte de la chimenea, reponer los aleros podridos. Después de todas estas reparaciones esenciales y laboriosas la casa sigue sin ser atractiva por fuera, revestida con su ladrillo de imitación rojo oscuro, y con su porche hundido, lleno de montones de leña nueva secándose, de madera vieja recuperada y de láminas suplementarias de fibra de

vidrio y desechos útiles. Y dentro está oscuro y huele a rancio. Roberta quisiera levantar el linóleo y arrancar el deprimente papel de la pared; pero todo debe hacerse en orden y George ha establecido el orden; no sirve de nada levantar y arrancar hasta que la instalación eléctrica y el aislamiento no hayan sido terminados y se haya reconstruido el armazón de la casa. Últimamente ha estado diciendo que antes de comenzar por el interior de la casa o de poner las tablas de forro en el exterior tiene que hacer un trabajo más importante en el granero; si no apuntala y refuerza la estructura de las vigas todo el edificio podría venirse abajo con las tormentas del próximo invierno.

Además de esto está el jardín: el manzano y el cerezo (que han sido podados), los tallos de las frambuesas (que se han eliminado) el césped (que ha sido replantado, recuperado de pedazos de hierba alta y silvestre y pedazos de suelo pelado) y guijarros bajo la sombra de algunos pinos desiguales. Al principio Roberta tenía una idea de toda la casa en la mente, de todas las cosas que se habían hecho, de las que se estaban haciendo, y de las que todavía quedaban por hacer. Ahora no piensa en el trabajo de ese modo, no tiene una idea general del mismo, sino que se queda en la cocina y hace los trabajos según aparecen. Encargarse de los productos de la huerta, hacer salsa de chile, preparar tomates, pimientos, judías y maíz para congelarlos, hacer zumo de tomate y mermelada de cerezas, le ha llevado un montón de tiempo. A veces mira el congelador y se pregunta quién se comerá todo aquello, ¿George y quién más? Puede sentir sus propios derechos encogiéndose.

La mesa está puesta en la larga galería cerrada en la parte de atrás de la casa. Valerie y Roberta salen por una puerta al final de la misma, bajan unos pequeños escalones y se dirigen hacia una pequeña zona de suelo y paredes de ladrillo que Valerie ha hecho hacer este verano, pero a la que no le gusta llamar patio. Dice que no se puede tener un patio en una granja. Aún no ha decidido cómo le gustará llamarla. Tampoco ha decidido si poner pesadas sillas de madera y de linón, cuyo aspecto le gusta, o cómodas y livianas sillas de metal y de plástico, como aquellas que han llevado George y Roberta.

Echan el vino y levantan los vasos, los anchos y antiguos vasos de agua en los que les encanta beber vino. Pueden oír a Ruth, a Eva y a Angela riendo en el dormitorio de Ruth. Ruth ha dicho que tienen que ayudarla también a disfrazarse, va a pensar en algo que las va a superar a todas. Y pueden escuchar el sonido sibilante de la guadaña que ha traído George para cortar la alta hierba y los lampazos de alrededor del pequeño establo de piedra de Valerie.

—El establo sería un precioso estudio —dice Valerie—. Debería alquilárselo a un artista. George, ¿a ti? Te la alquilaría por segar y por un helado de frambuesas. Aunque George va a hacer un estudio en el granero, ¿no?

—Con el tiempo —dice Roberta.

Ahora todo el trabajo de George está en la fachada de la casa, en la antigua sala de recibo. Algunas piezas terminadas y casi terminadas están allí, cubiertas con

sábanas polvorientas y también algunos bloques de madera (George trabaja sólo en madera), un gran pedazo de roble desecado y trozos de nogal ceniciento y de cerezo secados al horno. Su sierra de cortar, escoplos y gubias, el aceite de linaza, la trementina, la cera de abejas y las resinas están todas allí, con las tapas polvorientas y bien cerradas. Eva y Angela daban vueltas alrededor y, puestas de puntillas sobre los escombros y la maleza, miraban por la ventana delantera las cubiertas formas.

—Uf, se ven espantosas —le decía Eva a George—. ¿Qué son por debajo?

—Donuts de madera —decía George—. Escultura pop.

—¿De veras?

—Una patata y un bebé de dos cabezas.

La siguiente vez que fueron a mirar se encontraron con una sábana clavada sobre la ventana. Era una sábana de color grisáceo, rota por la parte superior. A cualquiera que pasara por allí le haría ver la casa todavía más triste y abandonada.

—¿Sabéis que tenía cigarrillos? —dice Valerie—. Tengo medio cartón. Lo escondí en el armario de mi habitación.

Ha enviado a David y a Kimberly a la ciudad, diciéndoles que no le quedaban cigarrillos. Valerie no puede dejar de fumar, aunque toma pastillas de vitaminas y tiene cuidado de no comer nada con colorante alimenticio rojo.

—No he podido pensar en nada más que decirles que me faltaba, y quería que se marcharan un rato. Ahora no me atrevo a fumar o lo notarán cuando regresen y sabrán que he mentado. Y necesito uno.

—Bebe, en lugar de fumar —dice Roberta. Cuando llegó allí pensó que no podría hablar con nadie; iba a decir que le dolía la cabeza y a preguntar si podía echarse. Pero Valerie la tranquiliza, como siempre. Valerie hace interesante lo que no es soportable.

—Entonces, ¿cómo estás? —pregunta Valerie.

—Ohhh —dice Roberta.

—La vida sería maravillosa si no fuese por las personas —dice Valerie malhumoradamente—. Eso suena a cita, pero creo que lo acabo de inventar. El problema es que Kimberly es cristiana. Bueno, está bien. Podríamos utilizar a una o dos cristianas. En cuanto a eso, yo no soy anticristiana. Pero ella es una cristiana muy notable, ¿no crees? Estoy asombrada de lo miserable que me hace sentir.

George está disfrutando de la siega. Por una cosa, le gusta trabajar sin espectadores. Siempre que trabaja en casa esos días, es consciente de una multitud de mujeres que le observan. Aunque no estén a la vista, nota como si le estuvieran mirando, descansando, mirando sus trabajos con perplejidad y distracción. Él admite, si lo piensa, que Roberta hace algún trabajo, aunque no ha hecho nada para ganar dinero que él sepa; no se ha puesto en contacto con los editores y no ha trabajado en ideas propias. Permite que sus hijas no hagan nada en todo el día, en todo el verano. Ayer por la mañana se levantó sintiéndose cansado y desanimado: se

había ido a dormir pensando en el trabajo que tenía que hacer en el granero y su preocupación había penetrado en sus sueños, que estaban llenos de hundimientos, cálculos erróneos y falsedades estructurales, y salió a la pérgola, con idea de tomarse allí los huevos y pensar en los trabajos del día. Aquella superficie es la única que ha construido hasta ahora, el único cambio que ha hecho en la casa. La hizo la primavera pasada en respuesta a las quejas de Roberta acerca de la oscuridad de la casa y de su mala ventilación. Él le dijo que la gente que construía esas casas trabajaba tanto al sol que nunca pensaron en sentarse a tomarlo.

Salió entonces a la pérgola, llevando su plato y su jarra, y ya estaban allí las tres. Angela iba vestida con unos leotardos color azul zafiro, hacía ejercicios de ballet en la baranda de la pérgola. Eva estaba sentada con la espalda contra la pared de la casa, sacando con la cuchara copos de salvado de un bol de sopa; lo hacía con tal entusiasmo que muchos se derramaban sobre el suelo de la pérgola. Roberta, en una hamaca, tenía la sempiterna jarra de café agarrada entre las manos, una rodilla arriba y la espalda doblada, y con las gafas de sol puestas, parecía tensa y afligida. Él sabe que llora detrás de esas gafas. Le parece que ella ha dejado que sus hijas le saquen la vitalidad del cuerpo. Se pasa el tiempo apaciguándolas, recogiendo detrás de ellas; tiene que rogarles que se hagan la cama y limpien sus habitaciones; la ha oído rogarles que recojan los platos sucios para poder lavarlos. O eso es lo que le parece oír. ¿Es esta la forma de criar a los hijos de la clase media? Ahora ella está admirando a Angela, admirando pacientemente a su propia hija, la pierna desnuda, levantada y dorada, el perfil desdeñoso. Si cualquiera de sus hermanas se hubiese atrevido a hacer una exhibición semejante, su madre les hubiera zurrado.

Angela bajó la pierna y dijo:

—¡Saludos, amo!

—No te veo golpeándote la cabeza contra el suelo —dijo George. Normalmente bromeaba con las chicas, no importaba cómo se sintiera. Tenía costumbre de hacer bromas rudas, y había tenido mucho éxito en la clase, donde había mantenido un carácter algo exagerado, en ocasiones cruel, y siempre entretenido. Lo había hecho también con la mayoría de los demás profesores, expresando su desprecio por ellos de un modo tan pintoresco que no podían creer que realmente lo hiciera con intención.

A Eva le encantaba representar cualquier sugerencia de esa clase. Se estiró cuan larga era sobre la pérgola y se dio fuerte con la cabeza contra las tablas.

—Te vas a hacer un chichón —dijo Roberta.

—No. Sólo me voy a hacer una lobotomía.

—George, ¿te das cuenta que dentro de unos cuantos días nos habremos ido? —dijo Angela—. ¿No se te parte el corazón?

—En dos.

—¿Pero dejarás que mamá cuide de Diana cuando nos hayamos ido? —dijo Eva levantándose y palpándose la cabeza en busca de golpes. Diana era una gata extraviada que alimentaba en el granero.

—¿Qué quieres decir, con «dejarás»? —dijo Roberta, y George al mismo tiempo

dijo:

—Por supuesto que no. La ataré a las patas de la cama si alguna vez intenta acercarse al granero.

Esta gata es un punto sensible. Si Angela considera la granja como un escenario para sí, o a veces como la Naturaleza, una engendradora de pensamientos y poemas, ante la que ella se rinde vagando y soñando, Eva la ve como un lugar en el que cuidar animales, con un poco de la atención sobrante para insectos, peces y babosas. Ambas la consideran, ciertamente, como un lugar de vacaciones, puesto ante ellas para cualquier uso o disfrute que puedan conseguir. Ninguna de ellas ve los trabajos que esperan ser hechos delante de sus narices. Eva ha pasado el verano acechando marmotas y conejos, atrapando ranas y dejándolas ir, cogiendo peces en un tarro, intentando imaginar cómo podría albergarse a varios animales en el granero. George la hace responsable, por la misma fuerza de su deseo, de atraer al ciervo fuera del bosque, de modo que tuvo que dejar todo lo que estaba haciendo y construir una valla de alambre de dos metros y medio alrededor del huerto. El único animal que ha conseguido instalar en el establo es a Diana, delgada como un palo, fea y medio salvaje, cuyas mamas colgantes indican que mantiene a una familia de gatitos en alguna parte. Eva se ha pasado gran parte del tiempo intentando descubrir el paradero de estos gatitos.

George considera la gata como a una gorriona, una gran molestia potencial, una invasora de su propiedad. Al alimentarla y animarla, Eva se ha lanzado a una conducta de pequeñas, pero significativas falsedades, que Roberta ha soportado sin reservas. Él sabe que sus sentimientos sobre esta cuestión son exagerados, incluso cómicos; eso no le ayuda. Una de las cosas que no ha querido ser nunca, y que ha evitado ser, es un papá cómico, un fulminador, un chapucero. Pero es la conducta de Roberta la que le preocupa, más que la de Eva. Aquí Roberta demuestra con toda claridad el error que ha cometido al criar a sus hijas. Mentalmente puede oír a Roberta hablando a alguien en una fiesta:

—Eva ha adoptado a una gata terrible, a una vagabunda con un aspecto realmente horrible: ésa es su hazaña del verano. Y Angela se pasa todo el día haciendo «jetés» y enfurruñándose con nosotros.

Realmente no ha escuchado a Roberta decir eso (no han ido a fiestas), pero se lo puede imaginar muy bien. Emplazaría a sus hijas para distracción de otros, las convertiría en personajes de los que nada serio podría esperarse. Eso a George le parece no sólo frívolo, sino también cruel. Roberta, que es tan indulgente con sus hijas, que se preocupa constantemente de que puedan encontrarla insuficientemente afectuosa, interesada, comprensiva, no obstante las está desposeyendo. No las está tomando en serio, no las está educando. ¿Y qué tiene que hacer George a la vista de todo esto? No son hijas suyas. Una de las razones por las que no ha tenido hijos es que duda de si podría darles su atención sin reservas y durante tanto tiempo como fuese necesario, para esta cuestión de la educación. Como profesor, sabe cómo hacer mucho ruido y llevarles la delantera, pero es agotador tener que hacer eso en el frente del hogar. Y era principalmente a los chicos a quienes aprendió a vencer con

sus estrategias. Los chicos eran la amenaza en una clase. Las chicas nunca molestaban mucho, fuera de alguna cuidadosa finta con las *sexy*. Eso no funciona aquí.

Aparte de todo esto, a menudo no puede evitar que le gusten Angela y Eva. Le parecen desorientadas y atractivas. Ellas le encuentran muy divertido, lo que unas veces le irrita y otras le gusta. Su forma de comportarse con la gente es, o muy reservada o muy divertida, y él cree que prefiere ser reservado. No obstante, le gusta que la diversión se aprecie.

Pero cuando terminó de desayunar y cogió dos grandes cestos y se fue al huerto a coger tomates, nadie se movió para ayudarle. Roberta siguió meditando melancólicamente y bebiendo café. Angela había terminado sus ejercicios y estaba escribiendo en el cuaderno que utiliza como diario. Eva se había ido al establo.

Angela está sentada al piano en el salón de Valerie. No hay piano en la casa de George y lo echa en falta. ¿No lo echa en falta su madre? Su madre se ha convertido en una persona que no pide nada.

«La he visto cambiar —ha escrito Angela en su diario— de ser una persona muy respetada a ser una persona a punto de tener los nervios destrozados. Si esto es amor, yo no quiero ni un poco. Él quiere esclavizarla a ella y a nosotras y ella camina por la cuerda floja intentando evitar que se vuelva loco. No disfruta de nada y si le dieras a escoger preferiría estar tumbada en una habitación oscura con un pañuelo sobre los ojos y no ver a nadie ni hacer nada. Esta es una mujer inteligente que creía en la libertad».

Empieza a tocar la «Marcha Turca», que le trae a la mente la imagen de una casa que sus padres vendieron cuando ella tenía cinco años. Había una pequeña estantería cerca del techo en el comedor, donde su madre había puesto los platos de postre para decorar. Un árbol o un matorral del jardín tenía hojas del color de la lechuga, grandes como platos.

Ha escrito en su diario:

«Sé que la nostalgia es una emoción inútil. A veces siento que me gustaría romper algunas cosas de las que he escrito donde quizá he sido demasiado dura al juzgar a ciertas personas o situaciones, pero he decidido dejarlo todo porque quiero tener una relación de lo que realmente sentía en aquel momento. Quiero tener un relato fiel de toda mi vida. Cómo evitar mentirse es el mayor problema que veo en todas partes».

Durante el verano Angela ha pasado mucho tiempo leyendo. Ha leído *Ana Karenina*, *El segundo sexo*, *Emily of New Moon*, *La antología Norton de Poesía*, *La autobiografía de W.B. Yeats*, *The Happy Hooker*, *The Act of Creation*, *Seven Gothic Tales*. Algunas de estas, para ser exactos, no las ha leído enteras. Su madre también leía siempre. Angela llegaba a casa de la escuela a las doce, y también por la tarde, y la encontraba leyendo. Su madre leía sobre la conquista de Méjico, leyó *The Tale of Genji*. Angela se maravilla de lo segura que su madre parecía entonces.

Angela tiene una imagen en su mente de Eva antes de que naciera. Los tres, Angela, su madre y su padre, están en una playa. Su padre está cavando un gran agujero en la arena. Su padre es un dotado constructor de castillos de arena con calles y sistemas de irrigación, así que Angela contempla con interés cualquier proyecto que emprenda. Pero el agujero no tiene nada que ver con un castillo de arena. Cuando está terminado, su madre se echa, riendo, y coloca su barriga en él. En su barriga está Eva, y el agujero es como una cuchara para un huevo. La playa es extensa, kilómetros y kilómetros de blanca arena inclinándose suavemente hacia el agua azul-verdosa. La orilla no es pedregosa y no hay ni una pequeña caleta. Un lugar radiante y generoso. ¿Dónde pudo ser?

Pasa de la «Marcha turca» a hacer un intento con «Eine Kleine Nachtmusik». Roberta, que escucha el piano al mismo tiempo que escucha a Valerie hablando graciosamente y sin esperanzas sobre su temor hacia Kimberly, de lo poco que le gustan los intrusos, de su inexcusable repugnancia a renunciar a sus hijos, piensa. No, no era un error. ¿Qué quiere decir con eso? Quiere decir que no fue un error dejar a su marido. Suceda lo que suceda, no fue un error. Era necesario. De otro modo no lo hubiese sabido.

—Es un mal momento para ti —dice Valerie juiciosamente—. Estás exactamente bajo una espectacular tensión.

—Eso es lo que yo me digo —dice Roberta—. Pero a veces pienso que no es eso. No es por la casa, no es por las niñas. Es sólo que hay algo negro que se está levantando.

—Oh, siempre hay algo negro —dice Valerie refunfuñando.

—Pienso en Andrew, ¿qué le estaba yo haciendo? Poniendo las cosas para encontrar el fallo en él, quejándome, luego echándome atrás y haciendo las paces. Gradualmente, la necesidad de librarme de él surgía de nuevo, pero yo siempre estaba segura de que era culpa suya... si él hiciera esto o aquello yo podría quererle. Tan horroroso para él que se convirtió en, ¿recuerdas lo que dijiste que era? Un palo.

—Era un palo —dice Valerie—. Siempre lo fue. Tú no tienes la culpa de todo.

—Pienso en ello, porque me pregunto si eso es lo que George me está haciendo a mí. Quiere librarse de mí, luego ya no, luego sí, luego no puede admitirlo, ni siquiera ante sí mismo; tiene que montar fallos. Siento que sé por lo que Andrew pasó. No es que yo fuese a volver a atrás. Nunca. Pero lo veo.

—Dudo que las cosas sucedan tan simétricamente.

—Yo tampoco lo creo así, realmente. No creo que reciba uno su castigo de una forma tan sencilla. ¿No es divertido cómo se siente uno atraído, como yo me siento atraída, ante la idea de una pauta como esa? Quiero decir que la idea es atractiva, la de que haya un equilibrio. Pero no la experiencia. Me gustaría evitarla.

—Te olvidas de lo feliz que eres cuando eres feliz.

—Y viceversa. Es como un parto.

George ha terminado de segar y está limpiando la hoja. Puede oír el piano a través de las ventanas abiertas de la casa de Valerie, y del río suben corrientes erráticas de aire agradable y frío. Se siente mucho mejor ahora, ya sea por el simple ejercicio o por el alivio de no sentirse observado; quizá sea bueno evadirse de las enormes exigencias de su propia casa. Se pregunta si es Roberta la que toca. La música se adapta con precisión a lo que está haciendo: primero la alegre y cotidiana «Marcha turca», para acompañar a la siega; ahora, mientras está limpiando la hoja y oliendo la hierba cortada, las sutiles alegrías, aunque ejecutadas con una ligera vacilación, de «Eine Kleine Nachtmusik». Como siempre, cuando su humor mejora realmente, al romper el alba, desea irse y encontrar a Roberta y rodearla, asegurarle, asegurarse a sí mismo, que no se ha hecho ningún daño real. Esperaba haber sido capaz de hacerlo anoche, cuando fueron a tomar unas copas, pero no pudo; algo sordo se lo impedía.

Recuerda la primera visita de Roberta a su casa. Eso fue a finales de agosto o a principios de septiembre, hace ahora casi un año. Montaron una especie de indecoroso picnic, prepararon banquetes y pusieron discos, sacaron un colchón al patio. Noches claras, en las que Roberta le indicaba las inverosímiles formas en que las estrellas se unen en sus constelaciones, y cada día como oro en paño. Roberta le dijo que debía conocer cuál era la situación: ella tiene cuarenta y tres años, es seis años mayor que él. Ha dejado a su marido porque todo entre ellos parecía artificial; pero no le gusta decir eso, porque puede ser sólo hipocresía, ella no está segura de lo que quiere decir, y por encima de todo, no sabe de lo que es capaz. A él le pareció valerosa, sincera, sin vanidad. Cómo de eso podía surgir esa susceptibilidad, ese estado lacrimoso, ese abatimiento, esa amenaza de postración, eso no puede imaginárselo.

Pero vale la pena respetar la primera impresión, cree.

Eva y Ruth están decorando la mesa de la cena en la terraza. Ruth lleva una camisa blanca y la parte de abajo de un pijama a rayas que pertenecen a su hermano, y un monumental turbante negro. Tiene el aspecto de un orgulloso sikh, pero de buen corazón.

—Creo que la mesa debiera ponerse esparcida —dice Ruth—. La sutileza queda fuera, Eva.

A intervalos ponen dalias color naranja y oro, un molinillo de pimienta muy bonito a rayas, calabacines, calabazas amarillas, maíz.

Al amparo de la música, Eva dice:

—Angela tiene más problemas que yo viviendo aquí. Cree que siempre que se pelean es por ella.

—¿Se pelean? —pregunta Ruth suavemente. Luego dice—: No es asunto mío.

Ella estaba enamorada de George cuando tenía trece o catorce años. Era al

principio de que su madre hiciese amistad con él. Ella odiaba a su mujer, y le encantó que se separasen. Recuerda que la esposa era hija de un ginecólogo, y que esto era citado por su madre como la razón de que George y su esposa no pudieran llevarse nunca bien. Probablemente era a la prosperidad de su padre a lo que se refería su madre, o a la forma en que la hija había sido educada. Pero a Ruth la palabra «ginecólogo» le parecía cortante y horrorosa, y veía a la hija del ginecólogo vestida con una ropa de metal frío y dentado.

—Tienen peleas silenciosas, de veras. Angela es tan egoísta que cree que todo da vueltas a su alrededor. Eso es lo que sucede cuando te conviertes en una adolescente. Yo no quiero que me pase a mí.

Se produce una pausa en la música que toca Angela y Eva dice vivamente:

—¡Oh, no quiero irme! No me gusta tener que marcharme.

—¿Por qué?

—No quiero dejar a Diana. No sé lo que le sucederá. No sé si la volveré a ver de nuevo. No creo que vuelva a ver otra vez al ciervo. Detesto tener que dejar cosas.

Ahora que el piano está en silencio, a Eva se la puede oír fuera, donde se sientan Valerie y Roberta. Roberta oye lo que Eva dice y aguarda, esperando oírle decir algo sobre el próximo verano. Se prepara para oírlo.

En lugar de eso Eva dice:

—¿Sabes? Yo entiendo a George. A mí no me preocupa como a Angela. Yo sé cómo hacer broma. Le comprendo.

Roberta y Valerie se miran y Roberta sonríe, sacude la cabeza y se estremece. A veces ha tenido miedo de que George lastime a sus hijas, no físicamente, sino por medio de algún cambio de posición, de alguna revelación de antipatía que no podrían olvidar nunca. Le parece haberles dado instrucciones, por ejemplo, que hay que adaptarse a él, respetar sus silencios y responder a sus bromas.

¿Qué pasaría si él se volviera, dentro de este dispositivo de seguridad, y les asestase un golpe memorable? Si sucediera, sería ella quien las habría abandonado a ello. Y puede percibir un peligro. Por ejemplo, cuando George estaba podando los manzanos oyó a Angela decir:

—Mi padre tiene ahora un manzano y un cerezo.

(Eso era información. ¿Se lo tomaría como una competición?).

—Supongo que tiene algunos subordinados que vienen y se los podan —dijo George.

—Tiene cientos —dijo Angela jovialmente—. Enanos. Les hace llevar a todos uniformes pequeños de la Marina.

Angela estaba en aquel momento en un terreno peligroso. Pero Roberta cree ahora que el peligro real no es para Angela, quien encontraría una forma de recibir bien el insulto, quien estaría dispuesta a obtener alguna ventaja. (Roberta ha leído partes del diario). Es Eva quien, con sus afirmaciones de comprensión, sus esperanzas de una total reconciliación, podría quedar aplastada y sin recursos.

Mientras tomaban una sopa fría de manzana y berros Eva ha vuelto a su estilo *enfant terrible* de causar efecto en la mesa.

—Anoche salieron y se emborracharon. Estaban beodos.

David dice que no ha escuchado esa expresión hace mucho tiempo.

Valerie dice:

—¡Qué horrible para vosotras, pequeñas!

—Estuvimos pensando en llamar a Ayuda Infantil —dice Angela, quien parece muy poco infantil a la luz de la vela (de hecho parece una reina), y consciente de que David la está mirando, aunque con David es difícil decir si la mira con aprobación o con reservas. Parece como si pudiera ser aprobación. Kimberly ha asumido las reservas de él.

—¿Pasasteis un rato muy licencioso? —preguntó Valerie—. Roberta, no me lo habías dicho. ¿Dónde fuisteis?

—Fue muy respetable —dice Roberta—. Fuimos al hotel Queen de Logan. Al Salón, así es como lo llaman. El lugar elegante para tomar una copa.

—George no te llevaría a ninguna cervecería vieja —dice Ruth—. George es un conservador de salón.

—Es cierto —dice Valerie—. George cree que a las señoras sólo hay que llevarlas a los sitios bonitos.

—Y que a los niños hay que verlos pero no oírlos —dice Angela.

—Tampoco verlos —dice George.

—Lo que es confuso para todos, porque sale a escena como un rabioso radical —dice Ruth.

—Esto es una invitación —dice George— al libre análisis. De hecho era muy libertino y Roberta probablemente no se acuerda por estar tan beoda, como dice Eva. Hechizó a un tipo que hacía trucos con palillos.

Roberta dice que era un juego en el que se hacía una palabra con palillos, luego se quitaba un palillo o se cambiaba el orden de lo que allí había y se hacía otra palabra, y así sucesivamente.

—Espero que no fuesen palabras sucias —dice Eva.

—Yo nunca hablé así cuando tenía su edad —dice Angela—. Yo fui la hija anterior a la tolerancia.

—Y cuando nos cansamos del juego, o cuando él se cansó, porque yo me cansé muy pronto, me enseñó fotografías de su mujer y suyas en un crucero por el Mediterráneo. Anoche estaba con otra señora porque su esposa está muerta, y si se olvidaba de dónde fueron tomadas estas fotos, esa mujer se lo recordaba. Ella dijo que no creía que se recuperase nunca de ello.

—¿Del crucero o de su mujer? —pregunta Ruth, mientras George dice que tuvo una conversación con una pareja de granjeros holandeses que querían llevarlo a dar una vuelta en su avioneta.

—Creo que no fui —añade George.

—Te disuadí —dice Roberta, sin mirarle.

—«Disuadí» suena tan bien —dice Ruth—. Es tan suave. Me hace pensar en seda.

Eva pregunta qué quiere decir.

—Persuadir a no hacerlo —dice Roberta—. Persuadí a George para que no fuese a dar una vuelta en avioneta a la una de la mañana con los ricos granjeros holandeses. En lugar de eso, fue para todos una aventura meter al hombre del crucero por el Mediterráneo en su coche para que su amiga pudiera llevarlo a casa.

Ruth y Kimberly se levantan para llevarse los boles de sopa y David va a poner un disco de Dvorak, «La sinfonía del nuevo mundo». Es a petición de su madre. David dice que es almibarado.

Están callados, esperando a que comience la música. Eva pregunta:

—De todos modos, ¿cómo os enamorasteis, chicos? ¿Fue una atracción física?

Ruth le da suavemente en la cabeza con un bol.

—Deberías tener las mandíbulas atadas con alambre —dice—. No olvides que estoy aprendiendo a tratar con niños desequilibrados.

—¿No te molestaba que mamá fuese mucho mayor?

—¿Ves a lo que me refiero acerca de ella? —dice Angela.

—¿Qué sabes tú del amor? —dice George pomposamente—. El amor sufre mucho, y es amable. Similar a mí mismo a este respecto. Al amor no se le alaba...

—Creo que ésa es una clase determinada de amor —dice Kimberly, poniendo la verdura—. Si estás citando.

Al amparo de una conversación sobre traducción y el significado de las palabras (un tema del que George sabe poco, pero sobre el que pronto hace afirmaciones arrolladoras y provocativas, fiel a sus técnicas de clase), Roberta le dice a Valerie:

—La amiga del hombre dijo que lo estupendo era que su mujer había hecho todo el crucero por el Mediterráneo con una bolsa para ano contra natura.

—¿Una qué?

—Una bolsa para ano contra natura. Yo también me quedé desconcertada, de modo que ella dijo: «Es que su mujer sufrió una de esas operaciones y tenía que llevar una de esas bolsas...».

—Oh, Dios mío.

—Tenía unos brazos grandes y gruesos y el pelo rubio platino. La mujer, en las fotos. La amiga era algo parecido, pero más elegante. La mujer tenía una mirada tan sensual y feliz. La mirada de estar pasándolo bien.

—Y con una bolsa para ano contra natura.

«Así que ves frente a qué personas tan singulares y de aspecto tan poco prometedor el amor echa raíces y florece, y yo no llevo bolsa para ano contra natura, sólo algunas arrugas, flaccidez, palidez y un sutil ajamiento. —Esto es lo que Roberta se dice a sí misma—. Esto no es culpa mía», se dice, como ha dicho tan a menudo anteriormente. Normalmente, cuando dice «esto» se refiere a un quejido, a una súplica, a un gimoteo. Ahora lo repite como un hecho en su mente, el tono en el que lo afirma es aburrido y cansado. Parece como si eso pudiera ser la verdad.

Hacia los postres la conversación ha pasado a la arquitectura. La única luz de la terraza la dan las velas sobre la mesa. Ruth se ha llevado las velas grandes y ha puesto frente a cada lugar una pequeña vela individual en un candelero de metal negro con mango, como la vela del verso infantil. Valerie y Roberta lo dicen a la vez:

—Aquí llega una vela para iluminarte hasta la cama. Aquí llega un carnicero para ¡cortarte la cabeza!

Ninguna de ellas le ha contado ese verso a sus hijos, y sus hijos no lo habían escuchado nunca anteriormente.

—Yo lo he escuchado —dice Kimberly.

—El arco ojival, por ejemplo, era sólo un capricho —dice George—. Era una moda arquitectónica, muy parecida a las modas de hoy en día.

—Bueno, no era sólo eso —dice David contemporizando—. Era más que una moda. La gente que construyó las catedrales no era totalmente como nosotros.

—Eran muy distintos a nosotros —dice Kimberly.

—Estoy segura de que a mí me enseñaron, si es que me enseñaron realmente en aquellas lejanas épocas —dice Valerie—, que el arco ojival era un desarrollo del arco románico. De repente se les ocurrió llevarlo más lejos. Y tenía una apariencia más religiosa.

—Un disparate —dice George felizmente—. Perdona. Sé que eso es lo que decían, pero de hecho, el arco ojival es el más primitivo. No es el arco más fácil, no es un desarrollo del arco de medio punto en absoluto, ¿cómo podría serlo? Tenían arcos ojivales en Egipto. El arco de medio punto, el arco de piedra angular es el arco más sofisticado que se pueda construir. Todo ha sido presentado patas arriba para favorecer a la Cristiandad.

—Bueno, quizá sea sofisticado, pero yo lo encuentro deprimente —dice Ruth—. Creo que son muy deprimentes esos arcos de medio punto. Son monótonos, simplemente siguen blas-bla-bla, no hacen que los espíritus se eleven precisamente.

—Debe de haber expresado algo que la gente necesitaba profundamente —dice Kimberly—. No se le puede llamar a eso un capricho. Construyeron esas catedrales, lo hizo la gente, el proyecto no fue impuesto por ningún arquitecto.

—Una concepción errónea. Tenían arquitectos. En algunos casos incluso sabemos quiénes eran.

—No obstante, creo que Kimberly tiene razón —dice Valerie—. En esas catedrales se perciben muchas de las aspiraciones de aquella gente; se siente la emoción cristiana en la arquitectura...

—No importa lo que sientas. El hecho es que los cruzados trajeron el arco ojival del mundo árabe. Del mismo modo que trajeron el gusto por la comida picante. El honrar a Jesús no fue más improvisado que yo por el inconsciente colectivo. Era el estilo más avanzado. Los primeros ejemplos se pueden ver en Italia; y luego se abrió paso hacia el norte.

Kimberly tiene el rostro enrojecido, pero sonrío tirante y benigna. Valerie, por lo

mucho que le disgusta Kimberly, siente la necesidad de decir cualquier cosa para ir a su rescate. A Valerie no le importa parecer tonta; se tiraría de cabeza a cualquier conversación para desviar su curso contencioso, para hacer que la gente se ría y se calme. Ruth también tiene el don de aligerar las cosas, aunque en su caso parece animar a hacerlo no de forma tan deliberada, sino serena y casi accidentalmente, como resultado de seguir fielmente su propia línea de pensamiento. ¿Y David? En este momento David está acaparado por Angela y no presta tanta atención como debiera. Angela está poniendo a prueba sus poderes; ella los probaría incluso con un primo que ha conocido desde que era una niña. Kimberly está en peligro por dos lados, piensa Roberta. Pero se las arreglará. Es lo suficientemente fuerte como para conservar a David a través de cualquier número de Angelas, y lo suficientemente fuerte como para conservar su sonrisa frente al ataque de George contra su fe. ¿Prevé su sonrisa cómo arderá él? No es probable. Ella prevé, en lugar de eso, cómo todos ellos tropezarán, deambularán y se harán un lío; ¿qué importa quién gane la discusión? Para Kimberly ya se han ganado todas las discusiones.

Mientras piensa esto, obligándoles a manifestar sus opiniones de este modo, Roberta se siente competente, aliviada. La indiferencia la ha salvado. Lo principal es ser indiferente a George, ésa es la gran bendición. Pero su indiferencia va más allá de él; es generosa, alcanza a todo el mundo. Está lo suficientemente bebida como para tener ganas de comunicar algunos hallazgos.

—La renuncia sexual no es suficiente —podría decirle a Valerie. Está lo suficientemente sobria como para callarse.

Valerie ha conseguido que George hable de Italia. Ruth, David, Kimberly y Angela han empezado a hablar de otra cosa. Roberta oye la voz de Angela hablar con impaciencia y autoridad, y con una vehemencia, con una timidez que sólo ella puede detectar.

—La lluvia ácida... —está diciendo Angela.

Eva sacude con un dedo el brazo de Roberta.

—¿Qué estás pensando? —le dice.

—No lo sé.

—No puedes no saberlo. ¿En qué estás pensando?

—En la vida.

—¿En qué de la vida?

—En las personas.

—¿Qué piensas de las personas?

—En el postre.

Eva le da más fuerte, riendo.

—¿Qué estás pensando del postre?

—Pensaba que estaba bien.

Un poco más tarde Valerie tiene la ocasión de decir que no nació en el siglo XIX, a pesar de lo que David pueda pensar. David dice que todas las personas nacidas en este país antes de la Segunda Guerra Mundial han sido en realidad educadas en el siglo XIX, y que su forma de pensar es arcaica.

—Somos algo más que el producto de nuestra educación —dice Valerie—, como tú mismo debes esperar, David.

Dice que ha estado escuchando toda esa charla sobre exceso de población, desastre ecológico, desastre nuclear, este desastre y el otro, la destrucción de la capa de ozono... se ha estado hablando una y otra vez, durante años, de desastre, pero allí están sentados, sanos, relativamente cuerdos, con una maravillosa cena y un maravilloso vino en su interior, en el maravilloso e intacto campo.

—Los incas comiendo en platos de oro mientras Pizarro estaba desembarcando en la costa —dice David.

—No hables como si no hubiera solución —dice Kimberly.

—Creo que quizá ya estemos destruidos —dice Ruth como en sueños—. Creo que quizá seamos anacronismos. No, eso no es lo que quiero decir. Quiero decir reliquias. De algún modo ya lo somos. Reliquias.

Eva levanta la cabeza de entre sus brazos cruzados sobre la mesa. Su velo le cae sobre un ojo, el maquillaje se le ha corrido más allá de sus límites, de modo que toda su cara es una flor remendada. Dice en voz alta y decidida:

—Yo no soy una reliquia.

Y todos se ríen.

—¡Claro que no! —dice Valerie, y luego comienzan los bostezos, el retirar las sillas, las sonrisas bastante tímidas y formales, el apagar las velas: la hora de volver a casa.

—¡Oled el río ahora! —les dice Valerie. Su voz suena afligida y tierna, en la oscuridad.

—Una luna casi llena.

Era Roberta quien le decía a George la luna tan llena que había, y de este modo el que él diga eso es siempre un ofrecimiento. Es un ofrecimiento ahora, mientras viajan por entre los oscuros campos de maíz.

—Así es.

Roberta no rechaza el ofrecimiento con silencio, pero tampoco lo acoge con satisfacción. Es educada. Bosteza, y hay un sonido privado en su bostezo. Esto no es una táctica, aunque ella sabe que la indiferencia es atractiva. Es lo real. Él puede notar una imitación, siempre puede resistir las tácticas. Tiene que recorrer el camino hasta el final, hasta donde no le importe. Entonces él nota lo etérea y lo distante que ella está y su amor se reaviva. Ella tiene el poder. Pero en el momento en que comience a valorarlo, éste empezará a dejarla. Así piensa ella mientras bosteza y vacila en el filo entre preocuparse y no preocuparse. Se quedaría en este filo si pudiera.

La camioneta de media tonelada que lleva a George y a Roberta, con Eva y Angela detrás, baja por la tercera carretera, concesión de Weymouth Township, conocida localmente como la carretera del teléfono. Es una carretera de grava, bastante ancha y con mucho tráfico. Se metieron en ella desde la carretera del río,

una carretera mucho más estrecha, que llega hasta más allá de la casa de Valerie. Desde la esquina de la carretera del río hasta la puerta de George hay una distancia de unos tres kilómetros y medio. Dos carreteras laterales cortan este tramo de la carretera del teléfono en ángulos rectos. Estas dos carreteras tienen señales de Stop. La carretera del teléfono es una carretera preferencial. Han pasado ya el primer cruce. Por el segundo cruce, desde el oeste, un Dodge de 1969 color verde oscuro va a una velocidad de entre ciento treinta y ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora. Dos hombres jóvenes vuelven de una fiesta a su casa en Logan. Uno ha perdido el conocimiento. El otro conduce. No se ha acordado de poner las luces. Ve la carretera por la luz de la luna.

No hay tiempo de decir una palabra. Roberta no grita. George no toca el freno. El enorme coche cruza como un relámpago por delante suyo, un destello enorme, oscuro, sin luces, y aparentemente sin sonido. Sale del oscuro maíz y llena el aire exactamente delante de ellos de la forma en que un enorme pez plano se deslizaría de repente ante los ojos en un acuario. No parece estar más allá de un metro por delante de sus faros. Luego se va, ha desaparecido entre el maíz al otro lado de la carretera. Siguen adelante. Siguen por la carretera del teléfono, giran por el camino, se detienen y se quedan sentados en la camioneta en el patio frente a la oscura sombra de la casa medio reformada. Lo que sienten no es terror ni agradecimiento, todavía no. Lo que sienten es perplejidad. Se sienten tan perplejos, tan aplanados y tan flotando, tan desconectados con los sucesos precedentes y futuros como el coche fantasma, el pez negro, lo estaba. Las toscas ramas de los pinos se mueven por encima, y bajo esas ramas la luz de la luna desciende claramente sobre la vacilante hierba de su nuevo césped.

—¿Estáis muertos, chicos? —dice Eva, sacándoles de su ensimismamiento—. ¿No hemos llegado a casa?

La señora Cross y la señora Kidd

La señora Cross y la señora Kidd hace ochenta años que se conocen, desde el jardín de infancia, que entonces no se llamaba así, sino Parvulario. La primera imagen que tiene la señora Cross de la señora Kidd es de verla en pie frente a la clase recitando algún poema, con las manos a la espalda y con su carita de ojos negros levantada para dejar salir su segura voz. Durante los siguientes diez años, si uno iba a cualquier concierto, a cualquier reunión que ofreciera distracción, se encontraba a la señora Kidd (que entonces no se llamaba señora Kidd, sino Marian Botherton), con su oscuro y grueso flequillo cortado recto de un lado a otro de la frente y su delantal de volantes levantados y almidonados, recitando un poema con la mayor aptitud y sin ninguna dificultad memorística. Incluso hoy en día, sin apenas una excusa, sentada en su silla de ruedas, la señora Kidd comienza:

«Hoy nosotros los franceses tomamos Ratisbona».

o bien dice:

*«¿Dónde están los barcos que yo conocía
que llegaban al puerto con la marea de Fundy?».*

Se detiene, no porque no recuerde cómo seguir, sino para dejar que alguien diga: «¿Cuál es esa?», o «¿No estaba esa en el Third Reader?»; lo que ella se toma como una solicitud de que siga adelante.

*«Hace medio siglo
con hermosura y majestuoso orgullo».*

El primer recuerdo que tiene la señora Kidd de la señora Cross (Dolly Grainger) es de una cara ancha y roja y de un vestido con un dobladillo caído, trenzas gruesas y rubias y voz gritona, en el patio un día de lluvia en el que estaban todas apretadas bajo el alero. Las chicas jugaban a un juego que era en realidad un baile, y la señora Kidd no sabía cómo se hacía. Era un baile de Virginia y la letra que cantaban era:

«Traqueteando arriba y abajo en el viejo vagón de latón

Traqueteando arriba y abajo en el viejo vagón de latón
Traqueteando arriba y abajo en el viejo vagón de latón
¡Eres única cariño mío!».

Nadie daba vueltas, golpeaba con los pies y cantaba con más entusiasmo que la señora Cross, que era la más joven y la más pequeña a quien se le permitía jugar. Ella lo conocía por sus hermanas mayores. La señora Kidd era hija única.

La gente más joven, al saber que estas dos mujeres se han conocido durante más de tres cuartos de siglo, parecen imaginar que eso hace que lo tengan todo en común. Ellas mismas son las únicas que pueden recordar lo que las separaba, y lo que hasta cierto punto todavía las separa: el piso de encima de la oficina de correos y de la aduana, donde la señora Kidd vivía con su madre y con su padre, que era el administrador de correos; la casa pareada en Newgate Street en la que la señora Cross vivía con su madre, su padre, dos hermanas y cuatro hermanos; el hecho de que la señora Kidd fuese a la Iglesia anglicana y la señora Cross a la Metodista Libre; el que la señora Kidd se casara, a la edad de veintitrés años con un profesor de ciencias de la escuela secundaria y la señora Cross se casara, a la edad de diecisiete años con un hombre que trabajaba en los barcos del lago y que nunca llegó a ser capitán. La señora Cross tuvo seis hijos, y la señora Kidd tres. El marido de la señora Cross murió de repente a los cuarenta y dos años sin seguro de vida; el marido de la señora Kidd se retiró a Goderich con una pensión, después de haber sido durante años el director de la escuela secundaria en una ciudad cercana. La brecha no se cerró hasta hace poco. Los hijos igualaron las cosas: los hijos de la señora Cross, por término medio, ganan tanto dinero como los de la señora Kidd, aunque no tienen tanta cultura. Los nietos de la señora Cross ganan más dinero.

La señora Cross hace tres años y dos meses que está en el Hogar de la colina, y la señora Kidd tres años menos un mes. Ambas tienen mal el corazón y pasean en sillas de ruedas para conservar la energía. Durante su primera conversación, la señora Kidd dijo:

—No veo ninguna colina.

—Puedes ver la autopista —dijo la señora Cross—. Supongo que es a eso a lo que se refieren. ¿Dónde te han puesto? —le preguntó.

—Ni siquiera sé si podré encontrar el camino de vuelta. Pero es una habitación bonita. Es individual.

—La mía también. Tengo una individual. ¿Está al otro lado del comedor o a éste?

—¡Oh! Al otro lado.

—Estupendo. Es la mejor parte. Todo el mundo está en bastante buena forma ahí. Aunque cuesta más. Cuanto mejor estás, más cuesta. Al otro lado del comedor están los que no están en sus cabales.

—¿Seniles?

—Seniles. A este lado están los más jóvenes a los que les pasa algo así. Por ejemplo —dijo señalando a un hombre mongólico de unos cincuenta años que estaba intentando tocar la armónica—. Donde estamos nosotras también los hay más

jóvenes, pero no les pasa nada aquí —dijo dándose un golpecito en la cabeza—. Sólo con alguna enfermedad. Cuando llegan al punto en que no se pueden cuidar de sí mismos, arriba. Allí es donde están los muy enfermos. Luego los locos son otra historia. Están encerrados en el ala trasera. Allí los que están locos de verdad. También creo que hay algún sitio donde tienen a los que caminan pero se ensucian todo el rato.

—Bueno, somos el mejor cajón —dijo la señora Kidd con una tensa sonrisa—. Sabía que estaría lleno de seniles, pero no estaba preparada para los otros. Como... —hizo un discreto ademán con la cabeza señalando al mongólico que estaba haciendo un paso de baile delante de la ventana. A diferencia de la mayoría de los mongólicos, era delgado y ágil, aunque muy pálido y de aspecto frágil.

—Más feliz que muchos —dijo la señora Cross, observándole—. Este es el único lugar del país, todo se descarga aquí. Al cabo de un tiempo ya no te molesta.

—A mí no me molesta.

La habitación de la señora Kidd está llena de piedras y de conchas, en cajas y en botellas. Tiene una caja de frágiles mariposas y otra de pájaros cantores disecados. En sus estantes tiene *Helechos y musgos de Norteamérica*, *Guía de Peterson de los pájaros de la zona este de Norteamérica*, *Cómo conocer las piedras y los minerales* y un atlas celeste. La caja de mariposas y los pájaros cantores estuvieron antes en la clase de su esposo, el profesor de ciencias. Él compró los pájaros cantores, pero él y la señora Kidd coleccionaron las mariposas. La señora Kidd era una buena estudiante de botánica y de zoología. Si no hubiera tenido lo que entonces se consideraba una salud delicada, hubiera seguido y hubiera estudiado botánica en la universidad, aunque pocas chicas lo hacían entonces. Sus hijos, que viven todos lejos, le envían bonitos libros sobre temas que están seguros de que le interesarán, pero en su mayoría estos libros son grandes y pesados y ella no encuentra la forma de mirarlos cómodamente, por eso pronto los relega a la estantería inferior. Ella no lo admitiría ante sus hijos, pero su interés ha decaído, ha decaído considerablemente. Dicen en sus cartas que recuerdan cómo ella les instruía sobre setas: «¿recuerdas cuando vimos la amanita venenosa en el bosque de Petrie cuando vivíamos en Logan?». Estos hijos que también se van haciendo mayores, quieren que ella se quede donde estaba hace cuarenta o cincuenta años. Tienen una idea de ella que es tan tierna y necesaria como cualquier idea que un padre haya tenido siempre de un hijo. Celebran lo que en un niño se llamaría precocidad: su inteligencia, su caudal de conocimientos, su ateísmo (un secreto durante todos aquellos años en los que su esposo estaba a cargo de las mentes de los jóvenes), todos los modos en los que ella es distinta de la anciana corriente, o esperada. Ella siente como un deber el ocultarles las muchas señales que indican que no es tan distinta como ellos creen.

La señora Cross también recibe regalos de sus hijos, pero no libros. Sus pensamientos se dirigen hacia los adornos, los cuadros, los cojines. La señora Cross tiene un ramo de rosas artificiales en las que hay puestas unas lámparas, de las que

siempre brotan o burbujan luces, como si fuera una fuente. Tiene una muñeca sureña cuyas faldas de satén se supone que forman un enorme alfiletero. Tiene un cuadro de la cena del Señor, al que llega una luz para formar un halo alrededor de la cabeza de Jesús. (La señora Kidd, después de su primera visita, escribió una carta a uno de sus hijos en el que le describía el cuadro y le decía que había intentado deducir lo que el Señor y sus discípulos comían y que resultaron ser hamburguesas. Esta es la clase de cosas que a sus hijos les encanta escuchar de ella). También hay, cerca de la puerta, una estatua de yeso de tamaño natural de un pastor escocés que se parece a un perro que tenía la familia Cross cuando los niños eran pequeños: el viejo Bonnie. La señora Cross averigua de sus hijos cuánto han costado esas cosas y se lo dice a la gente. Dice que está escandalizada.

Poco después de la llegada de la señora Kidd, la señora Cross la llevó a hacer una visita al segundo piso. La señora Cross va allí cada dos semanas a visitar a una prima suya, la anciana Lily Barbour.

—A Lily no le funcionan todos los cilindros —le advirtió a la señora Kidd, mientras se dirigían hacia el ascensor en la silla de ruedas—. Otra cosa, no huele precisamente a violetas, a pesar de que siempre están pulverizando. Hacen todo lo que pueden.

Lo primero que la señora Kidd vio en cuanto salieron del ascensor fue a una mujer algo arrugada, de pelo blanco y alborotado, con un vestido arrugado bastante por encima de sus desnudas piernas (la señora Kidd apartó rápidamente los ojos de aquello), y con una lengua que no parecía poder volver a meter dentro de la boca. El olor era de orines calientes, una creería que los habían puesto en la estufa, y también a desodorantes de flores. Pero aquí había una persona de rostro tranquilo y de aspecto sensato con un moño alto y con un delantal encima de un limpio vestido rosa.

—Bien, ¿consiguieron ustedes los papeles? —dijo esta mujer de un modo familiar a la señora Cross y a la señora Kidd.

—Oh, no llegan hasta las cinco —respondió la señora Kidd educadamente, pensando que se refería a los diarios.

—No le haga caso —dijo la señora Cross.

—Tengo que firmarlos hoy —dijo la mujer—. Si no será una catástrofe. Pueden echarme. Yo no sabía que era ilegal.

Hablaba tan bien, de forma tan plausible y segura que la señora Kidd estaba convencida de que tenía que tener un sentido, pero la señora Cross se alejaba enérgicamente en su silla de ruedas. La señora Kidd la siguió.

—No te lées en esa monserga —dijo la señora Cross cuando la señora Kidd la alcanzó. Una mujer con un tremendo bocio, que la señora Kidd no había visto en años, les sonreía persuasivamente. Aquí arriba nadie tenía dientes.

—Yo creía que ya no había bocios —dijo la señora Kidd—. Con el yodo.

Iban en dirección a una voz que gritaba:

—¡George! —decía la voz—. ¡George, Jessie! ¡Estoy aquí! ¡Ven y ayúdame a levantarme! ¡George!

Otra voz se entretejía alegremente con estos gritos:

—Malo, malo, malo —decía—. Malo, malo, malo. Malo, malo, malo. Malo, malo.

Las propietarias de ambas voces estaban sentadas alrededor de una mesa larga cercana a una hilera de ventanas a medio camino del pasillo. Nueve o diez mujeres estaban sentadas allí. Algunas murmuraban o cantaban suavemente para sí. Una desgarraba un pequeño cojín bordado que alguien había hecho. Otra se estaba comiendo un helado cubierto de chocolate. Tenía trozos de chocolate en las patillas, y chorros de helado le bajaban por la barbilla. Ninguna de ellas miraba por la ventana, ni se miraban las unas a las otras. Ninguna le prestaba atención alguna a George-y-Jessie ni a Malo-malo-malo, que seguían sin parar.

La señora Kidd se detuvo.

—¿Dónde está Lily?

—Está al final de todo. No se levanta de la cama.

—Bueno, ve tú a verla —dijo la señora Kidd—. Yo me vuelvo.

—No hay de qué preocuparse —dijo la señora Cross—. Están todos idos en su propio y pequeño mundo. Son felices como pez en el agua.

—Ellos quizá, pero yo no —dijo la señora Kidd—. Te veré en la sala de recreo.

Se dio la vuelta y fue por el pasillo hasta el ascensor donde la señora de rosa todavía estaba preguntando con urgencia por sus papeles. No volvió nunca.

La señora Cross y la señora Kidd acostumbraban jugar a cartas cada tarde en la sala de recreo. Se ponían pendientes, medias, trajes de tarde. Hacían turnos para convidarse a té. En general, estas tardes eran agradables. Se llevaban bien jugando a cartas. A veces jugaban a formar palabras, pero la señora Cross no se tomaba el juego tan en serio como las cartas. Se ponía frívola y peleona, defendiendo palabras que se inventaba. Así que volvieron a las cartas; la mayor parte del tiempo jugaban al Remigio. Allí era como en la escuela, la gente se emparejaba, tenía sus mejores amigos. Las mismas personas se sentaban siempre juntas en el comedor. Algunas personas no tenían a nadie.

La primera vez que la señora Cross advirtió a Jack, él estaba en la sala de recreo cuando ella y la señora Kidd jugaban a cartas. Había llegado hacía sólo una semana aproximadamente. La señora Kidd se había informado sobre él.

—¿Ves a ese tipo del pelo rojo junto a la ventana? —dijo la señora Kidd—. Está aquí por una apoplejía. Sólo tiene cincuenta y nueve años. Lo oí en el comedor antes de que bajaras.

—¡Pobre chico! ¡Tan joven!

—Tiene suerte de estar vivo. Sus padres viven todavía, los dos, están en una granja. Él volvía de visitarles y le dio el ataque. Estaba boca abajo en el patio de la granja cuando le encontraron. No vivía por aquí, es del oeste.

—¡Pobre chico! —dijo la señora Cross—. ¿En qué trabajaba?

—Trabajaba en un diario.

—¿Estaba casado?

—Eso no lo oí. Se dice que era un alcohólico, luego se unió a Alcohólicos Anónimos y lo superó. No te puedes creer todo lo que oyes en este lugar.

(Aquello era cierto. Normalmente había un torbellino de historias alrededor de cualquier recién llegado; historias sobre el dinero que tenían las personas, o los lugares en los que habían estado, o el número de operaciones que habían sufrido y los arreglos de plástico o los artilugios que llevaban dentro o fuera de sus cuerpos. Unos cuantos días más tarde la señora Cross decía que Jack había sido el director de un periódico. Primero oyó que era en Sudbury, luego que en Winnipeg. Decía que había tenido una crisis nerviosa debido al excesivo trabajo; aquella era la verdad, no había sido nunca un alcohólico. Decía que procedía de una buena familia. Su nombre era Jack MacNeil).

En aquel momento la señora Cross observaba lo limpio y lo cuidado que se le veía con sus pantalones grises y su camisa clara. No era natural, al menos en él; se parecía a algo que se hubiera puesto blando por haber permanecido demasiado tiempo en el agua. Era un hombre corpulento, pero no se podía mantener erguido, ni siquiera en la silla de ruedas. Todo el lado izquierdo de su cuerpo estaba flojo, vacío, impotente. Su cabello y su bigote no eran todavía ni siquiera grises, sino del color del cervato. Estaba blanco como si acabaran de quitarle los vendajes.

Se produjo una distracción. El predicador evangélico que iba cada semana para dirigir las plegarias, con himnos (los predicadores más establecidos iban, a su vez, los domingos) pasaba por la sala de recreo con su mujer detrás, ambos derramando sonrisas y saludos siempre que podían atraer la atención. La señora Kidd levantó la mirada cuando hubieron pasado y dijo en voz baja pero con claridad:

—Bienaventurado sea el mundo.

Al oír aquello, Jack, que estaba atravesando la sala en su silla de ruedas con torpeza (tenía tendencia a ir en círculos) sonrió. La sonrisa era inteligente, irónica, y no casaba con su mirada indefensa. La señora Cross le hizo señas y se dirigió a su encuentro. Ella se presentó a sí misma, y presentó a la señora Kidd. Él abrió la boca y dijo:

—Anh-ahn-anh.

—Sí —dijo la señora Cross, animándole—. ¿Sí?

—Anh-anh-anh —dijo Jack. Sacudió su mano derecha. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Vamos a jugar a las cartas? —preguntó la señora Kidd.

—Tengo que seguir con este juego —dijo la señora Cross—. ¿Por qué no se sienta y mira? ¿Jugaba usted a cartas?

Él alargó la mano derecha y cogió la silla de ella, y luego inclinó la cabeza, llorando. Intentó levantar su mano izquierda para limpiarse la cara. La pudo levantar unos cuantos centímetros, luego volvió a caer en su regazo.

—Oh, vamos —dijo la señora Cross suavemente. Luego recordó qué se hacía cuando los niños lloraban, cómo se les hacía broma para que se olvidaran—. ¿Cómo

puedo enterarme de lo que dice si va usted a llorar? Sea paciente. He conocido a personas que han tenido ataques de apoplejía y que luego volvieron a hablar. Sí, las he conocido. No debe usted llorar, con eso no logrará nada. Tómesele con calma. Buu-aa-aa —dijo, inclinándose hacia él—. Buu-aa-aa. Dentro de poco nos tendrá llorando a la señora Kidd y a mí.

Aquél fue el comienzo de la toma de posesión de Jack por parte de la señora Cross. Le hizo sentar y mirar el juego de cartas y secarse, más o menos, y hacer un ruido que era un substituto de conversación (an-anh) más que un desesperado intento de conversar (anh-anh-aanh). La señora Cross sintió que algo se expandía en ella. Era su antiguo poder de dirección y de observación, su capacidad para la estrategia, que si se ejercitaba debidamente no podía ser nunca detectada por aquellos en quienes la utilizaba.

No obstante, la señora Kidd lo pudo detectar.

—Esto no es lo que yo llamo un juego de cartas —dijo.

La señora Cross pronto descubrió que Jack no podía permanecer interesado por las cartas y que no tenía sentido hacer que intentara jugar; era conversación lo que él quería. Pero el intentar hablar le hacía llorar.

—El que llore a mí no me molesta —le dijo ella—. He visto muchas lágrimas. Pero no le hace bien con tanta gente, va a ganarse una reputación de niño llorón.

Ella empezó a hacerle preguntas a las que él podía responder con un sí o con un no. Aquello le animaba y a ella le permitía comprobar su información.

Sí, había trabajado en un periódico. No, no estaba casado. No, el periódico no estaba en Sudbury. La señora Cross comenzó a dar vueltas al nombre de cada una de las ciudades que se le ocurrían, pero fue incapaz de dar con la correcta. Él se puso nervioso, intentó hablar, y esta vez las sílabas se parecieron mucho a una palabra, pero ella no la pudo captar. Ella se culpó, por no conocer suficientes lugares. Luego, inspirada, le ordenó que se quedase exactamente donde estaba, que no se moviera, que ella volvería, y se fue con la silla de ruedas por el pasillo hasta la biblioteca. Allí buscó un libro con mapas. Para su disgusto no había tal cosa, no había más que historias de amor y religión. Pero ella no se rindió. Se fue pasillo abajo hasta la habitación de la señora Kidd. Desde que los juegos de cartas se habían interrumpido (aún jugaban algunos días, pero no cada día), la señora Kidd pasaba muchas tardes en su habitación. Allí estaba ahora, sobre su cama, con un elegante camisón color púrpura con un cuello muy adornado. Le dolía la cabeza.

—¿Tienes uno de esos libros como de geografía? —le preguntó la señora Cross—. Un libro que tenga mapas.

Le explicó que lo quería para Jack.

—Quieres decir un atlas —dijo la señora Kidd—. Creo que quizá sí. No me puedo acordar. Puedes mirar en la estantería de abajo. No me acuerdo de lo que hay ahí.

La señora Cross aparcó cerca de la librería y comenzó a levantar los pesados libros hasta su regazo uno por uno, leyendo los títulos a quemarropa. Estaba sin

aliento por la velocidad de su viaje.

—Te estás fatigando —le dijo la señora Kidd—. Te vas a trastornar, y le vas a trastornar a él, ¿y para qué?

—No estoy trastornada. Sólo es que me parece un crimen.

—¿El qué?

—Un hombre tan inteligente, ¿qué está haciendo aquí? Tendrían que haberle metido en uno de esos sitios en los que te enseñan cosas, te enseñan cómo hablar de nuevo. ¿Cómo se llaman? Tú lo sabes. ¿Por qué simplemente lo metieron aquí? Quiero ayudarle y no sé qué hacer. Bueno, sólo tengo que intentarlo. Si uno de mis hijos estuviese así y en un sitio donde nadie le conociera, sólo espero que alguna mujer se tomase el mismo interés por él.

—Rehabilitación —dijo la señora Kidd—. La razón por la que lo pusieron aquí es más que probablemente que el ataque fue demasiado fuerte para que puedan hacer nada por él.

—Hay de todo bajo el sol, menos un libro de mapas —dijo la señora Cross—, optando por no responder a eso—. Creeré que no voy a volver.

Salió de la habitación de la señora Kidd con su silla de ruedas sin darle las gracias ni despedirse. Tenía miedo de que Jack pensara que ella no tenía intención de volver, que todo lo que pretendía era librarse de él. En efecto, cuando llegó a la sala de recreo se había marchado. No sabía qué hacer. Ella misma estaba a punto de llorar. No sabía cuál era su habitación. Pensó en ir a la oficina a preguntar, luego vio que eran las cuatro y cinco y que la oficina estaría cerrada. Aquellas chicas eran unas holgazanas. Las cuatro, se ponen el abrigo y se van a casa, nada les importa. Fue rodando lentamente por todo el pasillo, preguntándose qué hacer. Entonces en uno de los pasillos laterales sin salida, vio a Jack.

—¡Aquí está usted, qué alivio! No sabía dónde buscarle. ¿Se creía usted que no iba a volver? Le diré lo que fui a buscar. Le iba a dar una sorpresa. Fui a buscar uno de esos libros que tienen mapas, esos como se llamen, para que me pudiera usted enseñar dónde vivía usted. ¡Atlases!

Él estaba sentado mirando la pared rosa como si fuera una ventana. Contra la pared había una rinconera con un jarrón lleno de narcisos de plástico y algunas figurillas, enanos y perros; en la pared había tres cuadros que habían sido realizados en la sala de artesanía.

—Mi amiga la señora Kidd tiene más libros que la biblioteca. Tiene un libro nada más que sobre bichos. Otro de nada más que de la luna, de cuando estuvieron allí, tan cerca. Pero no tiene algo tan simple como un mapa.

Jack estaba señalando uno de los cuadros.

—¿Cuál está usted señalando? —preguntó la señora Cross—. ¿El de la iglesia con la cruz? ¿No? ¿El que está encima de éste? ¿El de los pinos? ¿Sí? ¿Y? ¿Los pinos y el ciervo rojo? —Él sonreía, moviendo la mano. Ella esperaba que no se pusiera demasiado nervioso ni frustrado esta vez—. ¿Y que? Se parece a una de esas cosas de la televisión. ¿Árboles? ¿Verde? ¿Pinos? ¿Es el ciervo? ¿Tres ciervos? ¿No? Sí. ¿Tres ciervos rojos? —Él movió la mano arriba y abajo y ella dijo—. Realmente no lo

sé. Tres-ciervos-rojos. Un momento. Eso es un lugar. Lo he oído en las noticias. Red Deer. ¡Red Deer! ¡Ése es el sitio! ¡Ahí es donde vivía usted! ¡Ahí es donde trabajaba usted en el periódico! ¡En Red Deer^[5]!

Ambos estaban alborozados. Él agitaba la mano en círculos para celebrarlo, como si estuviera dirigiendo una orquesta, y ella se echó hacia atrás, riendo, dándose palmadas en las rodillas.

—¡Oh, si todo estuviera en cuadros como eso, nos divertiríamos mucho! Nos lo podríamos pasar muy bien, ¿verdad?

La señora Cross solicitó una entrevista para ver al doctor.

—He oído hablar de personas que tuvieron un ataque muy agudo de apoplejía y que recuperaron el habla, ¿no es así?

—Puede suceder. Depende. ¿Está usted preocupada por ese hombre?

—Debe ser una sensación terrible. No es extraño que llore.

—¿Cuántos hijos tuvo usted?

—Seis.

—Yo diría que ya tuvo usted su parte de preocupación.

Ella pudo ver que él no quería decirle nada. O bien no se acordaba muy bien del caso de Jack o lo hacía ver.

—Estoy aquí para cuidarme de las personas —dijo el doctor—. Es para eso para lo que estoy aquí, y es para eso para lo que están las enfermeras. De modo que puede dejarnos usted toda la preocupación para nosotros. Para eso nos pagan. ¿De acuerdo?

—¿Y cuánto se preocupa? —quiso preguntarle.

Le hubiese gustado hablar con la señora Kidd de esta visita porque sabía que la señora Kidd pensaba que el doctor era un tonto, pero en cuanto la señora Kidd supiera que Jack había sido el motivo de la visita, haría algunas observaciones impacientes. La señora Cross ya no le hablaba nunca de Jack. Hablaba con otras personas, pero podía ver que les aburría. «Nadie se preocupa por las desgracias de otra persona aquí —pensó—. Incluso cuando alguien se muere, no les importa, es sólo yo, yo estoy aún viva; ¿qué hay de cena? El egoísmo. Todas están tan mal como las del segundo piso, sólo que todavía no se les nota».

No había ido al segundo piso, no había visitado a Lily Barbour desde que hizo amistad con Jack.

Les gustaba sentarse en el rincón del cuadro del ciervo rojo, la escena de su primer éxito. Aquél fue considerado su sitio, donde podían estar solos. La señora Cross llevaba lápiz y papel, aseguraba la bandeja sobre su silla, e intentaba ver cómo le iba a Jack con la escritura. Era casi lo mismo que hablar. Hacía algún garabato, apretaba el lápiz hasta romperlo y rompía a llorar. No progresaban, ni en la escritura ni en el habla, era inútil. Pero ella aprendía a hablar con él por el método

del sí y el no, y parecía que a veces podía captar lo que tenía en la mente.

—Si fuese más inteligente le sería de más ayuda —le dijo—. ¿No es ese el límite? Yo puedo sacar todo lo que tengo en la cabeza, pero nunca hubo mucho en ella, y usted tiene la cabeza absolutamente llena, pero no lo puede sacar. No importa. Vamos a tomar una taza de café, ¿quiere? Una taza de café, eso es lo que le gusta. Mi amiga la señora Kidd y yo tomábamos siempre té, pero ahora bebo café. Yo también lo prefiero.

—Así que nunca se casó usted. ¿Nunca?

Nunca.

—¿Tuvo novia?

Sí.

—¿La tuvo? ¿Tuvo novia? ¿Hace mucho? ¿Hace mucho o hace poco?

Sí.

—¿Hace mucho o hace poco? Las dos cosas. Hace mucho y hace poco. Novias distintas. ¿La misma? La misma mujer. ¿Estuvo usted enamorado de la misma mujer años y años pero no se casó con ella? ¡Oh, Jack! ¿Y por qué no? ¿No podía casarse con usted? No podía. ¿Por qué no? ¿Ya estaba casada? ¿Lo estaba? Sí. Sí. ¡Oh, Dios mío!

Buscó en el rostro de él para ver si era un tema demasiado doloroso o si quería seguir. Le pareció que quería seguir. Ella estaba deseosa de preguntar dónde estaba ahora aquella mujer, pero algo le advirtió que no lo hiciera. En lugar de eso, ella adoptó un tono ligero.

—Me pregunto si podré adivinar su nombre. ¿Recuerda lo de Red Deer? ¿A que fue divertido? Tengo curiosidad. Podría comenzar con la A y seguir por todo el alfabeto. ¿Anne? ¿Audrey? ¿Annabelle? No, creo que sencillamente seguiré mi intuición. ¿Jane? ¿Mary? ¿Louise?

El nombre era Pat, Patricia, con el que dio quizá a su trigésima intentona.

—Siempre me imagino que una Pat es rubia. No morena. ¿Sabe cómo se tiene una fotografía en la cabeza para un nombre? ¿Era rubia? ¿Sí? Y alta, yo me imagino que una Pat es siempre alta. ¿Lo era? ¡Bien! Lo he adivinado. Alta y rubia. Una mujer guapa. Una mujer encantadora.

Sí.

Se sintió avergonzada de sí misma, porque por un momento había deseado tener a alguien a quien contarle esto.

—Esto es un secreto entonces. Entre usted y yo. Ahora bien, si quiere usted escribirle alguna vez a Pat una carta, dígamelo. Dígamelo y yo adivinaré lo que usted quiere decirle y yo la escribiré.

No. Ninguna carta. Nunca.

—Bueno, yo también tengo un secreto. Había un chico que me gustaba, lo mataron en la Primera Guerra Mundial. Me acompañó a casa al salir de una fiesta de patinaje, de la fiesta de patinaje de nuestra escuela. Yo estaba en el último curso

de secundaria. Tenía catorce años. Eso fue antes de la guerra. A mí me gustaba él, y pensaba en él, ¿sabe?, y cuando supe que le habían matado, eso fue después de que me hubiese casado, yo me casé a los diecisiete años, bueno, cuando supe que le habían matado pensé «ahora tengo algo que esperar, puedo esperar encontrármelo en el cielo». Eso es cierto. Así de infantil era yo.

—Marian también estaba en aquella fiesta de patinaje. ¿Sabe a quién me refiero? A la señora Kidd. Ella estaba allí y llevaba el traje más bonito. Era azul cielo adornado de piel blanca y con capucha. También tenía un manguito. Tenía un manguito blanco de piel. Nunca vi nada que me hubiera gustado tanto tener como aquel manguito.

Tumbada a oscuras por la noche, antes de dormirse, la señora Cross repasaba todo lo que había sucedido con Jack aquel día: qué aspecto tenía, qué color tenía, si había llorado y cuánto rato y cuán a menudo; si había estado de mal humor en el comedor, molesto por tanta gente a su alrededor o quizá porque no le gustaba la comida; si le había dicho buenas noches de mal humor o con gratitud.

Mientras tanto la señora Kidd había encontrado otra amiga. Era Charlotte, que residía abajo, cerca del comedor, pero que recientemente se había mudado al otro lado del pasillo. Charlotte era una mujer cortés, alta y delgada, de cuarenta y tantos años. Tenía esclerosis múltiple. A veces su enfermedad remitía, como ahora; hubiera podido irse a su casa si lo hubiera deseado, y hubiera habido un lugar para ella. Pero ella estaba contenta donde estaba. Años de vida en instituciones la habían hecho infantil, afectuosa, alegre. Ayudaba en la peluquería, le encantaba hacerlo, le encantaba cepillar y poner horquillas en el pelo de la señora Kidd, maravillándose de lo negro que todavía lo tenía. Ella se ponía un tinte rubio ceniza en su propio pelo y lo llevaba cardado, tieso de laca. La señora Kidd podía oler la laca para el cabello desde su habitación y llamaba:

—¡Charlotte! ¿Te han trasladado aquí con el propósito de que nos asfixies?

Charlotte se reía. Le llevó un regalo a la señora Kidd. Era un bolso rojo de fieltro, con un adorno superpuesto de hojas verdes y flores azules y amarillas que había hecho en la sala de artesanía. La señora Kidd pensó lo mucho que se parecía a aquellos portarrecetas que sus hijos llevaban a casa de la escuela; toda una bandeja para pastel de cartón y media bandeja, cosidas juntas con hilo brillante. No tenían la cabida suficiente como para ser realmente útiles. Eran frivolidades creadas concienzudamente, como los agarradores de ganchillo a través de los cuales te podías quemar; la cabeza de caballo de madera recortada con un gancho que no era lo suficientemente grande como para sostener un sombrero.

Charlotte hacía bolsos para sus hijas, que estaban casadas, y para sus nietas pequeñas, y para la mujer que vivía con su marido y utilizaba su nombre. El marido y esa mujer iban a ver a Charlotte con regularidad; eran todos buenos amigos.

Había sido un buen arreglo para el marido, para los hijos, y quizá para la misma Charlotte. Nada le había sido impuesto a Charlotte. Probablemente ella había cedido sin un gemido. Encantada de la oportunidad.

—¿Y qué esperas? —decía la señora Cross—. Charlotte es una despreocupada.

La señora Cross y la señora Kidd no habían tenido ningún distanciamiento ni ninguna frialdad real. Aún charlaban y jugaban a cartas, pero era difícil. Ya no se sentaban a la misma mesa en el comedor porque la señora Cross tenía que vigilar si Jack necesitaba que le ayudasen a cortar la carne. Él no dejaba que nadie se la cortara; sencillamente hacía ver que no quería y perdía las proteínas. Entonces Charlotte se mudó al sitio que la señora Cross había dejado vacante. Charlotte no tenía problemas para cortarse la carne. De hecho, ella se cortaba la carne, la tostada, el huevo, las verduras, el pastel, lo que estuviera comiendo que se cortara, en pedazos pequeños y regulares antes de comenzar a comer. La señora Kidd le dijo que aquello no era de buena educación. Charlotte se quedó cabizbaja pero terca, y siguió haciéndolo.

—Ni tú ni yo hubiésemos cedido tan rápidamente —decía la señora Kidd, hablando todavía de Charlotte con la señora Cross—. No hubiésemos tenido elección.

—Eso es cierto. No había lugares como éste. No había lugares agradables. No nos hubieran podido mantener vivas en la forma en que lo hacen con ella. Con medicinas y todo eso. También pudiera ser que fueran las medicinas las que la vuelven tonta.

La señora Kidd se quedó callada, frunciendo el ceño al oír que le decían tonta a Charlotte, aunque aquella era sólo la forma brusca de decir lo que había estado intentando decirse a sí misma. Al cabo de un momento dijo sin convicción:

—Creo que tiene más cabeza de lo que demuestra.

La señora Cross dijo igualmente:

—No sabría decirlo.

La señora Kidd se sentó con la cabeza inclinada hacia adelante, pensativamente. Podía sentarse de aquel modo durante media hora, fácilmente, dejando que Charlotte le cepillara y le cuidara el pelo. ¿Se estaba volviendo una de aquellas ancianas a quienes les encantaba que las sirvieran? Aquellas ancianas también necesitaban a alguien a quien dominar. Eran de la clase que daba la vuelta al mundo en barcos de crucero, había leído sobre ellas en las novelas. Viajaban por el mundo, se alojaban en hoteles, o vivían en casas suntuosas y arruinadas, con sus compañeros. Era tan fácil dominar a Charlotte, hacerla jugar a formar palabras y decirle que sus modales eran malos. Charlotte estaba deseando ser la esclava de alguien. ¿Por qué, pues, la señora Kidd esperaba contenerse? Ella no deseaba ser de aquella especie reconocible de anciana. Además, las esclavas costaban más de lo que valían. Al final, la devoción de la gente cuelga como piedras alrededor del propio cuello. Esperanzas. Quería flotar libre de trabas. A veces podía hacerlo tumbándose en la cama y repitiendo mentalmente todos los poemas que sabía, o los hechos, que eran cada vez más difíciles de mantener en su lugar. Otras veces se imaginaba una

casa al borde de algún oscuro bosque o pantano, con campos radiantes frente a ella que llegaban hasta el mar. Se imaginaba que vivía allí sola, como la mujer vieja de una historia.

La señora Cross quería llevar a Jack de visita. Pensó que era el momento de que aprendiese a encontrarse con personas. Ahora ya no lloraba tan a menudo cuando estaban solos. Pero a veces, en las comidas, ella se sentía avergonzada de él y tenía que decírselo. Él se molestaba por algo, a menudo ella no sabía por qué, y a veces su malhumor le llevaba hasta el punto de tirar el azucarero o de arrojar todos los cubiertos al suelo. Ella pensaba que si Jack pudiera acostumbrarse a unas cuantas personas más, del mismo modo que se había acostumbrado a ella, se calmaría y se comportaría decentemente.

La primera vez que le llevó a la habitación de la señora Kidd, la señora Kidd dijo que ella y Charlotte estaban a punto de salir, que iban a la sala de artesanía. No les pidió que fuesen juntos. La siguiente vez que fueron, la señora Kidd y Charlotte estaban allí sentadas jugando a las palabras, de modo que las sorprendieron.

—No os importará que miremos un momento —dijo la señora Cross.

—Oh, no, pero no me culpéis si os aburrís. A Charlotte le cuesta una semana a partir del miércoles decidirse.

—No tenemos prisa. No nos esperan en ninguna parte. ¿Verdad Jack?

Ella se preguntaba si podía conseguir que Jack jugase a formar palabras. Ella no conocía la gravedad de su problema cuando intentaba escribir. ¿Era que no podía formar las letras? ¿Eso era todo? ¿O no podía saber cómo se formaban las palabras? Esta podía ser una buena cosa para él.

Sea como fuere, él ponía interés. Puso su silla de lado junto a Charlotte, quien cogió unas letras, las devolvió, las volvió a coger, las miró en la mano, y finalmente puso «viento» a partir de la «o» de la palabra «codo» de la señora Kidd. Jack parecía comprender. Estaba tan encantado que le dio unas palmaditas a Charlotte en la rodilla en señal de felicitación. La señora Cross esperaba que Charlotte se daría cuenta de que era sólo amistoso y que no se ofendería.

No tenía por qué haberse preocupado. Charlotte no sabía cómo ofenderse.

—Muy bien por ti —dijo la señora Kidd frunciendo el entrecejo, y a continuación ella formó «demonio» al través con la «d».

—¡Palabra triple! —dijo, y anotó la puntuación—. Coge tus letras, Charlotte.

Charlotte le enseñó a Jack sus nuevas letras, una por una, y él hizo un sonido en señal de apreciación. La señora Cross no le quitaba el ojo de encima, esperando que no sucediera nada que le pusiera de mal humor y estropease aquella muestra de cordialidad. No sucedió nada. Pero Jack no causaba un buen efecto en la concentración de Charlotte.

—¿Quiere ayudar? —le preguntó Charlotte, y movió el pequeño atril con las letras encima, de modo que estuviese frente a ambos. Él se inclinó de modo que casi tenía la cabeza sobre el hombro de ella.

—Anh-anh-anh —dijo Jack, pero sonaba alegre.

—¿Anh-anh-anh? —dijo Charlotte, de broma—. ¿Qué clase de palabra es «Anh-anh-anh»?

La señora Cross esperó que cayeran los cielos, pero lo único que Jack hizo fue reírse, y Charlotte se rió, de modo que había una especie de contienda de risas entre ellos dos.

—Pues sí que sois grandes amigos —dijo la señora Kidd.

La señora Cross pensó que sería mejor no exasperar a la señora Kidd si querían tomar la costumbre de hacer visitas.

—Jack, no distraigas a Charlotte —le dijo afablemente—. Déjala jugar.

Ni siquiera había terminado de decir esto, cuando vio la mano de Jack descendiendo torpemente sobre la tabla hacia las letras. Las letras cayeron. Él se volvió y le mostró su fea mirada, peor de lo que ella la hubiese visto jamás. Ella se quedó sorprendida e incluso temerosa, pero no quería que él lo notara.

—¿Qué has hecho? —le dijo—. ¡Vaya comportamiento!

Él hizo un sonido de disgusto y empujó la tabla y todas las letras al suelo, mirando todo el rato a la señora Cross para que no hubiese duda de que su disgusto y su furia habían sido causados por ella. Ella sabía que en aquel momento era importante hablar fría y firmemente. Eso era lo que había que hacer con un niño o con un animal; había que demostrarles que tu control no se ha movido y que no estás ni dolida ni asustada por esas demostraciones. Pero ella fue incapaz de decir una palabra; tal sentimiento de pena, de emoción y de impotencia surgió en su corazón. Sus ojos se llenaron de lágrimas y a la vista de sus lágrimas la expresión de él se hizo cada vez más rencorosa y amenazadora, como si los sentimientos que sentía contra ella estuvieran en ebullición.

Charlotte sonreía, o bien porque no podía cambiar el buen humor de un momento antes, o porque no sabía hacer nada más que sonreír, sin importar lo que sucediera. Tenía la cara roja, como disculpándose, nerviosa.

Jack consiguió darle la vuelta a su silla con un movimiento violento y torpe. Charlotte se puso en pie. La señora Cross se obligó a hablar.

—Sí, será mejor que lo laves a su casa ahora. Será mejor que se vaya, que se serene y que se arrepienta de sus malos modales. Será mejor.

Jack hizo un sonido insolente, que parecía indicar que la señora Cross le estaba diciendo a Charlotte que hiciera lo que Charlotte ya iba a hacer de todos modos; la señora Cross hacía solamente ver que controlaba las cosas. Charlotte había cogido la silla de ruedas y la empujaba hacia la puerta, con sus sonrientes labios apretados de concentración mientras evitaba los estantes de libros y la caja de mariposas que estaba contra la pared. Quizá era difícil de guiar para ella, quizá los reflejos y los equilibrios ordinarios de su cuerpo no estaban allí para que ella contase con ellos, pero parecía encantada. Les saludó con la mano, aligeró su sonrisa y salió hacia el pasillo. Era como una de esas muñecas antiguas, no de la clase que la señora Cross y la señora Kidd tenían, sino de la clase de las que tenían sus madres, con los cuerpos largos y flojos, las caras de rosa y de blanco, el pelo encrespado de porcelana

y sonrisa elegante. Jack mantuvo su cara vuelta, el trozo que de ella podía ver la señora Cross estaba sonrojado.

—Sería fácil para cualquier hombre conseguir lo mejor de Charlotte —dijo la señora Kidd cuando se hubieron marchado.

—No creo que sea un peligro tan grande —dijo la señora Cross. Habló con tono seco, pero su voz temblaba.

La señora Kidd miró la tabla y las letras esparcidas por el suelo.

—No podemos hacer mucho para cogerlas —dijo—. Si cualquiera de nosotras se inclina, se desmaya.

Eso era cierto.

—Viejas decrepitas e inválidas, ¿eso somos? —Su voz tenía un mayor control ahora.

—No lo vamos a intentar. Cuando venga la chica con el zumo le pediré que lo haga ella. No necesitamos decir cómo sucedió. Eso es lo que haremos. No nos vamos a doblar y acabar aplastándonos las narices.

La señora Cross sintió en su corazón un golpe fuerte y sordo. Su corazón era como un cuervo viejo y lisiado agitándose en su pecho. Ella cruzó las manos allí, para detenerlo.

—Bueno, no te lo he contado nunca, no creo que lo haya hecho —dijo la señora Kidd, con los ojos puestos en la cara de la señora Cross—. Nunca te he contado lo que sucedió aquella vez que me levanté demasiado deprisa de la cama en mi apartamento y me caí de cabeza. Me desmayé. Afortunadamente la mujer estaba en casa, la del apartamento debajo del mío, y oyó el golpe y llamó al como se llame, al hombre de las llaves, al conserje. Vinieron y me encontraron inconsciente y fría y me llevaron en ambulancia. No me acuerdo de nada. No puedo recordar nada de lo que me pasó durante las siguientes tres semanas. No estaba inconsciente. Hubiera deseado estarlo. Estaba consciente y decía un montón de tonterías. ¿Sabes lo primero que recuerdo? ¡Al psiquiatra viniendo a verme! Habían ido a por un psiquiatra para que determinase si estaba loca. Pero nadie me dijo que era un psiquiatra. Eso forma parte de ello, no te lo dicen. Tenía puesta una cosa parecida a una chaqueta del ejército. Era muy joven. De modo que pensé que era sólo algún tipo que había entrado de la calle.

—¿Cuál es el nombre del primer ministro? —me preguntó.

—¡Bueno! Yo pensé que él estaba loco. Así que dije: «¿Y a quién le importa?». Y le di la espalda como si me dispusiera a dormir, y a partir de aquel momento lo recuerdo todo.

—¡Y a quién le importa!

De hecho, la señora Cross le había oído contar esta historia antes a la señora Kidd, pero hacía mucho tiempo y ahora se rió, no sólo por cortesía, se rió aliviada. La firme voz de la señora Kidd había extendido una pomada entumecedora sobre su aflicción.

Por entre su risa conjunta, la señora Kidd le espetó una rápida y seria pregunta.

—¿Estás bien?

La señora Cross levantó las manos de su pecho y esperó.

—Creo que sí. Sí. Pero creo que me voy a ir para echarme.

En este intercambio se sobreentendió que la señora Kidd decía también: «Tu corazón está débil, no deberías ponerte a merced de esas emociones», y que la señora Cross replicaba: «Lo haré a mi modo, aunque pueda haber algo de razón en lo que dices».

—No tienes la silla —dijo la señora Kidd.

La señora Cross estaba sentada en una silla ordinaria. Había ido andando lentamente detrás de la silla de Jack, para ayudarle a guiarla.

—Puedo andar —dijo—. Puedo andar si me tomo el tiempo suficiente.

—No. Sube. Siéntate en mi silla y yo te llevaré.

—No puedes hacer eso.

—Sí puedo. Si no utilizo mi energía me volveré loca con mi juego de palabras.

La señora Cross se subió a la silla de ruedas de la señora Kidd. Al hacerlo sintió tal debilidad en las piernas que vio que la señora Kidd tenía razón. No podría haber andado ni tres metros.

—Ahora, pues —dijo la señora Kidd y franqueó el camino para salir de la habitación al pasillo.

—No te esfuerces. No intentes ir demasiado deprisa.

—No.

Siguieron por el pasillo, giraron a la izquierda y lograron llegar hasta una rampa muy suave. La señora Cross podía oír la respiración de la señora Kidd.

—Quizá pueda hacer el resto sola.

—No, no puedes.

Giraron de nuevo a la izquierda al final de la rampa. Ahora ya se veía la habitación de la señora Cross. Estaba tres puertas por delante.

—Lo que voy a hacer ahora —dijo la señora Kidd, con énfasis y pausas para ocultar su jadeo—, es darte un empujón. Puedo darte un empujón que te llevará exactamente ante tu propia puerta.

—¿Puedes? —dijo la señora Cross dudando.

—Seguro. Luego te puedes dar la vuelta sola, meterte en la cama y tomarte el tiempo de acomodarte, y luego llamas a la chica y haces que me devuelva la silla.

—¿No me vas a estrellar contra algo?

—Ya verás.

Al decir esto, la señora Kidd dio a la silla de ruedas un empujón calculado y delicadamente equilibrado. Rodó hacia adelante con suavidad y se detuvo exactamente donde ella le había dicho que lo haría, exactamente en la misma puerta de la señora Cross. La señora Cross había levantado apresuradamente sus pies y sus manos para este último tramo del viaje. Ahora los dejó caer. Hizo una sola señal con la cabeza, de satisfacción y de reconocimiento, se dio la vuelta y se deslizó tranquilamente hacia su propia habitación.

La señora Kidd, en cuanto la señora Cross no estuvo a la vista, se dejó caer y se sentó con la espalda apoyada contra la pared, con las piernas hacia adelante sobre el

frío linóleo. Rogó que ninguna persona ruidosa llegase hasta que hubiera podido recuperar su fuerza y comenzar su viaje de vuelta.

Historias desafortunadas

Julie lleva un vestido camisero a rayas rosas y blancas y un sombrero de paja beige adornado de encaje con una rosa rosada bajo el ala. Primero vi el sombrero, cuando ella venía dando zancadas por la calle. Por un momento no me di cuenta de que era Julie. Durante el último par de años he experimentado momentos de incredulidad cuando me encuentro con mis amigos en público. Parecen mayores de lo que yo creo que deberían parecer. A Julie no se la veía mayor, pero captó mi atención de una forma en la que nunca lo había hecho antes. Era el sombrero. Me parecía algo gallardo y absurdo en aquella mujer alta y masculina. Luego vi que era Julie y me apresuré a saludarla, y cogimos una mesa bajo un parasol en este restaurante de la acera donde ahora estamos comiendo.

No nos hemos visto en dos meses, desde la conferencia en mayo. Yo he venido a Toronto a pasar el día. Julie vive aquí.

Pronto me explica lo que pasa. Sentada, se la ve muy bonita, con los ángulos de su rostro suavizados y protegidos por el sombrero, y con sus oscuros ojos, que le brillan.

—Me hace pensar en una historia —dice Julie—. ¿No se parece a una de esa clase de historias con un giro irónico al final que antes eran tan populares? Yo realmente pensé que se me invitaba a protegerte. No, no exactamente proteger, eso es demasiado vulgar, pero creí que sentías algo y que estabas siendo prudente, y que por eso tenía que ser yo. ¿No sería una buena historia? ¿Por qué pasaron de moda esas historias?

—Llegaron a parecer demasiado pronosticables —le dije—. O la gente pensó: «Así no es como suceden las cosas». O pensaron: «¿A quién le importa la forma en que suceden las cosas?».

—¡A mí no! ¡Para mí nada era pronosticable! —dice Julie. Una o dos personas miraron hacia donde estábamos. Las mesas están demasiado juntas aquí.

Hace una mueca y se tira del sombrero hacia abajo sobre ambas mejillas, aplastando la rosa contra su sien.

—Debo de estar gritando —dice—. Ahora tengo tendencia a volverme atolondrada. Sencillamente, me parece tan extraordinario. ¿Es ridículo este sombrero? No, en serio, ¿te acuerdas de cuando volvíamos en coche y contaste la

visita que hiciste, la visita a la que te llevó aquel hombre para ver a la gente rica? ¿A la mujer rica? ¿Aquella horrible? ¿Te acuerdas que entonces dijiste que existían dos clases de amor y que hay una clase que nadie quiere pensar que se le ha escapado? Bueno, yo entonces pensaba, ¿se me han escapado todas las clases? Yo ni siquiera he podido separar las distintas clases.

Estoy a punto de decir «Leslie», que es el nombre del marido de Julie.

—No digas «Leslie» —dice Julie—. Sabes que eso no cuenta. No puedo evitarlo. No cuenta. De modo que yo iba pensando, estaba dispuesta a hacer una broma sobre el particular, pero pensaba, ¡cómo me gustaría conseguir aunque sólo fueran unos mendrugos!

—Douglas es mejor que unos mendrugos —digo.

—Sí, lo es.

Cuando la conferencia de mayo pasado terminó y los autobuses estaban en la puerta del hotel de verano, esperando para llevar a la gente de vuelta a Toronto o al aeropuerto, fui a la habitación de Julie y la encontré haciendo su mochila.

—He conseguido que nos lleven en coche a Toronto —le dije—. Si prefieres eso al autobús. ¿Recuerdas al hombre que te presenté anoche? ¿Douglas Reider?

—Bien —dijo Julie—. Estoy ligeramente harta de toda esa gente. ¿Tendremos que hablar?

—No mucho. Él hablará.

La ayudé a levantar la mochila. Probablemente no tiene maleta. Llevaba puestas sus botas de montaña y una chaqueta de algodón. No estaba fingiendo. Podría haber ido andando a Toronto. Cada verano ella, su marido y algunos de sus hijos se hacían el camino de Bruce. Otras cosas cuadran con la imagen. Ella hace su propio yogur, el pan integral y el muesli. Uno pensaría que me hubiera preocupado presentársela a Douglas, a quien cualquier exhibición de virtud impulsaba a las provocaciones más extraordinarias. He oído decir a gente que el yogur produce cáncer, que el fumar es bueno para el corazón y que las ballenas son una abominación. Lo hace alegremente, pero con una seguridad total, y añade un chocante y despectivo bordado de estadísticas falsas y de pormenores inventados. La gente con quien la toma está enfurecida, desconcertada o herida, y a veces todas estas cosas a la vez. No recuerdo haber pensado en cómo le manejaría Julie, pero supongo que si pensé en ello, debí decidir que lo llevaría bien. Julie no es tonta. Conoce sus propias estrategias, sus esfuerzos, sus dudas. No se la podría criticar por sus causas.

Julie y yo hemos sido amigas durante años. Es bibliotecaria infantil en Toronto. Me ayudó a encontrar el trabajo que ahora tengo, o al menos ella me lo dijo. Yo llevo una biblioteca ambulante por el valle de Ottawa. Hace mucho tiempo que estoy divorciada, y por eso es natural que Julie me contara a mí un problema que dice que no puede tratar con mucha gente. Es una pregunta, más que un problema. La pregunta es: ¿Debería Julie intentar vivir sola? Ella dice que su marido, Leslie, es indiferente, superficial, terco, emocionalmente tacaño, leal, honesto, magnánimo

y vulnerable. Dice que ella nunca le desea realmente, que cree que podría echarle de menos más de lo que podría soportar, o que quizá simplemente el estar sola sería más de lo que podría soportar. Dice que no se hace ilusiones de ser capaz de atraer a otro hombre. Pero a veces ella siente que sus emociones, su vida, su esto o lo otro, que todo eso está siendo malgastado.

Yo escucho y pienso que suena como las quejas de muchas mujeres, y de hecho se parecen mucho a las quejas de cuando yo estaba casada. ¿Cuánto de esto se dice de veras?, ¿hasta dónde llega?, ¿cuánto es un ejercicio que equilibra el matrimonio y lo mantiene a flote? Le he preguntado, ¿se ha enamorado ella alguna vez, se ha enamorado de otra persona? Ella dice que una vez creyó que sí, de un chico que conoció en la playa, pero que todo era una tontería, que todo se evaporó. Y una vez en estos últimos años un hombre creyó que estaba enamorado de ella, pero aquello también fue un disparate, no salió nada de ello. Le digo que estar sola tiene su lado desagradable, indudablemente. Le digo que se lo piense dos veces. Creo que en cierto modo soy una persona más valiente que Julie, porque me he arriesgado. Me he arriesgado más de una vez.

Julie, Douglas Reider y yo comimos en un restaurante en un edificio antiguo de madera blanca que daba a un pequeño lago. El lago forma parte de una cadena de lagos y había un muelle adonde llegaban los barcos antes de que la carretera fuese construida. Los barcos traían entonces a los veraneantes y los suministros. Los árboles llegaban hasta la orilla, a ambos lados del edificio. La mayoría eran abedules y álamos. Las hojas no habían salido del todo aquí, aunque era el mes de mayo. Se podían ver todas las ramas con sólo una sensación de verde, como si ése fuese el color del aire. Bajo los árboles había cientos de azucenas blancas. Era un día nublado, aunque el sol había estado intentando abrirse paso. El agua se veía clara y fría.

Nos sentamos en unas sillas de cocina viejas, desparejadas y pintadas de colores brillantes, en una galería acristalada. Éramos las únicas personas allí. Era un poco tarde para comer. Comimos pollo asado.

—Realmente, es la comida del domingo —dije—. Es la comida del domingo después de ir a la iglesia.

—Es un lugar encantador —dijo Julie. Ella le preguntó a Douglas cómo sabía que existía.

Douglas dijo que tenía que saber donde estaba todo, porque se pasaba mucho tiempo viajando por la región. Es el encargado de reunir, de comprar para los Archivos Provinciales, toda clase de diarios viejos, cartas, documentos, que de otro modo se perderían, o serían vendidos a coleccionistas de fuera de la zona o del país. Sigue varias pistas y corazonadas, y cuando encuentra un tesoro no siempre es suyo de inmediato. A menudo tiene que convencer a propietarios reticentes, recelosos o codiciosos, y ser más listo que los comerciantes particulares.

—Es una especie de pirata, en realidad —le dije a Julie.

Él estaba hablando de los comerciantes particulares, contando historias sobre sus rivales. A veces ellos consiguen material valioso y después descaradamente intentan volvérselo a vender. O intentan venderlo fuera del país a los mejores postores, un desastre que él ha jurado impedir.

Douglas es alto, y la mayoría de personas le considerarían delgado, haciendo caso omiso de la pequeña protuberancia por encima de su cinturón y que puede ser considerada como un desarrollo reciente, impropio, y quizá momentáneo. Su cabello es gris, cortado corto, quizá para tranquilizar a los propietarios de diarios entrados en años y conservadores. Para mí es un hombre con un aspecto juvenil. No quiero sugerir con eso un hombre descarado, grosero y apocado. Pienso en la juventud recia, en el aspecto desenvuelto y severo que a menudo se ve en las fotografías de los militares de la Segunda Guerra Mundial. Douglas fue uno de ellos, y se mantuvo, no maduró. ¡Oh, la modestia y la satisfacción de aquellos rostros, reprimiendo sus secretos! Con tales hombres la incursión en el amor es rápida, privada y asombrosa, y así es la recuperación. Yo le observaba mientras él hablaba a Julie de las personas que comercian con papeles y libros antiguos, que no son rancios ni oscuros, como en la imaginación popular, ni misteriosas viejas urracas, sino pícaros atrevidos con los instintos de los tahúres y de los timadores. En esto, como en cualquier otra empresa donde exista la promesa de dinero, abundan las intrigas, las mentiras, los engaños y las bravatas.

—Las personas tienen esa idea sobre cualquier cosa que tenga que ver con libros —dijo Julie—. La tienen de los bibliotecarios. Piensa en las veces que se oye decir a la gente que alguien no es un bibliotecario típico. ¿No lo has querido decir de ti mismo?

Julie estaba excitada, bebiendo vino. Creí que era porque se había crecido en la conferencia. Ella tiene talento para las conferencias, y no tiene inconveniente en hacerse útil. Puede hablar en reuniones generales sin que se le seque la boca ni le tiemblen las rodillas. Sabe que es un punto de referencia. Dice que tiene que admitir que le gustan bastante las reuniones y los comités, y los informes. Ha trabajado para el P.T.A., el N.D.P., para la Iglesia Unitaria, para asociaciones de inquilinos y clubs de grandes libros. Ha dedicado gran parte de su vida a organizaciones. Quizá sea una adicción, dice, pero ella mira a su alrededor en una reunión y no puede evitar pensar que las reuniones son buenas para las personas. Hacen que la gente sienta que no todo es confusión.

Ahora bien, en esta conferencia, dijo Julie, ¿quiénes, quiénes eran los típicos bibliotecarios? ¿Dónde se les podía encontrar? Realmente, decía ella, se podría pensar que se había hecho un esfuerzo demasiado penoso para acabar con esa imagen.

—Pero no es un atontamiento calculado —decía—. Realmente es una de esas profesiones refugio.

Lo que no significaba, decía, que todas las personas que había en ella fueran temerosas y apocadas. Muy al contrario. Estaba llena de fenómenos genuinos y de muchas personalidades llamativas y expansivas.

—Viejos excéntricos —dijo Douglas.

—Con todo, la imagen prevalece en alguna parte —dijo Julie—. El director del centro de conferencias vino a hablar con la presidenta esta mañana y le preguntó si quería una lista de las personas que pasaron la noche fuera de sus habitaciones. ¿Puede uno imaginarse que ellos pensaran que nosotros queríamos saber eso?

—¿No queríamos? —le pregunté.

—Quiero decir oficialmente. Y de todos modos, ¿cómo consiguen esa clase de información sobre la gente?

—Espías —dijo Douglas—. G.A.M.P., Guardianes Aficionados de la Moral Pública. Yo mismo soy miembro. Es como ser bombero.

Julie no lo captó. En lugar de eso dijo de mal humor:

—Supongo que son los más jóvenes.

—Envidiosa de la revolución sexual —dijo Douglas sacudiendo la cabeza—. De todos modos, creí que se había terminado todo. ¿No se ha terminado ya? —dijo, mirándome.

—Eso tengo entendido —le dije.

—Bueno, eso no es justo —dijo Julie—. Para mí no sucedió nunca. No, de veras. Desearía haber nacido más joven, quiero decir, más tarde. ¿Por qué no ser sincera en esto?

A veces se ponía a ser ridículamente franca. Había algo querido y coqueto, infantilmente coqueto, en esto; sin embargo, no parecía humorístico. Parecía, en aquel momento, necesario. Me ponía nerviosa por ella. Estábamos bebiendo nuestra segunda botella de vino y ella había bebido más que Douglas o que yo.

—Bien, de acuerdo —dijo ella—. Ya sé que es divertido. Dos veces en la vida he tenido posibilidades y las dos resultaron muy divertidas. Quiero decir muy extrañas. Así que creo que no es a propósito. No. No es la voluntad de Dios.

—Oh, Julie —dije yo.

—Tú no conoces toda la historia —dijo ella.

Yo creí que realmente se estaba emborrachando, y que tenía que hacer lo que pudiera para mantener el tono frívolo, de modo que dije:

—Sí, la sé. Conociste a un estudiante de psicología mientras estabas tirando un pastel al mar.

Me alegré de que Douglas se riera.

—¿De veras? —dijo él—. ¿Siempre tirabas los pasteles al mar? ¿Tan malos eran?

—Eran muy buenos —dijo Julie hablando con un estilo artificial y muy burlón—. Muy buenos y muy elaborados. *Gateau Saint Honoré*. Una barbaridad. Lleva nata, crema y caramelo. No. La razón por la que lo tiraba al mar, y esto ya te lo he contado —me dijo a mí—, era que tenía un problema secreto en aquel momento. Tenía un problema con la comida. Estaba recién casada y vivíamos en Vancouver, cerca de Kitsilano Beach. Yo era una de esas personas que se hartan y luego se purgan. Hacía buñuelos de crema y me los comía todos uno detrás de otro, o hacía dulces de nata y me comía toda la plata, luego tomaba mostaza y agua para vomitar, o bien dosis masivas de sales de fruta para que me bajase. Terrible. La

culpa. Me sentía obligada. Debía tener algo que ver con el sexo. Ahora dicen que es así, ¿verdad?

»Bueno, hice ese terrible pastel e hice ver que lo hacía para Leslie, pero para cuando lo terminé, supe que lo hacía para mí. Iba a acabar comiéndomelo todo yo, y fui a tirarlo a la basura, pero sabía que podía recuperarlo de nuevo. ¿No es asqueroso? De modo que lo puse todo en una bolsa de papel marrón y fui hasta el final rocoso de la playa y lo lancé al mar. Pero aquel chico me vio. Me echó una mirada que supe lo que pensaba. ¿Cuál es naturalmente el primer pensamiento, cuando ves que una chica tira una bolsa de papel marrón al mar? Tenía que decirle que era un pastel. Le dije que me había equivocado con los ingredientes y que me daba vergüenza que me hubiese salido tan mal. Luego, al cabo de quince minutos de conversación le estaba diciendo la verdad, que había pensado en no decírsela nunca a nadie. Él me dijo que era un estudiante de psicología en la Universidad de British Columbia, pero que lo había dejado porque allí todos eran partidarios del behaviorismo. Yo no sabía, no sabía lo que era el behaviorismo.

»Así —dijo Julie, ahora resignada y maravillada—. Así que se convirtió en mi novio. Durante unas seis semanas. Él quería hacerme leer a Jung. Tenía un cabello muy rizado color piel de ratón. Nos tendíamos detrás de las rocas y nos acariciábamos con frenesí. Era febrero o marzo, todavía hacía mucho frío. Sólo nos podíamos ver un día a la semana, siempre el mismo día. No llegamos muy lejos. El resultado fue, bueno, el resultado fue, realmente, que descubrí que estaba en un hospital mental. Aquel era el día que salía. No sé si descubrí primero eso o las cicatrices de su cuello. ¿He dicho que llevaba barba? Las barbas eran insólitas entonces. Leslie las detestaba. Ahora él lleva barba. Había intentado cortarse el cuello. No Leslie.

—Oh, Julie —dije, aunque ya lo había oído antes. La mención del suicidio es como las entrañas pugnando por salir a través de una incisión; hay que empujarlas hacia adentro y cerrarla rápidamente con unos apósitos.

—No era tan malo. Se estaba recuperando. Estoy segura de que se recuperó. Era sólo un chico muy profundo que había tenido una crisis. Pero yo tuve tanto miedo. Tuve miedo porque sentí que yo misma no estaba demasiado lejos de la locura. Atiborrándome, vomitando, y etcétera. Y al mismo tiempo él confesó que en realidad tenía sólo diecisiete años. Me había mentido acerca de su edad. Aquello realmente lo acabó. Pensar que había estado tonteando con un chico tres años menor que yo. Aquello me avergonzó. Le dije un montón de mentiras sobre cómo lo comprendía, y que no importaba y que lo vería a la semana siguiente y me fui a casa y le dije a Leslie que ya no podía soportar vivir en un sótano, que teníamos que trasladarnos. Lloré. Encontré un lugar en el North Shore al cabo de una semana. No voy nunca a Kits Beach. Cuando los niños eran pequeños y les llevábamos a la playa yo siempre insistía en ir a Spanish Banks o a Ambleside. Me pregunto qué habrá sido de él.

—Probablemente esté bien —le dije—. Probablemente sea un distinguido seguidor de Jung.

—O un distinguido behaviorista —dijo Douglas—. O un locutor deportivo. No

tienes aspecto de comer demasiados buñuelos de crema ahora.

—Lo superé. Creo que cuando quedé embarazada. La vida es tan extraña.

Douglas escanció ceremoniosamente el resto del vino.

—Dijiste que en dos ocasiones —le dijo a Julie—. ¿Nos vas a dejar en suspenso?

«Va bien —pensé—, no está aburrido ni molesto, le gusta. Mientras ella hablaba le había estado observando, preguntándomelo. ¿Por qué hay siempre esta crispación, cuando presentas un hombre a una amiga, sobre si el hombre se va a aburrir o a molestar?».

—El otro era aún más raro —dijo Julie—. Al menos yo lo entiendo menos. No debería molestarme en contar estas estupideces, pero ahora que estoy en ello supongo que lo haré. Bien. Esto me deja perpleja, me desconcierta totalmente. También fue en Vancouver, pero años después. Yo me uní a lo que se llamaba un grupo de encuentro. Era exactamente una especie de terapia de grupo para personas corrientes desgraciadas y mezcladas. Eso estaba muy de moda en aquel tiempo y jera la costa oeste! Se hablaba mucho de liberarse de las máscaras y de sentirse cerca los unos de los otros, de lo que es fácil reírse, pero que yo creo que hizo más bien que mal. Y todo era como nuevo. Debe parecer que me estoy intentando justificar. Es como decir, yo hacía macramé hace quince años, antes de que se pusiera de moda. Cuando probablemente lo mejor sea no haber hecho macramé nunca.

Douglas dijo:

—Yo ni siquiera sé lo que es macramé.

—Eso es lo mejor —le dije.

—Un hombre de California, llamado Stanley, dirigía varios de estos grupos. Él no hubiese dicho que los dirigía. Era muy modesto. Pero se le pagaba. Nosotros le pagábamos. Era psicólogo. Tenía un precioso pelo rizado, largo y oscuro, y por supuesto también llevaba barba, pero las barbas no eran nada entonces. Él mas o menos se movía por allí con un aire inocente y desgarbado. Decía: «Bien, esto va a parecer una locura, pero me pregunto...». Tenía una técnica para hacer que todos sintieran que eran más inteligentes que él. Era muy sincero. Decía: «No... os dais... cuenta... de lo adorables que sois». No, estoy dando la impresión de que era un falso. Era más complicado que eso. De todos modos, al cabo de no mucho tiempo me escribió una carta. Stanley. Era una valoración de mis cualidades mentales, físicas y espirituales y decía que se había enamorado de mí.

»Yo fui muy sensata. Le contesté y le dije que apenas me conocía. Él escribió, oh sí, lo hizo. Me telefoneó para pedir perdón por ser tan pesado. Dijo que no podía evitarlo. Me pidió que fuésemos a tomar café. Sin problema. Fuimos varias veces a tomar café. Yo emprendía una animada conversación y él me interrumpía para decirme que tenía unas bonitas cejas. Decía que se preguntaba cómo eran mis pezones. Mis cejas son muy corrientes. Dejé de ir a tomar café y él empezó a estar al acecho por los alrededores de mi casa en su vieja furgoneta. Lo hizo. Yo iba a comprar al supermercado y allí estaba él a mi lado mirando los productos lácteos, con expresión desconsolada. A veces recibía carta suya tres veces al día, rapsodias

sobre mí y sobre lo mucho que yo significaba para él y confesiones de desconfianza en sí mismo y de que no quería convertirse en un gurú y de lo buena que yo era para él porque yo era tan reservada y sensata. ¡Qué tontería! Yo sabía que todo era absurdo, pero no niego que llegué a depender de ello, de algún modo. Sabía la hora exacta del día en que llegaba el cartero. Decidí que no era demasiado vieja para llevar el pelo largo.

»Y aproximadamente un año después de que esto empezase, otra mujer de nuestro grupo me llamó un día. Me dijo que se había desatado un infierno. Una mujer de uno de los grupos le había confesado a su marido que se acostaba con Stanley. El marido se puso como un loco (no era una persona del grupo) y la historia se divulgó, y entonces otra mujer, y otra, y otra, revelaron lo mismo, confesaron que se acostaban con Stanley, y muy pronto ya no era algo censurable, era como haber sido víctima de la brujería. Resultó que había sido muy sistemático, había escogido una de cada grupo, y ya tenía una en el grupo en el que yo estaba, de modo que presumiblemente no iba a ser yo. Siempre una mujer casada, no una soltera que pudiera causarle molestias. Nueve. Realmente. Nueve mujeres.

Douglas dijo:

—¡Qué activo!

—Todos los hombres tomaron esa actitud —dijo Julie—. Todos se reían. Excepto los maridos, por supuesto. Hubo una especie de gran reunión oficial de personas de los grupos en casa de una de las mujeres. Tenía una cocina preciosa con un gran poyo en medio y yo recuerdo haber pensado: «¿Lo hicieron ahí encima?». Todo el mundo estaba demasiado helado como para decir que estaban escandalizados por el adulterio o algo parecido, de modo que tuvimos que decir que estábamos furiosos porque Stanley había traicionado nuestra confianza. De hecho creo que algunas mujeres estaban furiosas por haber sido dejadas de lado. Yo dije eso, como si fuera una broma. Nunca dije ni una palabra de cómo se había estado comportando conmigo. Si había habido alguien más que recibiese el mismo trato que yo, tampoco lo dijo. Algunas de las mujeres elegidas lloraban. Entonces se consolaban las unas a las otras e intercambiaban opiniones. ¡Qué escena, ahora cuando lo pienso! Y yo estaba tan perpleja... No podía entenderlo. ¿Cómo se puede entender? Pensaba en la mujer de Stanley. Era una chica agradable y bastante nerviosa con unas preciosas y largas piernas. A veces me la encontraba y pensaba: «poco sabes lo que tu marido me ha estado diciendo». Y habrían todas aquellas otras mujeres que se la encontraban y que pensarían: «poco sabes...», etc. Quizá ella lo sabía todo de ellas, de nosotras, quizá pensaba: «poco os imagináis cuántas más hay». ¿Es posible? Una vez le dije a él: «¿Sabes? Esto es sólo una farsa». Y él dijo: «¡No digas eso! ¡No me digas eso!». Creí que iba a llorar. Así que, ¿cómo lo interpretas? La energía. No quiero decir sólo la parte física. De algún modo, eso es lo de menos.

—¿Fueron a por él los maridos? —preguntó Douglas.

—Una delegación fue a verle. No negó nada. Dijo que actuaba de buena fe y por buenos motivos y que el problema era su carácter posesivo y celoso. Pero tuvo que irse de la ciudad. Sus grupos se habían desintegrado, él, su mujer y los niños se

fueron de la ciudad en la furgoneta. Pero él envió las facturas. Las mujeres con las que se había estado acostando igual que las demás. Yo recibí la mía. Sin carta, sólo la factura. Pagué. Creo que la mayoría de gente pagó. Había que pensar en la mujer y en los hijos.

—De modo que así estamos. Sólo atraigo a lo raro. Y es bueno, porque estoy casada desde el principio y soy virtuosa de corazón a pesar de lo que pueda haber dicho. Deberíamos tomar café.

Fuimos por las apartadas carreteras, por la arenosa región, por la pobre región del sur del lago Simcoe. La hierba flota sobre las dunas. Apenas vimos otro coche. Nos salimos de la carretera del mapa para ver dónde estábamos, y Douglas se desvió para llevarnos por un pueblo en el que una vez casi consigue un valioso diario. Nos enseñó la casa. Una anciana lo había quemado finalmente, o eso fue lo que le dijo a él, porque partes del mismo eran escandalosas.

—Temen a las revelaciones —dijo Douglas—. Hasta la tercera y la cuarta generación.

—No son como yo —dijo Julie—. Poniendo al desnudo mis ridículos casi-asuntos amorosos. No me importa.

—*La espalda y el costado están desnudos, están desnudos* —cantó Douglas—. *Los pies y las manos se enfrían...*

—Yo puedo quedarme al desnudo —dije—. Puede no resultar muy distraído.

—¿Nos arriesgamos? —dijo Douglas.

—Pero es interesante —dije—. En el restaurante volví a pensar en una visita que hice con un hombre de quien estaba enamorada. Eso fue antes de que tú vinieras a Toronto, Julie. Íbamos a visitar a unos amigos suyos que tenían una casa sobre las colinas por el lado de Quebec del río Ottawa. No he visto nunca una casa como aquella. Era una serie de cubos de cristal con rampas y plataformas que las unían. Los amigos eran Keith y Caroline. Estaban casados, tenían hijos, pero los hijos no estaban allí. El hombre con quien yo estaba no estaba casado, hacía mucho tiempo que no había estado casado. Yo le pregunté mientras subíamos que cómo eran Keith y Caroline, y él me respondió que eran ricos. Le dije que no era una gran descripción. Me dijo que el dinero era de Caroline, que su papi era el propietario de una fábrica de cerveza. Me dijo de cuál. Había algo en la forma en que dijo «su papi» que me hizo imaginarme el dinero en ella, en la forma en que él lo veía, como tener las pestañas largas o pecho, como una cosa exhuberante y física. El dinero heredado puede hacer que una mujer parezca un tesoro. No es lo mismo el dinero que ella haya hecho por sí misma, ése es sólo descarado y ordinario. Pero luego dijo «ella es muy neurótica, es realmente una zorra, y Keith es sólo un pobre y honesto desgraciado que trabaja para el gobierno. Es un ADM». Yo no sabía lo que era eso.

—Ayudante Delegado del Ministro —dijo Julie.

—Hasta los gatos y los niños lo saben —dijo Douglas.

—Gracias —dijo Julie.

Yo estaba sentada en medio y me volvía mayormente hacia Julie mientras hablaba.

—Dijo que a ellos les gustaba tener algunos amigos que no fuesen gente rica o del gobierno, gente que ellos pudieran considerar excéntrica, independiente, o artística, a veces un artista hambriento sobre el que Caroline pudiera poner sus garras, para atormentarlo, para exhibirlo y para ser generosa con él.

—Parece como si a él no le gustasen mucho sus amigos —dijo Julie.

—No sé si él pensaría en ello de ese modo, gustar o disgustar. Yo esperaba que fuesen físicamente intimidantes, al menos yo esperaba que ella lo fuese, pero eran personas pequeñas. Keith era muy melindroso y acogedor. Tenía unas manos pequeñas y pecosas. Pienso en sus manos porque siempre te estaba dando una copa o algo para comer o un cojín para la espalda. Caroline era menuda. Tenía el pelo largo y lacio, una frente amplia y pálida y llevaba un vestido gris de algodón con capucha. Sin maquillar. Me sentí imponente y llamativa. Ella mantenía la cabeza doblada y las manos sobre las mangas del vestido mientras los hombres hablaban de la casa. Era nueva. Luego ella dijo con su menuda voz cuánto le gustaba en invierno con mucha nieve en el exterior y las alfombras y los muebles blancos. Keith parecía estar bastante molesto por ella y dijo que era como una pista de *squash*, sin percepción de profundidad. Sentí cierta simpatía porque ella parecía estar a punto de ponerse en ridículo. Parecía estar suplicándote que la tranquilizases, y no obstante, el tranquilizarla parecía implicarte en una especie de farsa. Ella era así, había tanta tensión a su alrededor. Todos los temas parecían contagiarse de extravagancia emocional y de farsa. El hombre con quien yo estaba fue muy grosero con ella, y yo pensé que eso era despreciable. Pensé: aunque ella esté fingiendo, eso demuestra que ella necesita sentir algo, ¿no?, ¿no deberían ayudarla personas amables? Ella no parecía saber cómo.

»Nos sentamos en una pérgola a tomar unas copas. Su invitado apareció. Se llamaba Martin y tenía veintipocos años. Quizá alguno más. Tenía un aire de mucha superioridad. Caroline le pidió de forma muy sumisa si traería algunas mantas (hacía mucho frío en la pérgola), y cuando él salió ella dijo que era un dramaturgo. Dijo que era un autor dramático maravilloso, absolutamente maravilloso, pero que sus obras eran demasiado europeas como para que tuvieran éxito allí, eran demasiado sobrias y rigurosas. Demasiado sobrias y rigurosas. Luego dijo: «¡Oh!, el estado del teatro, el estado de la literatura en este país, ¿no es un desconcierto?, ¿no lo es? Es el triunfo de los mediocres». Yo pensé: «ella no debe saber que yo contribuyo a esta lamentable situación». Porque en aquel momento yo era la directora adjunta de una pequeña revista, *Thousand Islands* y había publicado uno o dos poemas. Pero en aquel mismo momento ella me preguntó si podía poner a Martin en contacto con algunas de las personas que yo conocía a través de la revista. Directamente del insulto a la petición de favores, con aquella doliente y sensible vocecita. Empecé a pensar que era realmente una zorra. Cuando Martin volvió con las mantas a ella le entraron tantos escalofríos que era como el acto de un *ballet*, y le dio las gracias como si estuviera a punto de ponerse a llorar.

Él dejó caer una manta sobre ella, y de aquel modo supe que eran amantes. El hombre con quien yo estaba me había dicho que ella tenía amantes. Lo que dijo fue: «Caroline es un monstruo sexual». Yo le pregunté si se había acostado con ella y dijo: «Oh, sí, hace mucho tiempo». Yo quise preguntarle algo acerca de que no le gustase ella, si no había sido eso alguna clase de obstáculo, pero sabía que esa sería una pregunta muy tonta.

»Martin me pidió que fuésemos a dar un paseo. Bajamos por un largo tramo de escaleras y nos sentamos en un banco cerca del agua, y él resultó ser siniestro. Era cruel con algunas personas que dijo conocer, en el teatro, en Montreal. Dijo que Caroline había estado gorda y que después de haber perdido peso tuvieron que coserle pliegues en la barriga porque tenía la piel demasiado floja. Olía de forma sofocante. Fumaba aquellos puritos. Empecé a sentirlo de nuevo por Caroline. «Eso es lo que una tiene que aguantar, por sus fantasías. Si una tiene que tener un amante genio literario, con eso es con lo que es probable que una acabe. Si una es una farsante, mayores farsantes la alcanzarán». Eso es lo que yo pensaba.

»Bueno. La cena. Hubo mucho vino, y después brandy, y Keith seguía haciendo fiestas, pero nadie estaba cómodo. Martin era venenoso de una forma evidente y despectiva, intentando molestar a todo el mundo, pero Caroline era venenosa de una forma exquisitamente moral. Cogía cada tema y lo retorció de forma que alguien pareciera tonto. Martin y el hombre con quien yo estaba finalmente se metieron en una tremenda discusión, tremenda y vulgar, y Caroline ronroneaba y gimoteaba. El hombre con quien yo estaba se levantó y dijo que se iba a la cama. Martin se arropó en un gran malhumor y Caroline de repente comenzó a ponerse dulce con Keith, y a beber brandy con él, ignorando a Martin.

»Me fui a mi habitación y el hombre con quien yo iba estaba allí, en la cama, aunque nos habían dado habitaciones separadas. Caroline era muy decorosa a pesar de todo. Se quedó toda la noche. Estaba furioso. Antes, durante y después de hacer el amor siguió con el tema de Martin, del fraude tan rastrero que era, y yo estuve de acuerdo. «Pero es problema de ellos», le dije. «Así —dijo él—, que buen provecho les haga, la mierda fanfarrona», y por fin se puso a dormir, y yo también, pero en mitad de la noche me desperté. Me desperté con una revelación. A veces pasa. Cambié de postura, escuché su respiración y pensé: «está enamorado de Caroline». Lo supe. Lo supe. Intentaba no enterarme, no sólo porque no era halagüeño, sino también porque no parecía apropiado que yo lo supiera. Pero cuando te enteras de algo así, no puedes detenerte nunca realmente. Todo me parecía claro. Por ejemplo, Martin. Aquello era un plan. Ella se las había arreglado para tener juntos al antiguo amante y al nuevo, sólo para estimular las cosas. Había en ello algo muy vulgar, pero eso no significaba que no funcionase. Había algo vulgar en ella. Todo aquello de la poesía, de la sensibilidad, estaba hecho con vulgaridad. Era una farsante de talento, pero eso no importaba. Lo que importa es querer hacerlo realmente. Tener el deseo de conturbar. Para ser una mujer fatal no hay que ser sinuosa, sensual ni tremendamente bella; sólo es preciso tener el deseo de conturbar.

»Y pensé ¿por qué debería sorprenderme? ¿No es eso lo que se oye siempre? ¿Que

el amor no es racional, que no tiene en cuenta nuestros principales intereses, ni nada que ver con las preferencias normales?

—¿Dónde oyes eso siempre? —preguntó Douglas.

—Es lo corriente. Hay la clase inteligente de amor que hace una elección inteligente. Esa es la clase con la que uno se supone que se casa. Luego la que lo es todo menos inteligente, que es como una posesión. Y ésa, ésa es la que todo el mundo valora en realidad. Es la que nadie quiere haberse perdido.

—Corriente —dijo Douglas.

—Ya sabes lo que quiero decir. Sabes que es verdad. Todas las opiniones trilladas son ciertas.

—Trilladas —dijo él—. Es una palabra que no se oye a menudo.

—Es una historia triste —dijo Julie.

—Las tuyas también eran tristes —le dije.

—Las mías eran realmente ridículas. ¿Le preguntaste si estaba enamorado de ella?

—El preguntarlo no me hubiese llevado a ninguna parte —le dije—. Me llevó allí para desquitarse. Yo era su elección sensata. Yo era la mujer que a él le gustaba. No podía soportar aquello. No podía soportarlo. Era tan humillante. Me puse muy susceptible y deprimida. Le dije que él no me quería realmente. Eso fue suficiente. Él no iba a soportar que nadie le dijera cosas sobre sí mismo.

Nos detuvimos en una iglesia rural que se veía desde la autopista.

—Algo que calme el espíritu, después de todas esas historias desafortunadas, y antes del tráfico del domingo —dijo Douglas.

Primero dimos una vuelta por el cementerio, mirando las lápidas más antiguas, leyendo nombres y fechas en voz alta. Yo leí en voz alta un verso que encontré:

*Dolorosas aflicciones largo tiempo soportó,
fue vano el esfuerzo del doctor,
hasta que Dios quiso concederle reposo,
y llevarse por el aire su dolor.*

—«Llevarse por el aire» —dije—. Suena bien.

Entonces sentí que algo pasaba por encima de mí, una sombra, un escarmiento. Escuché el insensato sonido de mi propia voz frente a la verdad de las vidas que allí reposaban. Vidas apretadas, como capas de tejido en descomposición, oscuras hojas desintegrándose. El antiguo dolor y privación. Cuán extraños, permisivos y culpables nos encontrarían a nosotros, tres personas de mediana edad, aún estimulados por el amor, o el sexo.

La iglesia no estaba cerrada. Julie dijo que aquello era muy confiado por parte de ellos, incluso las iglesias anglicanas que se supone que están siempre abiertas se cerraban hoy en día, debido a los vándalos. Dijo que le sorprendía que la diócesis

dejase tenerla abierta.

—¿Cómo es que sabes de diócesis? —le preguntó Douglas.

—Mi padre era pastor. ¿No lo habías adivinado?

Dentro de la iglesia hacía más frío que fuera. Julie fue delante, mirando la lista de honor y las placas conmemorativas de las paredes. Yo miré por encima del último banco una hilera de escabeles en los que la gente podía arrodillarse para rezar. Cada escabel estaba cubierto por un bordado, con un dibujo distinto.

Douglas puso su mano sobre mi omóplato, no alrededor de mis hombros. Si Julie se volvía, no se daría cuenta. Me pasó la mano por la espalda y se detuvo en mi cintura, presionando ligeramente mis costillas antes de pasar por detrás mío y dirigirse a la nave exterior, dispuesto a explicarle algo a Julie. Ella estaba intentando leer el latín de una vidriera de colores.

En un escabel estaba la cruz de San Jorge, y en el otro la cruz de San Andrés.

Yo no esperaba que se produjera ninguna declaración por su parte, ni mientras explicaba la historia, ni una vez se terminó. No pensé que él me dijera que yo tenía razón, ni que yo estaba equivocada. A él le oí traducir, y a Julie reír, pero yo no podía prestar atención. Sentía que había sido sorprendida, confundida por una verdad sobre mí misma, o al menos por un hecho, acerca del cual yo no podía hacer nada. Una presión de la mano, sin promesas, podía prevenirme y confortarme. Algo indeterminado podía convertirse en permanente. Podía estar siempre intentando saber, y siempre a oscuras, lo que era importante para él y lo que no lo era.

En otro escabel había una paloma sobre un campo azul, con una rama de olivo en el pico; en otra una lámpara, con rayas de puntadas rectas de oro para mostrar sus rayos munificentes; en otra una pequeña azucena. No... era un lirio del Canadá. Cuando hice este descubrimiento, llamé a Douglas y a Julie para que vinieran a verlo. Me gustaba aquel sencillo emblema, entre los más antiguos y exóticos. Creo que a partir de aquel momento estuve bastante bulliciosa. De hecho los tres lo estuvimos, como si cada uno de nosotros, en secreto, hubiese dado con una fuente ignorada de esperanza. Cuando nos detuvimos a poner gasolina, Julie y yo nos exclamamos a la vista de las tarjetas de crédito de Douglas, y declaramos que no queríamos volver a Toronto. Hablamos de cómo huiríamos todos a Nova Scotia y viviríamos de las tarjetas de crédito. Luego, cuando llegase el castigo, nos esconderíamos, cambiaríamos de nombre, y nos buscaríamos empleos humildes. Julie y yo trabajaríamos como camareras. Douglas podía poner trampas para langostas. Después podríamos ser todos felices.

Visitas

Mildred acababa de entrar en la cocina y estaba mirando el reloj que indicaba las dos menos cinco. Ella había pensado que eran lo menos las dos y media. Wilfred entró por la parte de atrás, cruzó la recocina y dijo:

—¿No deberías estar ahí fuera haciéndoles compañía?

La mujer de su hermano Albert, Grace, y su hermana, Vera, estaban sentadas afuera, a la sombra del cobertizo haciendo manteles de ganchillo. Albert estaba fuera, en la parte de atrás de la casa, sentado junto al trozo de huerto en el que Wilfred cultivaba judías, tomates y pepinos. Cada media hora Wilfred iba a ver qué tomates estaban lo bastante maduros como para cogerlos. Los cogía a medio madurar y los extendía sobre el alféizar de la ventana de la cocina, para que los bichos no diesen con ellos.

—Ya lo estaba —dijo Mildred. Se puso un vaso de agua—. Quizá podría llevármelas a dar un paseo en coche —dijo cuando terminó de bebérselo.

—Es una buena idea.

—¿Cómo está Albert?

Albert se había pasado la mayor parte del día anterior, el primer día completo de la visita, tumbado.

—No lo sé.

—Bueno, seguro que si se encontrase mal lo diría.

—Eso es exactamente —dijo Wilfred—, eso es exactamente lo que no haría.

Era la primera vez que Wilfred veía a su hermano en más de treinta años.

Wilfred y Mildred estaban retirados. Su casa era pequeña y ellos no, pero se las arreglaban bien en aquel espacio. Tenían una cocina no mucho más ancha que un pasillo, un cuarto de baño de tamaño corriente, dos dormitorios que estaban bastante llenos cuando ponías dentro una cama doble y una cómoda, una sala de estar en la que un sofá grande quedaba a metro y medio delante del gran aparato de televisión, con una mesa baja del tamaño de un ataúd en medio, y una pequeña terraza acristalada.

Mildred había puesto una mesa en la terraza para servir las comidas. Normalmente, ella y Wilfred comían en la mesa que estaba bajo la ventana de la cocina. Si uno de ellos estaba levantado y dando vueltas, el otro se quedaba siempre

sentado. No había forma de que cinco personas pudieran habérselas arreglado allí, aunque tres de ellos estuvieran tan flacos como aquellas visitas lo estaban.

Afortunadamente había un sofá cama en la terraza, y Vera, la cuñada, dormía allí. La cuñada había sido una sorpresa para Mildred y Wilfred. Wilfred había hablado por teléfono (nadie en su familia, decía, había escrito jamás una carta); según él, no se había mencionado a ninguna cuñada, sólo Albert y su mujer. Mildred pensó que Wilfred podía no haberlo oído, porque estaba muy nervioso. Al hablar con Albert por teléfono, de Logan, Ontario, a Eider, Saskatchewan, y recibir la noticia de que su hermano se proponía visitarle, Wilfred se puso nerviosísimo expresando hospitalidad, promesas, sorpresa.

—Venid enseguida —gritó al teléfono a Saskatchewan—. Podemos alojaros todo el tiempo que queráis quedaros. Tenemos mucho sitio. Nos encantará. No os preocupéis por los billetes de vuelta. Venid aquí y disfrutad del verano.

Pudo haber sido mientras él decía todo aquello cuando Albert le dijo lo de la cuñada.

—¿Cómo las distingues? —preguntó Wilfred cuando vio por primera vez a Grace y a Vera—. ¿O no estás nunca seguro? —dijo de broma.

—No son gemelas —dijo Albert, sin mirar a ninguna de ellas.

Albert era un hombre bajo y delgado, con ropa oscura, que parecía poder pesar mucho, como la leña compacta. Llevaba un corbatín estrecho y un sombrero del oeste, pero no le daban una apariencia gallarda. Sus pálidas mejillas le colgaban a ambos lados de la barbilla.

—Sin embargo, parecéis hermanas —dijo Mildred jovialmente a las dos mujeres de rostro curtido, con lunares y de cabello canoso. «Mira lo que la llanura le ha hecho a la piel de una mujer», iba pensando. Mildred estaba orgullosa de su propia piel. Era su compensación por estar gorda. Además, se ponía un tinte rubio ceniza en el pelo y llevaba conjuntos color pastel de pantalón y blusa. Grace y Vera llevaban vestidos con pliegues sueltos sobre sus planos pechos y chaquetas en verano—. Parecéis hermanas mucho más que estos dos hermanos.

Era cierto. Wilfred tenía una cabeza y una barriga grandes y una cara ansiosa, impaciente y variable. Parecía ser un hombre que le daba un gran valor a las bromas y las charlas, y así era.

—Es una suerte que ninguna de las dos esté demasiado entrada en carnes —dijo Wilfred—. Cabréis todos en una cama. Naturalmente, Albert estará en medio.

—No le hagáis caso —dijo Mildred—. Hay un buen sofá cama si no te importa dormir en la terraza —le dijo a Vera—. Hay persianas en las ventanas y tiene la mejor brisa de todas partes.

Dios sabe si las mujeres captaron siquiera la broma que les estaba gastando Wilfred.

—Estará bien —dijo Albert.

Con Albert y Grace durmiendo en la habitación disponible, que era donde dormía Mildred habitualmente, Mildred y Wilfred tenían que compartir una cama doble. No estaban acostumbrados. Por la noche, Wilfred tuvo uno de sus salvajes sueños, que

era la razón por la que Mildred se había trasladado a la habitación sobrante al principio.

—¡Cógete! —gritaba Wilfred, aterrorizado. ¿Estaba en un barco del lago intentando sacar a alguien del agua?

—¡Wilfred, despiértate! Deja de vociferar y de asustar de muerte a todo el mundo.

—Estoy despierto —dijo Wilfred—. No estaba vociferando.

—Entonces yo soy su Majestad la reina.

Estaban tumbados de espalda. Ambos se movieron con esfuerzo y se dieron la vuelta para ponerse de cara hacia afuera. Cada uno de ellos agarraba cortés pero firmemente la sábana de arriba.

—¿Son las ballenas las que no pueden darse la vuelta cuando quedan varadas en la playa? —dijo Mildred.

—Yo todavía me puedo dar la vuelta —dijo Wilfred. Se pusieron espalda contra espalda—. Quizá te crees que es lo único que puedo hacer.

—Cállate ahora, todos ellos estarán escuchando.

Por la mañana ella preguntó:

—¿Os despertó Wilfred? Grita terriblemente en sueños.

—De todos modos no me había llegado a dormir —dijo Albert.

Mildred salió y llevó a las señoras al coche.

—Nos vamos a dar una vueltecita y a que nos de un poco el aire para refrescarnos —dijo.

Se sentaron en la parte de atrás, porque no quedaba sitio en la parte delantera, ni siquiera para dos flacas como aquéllas.

—¡Soy el chófer! —dijo Mildred alegremente—. ¿Adónde llevo a sus señorías?

—Adonde quieras —dijo una de ellas. Cuando no las miraba Mildred no estaba segura de cuál de ellas hablaba.

Las llevó a dar una vuelta por Winter Court y Chelsea Drive a que vieran las nuevas casas con su paisaje y sus piscinas. Luego las llevó al Club de Pesca y Caza, en el que vieron las aves ornamentales, la familia de ciervos, los mapaches y el lince enjaulado. Se sentía tan cansada como si hubiese conducido hasta Toronto y necesitaba tomar algo, de modo que se dirigió hasta el lugar de la autopista en el que vendían cucuruchos de helado. Ambas pidieron uno pequeño de vainilla. Mildred se tomó uno doble variado: ron con pasas y crema de *praliné*. Se sentaron a una mesa de picnic chupando los helados y contemplando un campo de maíz.

—Cultivan mucho maíz por aquí —dijo Mildred. Alberto había sido el administrador de un silo de granos con elevador mecánico antes de retirarse, de modo que ella supuso que podrían estar interesadas en las cosechas—. ¿Cultivan mucho maíz en el oeste?

Se lo pensaron. Grace dijo:

—Bueno, un poco.

Vera dijo:

—Me estaba preguntando.

—¿El qué? —preguntó Mildred alegremente.

—¿No tendréis una iglesia de Pentecostés aquí en Logan?

Volvieron de nuevo al coche, y después de equivocarse unas cuantas veces, Mildred encontró la Iglesia de Pentecostés. No era una de las iglesias más bonitas de la ciudad. Era un edificio sencillo, de bloques de cemento, con las puertas y los adornos de las ventanas pintados de naranja. Un letrero ponía el nombre del pastor y las horas de los oficios. Cerca no había ningún árbol que diera sombra, ni arbustos ni flores, sólo un árido patio. Quizá aquello les recordase Saskatchewan.

—La Iglesia de Pentecostés —dijo Mildred leyendo el letrero—. ¿Es esa la iglesia a la que vosotras vais?

—Sí.

—Wilfred y yo no vamos a la iglesia con regularidad. Si fuésemos, supongo que iríamos a la Unificada. ¿Queréis bajar y ver si está abierta?

—Oh, no.

—Si estuviese cerrada podríamos intentar encontrar al pastor. No lo conozco, pero hay muchas personas de Logan a quienes todavía no conozco. Conozco a los que juegan a los bolos y a los que juegan a las cartas en la Legión. No conozco a mucha gente, aparte de esos. ¿Os gustaría visitarle?

Dijeron que no. Mildred estaba pensando en la Iglesia de Pentecostés, y le parecía que era la iglesia en la que las personas hablaban en lenguas. Pensó que también podía sacar algo de la tarde, de modo que prosiguió y les preguntó si aquello era cierto.

—Sí, es cierto.

—Pero, ¿qué son lenguas?

Una pausa. Una dijo, con dificultades:

—Es la voz de Dios.

—Cielos —dijo Mildred. Quería preguntar más... si ellas mismas hablaban en lenguas, pero la ponían nerviosa. Estaba claro que ella también las ponía nerviosas. Las dejó mirar unos cuantos minutos más, y luego preguntó si habían visto suficiente. Ellas dijeron que sí y le dieron las gracias.

Si se hubiera casado con Wilfred cuando eran jóvenes, Mildred pensaba, hubiera sabido algo de su familia y qué podía esperar de ellos. Mildred y Wilfred se habían casado bien entrados en la mediana edad, después de un noviazgo de sólo seis semanas. Ninguno de los dos había estado casado anteriormente. Wilfred había corrido demasiado, o eso decía él. Había trabajado en los barcos del lago y en aserraderos, había ayudado a construir casas, había extraído gas y había podado árboles; había trabajado desde California hasta el Yukon y desde la costa este hasta la oeste. Mildred había pasado la mayor parte de su vida en el pueblo de McGaw, a unos treinta kilómetros de Logan, donde ahora vivía. Había sido hija única y había

ido a clases de zapateado y a la escuela de comercio. De la escuela de comercio pasó a la oficina de la fábrica de zapatos Toll, en McGaw, y al poco tiempo se convirtió en la querida del señor Toll, que era el propietario. Allí se quedó.

Fue durante los últimos días de la vida del señor Toll cuando conoció a Wilfred. El señor Toll estaba en el hospital psiquiátrico que da al lago Hurón. Wilfred trabajaba allí cuidando del campo y como guarda. El señor Toll tenía ochenta y dos años y no sabía quién era Mildred, pero ella le visitaba de todas formas. Él la llamaba Sadie, que era el nombre de su esposa. Su esposa estaba ya muerta, pero había estado viva todo el tiempo durante el que el señor Toll y Mildred hacían juntos sus viajesitos, se hospedaban en hoteles juntos y se quedaban en la casita de campo que el señor Toll había comprado para Mildred en Amberley Beach. Durante todo el tiempo que le conoció, Mildred nunca le oyó hablar de su esposa, excepto de una forma seca e impaciente. Ahora tenía que escucharle diciéndole a Sadie que la quería y solicitando su perdón. Haciendo ver que era Sadie, Mildred le dijo que le perdonaba. Ella temía alguna confesión acerca de una fulana descarada llamada Mildred. No obstante, ella siguió visitándole. No tuvo corazón para privarle de ello. Aquella había sido siempre su preocupación. Pero cuando los hijos o las hijas, o las hermanas de Sadie aparecían, ella tenía que brillar por su ausencia. Una vez, cogida por sorpresa, tuvo que hacer que Wilfred la hiciera salir por un camino posterior. Se sentó sobre una pared de cemento junto a la puerta de atrás, se fumó un cigarrillo, y Wilfred le preguntó si sucedía algo. Molesta, y sin tener a nadie con quien hablar en McGaw, ella le contó lo que sucedía, incluso lo de la carta que había recibido de un abogado diciéndole que tenía que dejar la casita de Amberley. Ella había pensado todo el tiempo que estaba a su nombre, pero no lo estaba.

Wilfred se puso de su parte. Entró y espió a la familia visitante, y le informó de que estaban sentados mirando fijamente al pobre viejo como cuervos sobre una valla. Él no le indicó a Mildred lo que ella ya sabía: que debía de haber visto la suerte que le esperaba. Ella misma lo dijo.

—Debería haberme largado mientras todavía tenía algo para mí.

—Debes de haberle tenido cariño —dijo Wilfred razonablemente.

—Nunca fue amor —dijo Mildred tristemente.

Wilfred frunció el ceño muy turbado. Mildred tuvo la sensatez de no proseguir y, de todos modos, tampoco podría haber explicado cómo el señor Toll la había paralizado en sus días más vigorosos, cuando su necesidad era tan desesperada que parecía que él fuera a salirse de sí.

El señor Toll murió por la noche. Wilfred telefoneó a Mildred a las siete de la mañana.

—No quería despertarte —le dijo—. Pero quería asegurarme de que lo sabías antes de que lo escucharas en público.

Luego le pidió que fuese a cenar con él a un restaurante. Acostumbrada al señor Toll, a ella le sorprendieron los modales de Wilfred en la mesa. Estaba nervioso, pensó. Se molestó porque la camarera no les había traído los vasos de agua. Mildred le dijo que iba a dejar su trabajo, que quería irse de McGaw, y que podía ir a parar

al oeste.

—¿Por qué no ir a parar a Logan? —le dijo Wilfred—. Tengo una casa allí. No es muy grande, pero caben dos.

De este modo ella empezó a comprender. Sus nervios, su mal humor con la camarera, su falta de elegancia, todo debía de estar relacionado con ella. Le preguntó si había estado casado antes, y si no era así, ¿por qué?

Él dijo que siempre había estado viajando y que además, no se encontraba uno a menudo con una mujer de buen corazón. Ella estaba a punto de asegurarse de que él tenía las cosas claras, diciéndole que no esperaba nada del testamento del señor Toll (nada fue lo que tuvo), pero se dio cuenta a última hora de que Wilfred era de la clase de hombre que se sentiría insultado.

En lugar de eso ella dijo:

—¿Sabes que soy de segunda mano?

—Nada de eso —le dijo—. No tendremos ninguna charla de esa clase en casa. ¿De acuerdo?

Mildred dijo que sí. Estuvo encantada de notar una inmediata mejora en su comportamiento con la camarera. De hecho, fue a pedirle perdón por su impaciencia anterior, diciéndole que él había trabajado en un restaurante. Le dijo dónde estaba el restaurante, arriba, en la autopista de Alaska. La chica tuvo dificultades para poder ir a servir el café a las demás mesas.

Ninguna mejora se produjo en los modales en la mesa de Wilfred. Ella pensó que sería una de sus costumbres de soltero con la que tendría que aprender a vivir.

—Cuéntame algo de dónde naciste y todo eso —le pidió Mildred.

Él le dijo que había nacido en una granja en Hullett Township, pero que se fue de allí cuando tenía tres días.

—Pies impacientes —dijo y se rió. Luego se serenó y le dijo que su madre había muerto a las pocas horas de nacer él, y que su tía lo había acogido. Su tía estaba casada con un hombre que trabajaba en el ferrocarril. Iban de acá para allá y cuando tenía doce años murió su tía. Entonces el hombre con quien estaba casada miró a Wilfred y le dijo:

—Eres un muchacho mayor. ¿Qué número de zapato calzas?

—El cuarenta y dos —le respondió Wilfred.

—Entonces eres lo bastante mayor como para ganarte la vida.

—Mi tía y él tenían ocho hijos propios —dijo Wilfred—. Así que no le culpo.

—¿Tenías hermanos y hermanas en tu verdadera familia?

Mildred pensaba en su acogedora propia vida de hacía mucho tiempo: su madre peinándole los rizos por la mañana, el gatito, llamado Pansy, que ella acostumbraba a vestir con ropa de muñeca y sacarlo a pasear por la manzana en el cochecito de la muñeca.

—Tenía dos hermanas mayores, casadas. Las dos están muertas ahora. Y un hermano. Se fue a Saskatchewan. Tiene un empleo como administrador de un silo de granos con elevador mecánico. No sé lo que le pagan, pero imagino que le pagan bien. Fue a la escuela de comercio, como tú. Es una persona distinta a mí, muy

distinta.

El día que Albert se quedó en cama quiso las cortinas corridas. No quiso un doctor. Wilfred no pudo sacarle qué era lo que le pasaba. Albert dijo que sólo estaba cansado.

—Entonces quizá esté cansado —dijo Mildred—. Déjale descansar.

Pero Wilfred estuvo entrando y saliendo de la habitación todo el día. Hablaba, fumaba, le preguntaba a Albert cómo se encontraba. Le dijo a Albert que él mismo se había curado de dolores de cabeza de migraña comiendo puerros frescos del bosque en primavera. Albert dijo que él no tenía migraña, aunque quisiera las cortinas corridas. Dijo que nunca en la vida había tenido un mal dolor de cabeza. Wilfred le explicó que uno podía tener dolores de cabeza sin saberlo, es decir, sin tener un dolor real, así que eso podía ser lo que tenía Albert. Albert dijo que él no veía cómo podía ser eso.

A primera hora de la tarde Mildred oyó a Wilfred armando estrépito por el cuarto de la ropa. Salió llamándola.

—¡Mildred! ¡Mildred! ¿Dónde está la botella de whisky?

—En el aparador —dijo Mildred, y la sacó para que no estuviese por allí revolviendo la porcelana de su madre. Estaba en una caja alta, adornada con dorados, con el penacho de la Legión. Wilfred la llevó hasta la habitación y la puso sobre la cómoda para que Albert lo viera.

—¿Qué te imaginas que es y cómo crees que lo he conseguido?

Era una botella de whisky, una botella de whisky de apenas medio litro, de 58 grados que Wilfred había ganado jugando a dardos en el torneo de Owen Sound. El concurso había tenido lugar en febrero, hacía tres años. Wilfred describió el terrible viaje que hicieron en coche desde Logan hasta Owen Sound, conduciendo él, y con los demás miembros del equipo de dardos animándole a detenerse en cada ciudad que atravesaban, y a no ir más allá. Venía una tempestad de nieve desde el lago Hurón y se vieron envueltos en una ventisca que no les dejaba ver nada; camiones y autobuses aparecían ante sus ojos surgiendo de la pared de nieve, no había sitio para maniobrar porque la carretera estaba vallada con montones de nieve de tres metros de alto. Wilfred siguió conduciendo; conduciendo a ciegas, conduciendo por la carretera entre patinazos y montones de nieve. Por fin, en la autopista número 6, apareció una luz azul frente a él, una luz azul que daba vueltas, un faro, una luz de salvamento. Era la máquina quitanieves, que iba delante de ellos. La carretera se llenaba de nieve casi tan rápidamente como la quitaba la máquina, pero manteniéndose muy cerca de ella llegaron sanos y salvos a Owen Sound. Allí jugaron en el torneo y fueron victoriosos.

—¿Juegas alguna vez a dardos? —oyó Mildred que Wilfred le preguntaba a su hermano.

—Por regla general, se juega a dardos en los sitios que sirven licores —dijo Albert—. Por norma no entro en esos sitios.

—Bueno, nunca pensaría en beberme este licor. Lo guardo por el honor.

Se sentaban siguiendo una pauta regular. Por las tardes Grace y Vera se sentaban en el camino de la casa haciendo sus manteles de ganchillo. Mildred se sentaba a ratos con ellas. Albert y Wilfred se sentaban en la parte de atrás de la casa, junto al huerto. Después de cenar se sentaban todos juntos, llevando las sillas hasta el césped que había delante de los arriates de flores, que entonces estaba en la sombra. Grace y Vera seguían haciendo ganchillo mientras tenían luz suficiente para ver.

Wilfred admiraba el ganchillo.

—¿Cuánto os pagarán por una de estas cosas?

—Cientos de dólares —dijo Albert.

—Se vende para la iglesia —dijo Grace.

—Blanche Black —dijo Wilfred— era la mejor haciendo ganchillo, haciendo punto, cosiendo, de todo, y cocinando, de todas las chicas que he conocido.

—Qué nombre —dijo Mildred.

—Vivía en el estado de Michigan. Fue cuando me cansé de trabajar en los barcos y conseguí por allí un trabajo en una granja. Podía hacer colchas o cualquier cosa. Y hacer pan, pasteles con adornos, lo que fuera. Pero no era muy guapa. En realidad, era casi tan guapa como un nabo, y tenía aproximadamente la misma forma.

Ahora venía una historia que Mildred ya había oído. La explicaba cuando salía el tema de las chicas bonitas y de las chicas de su casa, o de la cocina, o de las veladas sociales, o del orgullo. Wilfred contó cómo él y un amigo fueron a una velada social, donde en un intermedio del baile uno pujaba por una caja, la caja tenía comida, y uno se la comía con la chica cuya caja había comprado. Blanche Black llevó una caja de comida y lo mismo hizo una chica bonita, una tal señorita Buchanan, y Wilfred y sus amigos se fueron a la habitación de atrás y cambiaron todos los envoltorios de aquellas dos cajas. De modo que cuando llegó el momento de pujar, un tipo llamado Jack Fleck, que se tenía en muy buen concepto y que tenía un asunto con la señorita Buchanan, pujó por la caja que creyó que era de ella y Wilfred y sus amigos pujaron por la caja que todo el mundo creía que era la de Blanche Black. Las cajas fueron entregadas, y para su consternación Jack Fleck se vio obligado a sentarse con Blanche Black. Wilfred y sus amigos se sentaron con la señorita Buchanan. Entonces Wilfred miró dentro de la caja y vio que no había más que bocadillos con una especie de pasta roja por encima.

—De modo que voy hasta Jack Fleck y le digo: «Cambia la comida y la chica». No lo hice totalmente por la comida, sino porque vi cómo iba a tratar a aquella pobre criatura. Consintió enseguida y nos sentamos. Comimos pollo frito, jamón curado en casa y galletas. Pastel de dátiles. Nunca he comido mejor en mi vida. Y bien escondida en el fondo llevaba una botella pequeña de whisky. De modo que estuve allí sentado comiendo y bebiendo y mirándole a él con sus bocadillos de pasta.

Wilfred debió de empezar aquella historia como un tributo a las señoras cuyo ganchillo, cuya cocina, o lo que fuera las ponía muy por delante de las señoras que

tenían un mejor aspecto que ofrecer, pero Mildred no pensó que ni a Grace ni a Vera les gustase que las pusieran en la categoría de las Blanche Black, que parecía un nabo. Y mencionar la botella de whisky era un error. Era un error también con relación a ella. Pensó en lo mucho que le gustaría tomar una copa en aquel momento. Pensó en Old Fashioneds, Brown Cows, Pink Ladies, en cualquier bebida caprichosa que uno se pudiera imaginar.

—Será mejor que vaya a arreglar ese acondicionador de aire —dijo Wilfred—. Nos asaremos esta noche si no lo hago.

Mildred se sentó. En el edificio contiguo había una luz azul que chisporroteaba mucho, capturando insectos.

—Me parece que eso es otra cosa con las moscas —dijo ella.

—Las fríe —respondió Albert.

—Pero no me gusta el ruido.

Ella creyó que no iba a contestar, pero finalmente dijo:

—Si no hace ruido no puede destruir a los insectos.

Cuando entró en casa para poner el café (una buena cosa que los de la Iglesia de Pentecostés no tenían prohibida), Mildred pudo oír el acondicionador de aire zumbando. Miró en la habitación y vio a Wilfred echado, durmiendo. Rendido.

—¿Wilfred?

Él dio un salto:

—No estaba dormido.

—Todavía están ahí delante sentados. He pensado en hacer un poco de café.

Después no pudo evitar añadir:

—Me alegro de que lo del aire acondicionado no sea demasiado serio.

El penúltimo día de la visita decidieron hacer los setenta y tantos kilómetros hasta Hullett Township para ver la casa donde Wilfred y Albert habían nacido. Fue idea de Mildred. Ella pensó que Albert lo sugeriría, y lo estuvo esperando, porque no quería empujar a Albert a hacer cualquier cosa que fuera demasiado cansada para él. Pero finalmente lo mencionó. Dijo que había estado intentando durante mucho tiempo que Wilfred la llevase, pero que él decía que no sabría adónde ir, puesto que no había vuelto nunca después de que se lo hubieran llevado de allí de niño. Todos los edificios habían desaparecido, las granjas también; toda aquella parte del municipio se había convertido en una zona protegida.

Grace y Vera llevaron con ellas sus mantelerías. Mildred se preguntaba cómo no se mareaban trabajando con las cabezas bajas en un coche en movimiento. Se sentó entre ellas dos en el asiento trasero, sintiéndose apretujada, aunque sabía que la que apretujaba era ella. Wilfred conducía y Albert estaba sentado a su lado.

Wilfred siempre que conducía se ponía de mal humor.

—¿Y qué hay de malo en hacer una apuesta? —decía—. No quiero decir jugar. No quiero decir ir a Las Vegas y tirar todo tu dinero en esos juegos y máquinas. Apostando a veces se puede tener suerte. Gané un invierno sin trabajar en el Soo^[6]

gracias a una apuesta.

—Sault Ste. Marie —dijo Albert.

—Siempre hemos dicho el Soo. Salí en el Kamloops, que estaba allí durante el invierno. El viejo Kamloops era un barco espantoso. Una noche en el bar estaban escuchando por la radio el hockey. Era antes de la televisión. Juega el Sudbury. Sudbury cuatro, el Soo, cero.

—Estamos llegando adonde hay que salir de la autopista —dijo Albert.

Mildred dijo:

—Fíjate en la salida, Wilfred.

—Ya lo hago.

Albert dijo:

—Ésta no, la siguiente.

—Yo les ayudaba, yo servía la cerveza por las propinas, porque no tenía carnet del sindicato y aquel tipo gruñón se estaba metiendo con el Soo. Aún podían ganar, dije, el Soo todavía podía derrotarles.

—Por aquí —dijo Albert.

Wilfred giró bruscamente.

—¡Pon el dinero en lo que defiendes! ¡Pon el dinero en lo que defiendes! Eso fue lo que me dijo. Diez a uno. Yo no tenía el dinero, pero el propietario del hotel era un buen tipo y yo le ayudaba, así que me dijo «¡acepta la apuesta, Wilfred! —me dijo—. «¡Venga, acepta la apuesta!».

—El área protegida de Hullet —leyó Mildred en un indicador. Siguieron por el borde de un oscuro pantano—. ¡Dios, qué oscuro está aquí! —dijo ella—. Y hay agua estancada en esta época del año.

—El pantano de Hullet —dijo Albert—. Tiene kilómetros.

Salieron del pantano y a cada lado había páramo, tierra negra y removida, zanjas, árboles arrancados. La carretera era muy accidentada.

—«Yo te respaldaré», me dijo. Así que tomé la apuesta.

Mildred leyó los letreros del cruce:

—Carretera sin salida. No hay mantenimiento invernal más allá de este punto.

Albert dijo:

—Ahora tendremos que girar hacia el sur.

—¿Hacia el sur? —preguntó Wilfred—. Hacia el sur. La acepté y ¿sabes qué sucedió? ¡Que el Soo se rehizo y batió al Sudbury siete a cuatro!

Había un gran estanque y un mirador, con un letrero que decía: «Punto de observación de aves de caza».

—¡Aves de caza! —dijo Mildred—. ¿Qué se verá?

Wilfred no estaba como para detenerse.

—No distinguirías un cuervo de un halcón, Mildred. El Soo venció al Sudbury siete a cuatro y yo gané la apuesta. Aquel tipo salió a hurtadillas en un momento que yo estaba ocupado, pero el propietario sabía dónde vivía, y al día siguiente tenía cien dólares. Cuando me llamaron para volver al Kamloops tenía hasta el último penique de la suma de dinero que tenía cuando me había bajado antes de Navidad.

Pasé el invierno sin trabajar en el Soo.

—Esto parece ser —dijo Albert.

—¿Dónde? —preguntó Wilfred.

—Aquí.

—¿Aquí? Pasé el invierno sin trabajar, y todo por una pequeña apuesta.

Salieron de la carretera hacia una especie de accidentado sendero, en el que había flechas de madera en un poste.

«Sendero de Hawthorn. Sendero de Sugar Bush. Sendero de Tamarack. Prohibido pasar vehículos a motor más allá de este punto».

Wilfred detuvo el coche y él y Albert se bajaron. Grace se bajó para dejar salir a Mildred y luego volvió a subir. Las flechas indicaban todas la misma dirección. Mildred pensó que algunos niños probablemente las habían tocado. Ella no veía ningún sendero. Ellos habían salido de la pequeña ciénaga y estaban sobre unos pequeños y desiguales montículos.

—¿Es aquí donde estaba vuestra granja? —le preguntó a Albert.

—La casa estaba ahí arriba —dijo Albert, apuntando hacia arriba—. El sendero llegaba hasta allí. El granero estaba detrás.

En el poste, bajo las flechas, había una caja marrón de madera. Ella la abrió y cogió un puñado de folletos de vivos colores. Los miró.

—Esto explica los distintos senderos.

—Quizá quieran leer algo si no van a bajarse —dijo Wilfred haciendo una indicación hacia las mujeres que estaban en el coche—. Quizá debieras ir a preguntárselo.

—Están ocupadas —dijo Mildred.

Pensó que debería ir a decirles a Grace y a Vera que bajasen las ventanas para que no se ahogasen, pero decidió dejar que lo pensaran por sí mismas. Albert empezaba a subir por la colina y ella y Wilfred le seguían, avanzando despacio a través de las varitas de San José que, para su sorpresa, resultaba más fácil que caminar sobre la hierba. No se te enredaba y parecía de seda. Las varitas de San José las conocía, y también las zanahorias silvestres, pero ¿qué eran aquellas pequeñas flores blancas del matorral bajo y esta azul de ásperos pétalos y esta púrpura como de plumas? Siempre se oía hablar de las flores de primavera, de los botones de oro, de los lirios de Canadá y de las caléndulas de pantano, pero aquí había muchísimas, de nombres desconocidos, y al final del verano. También había ranas pequeñas que saltaban desde debajo de los pies, y pequeñas mariposas blancas, y cientos de insectos que no podía ver, que le picaban y aguijoneaban en los brazos descubiertos.

Albert andaba arriba y abajo por la hierba. Dio una vuelta, se detuvo, miró a su alrededor y comenzó de nuevo. Estaba intentando ver el contorno de la casa. Wilfred miró la hierba frunciendo el ceño y dijo:

—No le dejan mucho a uno.

—¿Quién? —preguntó Mildred débilmente. Se estaba abanicando con varitas de San José.

—La gente de la reserva. No dejan ni una piedra de los cimientos, ni el agujero de la bodega, ni un ladrillo, ni una viga. Lo arrancan todo, lo cargan todo y fuera.

—Bueno, no pueden dejar un montón de escombros, supongo, para que la gente se caiga.

—¿Estás seguro de que es aquí donde habría estado? —preguntó Wilfred.

—Exactamente aquí —dijo Albert—, de cara al sur. Aquí estaría la puerta principal.

—Podrías estar en un peldaño, Albert —dijo Mildred, con tanto interés como la energía que le quedaba se lo permitía.

Pero Albert dijo:

—Nunca tuvimos peldaños en la puerta delantera. Sólo se abrió una vez que yo recuerde, y fue para el ataúd de nuestra madre. Pusimos unos trozos de madera, para hacer un escalón temporal.

—Eso es una lila —dijo Mildred, viendo un arbusto cerca de donde él se hallaba—. ¿No estaba entonces? Debió de estar.

—Creo que sí.

—¿Es blanca o morada?

—No lo sé.

Aquella era la diferencia entre él y Wilfred, pensó. Wilfred lo hubiera dicho. Tanto si lo recordaba como si no, lo hubiera dicho, y luego se lo hubiese creído él mismo. Los hermanos y las hermanas eran para ella un misterio. Ahí estaban Grace y Vera, hablando como si fueran una sola, y Wilfred y Albert sin un rastro de conexión entre ellos.

Comieron en un café cerca de la carretera. No estaba autorizado a vender alcohol, porque si no, Mildred hubiese pedido una cerveza, sin importarle lo que pudiera escandalizar a Grace y a Vera, ni las miradas que Wilfred pudiera lanzarle. Tenía mucho calor. El rostro de Albert estaba rojo y sus ojos tenían una mirada fiera y concentrada. Wilfred estaba pendenciero.

—Antes era un pantano mucho mayor —dijo Albert—. Lo han secado.

—Es para que la gente pueda entrar, pasear y ver cosas distintas —dijo Mildred. Todavía conservaba los folletos rojo, verde y amarillo en la mano, los alisaba y se los miraba.

—Garzotas de cabeza negra, reclamos, gritos y graznidos resuenan en todo este bosque —leyó—. ¿Reconoces algunos de ellos? La mayoría los hacen los pájaros. ¿Y por qué más podrían ser hechos? —se preguntó ella.

—Un hombre se internó en el pantano de Hullett y se quedó allí —dijo Albert.

Wilfred hizo una mezcla con el catchup y la salsa de la carne y luego mojó las patatas fritas con los dedos.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó.

—Para siempre.

—¿Te las vas a comer? —preguntó Wilfred, señalando las patatas fritas de

Mildred.

—¿Para siempre? —dijo Mildred, haciendo dos partes y poniendo la mitad en el plato de Wilfred—. ¿Le conocías, Albert?

—No. Hace demasiado tiempo.

—¿Sabías su nombre?

—Lloyd Sallows.

—¿Quién? —preguntó Wilfred.

—Lloyd Sallows —respondió Albert—. Trabajaba en una granja.

—Nunca oí hablar de él —dijo Wilfred.

—¿Qué quieres decir con lo de que se internó en el pantano? —preguntó Mildred.

—Encontraron su ropa en las vías del ferrocarril y eso es lo que dijeron, que se había internado en el pantano.

—¿Y por qué iba a entrar sin llevar puesta la ropa?

Albert pensó durante unos cuantos minutos y dijo:

—Podía querer vivir en plan salvaje.

—¿Dejó también sus zapatos?

—Eso pensaría yo.

—Pudo haberse suicidado —dijo Mildred—. ¿Buscaron el cuerpo?

—Sí, lo buscaron.

—O quizá pudieron haberlo matado. ¿Tenía enemigos? ¿Tenía problemas? Quizá tenía deudas o había dejado a una chica embarazada.

—No —dijo Albert.

—¿Así que nunca encontraron ni rastro de él?

—No.

—¿Había alguna persona sospechosa por los alrededores en aquel momento?

—No.

—Bueno, tiene que haber alguna explicación —dijo Mildred—. Una persona, si no está muerta, sigue viviendo en alguna parte.

Albert sacó la hamburguesa del panecillo con el tenedor y la puso sobre el plato, donde la fue cortando a trocitos. Aún no había comido nada.

—Se creía que vivía en el pantano.

—Entonces tendrían que haber buscado en el pantano —dijo Wilfred.

—Entraron por ambos lados y dijeron que se habían encontrado en el centro, pero no lo hicieron.

—¿Por qué no? —preguntó Mildred.

—Uno no puede simplemente caminar a través de ese pantano. Entonces no se podía.

—¿Así que pensaban que estaba allí? —insistió Wilfred—. ¿Es eso lo que pensaban?

—La mayoría —dijo Albert, de bastante mala gana.

Wilfred resopló.

—¿Y de qué vivía?

Albert dejó su cuchillo y su tenedor y dijo sombríamente:

—De carne.

De repente, después de haber tenido tanto calor, los brazos de Mildred se le pusieron de piel de gallina.

—¿Le vio alguien alguna vez? —preguntó, con una voz más baja y más pensativa que antes.

—Dos lo dijeron.

—¿Quiénes eran?

—Uno fue una señora que cuando yo la conocí, tenía unos cincuenta años. Era una niña entonces. Le vio cuando la enviaron a recoger las vacas. Vio una persona blanca y larga que corría detrás de los árboles.

—¿Lo bastante cerca como para decir si era chico o chica? —preguntó Wilfred.

Albert se tomó la pregunta en serio.

—No sé a qué distancia.

—Esa era una persona —dijo Mildred—. ¿Quién era la otra?

—Era un chico que pescaba. Eso fue años después. Levantó la vista y vio a un tipo blanco que le miraba desde la otra orilla. Creyó haber visto un fantasma.

—¿Eso es todo? —dijo Wilfred—. ¿Nunca descubrieron lo que había ocurrido?

—No.

—Supongo que de todos modos ahora estará muerto —dijo Mildred.

—Muerto hace mucho tiempo —dijo Albert.

Si Wilfred hubiese contado aquella historia, pensó Mildred, hubiese llegado a alguna parte, hubiese habido alguna clase de final para ella. Lloyd Sallows podía reaparecer completamente desnudo para recoger una apuesta, o podría volver vestido como un millonario, quizá tras haber engañado a unos gangsters que le habían robado. En las historias de Wilfred siempre podías estar seguro de que las partes oscuras darían paso a algo mejor, y si alguien se comportaba de una forma especial, había una explicación para ello. Si Wilfred aparecía en sus propias historias, como sucedía normalmente, siempre había un ramalazo de suerte para él en alguna parte, una buena comida o una botella de whisky, o algo de dinero. Ni la suerte ni el dinero habían formado parte de aquella historia. Ella se preguntaba por qué Albert la había contado, qué significaba para él.

—¿Cómo es que te has acordado de esta historia, Albert?

En cuanto hubo dicho aquello, se dio cuenta de que no debería haber hablado. No era asunto de ella.

—Veo que tienen pastel de manzana o de uva —dijo ella.

—¡Ni pastel de manzana ni de uva en el pantano Hullett! —dijo Wilfred con aspereza—. Yo tomaré manzana.

Albert cogió un trozo frío de hamburguesa, lo dejó en el plato y dijo:

—No es una historia. Es algo que sucedió.

Mildred había deshecho la cama en la que las visitas habían dormido y no la había vuelto a hacer, así que estaba acostada al lado de Wilfred, en su primera noche

solos.

Antes de acostarse ella le dijo a Wilfred:

—Nadie que estuviera en sus cabales se iría a vivir a un pantano.

—Si quisieras vivir en un lugar como ese —dijo Wilfred—, el lugar para vivir sería el bosque, donde no tendrías tantas dificultades en hacer fuego si quisieras hacer uno.

Parecía de nuevo de buen humor. Pero por la noche a ella le despertó su llanto. No se sobresaltó mucho, porque ya le había oído llorar antes, normalmente de noche. Era difícil decir cómo lo sabía. No hacía ruido alguno y no se movía. Quizá eso en sí mismo era lo inusual. Sabía que él estaba a su lado, tumbado de espaldas, con las lágrimas subiéndole a los ojos y humedeciendo su cara.

—¿Wilfred?

En cualquier ocasión anterior, cuando él había consentido en decirle a ella por qué lloraba, la razón le había parecido muy rara, algo pensado impulsivamente, o sólo relacionado a distancia con el motivo real. Pero quizá era lo más cerca que él podía llegar.

—Wilfred.

—Albert y yo probablemente no nos volvamos a ver nunca más —dijo Wilfred en voz alta y sin rastro de lágrimas o de indicación clara ya fuera de satisfacción o de pesar.

—A menos que fuésemos a Saskatchewan —dijo Mildred.

Se les había hecho una invitación, y ella en aquel momento pensó que sería casi tan probable como que fuese a visitar Siberia.

—Dentro de un tiempo —añadió.

—Dentro de un tiempo, quizá —dijo Wilfred. Aspiró prolongada y ruidosamente por la nariz, lo que parecía indicar satisfacción—. La semana que viene no.

Las lunas de Júpiter

Encontré a mi padre en el ala de cardiología, en el octavo piso del Hospital General de Toronto. Estaba en una habitación semi-privada. La otra cama estaba vacía. Dijo que su seguro hospitalario cubría sólo una cama en el pabellón, y que estaba preocupado de que le pudieran cobrar suplemento.

—Yo no he pedido una semi-privada —dijo.

Le dije que probablemente las salas estuvieran llenas.

—No. He visto algunas camas vacías cuando me llevaban con el sillón de ruedas.

—Entonces será porque te tenían que conectar con esa cosa —le dije—. No te preocupes. Si te van a cobrar un suplemento, te lo dicen.

—Eso será probablemente —dijo—. No querrán esos como se llamen en las salas. Supongo que eso estará cubierto.

Le dije que estaba segura de que sí.

Tenía cables pegados al pecho. Una pequeña pantalla colgaba por encima de su cabeza. En ella, una línea brillante y dentada parpadeaba continuamente. El parpadeo estaba acompañado de un nervioso zumbido electrónico. El comportamiento de su corazón estaba a la vista. Intenté ignorarlo. Me parecía que prestarle tanta atención, escenificar, de hecho, lo que debería ser una actividad totalmente secreta, era buscar problemas. Cualquier cosa exhibida de aquel modo era propensa a estallar y volverse loca.

A mi padre no parecía importarle. Decía que le tenían con tranquilizantes. «Ya sabes —decía—, las pastillas felices». Parecía tranquilo y optimista.

Había sido distinto la noche anterior. Cuando le traje al hospital, a la sala de urgencias, estaba pálido y con la boca cerrada. Abrió la puerta del coche, se quedó de pie y dijo despacio:

—Quizá sea mejor que me traigas una de esas sillas de ruedas.

Utilizaba la voz que siempre ponía en una crisis. Una vez, nuestra chimenea se incendió; era domingo por la tarde y yo estaba en el comedor poniendo alfileres en un vestido que estaba haciendo. Entró y dijo con aquella misma voz flemática y admonitoria:

—Janet, ¿sabes dónde hay polvos de levadura?

Los quería para echarlos al fuego. Luego dijo:

—Supongo que ha sido culpa tuya... coser en domingo.

Tuve que esperar durante más de una hora en la sala de espera de urgencias. Llamaron a un especialista de corazón que estaba en el hospital, un hombre joven. Me hizo pasar a una sala y me explicó que una de las válvulas del corazón de mi padre se había deteriorado tanto que debía ser operado inmediatamente.

Le pregunté qué sucedería si no.

—Tendría que estar en la cama —dijo el médico.

—¿Cuánto tiempo?

—Quizá tres meses.

—He querido decir, ¿cuánto tiempo vivirá?

—Eso es lo que yo también he querido decir —dijo el doctor.

Fui a ver a mi padre. Estaba sentado en la cama que había en el rincón, con la cortina descorrida.

—Es malo, ¿verdad? —me preguntó—. ¿Te ha dicho lo de la válvula?

—No es tan malo como pudiera ser —le dije. Luego repetí, incluso exageré, cualquier cosa esperanzadora que el doctor me hubiese dicho—. No estás en peligro inmediato. Tu condición física es buena, por lo demás.

—Por lo demás —dijo mi padre con pesimismo.

Yo estaba cansada de haber conducido todo el camino hasta Dalglish para ir a recogerle, y de vuelta a Toronto desde el mediodía, preocupada por devolver el coche de alquiler a tiempo, e irritada por un artículo que había estado leyendo en una revista en la sala de espera. Era sobre otra escritora, una mujer más joven, más guapa y probablemente con más talento que yo. Yo había estado en Inglaterra durante dos meses, de modo que no había visto antes aquel artículo, pero me pasó por la cabeza mientras lo estaba leyendo que mi padre lo habría leído. Podía oírle diciendo: «Bueno, no he visto nada sobre ti en *Maclean's*». Y si hubiese leído algo sobre mí diría: «Bueno, no tengo una gran opinión de ese reportaje». Su tono sería festivo e indulgente, pero produciría en mí una familiar tristeza de espíritu. El mensaje que recibí de él era sencillo: Hay que luchar por conseguir la fama y luego pedir perdón por ella. Tanto si la consigues como si no, tú tendrás la culpa.

No me sorprendieron las noticias del doctor. Estaba preparada para oír algo parecido y estaba contenta conmigo misma por tomármelo con calma, del mismo modo que estaría contenta conmigo misma por vendar una herida o por mirar desde el frágil balcón de un edificio alto. Pensé: «Sí, es la hora; tiene que haber algo, aquí está». No sentí la protesta que hubiera sentido veinte, incluso diez años antes. Cuando vi por la cara de mi padre que él la sentía, que el rechazo le subía de un salto tan prontamente como si hubiese sido treinta o cuarenta años más joven, mi corazón se endureció, y hablé con una especie de atormentadora alegría.

—Por lo demás estás pletórico —dije.

Al día siguiente era de nuevo él mismo.

Así es como yo lo hubiese hecho. Dijo que ahora le parecía que el joven, el doctor,

podiera haber estado demasiado impaciente por operar.

—Un bisturí un poco fácil —dijo. Estaba burlón y alardeando de jerga hospitalaria. Dijo que otro doctor le había examinado, un hombre mayor, y le había expresado su opinión de que descanso y medicación podrían surtir efecto.

Yo no pregunté qué efecto.

—Dice que tengo una válvula defectuosa. Está ciertamente dañada. Querían saber si tuve fiebres reumáticas cuando era niño. Yo le dije que no creía, pero entonces la mitad de las veces no se te diagnosticaba lo que tenías. Mi padre no era alguien que fuese a buscar al doctor.

El recuerdo de la infancia de mi padre, que yo siempre me había imaginado como sombría y peligrosa, la modesta granja, las hermanas atemorizadas, el severo padre, me hicieron menos resignada ante su muerte. Pensé en él huyendo para irse a trabajar en los barcos del lago, corriendo por las vías del ferrocarril hacia Gorderich, a la luz del anochecer. Acostumbraba a contar aquel viaje. En algún lugar de la vía encontró un membrillo. Los membrillos son raros en nuestra zona del país; de hecho, no he visto nunca ninguno. Ni siquiera el que encontró mi padre, aunque una vez nos llevó de excursión para ir a buscarlo. Pensó que conocía el cruce cerca del que estaba, pero no pudimos encontrarlo. No pudo comer el fruto, desde luego, pero quedó impresionado por su existencia. Le hizo pensar que había llegado a una nueva parte del mundo.

El muchacho fugado, el superviviente, un anciano atrapado aquí por su corazón estropeado. Yo no buscaba estos pensamientos. No me importaba pensar en su personalidad de joven. Incluso su torso desnudo, grueso y blanco (tenía el cuerpo de un trabajador de su generación, raramente expuesto al sol) era un peligro para mí; parecía tan fuerte y joven. El cuello arrugado, las manos y los brazos manchados por la edad, la estrecha y comedida cabeza, con su pelo fino y canoso y su bigote, se parecían más a lo que yo estaba acostumbrada.

—¿Y para qué quiero que me operen? —decía mi padre razonablemente—. Piensa en el riesgo a mi edad, ¿y para qué? Unos cuantos años como máximo. Creo que lo mejor que puedo hacer es irme a casa y tomármelo con calma. Rendirme con elegancia. Eso es todo lo que se puede hacer a mi edad. Tu actitud cambia, ¿sabes? Se sufren cambios mentales. Parece más natural.

—¿El qué? —le pregunté.

—Bueno, la muerte. No hay nada más natural. No, a lo que yo me refiero, en particular, es a no operarme.

—¿Eso parece más natural?

—Sí.

—Tú tienes que decidir —le dije, pero yo lo aprobaba. Eso era lo que yo hubiese esperado de él. Siempre que hablaba a la gente de mi padre subrayaba su independencia, su autosuficiencia, su paciencia. Trabajaba en una factoría, trabajaba en su jardín, leía libros de historia. Podía hablar de emperadores romanos o de las guerras de los Balcanes. Nunca se quejaba.

Judith, mi hija pequeña, había ido a buscarme al aeropuerto de Toronto dos días antes. Había ido con el chico con el que estaba viviendo, y cuyo nombre era Don. Se iban a México por la mañana, y mientras yo estuviera en Toronto me iba a quedar en su apartamento. Por ahora vivo en Vancouver. A veces digo que tengo mi centro de operaciones en Vancouver.

—¿Dónde está Nichola? —pregunté, pensando de inmediato en un accidente o en una sobredosis. Nichola es mi hija mayor. Era estudiante del Conservatorio, después se hizo camarera, luego se quedó sin trabajo. Si hubiese estado en el aeropuerto, probablemente yo habría dicho algo inoportuno. Le habría preguntado cuáles eran sus planes y ella se hubiese apartado el cabello hacia atrás con elegancia y hubiera dicho: «¿Planes?», como si fuese una palabra que yo hubiera inventado.

—Sabía que lo primero que harías sería preguntar por Nichola.

—No es así. He dicho hola y...

—Bueno, coge tu maleta —dijo Don con voz neutral.

—¿Está bien?

—Estoy segura de que sí —dijo Judith con un falso tono de diversión—. No estarías así si fuese yo quien no estuviera aquí.

—Pues claro que sí.

—No. Nichola es el bebé de la familia. ¿Sabes? Tiene cuatro años más que yo.

—Yo debería de saberlo.

Judith dijo que no sabía exactamente dónde estaba Nichola. Dijo que Nichola se había ido de su apartamento (¡aquel basurero!) y que la había telefoneado incluso (lo que ya es mucho, se podría decir, que Nichola telefonee) para decir que quería estar incomunicada durante un tiempo, pero que estaba bien.

—Le dije que te ibas a preocupar —dijo Judith más amablemente, camino de la camioneta. Don iba delante, con mi maleta—. Pero no te preocupes. Está bien, créeme.

La presencia de Don me incomodaba. No me gustaba que él oyera estas cosas. Pensé en las conversaciones que debían haber tenido, Don y Judith. O Don, Judith y Nichola, porque Nichola y Judith estaban a veces en buenas relaciones. O Don, Judith, Nichola y otros cuyos nombres ni siquiera conocía. Habrían hablado de mí. Judith y Nichola intercambiando opiniones, contando anécdotas; analizando, lamentando, culpando, perdonando. Ojalá hubiese tenido un chico y una chica. O dos chicos. No hubieran hecho eso. Los chicos probablemente no puedan saber tanto de una.

Yo hacía lo mismo a esa edad. Cuando tenía la edad que tiene ahora Judith hablaba con mis amigos en la cafetería de la facultad, o por la noche, tomando café en nuestras habitaciones baratas. Cuando tenía la edad que Nichola tiene ahora, yo la tenía a ella en un capazo, o revolviéndose en mi regazo, y tomaba también café todas las tardes lluviosas de Vancouver, con una vecina amiga, Ruth Boudreau, que leía mucho y estaba desconcertada por su situación, como yo. Hablábamos de nuestros padres, de nuestras infancias, aunque durante algún tiempo no hablamos

de nuestros matrimonios. Cuán minuciosamente tratamos de nuestros padres y madres, lamentamos sus casamientos, sus equivocadas ambiciones, o su miedo a la ambición, con cuánta competencia les archivamos, les definimos más allá de ninguna posibilidad de cambio. Qué presunción.

Observé a Don caminando delante. Un muchacho alto y de aspecto ascético, con el cabello oscuro cortado a la manera de los franciscanos y un afectado asomo de barba. ¿Qué derecho tenía a oír hablar de mí, a saber cosas de mí misma que probablemente yo había olvidado? Decidí que su barba y su estilo de peinado eran afectados.

Una vez, cuando mis hijas eran pequeñas, mi padre me dijo:

—¿Sabes? Esos años en los que crecías, bueno, son sólo una especie de impresión borrosa para mí. No puedo distinguir un año de otro.

Yo me ofendí. Yo recordaba cada año distinto con dolor y claridad. Podría haber dicho la edad que tenía cuando iba a ver los trajes de noche en el escaparate de Benbow's Ladies' Wear. Cada semana, durante todo el invierno, un traje nuevo, iluminado (el de lentejuelas y tul, el rosa y lila, el zafiro, el narciso trompón) y yo, una adoradora fría en la fangosa acera. Podría haber dicho la edad que tenía cuando falsifiqué la firma de mi madre en un boletín de malas calificaciones, cuando tuve el sarampión, cuando empapelamos la habitación delantera. Pero los años en que Judith y Nichola eran pequeñas, cuando yo vivía con su padre... sí, borrosos sería la palabra adecuada. Recuerdo tender pañales, recoger y doblar pañales; puedo recordar las cocinas de dos casas y dónde estaba el cesto de la ropa. Recuerdo los programas de televisión: *Popeye el marino*, *Los tres secuaces*, *Divertirama*. Cuando empezaba *Divertirama* era el momento de dar la luz y de hacer la cena. Pero no podía diferenciar los años. Vivíamos en las afueras de Vancouver en un barrio dormitorio: Dormir, Dormitorio, Dormilón... algo así. Entonces estaba siempre soñolienta; el embarazo me daba sueño, y los biberones nocturnos, y la lluvia incesante de la costa oeste. Oscuros cedros goteando, el laurel brillante goteando, las esposas bostezando, sesteando, haciendo visitas, bebiendo café y doblando pañales; los maridos llegando a casa por la noche desde la ciudad atravesando el agua. Cada noche le daba un beso a mi marido cuando llegaba a casa con su Burberry empapada y esperaba que pudiera despertarme; servía carne y patatas y una de las cuatro verduras que él toleraba. Comía con un apetito voraz, y luego se quedaba dormido en el sofá de la sala. Nos habíamos convertido en una pareja de caricatura, más de mediana edad a nuestros veinte años de lo que lo seríamos en la edad madura.

Esos torpes años son los años que nuestras hijas recordarán toda su vida. Rincones de los patios que yo nunca visité permanecerán en sus mentes.

—¿No quería verme Nichola? —le pregunté a Judith.

—La mitad del tiempo no quiere ver a nadie —respondió.

Judith se adelantó y tocó el hombro de Don. Yo conocía ese gesto: una disculpa, una seguridad ansiosa. Tocas a un hombre de ese modo para recordarle que estás agradecida, que te das cuenta de que está haciendo por ti algo que le aburre o que

hace peligrar ligeramente su dignidad. El ver a mi hija tocar a un hombre, a un chico, de ese modo me hacía sentir mayor de lo que me harían sentir los nietos. Sentí su triste nerviosismo, podía predecir sus sumisas atenciones. Mi franca y robusta hija, mi candida y rubia hija. ¿Por qué iba yo a pensar que ella no sería susceptible, que siempre sería directa, de paso firme, confiada en sí misma? Del mismo modo que voy por ahí diciendo que Nichola es tímida y solitaria, fría, seductora. Muchas personas deben conocer cosas que contradirían lo que yo digo.

Por la mañana Don y Judith partieron hacia México. Decidí que quería ver a alguien que no tuviese parentesco conmigo y que no esperase nada en especial de mí. Telefoneé a un antiguo amante mío, pero respondió un contestador: «Al habla Tom Shepherd. Voy a estar fuera de la ciudad durante el mes de septiembre. Por favor, deje su mensaje, nombre y número de teléfono».

La voz de Tom sonaba tan agradable y familiar que abrí la boca para preguntarle el significado de su disparate. Después colgué. Sentí como si me hubiera fallado deliberadamente, como si hubiésemos quedado en encontrarnos en un lugar público y luego no se hubiera presentado. Recordé que una vez lo había hecho.

Me puse un vaso de vermut, aunque aún no eran las doce, y telefoneé a mi padre.

—¡Vaya! —dijo—. Quince minutos más tarde y no me hubieras encontrado.

—¿Ibas a ir al centro?

—Al centro de Toronto.

Me explicó que se iba al hospital. Su médico de Dalglish quería que los médicos de Toronto le mirasen, y le había entregado una carta para que la enseñara en la sala de urgencias.

—¿En la sala de urgencias? —dije.

—No es una urgencia. Parece ser que él cree que ésta es la mejor forma de hacerlo. Conoce el nombre de alguien de allí. Si me tuviese que dar hora, podría ser cuestión de semanas.

—¿Sabe tu médico que piensas conducir hasta Toronto? —le pregunté.

—Bueno, no me dijo que no pudiera.

El resultado de esto fue que alquilé un coche, fui hasta Dalglish, vine con mi padre hasta Toronto y estaba con él en la sala de urgencias a las siete de la tarde.

Antes de que Judith se fuera le dije:

—¿Estás segura de que Nichola sabe que me quedo aquí?

—Bueno, yo se lo he dicho —me contestó.

A veces sonaba el teléfono, pero siempre era un amigo de Judith.

—Bueno, parece que me la voy a hacer —dijo mi padre. Aquello fue el cuarto día. Había cambiado completamente de postura en una sola noche—. Parece que no haya razón para no hacerlo.

No sabía lo que me quería decir. Pensé que quizá esperaba de mí una protesta, un intento de disuadirle.

—¿Cuándo lo harán? —pregunté.

—Pasado mañana.

Le dije que iba al lavabo. Fui hasta donde estaban las enfermeras y encontré allí a una mujer que pensé que era la enfermera jefe. En todo caso, tenía el pelo cano, era amable y parecía seria.

—¿Va a ser operado mi padre pasado mañana? —le pregunté.

—Sí.

—Sólo quería hablar de ello con alguien. Creí que se había llegado a la decisión de que era mejor no hacerlo. Por su edad.

—Bueno, es su decisión y la del doctor —me sonrió sin condescendencia—. Es duro tomar estas decisiones.

—¿Cómo están sus pruebas?

—Bueno, no las he visto todas.

Yo estaba segura de que sí. Al cabo de un momento dijo:

—Tenemos que ser realistas, pero los doctores son muy buenos aquí.

Cuando volví a la habitación mi padre dijo, con voz sorprendida:

—Mares sin playa.

—¿Cómo? —dije.

Me pregunté si se había enterado de cuánto, o de qué poco tiempo podía esperar vivir. Me pregunté si las pastillas le habían dado una euforia precaria. O si había querido jugar. Una vez que me hablaba sobre su vida, me dijo: «El problema era que yo siempre tenía miedo a arriesgarme».

Yo acostumbraba a decirle a la gente que él nunca hablaba con pesar de su vida, pero eso no era cierto. Era sólo que yo no lo escuchaba. Decía que debería haberse alistado en el ejército, que hubiera estado en mejor posición. Decía que debería haberse instalado por su cuenta, como carpintero, después de la guerra. Debería haberse ido de Dalglish. Una vez dijo: «¿Una vida malgastada, eh?». Pero se estaba burlando de sí mismo al decir aquello, porque era algo muy dramático de decir. También cuando recitaba poesía tenía siempre una nota burlona en la voz, para disculpar la exhibición y el placer.

—Mares sin playa —dijo de nuevo—. Detrás de él las grises Azores, / detrás las puertas de Hércules; / delante de él una traza de playas, / delante de él sólo mares sin playa. Eso era lo que tenía en la cabeza anoche. ¿Pero crees que podía recordar qué clase de playas? No podía. ¿Playas solitarias? ¿Playas vacías? Estaba en el buen camino, pero no podía acordarme. Pero ahora, cuando has entrado en la habitación y no estaba pensando en ello, me vino la palabra a la cabeza. Siempre ocurre lo mismo, ¿verdad? No es tan sorprendente. Le hago una pregunta a mi mente. La respuesta está allí, pero yo no puedo ver todas las relaciones que está estableciendo mi mente para llegar a ella. Como un ordenador. Nada fuera de sitio. ¿Sabes?, en mi situación sucede que, si hay algo que no puedes explicar de inmediato, hay una gran tentación de, bueno, de hacer de ello un misterio. Hay una gran tentación a creer en... ya sabes.

—¿El alma? —dije, con delicadeza, sintiendo un asombroso torrente de amor y

entrega.

—Oh, supongo que se le puede llamar así. ¿Sabes?, cuando llegué a esta habitación había un montón de diarios al lado de la cama. Alguien los había dejado allí, eran esa clase de periódicos sensacionalistas que nunca he leído. Empecé a leerlos. Hubiese leído cualquier cosa fácil. Había una serie de experiencias personales de gente que había muerto, médicamente hablando, la mayoría de paro cardíaco, y que había vuelto a la vida. Era lo que ellos recordaban del tiempo en que estuvieron muertos. Sus experiencias.

—¿Agradables o no? —le dije.

—Agradables. Sí, sí. Flotaban hasta el techo y miraban hacia abajo y se veían y veían a los doctores trabajando en ellos, en sus cuerpos. Luego flotaban un poco más y reconocían a algunas personas que conocían y que habían muerto antes que ellos. No es que los vieran exactamente, sino que era algo así como si los percibiesen. A veces había un canturreo y a veces una especie de... ¿cómo se llama esa luz o ese color que hay alrededor de una persona?

—¿Aura?

—Sí, pero sin la persona. Eso es casi a todo lo que les daba tiempo; luego se encontraban de nuevo en el cuerpo sintiendo todo el dolor mortal y todo eso, devueltos a la vida.

—¿Parecía... convincente?

—Oh, no sé. Todo está en si quieres creer en esa clase de cosas o no. Y si vas a creértelas, a tomártelas en serio, me imagino que tienes que tomarte en serio todo lo demás que publican esos diarios.

—¿Qué más publican?

—Basura: curas de cáncer, de calvicie, cólicos en la generación joven y en los holgazanes ricos. Disparates de las estrellas de cine.

—Ah, sí, ya.

—En mi situación, hay que vigilar —dijo—, o empezarías a gastarte jugarretas a ti mismo.

Luego dijo:

—Hay unos cuantos pormenores prácticos que deberíamos poner en orden —y me habló de su testamento, de la casa, del solar del cementerio. Todo era sencillo.

—¿Quieres que telefonee a Peggy? —le pregunté. Peggy es mi hermana. Está casada con un astrónomo y vive en Victoria.

Se lo pensó.

—Supongo que deberíamos decírselo —dijo finalmente—. Pero no les alarmes.

—De acuerdo.

—No, espera un momento. Sam va a ir a una conferencia a finales de esta semana, y Peggy estaba pensando en acompañarle. No quiero que se planteen cambiar sus planes.

—¿Dónde es la conferencia?

—En Amsterdam —dijo con orgullo. Se enorgullecía realmente de Sam, y estaba al corriente de sus libros y de sus artículos. Cogía uno y decía:

—Míratelo, ¿quieres? ¡Y yo que no entiendo ni una palabra! —con una voz maravillada que conseguía no obstante mostrar una sombra de ridículo.

—El profesor Sam —decía—. Y los tres pequeños Sams.

Así es como llamaba a sus nietos, que se parecían a su padre en inteligencia y en un casi atractivo empuje, un inocente y enérgico alardeo. Iban a una escuela privada que apoyaba la disciplina anticuada y que comenzaba el cálculo en el quinto grado.

—Y los perros —podía seguir enumerando—, que han ido a una escuela de adiestramiento. Y Peggy...

Pero si yo decía:

—¿Crees que ella también ha ido a una escuela de adiestramiento? —él no seguía con el juego. Yo imagino que cuando estuviera con Sam y Peggy hablaría de mí del mismo modo, que aludiría a mi frivolidad del mismo modo que aludía a su pesadez, que haría bromas suaves a mi costa, que no ocultaría del todo su sorpresa (o haría ver que no la ocultaba) de que la gente pagase dinero por cosas que yo había escrito. Tenía que hacer esto para que no pareciese nunca que alardeaba, pero paraba cuando las bromas se hacían demasiado pesadas. Y desde luego, después encontré en la casa cosas mías que había guardado: unas cuantas revistas, recortes de periódicos, cosas por las que yo nunca me había preocupado.

En aquel momento sus pensamientos iban de la familia de Peggy a la mía.

—¿Has sabido algo de Judith? —preguntó.

—Aún no.

—Bueno, aún es pronto. ¿Iban a dormir en la furgoneta?

—Sí.

—Supongo que será lo suficientemente segura, si paran en los lugares adecuados.

Sabía que tenía que decir algo más y sabía que surgiría como una broma.

—Supongo que pondrán una tabla en medio, como los pioneros.

Yo sonreí, pero no respondí.

—Entiendo que no tienes nada que objetar.

—No —le dije.

—Bien, yo siempre lo vi también así. No te metas en los asuntos de tus hijos. Yo intenté no decir nada. Nunca dije nada cuando dejaste a Richard.

—¿Qué quieres decir con «no dije nada»? ¿Criticar?

—No era asunto mío.

—No.

—Pero eso no quiere decir que me gustase.

Me sorprendió, no sólo por lo que decía, sino porque considerase que no tenía ningún derecho, ni siquiera ahora, a decirlo. Tuve que mirar por la ventana, al tráfico de abajo, para controlarme.

Hace mucho tiempo me dijo, en su forma suave:

—Es curioso. La primera vez que vi a Richard me recordó lo que mi padre acostumbraba a decirme. Decía: «si aquel tipo fuese la mitad de inteligente de lo que

cree que es, sería el doble de inteligente de lo que es en realidad».

Me volví para recordarle aquello, pero me encontré mirando la línea que iba describiendo su corazón. No era que nada pareciese funcionar mal, que hubiera ninguna diferencia en los zumbidos y en los puntos. Pero allí estaba.

Él vio donde miraba.

—Ventaja desleal —dijo.

—Lo es —le respondí—. A mí también me van a tener que conectar.

Reímos, nos dimos un beso formal y me fui. Al menos no me había preguntado por Nichola, pensé.

La tarde siguiente no fui al hospital, porque a mi padre tenían que hacerle más pruebas, para prepararlo para la operación. Tenía que ir por la noche. Me encontré paseando por las tiendas de ropa de Bloor Street, probándome vestidos. Me había entrado una preocupación por la moda y por mi propio aspecto parecida a un rabioso dolor de cabeza. Miré a las mujeres por la calle, a la ropa en las tiendas, intentando descubrir cómo podría llevar a cabo una transformación, qué tendría que comprar. Reconocía que era una obsesión, pero tenía problemas para desprenderme de ella. Había gente que me había dicho que esperando noticias de vida o muerte se había quedado delante de una nevera abierta comiendo cualquier cosa que viera: patatas hervidas frías, salsa de chile, cuencos de nata. O había sido incapaz de dejar de hacer crucigramas. La atención se limita a algo, alguna distracción, se agarra a ella, fanáticamente sería. Revolví prendas de los percheros, me las probé en pequeños probadores en los que hacía calor, delante de crueles espejos. Sudaba; una o dos veces creí que me iba a desmayar. De nuevo en la calle, pensé que debía alejarme de Bloor Street, y decidí ir al museo.

Recordaba otra vez, en Vancouver. Fue cuando Nichola iba al jardín de infancia y Judith era un bebé. Nichola había ido al médico por un resfriado, o quizá para un examen de rutina, y el análisis de sangre mostraba algo en sus glóbulos blancos, o que habían demasiados o que se habían hecho grandes. El doctor pidió más análisis y yo llevé a Nichola al hospital para que se los hicieran. Nadie mencionó la leucemia, pero yo sabía, desde luego, lo que estaban buscando. Y cuando llevé a Nichola a casa le pedí a la canguro que había estado con Judith que se quedase por la tarde y me fui de compras. Me compré el vestido más atrevido que haya tenido nunca, una especie de funda de seda negra con algún adorno de encaje en el delantero. Recuerdo aquella radiante tarde de primavera, los zapatos altos en los grandes almacenes, la ropa interior con estampado de leopardo.

También recuerdo la vuelta a casa desde el hospital de St. Paul por el puente de Lions Gate en el autobús atestado llevando a Nichola sobre mis rodillas. De repente ella recordó el nombre que le daba de pequeñita al puente y me dijo en voz baja: «Pente, po el pente». No evité tocar a mi hija (Nichola era esbelta y grácil incluso entonces, con un culito precioso y un cabello oscuro y fino), pero me di cuenta de que la estaba tocando de una forma distinta, aunque yo no creía que pudiera ser nunca

detectada. Había un cuidado (no exactamente un retraimiento, sino un cuidado) para no sentir demasiado. Vi que las formas del amor se pueden mantener con una persona condenada, pero con el amor en realidad medido y disciplinado, porque hay que sobrevivir. Se podía hacer de forma tan discreta que el objeto de dicho cuidado no sospecharía, del mismo modo que tampoco sospecharía la misma sentencia de muerte. Nichola no sabía, no lo sabría. Le llegarían juguetes y besos y bromas; nunca lo sabría, aunque a mí me preocupaba que sintiera el viento entre las grietas de las vacaciones inventadas, de los días normales inventados. Pero todo estaba bien. Nichola no tenía leucemia. Creció, aún seguía viva, y probablemente feliz. Incomunicada.

No podía pensar qué quería ver realmente del museo, de modo que fui hasta el planetario. Nunca había estado en uno. La sesión iba a empezar dentro de diez minutos. Entré, compré una entrada y me puse a la cola. Había toda una clase de escolares, quizá dos, con profesores y madres voluntarias llevando el grupo. Miré alrededor para ver si habían otros adultos sueltos. Sólo uno, un hombre con la cara roja y los ojos hinchados, que parecía estar allí para evitar ir a un bar.

Una vez dentro, nos sentamos en asientos maravillosamente cómodos que estaban reclinados hacia atrás de modo que estabas en una especie de hamaca, con la atención dirigida a la parte cóncava del techo, que pronto se convirtió en azul oscuro, con un ligero reborde de luz alrededor. Había una música espléndida e impresionante. Los adultos iban haciendo callar a los niños, intentando que dejaran de hacer crujir sus bolsas de patatas fritas. Entonces la voz de un hombre que salía de las paredes, una voz profesional y elocuente, comenzó a hablar, despacio. La voz me recordaba un poco a la forma en que los locutores de radio anunciaban una pieza de música clásica o describían el avance de la familia real hasta la abadía de Westminster en una de sus ocasiones reales. Había un ligero efecto de cámara de resonancia.

El oscuro techo se estaba llenando de estrellas. No salían todas a la vez, sino una detrás de otra, de la forma en que las estrellas salen realmente por la noche, aunque más rápidamente. Apareció la vía láctea, se acercó, las estrellas flotaban en el brillo y seguían, desapareciendo más allá de los límites de la pantalla estelar, o detrás de mi cabeza. Mientras el torrente de luz continuaba, la voz presentaba los sorprendentes hechos. «Hace unos cuantos años luz —anunciaba—, el sol aparece como una estrella brillante, y los planetas no son visibles. Hace unas cuantas docenas de años luz, el sol tampoco es visible, a simple vista. Y aquella distancia, unas cuantas docenas de años luz, es sólo aproximadamente la milésima parte de la distancia desde el sol al centro de nuestra galaxia, una galaxia que contiene unos doscientos mil millones de soles. Y es, a su vez, una entre millones, quizá miles de millones, de galaxias». Repeticiones innumerables, variaciones innumerables. Todo esto pasaba también por mi cabeza, como fogonazos.

Luego se abandonaba el realismo, en aras del artificio familiar. Un modelo del sistema solar iba dando vueltas con su elegante estilo. Un aparato brillante despegaba de la Tierra, dirigiéndose hacia Júpiter. Puse mi esquivia y evasiva mente

a tomar firmemente nota de los hechos. La masa de Júpiter, dos veces y media la de los demás planetas juntos. La gran mancha roja. Las trece lunas. Más allá de Júpiter, una mirada a la excéntrica órbita de Plutón, los helados anillos de Saturno. De nuevo en la Tierra y pasando al caliente y brillante Venus. La presión atmosférica, noventa veces la nuestra. Mercurio, sin luna, que da tres vueltas de rotación mientras gira dos veces alrededor del sol; un arreglo extraño, no tan satisfactorio como el que nos contaban: que daba una vuelta de rotación mientras giraba alrededor del sol. Sin oscuridad perpetua, después de todo. ¿Por qué nos dieron una información tan segura para anunciarnos después que estaba equivocada? Finalmente, la imagen ya familiar de las revistas: el suelo rojo de Marte, el fluorescente cielo rojo.

Cuando terminó la sesión me quedé en la silla mientras los niños trepaban por encima de mí sin comentar nada de lo que acababan de ver o de oír. Estaban importunando a sus cuidadores para que les dieran chucherías y más diversión. Habían hecho un esfuerzo para captar su atención, para apartarla de las palomitas y de las patatas fritas y fijarla en distintas cosas conocidas y desconocidas y en inmensidades horribles, y parecían haber fracasado. Algo bueno, también, pensé. Los niños tienen una inmunidad natural, la mayoría de ellos, y no debería ser alterada. En cuanto a los adultos que lo lamentaran, quienes habían promovido aquel espectáculo, ¿no eran ellos mismos inmunes hasta el punto de que podían añadir los efectos de la cámara de resonancia, la música, la solemnidad eclesiástica, simulando el temor que suponían que los niños debían de sentir? Temor... ¿qué se suponía que era? ¿Escalofríos al mirar por la ventana? Una vez que se sabía lo que era, no se podía provocar.

Llegaron dos hombres con escobas para barrer los desperdicios que la audiencia había dejado a su paso. Me dijeron que la siguiente sesión empezaría al cabo de cuarenta minutos. Mientras tanto, tenía que salir.

—Fui a la sesión del planetario —le dije a mi padre—. Fue muy interesante... sobre el sistema solar. —Pensé en la palabra tan tonta que había utilizado: «interesante»—. Es como un templo ligeramente falsificado —añadí.

Él ya estaba hablando:

—Recuerdo cuando descubrieron Plutón. Exactamente donde esperaban encontrarlo. Mercurio, Venus, Tierra, Marte —recitaba—, Júpiter, Saturno, Nept... no, Urano, Neptuno y Plutón. ¿Es así?

—Sí —dije. Me alegraba de que no hubiese oído lo que dije del templo falsificado. Lo dije para ser sincera, pero sonaba a tramposo y a superior—. Dime las lunas de Júpiter.

—Bueno, no conozco las nuevas. Hay un montón de nuevas, ¿verdad?

—Dos, pero no son nuevas.

—Nuevas para nosotros —dijo mi padre—. Te has vuelto muy descarada ahora que me van a rajar.

—Rajar. Qué expresión.

Aquella noche no estaba en la cama, su última noche. Le habían desconectado de sus aparatos y estaba sentado en una silla junto a la ventana. Tenía las piernas desnudas y llevaba una bata del hospital, pero no se le veía cohibido ni fuera de lugar. Se le veía pensativo pero de buen humor, un anfitrión afable.

—Ni siquiera has dicho las antiguas —le dije.

—Dame tiempo. Galileo les puso el nombre. Io.

—Ya has empezado.

—Las lunas de Júpiter fueron los primeros cuerpos celestes descubiertos con el telescopio —dijo con gravedad, como si pudiera ver la frase en un libro antiguo—. No fue Galileo quien les dio los nombres, tampoco; era un alemán. Io, Europa, Ganímedes, Calixto. Ahí las tienes.

—Sí.

—Io y Europa ¿eran novias de Júpiter, verdad? Ganímedes era un chico. ¿Un pastor? No se quién era Calixto.

—Creo que también era una novia —le dije—. La mujer de Júpiter, la convirtió en un oso y la enganchó en el cielo. La Osa Mayor y la Osa Menor. La Osa Menor era su niña.

El altavoz dijo que era la hora de que las visitas se marcharan.

—Te veré cuando salgas de la anestesia —le dije.

—Sí.

Cuando llegué a la puerta me llamó.

—Ganímedes no era ningún pastor. Era el copero de Júpiter.

Cuando me marché del planetario aquella tarde, atravesé el museo hacia el jardín chino. Vi de nuevo los camellos de piedra, los guerreros, la tumba. Me senté en un banco que daba a Bloor Street. A través de los matorrales siempre verdes y la alta verja de hierro observé a la gente pasar a la luz de la caída de la tarde. El espectáculo del planetario había logrado lo que yo quería, después de todo; me había tranquilizado, me había secado. Vi a una chica que me recordó a Nichola. Llevaba un impermeable y una bolsa de comestibles. Era más baja que Nichola, realmente no se parecía mucho a ella, pero pensé que podría ver a Nichola. Estaría por alguna calle quizá no lejos de allí, agobiada, preocupada, sola. Ella era ahora una de las personas adultas del mundo, uno de los compradores volviendo a casa.

Si realmente la veía, podría quedarme sentada y mirar, pensé. Me sentía como una de aquellas personas que habían flotado hasta el cielo, disfrutando de una breve muerte. Un alivio, mientras dura. Mi padre había escogido y Nichola había escogido. Algún día, probablemente pronto, sabría de ella, pero equivalía a lo mismo.

Pensé en levantarme y llegarme hasta la tumba, para ver las tallas en relieve, los cuadros en piedra, que están a su alrededor. Siempre pensaba en verlas y nunca lo hacía. Tampoco lo haría esta vez. Hacía frío fuera, de modo que entré a tomar un café y a comer algo antes de volver al hospital.



ALICE MUNRO, nacida en Ontario, Canadá, en 1931, se ha convertido en una de las autoras más respetadas de relatos breves. Hija de una familia de granjeros —aunque su madre era maestra y la animó a escribir—, desde la adolescencia se consagró a su pasión literaria. Madre de cuatro hijas, ha sido escritora-residente en dos universidades y ha vivido un tiempo en una granja con su segundo marido. Sus relatos aparecen en revistas tan prestigiosas como *The New Yorker* y *The Paris Review* antes de reunirse en volúmenes. Sus narraciones, enmarcadas casi siempre en Ontario, destacan por un profundo conocimiento de la psicología humana, reflejada con un refinamiento muy matizado. Entre sus colecciones de cuentos cabe destacar, además de ésta, *Secretos a voces*, *El amor de una mujer generosa*, *Odio, amistad, noviazgo, amor, matrimonio, Escapada* y *La vista desde Castle Rock*. En 2009 obtuvo el Man Booker International Prize por el conjunto de su obra, y en 2013 el Premio Nobel de literatura, su fama es internacional.

Notas

[1] En inglés, la palabra *dinner* se utiliza tanto para el almuerzo como para la cena, de ahí la confusión de la cita. (N. de la T.) <<

[2] Polvo verde brillante muy venenoso, utilizado como insecticida y pigmento. (*N. de la T.*) <<

[3] «Curling», juego escocés sobre hielo en el que se hacen deslizar piedras hacia una meta. (*N. de la T.*) <<

[4] *Boss* en inglés significa «jefe». (*N, de la T.*) <<

[5] *Red Deer* significa «ciervo rojo». (*N. de la T.*) <<

[6] *Soo*, alteración de «Sault», región al norte de Michigan y al sur de Ontario, Canadá, en el canal de las cataratas de St. Marys y las ciudades de Sault Ste. Marie. (*N. de la T.*) <<